Historia

DE LA VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON,

ESCRITA EN INGLES POR EL CABALLERO

WASHINGTON IRVING,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por Don José García de Villalta.

MADRID: Diciembre de 1833.

Imprenta de D. José Palacios, *calle del Factor.*

Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque novos
Detegat Orbes, nec sit terris
Ultima Thule.

SENECA: *Medea.*

INDICE

DE LOS

LIBROS Y CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO I.

Prólogo del Traductor. . . . Pág. 7
Prólogo del Autor 19

LIBRO I.

INTRODUCCION. 29
CAP. I. — *Nacimiento, familia y educacion de Colon.* 34
CAP. II. — *Juventud de Colon.* . . . 47
CAP. III. — *Progresos de los descubrimientos, bajo la proteccion del príncipe Enrique de Por-*

tugal 63
CAP. IV. — *Residencia de Colon en Lisboa. — Ideas respecto á las islas del Océano* 80
CAP. V. — *Razones en que fundaba Colon su creencia de que hubiese tierras desconocidas en el occidente* 96
CAP. VI. — *Correspondencia de Colon con Pablo Toscanelli. — Sucesos de Portugal relativos á descubrimientos.* 115
CAP. VII. — *Proposiciones de Colon á la corte de Portugal* 130
CAP. VIII. — *Salida de Colon de Portugal, y sus instancias á otras cortes.* 141

LIBRO II.

CAP. I. — *Primera llegada de Colon á España.* 150

Cap. II. — *Caracteres de Fernando y de Isabel.* 158
Cap. III. — *Proposiciones de Colon á la corte de Castilla* 168
Cap. IV. — *Colon ante el consejo de Salamanca.* 178
Cap. V. — *Nuevas instancias á la corte de Castilla.* — *Colon sigue la corte en sus campañas* 196
Cap. VI. — *Instancia al duque de Medinaceli.* — *Vuelta al convento de la Rábida* 213
Cap. VII. — *Instancia á la corte al tiempo de la toma de Granada* 225
Cap. VIII. — *Tratado con los soberanos españoles.* 239
Cap. IX. — *Preparativos para la espedicion en el puerto de Palos.* 251

LIBRO III.

Cap. i. — *Partida de Colon en su primer viaje* 264
Cap. ii. — *Continuacion del viaje.* — *Variacion de la aguja de marear* 277
Cap. iii. — *Continuacion del viaje.* — *Terror de los marineros.* 288
Cap. iv. — *Continuacion del viaje.* — *Descubrimiento de tierra* 305

LIBRO IV.

Cap. i. — *Primer desembarco de Colon en el Nuevo-Mundo.* . . . 332
Cap. ii. — *Crucero por entre las islas de Bahama.* 354
Cap. iii. — *Descubrimiento y cos-*

teo de Cuba. 371
CAP. IV. — *Continuacion del costeo de Cuba*. 390
CAP. V. — *Viaje en busca de la supuesta isla de Babeque.* — *Desercion de la Pinta*. 405
CAP. VI. — *Descubrimiento de la isla Española*. 416
CAP. VII. — *Costeo de la Española* 431
CAP. VIII. — *Naufragio*. 442
CAP. IX. — *Transacciones con los naturales*. 450
CAP. X. — *Construccion de la fortaleza de la Navidad*. 463
CAP. XI. — *Regulacion de la fortaleza de la Navidad.* — *Salida de Colon para España*. . . . 473

LIBRO V.

CAP. I. — *Costeo hácia el estremo*

oriental de Española. — Encuentro con Pinzon. — Escaramuza con los indios del golfo de Samaná. 482

Cap. II. — *Viaje de vuelta. — Violentas tempestades. — Llegada á las islas Azores.* 501

Cap. III. — *Transacciones en la isla de Santa María* 517

Cap. IV. — *Llegada á Portugal. — Visita á la corte.* 526

Cap. V. — *Recibimiento hecho á Colon en Palos.* 546

Cap. VI. — *Recibimiento hecho á Colon por la corte española en Barcelona.* 556

Cap. VII. — *Morada de Colon en Barcelona. — Atenciones de los reyes y cortesanos.* 570

Cap. VIII. — *Bula pontificia de particion. — Preparativos para el segundo viaje de Colon.* . 582

Cap. ix. — *Negociaciones diplomáticas de las cortes de España y Portugal, con respecto á los nuevos descubrimientos.* . . . 601

Cap. x. — *Nuevos preparativos para el segundo viaje.* — *Carácter de Alonso de Ojeda.* — *Diferencias de Colon con Soria y Fonseca.* 612

AL ESCELENTÍSIMO SEÑOR

DUQUE DE VERAGUAS, &c.

Escelentísimo Señor:

Permítame V. E. que como á descendiente y representante del hombre ilustre, cuyos hechos son el objeto de

esta obra, le consagro la humilde parte que en estender la gloria de su nombre me ha cabido.

Queda de V. E. atento y sincero servidor Q. B. S. M.

José García de Villalta.

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

El interés directo que tiene para los españoles la presente obra, su mérito particular, el aplauso que ha merecido en todas las naciones civilizadas, y la justa celebridad literaria de que su autor goza, son motivos suficientes para esperar que la reciba el público con agrado.

Dice el docto y erudito don Martin Fernandez de Navarrete, hablando de la utilidad literaria de la COLECCION DE VIAGES ESPAÑOLES: *Insigne prueba de esto acaba de darnos el señor* WASHINGTON IRVING *en la Historia de la vida y de los viages de Cristóbal Colon, que ha*

publicado con una aceptacion tan general como bien merecida. Dijimos en nuestra introduccion, que no nos proponiamos escribir la vida de aquel almirante, sino publicar noticias y materiales para que se escribiese con veracidad; y es una fortuna que el primero que se haya aprovechado de ellos, sea un literato juicioso y erudito, conocido ya en su patria y en Europa por otras obras apreciables. Colocado en Madrid, exento de las rivalidades que han dominado en algunas naciones europeas sobre Colon y sus descubrimientos; con la proporcion de examinar escelentes libros y preciosos manuscritos, de tratar á personas instruidas en estas materias, y teniendo siempre á la mano los auténticos documentos que acabábamos de publicar, ha logrado dar á su historia aquella estension, imparcialidad y exactitud que la hacen muy su-

perior á la de los escritores que le precedieron. Agrégase á esto su metódico arreglo y conveniente distribucion; su estilo animado, puro y elegante, la noticia de varios personages que intervinieron en los sucesos de Colon, y el exámen de varias cuestiones en que luce siempre la mas sana crítica, la erudicion y el buen gusto. Este dictámen, de uno de los sabios mas eminentes que honran hoy á nuestra patria, es el mejor elogio que puede hacerse de la obra del señor Irving. Añade empero el señor de Navarrete: *Sin embargo, es de esperar que á la luz de nuevos documentos que vamos publicando, y de las observaciones á que dan lugar, rectifique el señor Washington algunas noticias ú opiniones, que tomadas de fuentes menos puras, carecen aun de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere para acercarse á la perfec-*

cion. Con el deseo de obviar este inconveniente, y de dar á la importantísima obra de que hablamos, la posible autoridad y exactitud, se han ilustrado con notas y observaciones sacadas de los mismos documentos irrecusables que está publicando el señor de Navarrete, aquellos pasages del testo original á que se alude en la última parte de la precedente crítica.

Importantísima llamamos á esta obra, por creer lo sean para los españoles todas las que tienen por objeto ilustrar la época mas brillante de su historia, y la que mas animadversion les ha atraido de parte de los estrangeros. Olvidando estos que algunos de los primitivos colonos de las Américas españolas fueron malhechores y reos destinados al Nuevo-Mundo en conmutacion de las penas á que por sus crímenes se habian hecho acreedores en el antiguo; olvidando asímis-

mo que estas gentes malévolas se vieron con frecuencia, por efecto de irremediables circunstancias, casi abandonadas á sí mismas, en remotísimas regiones donde no podia reprimirlas ni castigarlas la autoridad pública de la metrópoli; olvidando totalmente la moderacion, desinteres y ejemplar conducta de españoles sin número que asistieron con distincion al descubrimiento y conquista; y olvidando, en fin, las costumbres, moralidad y estado civil de aquel siglo, acusan á la nacion española en masa de los crímenes que sin su autoridad ni tolerancia, antes en violacion directa de todas sus pragmáticas, ordenanzas y mandatos, cometieron unos cuantos foragidos. Este injusto fallo, en que, como dice Solís, se culpa *lo que erraron algunos*, *para deslucir lo que acertaron todos*, no puede sustentarse sin la ignorancia en que han estado envueltos

hasta ahora muchos sucesos principales de la historia del Nuevo-Mundo : á medida que se va profundizando en el conocimiento de la una, pierde el otro su vigor y fuerza, y llegará sin duda á desvanecerse del todo. El español filantrópico se horroriza tanto como pueden los amantes de la humanidad en otras naciones, al contemplar las injusticias y maldades perpetradas en América, y detesta y aborrece la crueldad execrable que pudo dictarlas; llora por las víctimas americanas, así como llora por las que ha inmolado la victoria en todas las edades y en todos los ángulos del mundo. La grande Roma ¿cómo introdujo sus artes, leyes y dominio entre las naciones bárbaras, en la época mas alta de su civilizacion, en las fronteras mismas de su imperio, á la vista de un senado que al paso que podia exigir estrecha responsabilidad á los gefes que en su

nombre obraban, no tenia derecho para reprimir las quejas de los agraviados, aun cuando fuesen en su desdoro? ¿Halló acaso el célebre Suetonio medio mas blando y suave para la pacificacion de una parte de Britania, que el de quemar vivos á cuantos sacerdotes Druidas de ambos sexos pudo haber á las manos en las florestas de Mona? Pezo Cato, procurador romano, ¿tuvo algun motivo para despojar de su herencia *á* la princesa Boadicea? ¿puede disculparse el que respondiese á las quejas de esta, mandando que la azotasen en público, y que se entregasen sus hijas á la lubricidad de los legionarios? Y sin hablar de la perfidia y crueldad mostradas en Sagunto y en Numancia, ¿qué no podria decirse de la muerte de Viriato? ¿qué de otros hechos aun mucho mas inhumanos? Los franceses, cuyos críticos mas que otros censuran la conducta de los conquistadores de

América, ¿pudieron acaso detener la carnicería horrorosa dicha de san Bartolomé, ó en mas cercanos tiempos, las que inundaron el mismo Paris de la sangre de millares de víctimas de todos sexos y edades, algunas por el solo crímen de tener semblante aristocrático? Pero ¿cuántas acciones magnánimas, cuánta virtud resplandeciente no podria oponer la Francia al que la acusase de cruel por aquellos infortunios? El pueblo inglés, de carácter tan elevado y perfecto, ¿qué pareceria si se juzgase de él por las sangrientas crónicas de Smith-Field, por los crímenes de sus reyes, ó por los escesos de sus soldados? ¿Qué hechos mas horrendos, cuando todas las circunstancias se recuerdan, que los que no há mucho cometieron estos en San Sebastian y en Badajoz? Los alemanes, de tan apacible y bondadoso pecho, ¿cómo se condujeron una vez en circunstancias

análogas á las de los españoles? Un historiador, mas célebre por su elegancia y buena filosofía que por su imparcialidad ó amor á la España, dice hablando de cierta colonia alemana que intentó establecerse en el Nuevo-Mundo: *Tan poca gente, en tan corto recinto y breve tiempo, hizo mas daño y cometió mas delitos que todos los españoles en el periodo entero de la conquista* (1). ¿Se deberia pues hacer cargo á la Alemania del desenfreno de aquella banda de aventureros? ¿Qué nacion no tiene en su seno malvados que detestan la justicia, y se entregan á los vicios mas odiosos á la menor ocasion que para ello tienen?

Maldigamos, pues, el crímen; pero sepamos con certidumbre y evidencia quién es el criminal antes de condenarlo. Ni la legislacion española de las In-

(1) Robertson's History of America.

dias, ni la mayoría de la nacion, ni los primeros nobles y prelados, ni la masa de los plebeyos fueron causa de las calamidades y miserias de que hablan los estrangeros, apoyándose casi esclusivamente en la autoridad del venerable obispo Las-Casas. Este varon ilustre, consagrado del todo á la defensa de los indios, escribia sus quejas con caracteres de fuego y sangre, y agotaba en beneficio de sus clientes todos los recursos y calor de una fervorosa elocuencia. Dice el señor Washington Irving, hablando de sus escritos: *Ha sido acusado Las-Casas de usar vehemente colorido, y declamaciones estravagantes, en los pasages relativos á las barbaridades cometidas con los indios; cargo, no enteramente infundado* (1). Mucho pudiera

(1) Véase en las ilustraciones el artículo Las Casas.

añadirse para hacer ver su fundamento; pero sin entrar por ahora en semejante cuestion, nos limitaremos á observar que la misma nacion que dió cuna al petulante Bobadilla, se la dió tambien al compasivo Las-Casas: si por madre del uno merece vituperio, es digna de gloria por madre del otro; y no hay mas razon para llamarla cruel, que misericordiosa y filantrópica.

Si en el descubrimiento y conquista de las Américas se notan escesos repugnantes, tambien deslumbra la mente el esplendor de hechos mas altos y heróicos de los que se hallan en otra época alguna de la historia. La bizarría inaudita de Diego Mendez, la virtud y humanidad incorruptibles de Andres Martin y de Alonso Villejo, el denuedo sin par de Ojeda, el arrojo de Ledesma, no pueden quedar mancillados por los crímenes de un puñado de miserables que abusaron

alguna vez brutalmente de sus fuerzas. A todo rigor, solo podria deducirse, que eran los españoles de entonces mas vigorosos, y que tenian los mismos vicios, con mas relevantes virtudes que los hombres de otros paises y de otras edades.

PROLOGO

DEL AUTOR.

HALLANDOME *en Burdeos el invierno de* 1825 *á* 1826, *recibí una carta de Mr. Alejandro Everett, Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid, dándome noticia de estar en prensa cierta obra redactada por don Martin Fernandez de Navarrete, Secretario de la Academia Real de la Historia, etc., etc.; la cual contenia una coleccion de documentos relativos á los viages de Colon, y entre ellos muchos de grande importancia, recientemente descubiertos. Mr. Everett al mismo tiempo espresaba su sentir, de que la version de aquella obra al inglés por un*

americano seria muy de desear. Concurrí con él en su opinion, y habiendo pensado hacia ya tiempo visitar á Madrid, me puse poco despues en camino para aquella capital, con el designio de emprender en ella la traduccion de la obra.

A poco de mi llegada apareció la publicacion del señor de Navarrete. Contenia ésta muchos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimientos del Nuevo-Mundo, y hacian grande honra á la aplicacion y actividad de su sabio editor. La totalidad, empero, de la obra antes presentaba un tesoro de ricos materiales para la historia, que la historia misma. Y aunque semejantes acopios son inapreciables para el laborioso literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales suele no agradar á la pluralidad de los lectores, que prefie-

re siempre narrativas claras y eslabonadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la propuesta empresa; pero era el asunto tan interesante, y para mí tan patriótico, que no me podia determinar á abandonarlo.

Al considerar con mayor detencion la materia, percibí que aunque habia muchos libros en varias lenguas, relativos á Colon, todos se componian de limitadas é incompletas nociones de su vida y viages; al paso que abundaban ideas sobre el particular en manuscritos, cartas, diarios y monumentos públicos. Creí que una historia, fielmente compuesta de estos varios materiales, llenaria un vacío en la literatura, y seria para mí ocupacion mas satisfactoria, y para mi patria obra mas útil que la traduccion que antes me habia propuesto hacer.

Me animó ademas á emprender se-

mejante obra la mucha facilidad que para ello tuve en Madrid. Residia yo en casa del Cónsul americano el caballero O. Rich, uno de los mas infatigables bibliógrafos de Europa, que por muchos años se habia ocupado en la investigacion de documentos relativos á la historia primitiva de América. En su estensa y curiosa biblioteca encontré una de las mejores colecciones que hoy existen de la historia colonial de España, é infinidad de documentos, que en vano hubiera buscado en otra parte. Puso su dueño á mi absoluta disposicion la biblioteca, con una franqueza y liberalidad que rara vez se encuentra entre los posesores de obras tan raras y apreciables. Alli encontré los principales recursos de que me he valido en la totalidad de mi trabajo.

Tambien me servi de las riquezas de la biblioteca real de Madrid, y de las

que encierra la del colegio de jesuitas de san Isidro: dos nobles y ámplias colecciones, abiertas siempre al público, y dirigidas con el mayor órden y liberalidad. Me favoreció con su ayuda don Martin Fernandez de Navarrete, comunicándome noticias de alto interés descubiertas por él mismo en sus dilatados trabajos; ni puedo menos de testificar aqui mi admiracion del ardiente celo de aquel hombre amable, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi solo, continúa aun con vigor incansable sus tareas en un pais donde tienen hoy los esfuerzos literarios tan poco estímulo y recompensa.

Debo tambien espresar mi gratitud por la liberalidad del duque de Veraguas, descendiente y representante de Colon, que sometió á mi inspeccion los archivos de su familia, tomando

personal interés en hacerme ver los tesoros que contenian. Ni puedo omitir las muchas atenciones que he recibido de mi escelente amigo don Antonio de Ujina, Tesorero del Serenisimo Señor Infante don Francisco, caballero de erudicion y talentos, y muy versado en la historia de España y de sus dependencias. A sus incansables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que últimamente ha recibido sobre varios puntos de la primitiva historia colonial. Posee el señor de Ujina los mas de los papeles de su difunto amigo, el historiador Muñoz, los cuales me presentó, asi como otros varios documentos, con una urbanidad y franqueza, que aumentó mucho, y aligeró la obligacion al mismo tiempo.

Con estos y otros auxilios que mi situacion local me ofrecia incidentalmente, me he dedicado hasta donde

mis talentos alcanzan, y aprovechando lo mas posible el tiempo que me era dado permanecer en un pais estrangero, á la composicion de esta Historia. He examinado diligentemente todas las obras relativas á mi asunto, que pude encontrar impresas ó manuscritas, comparándolas, en cuanto era factible, con documentos originales, luces las mas ciertas en las investigaciones históricas; procurando averiguar la verdad, y sacarla de entre las contradicciones que inevitablemente deben ocurrir cuando varias personas han recordado los mismos hechos, presentándolos bajo diferentes aspectos, y sujetos al influjo de diferentes intereses y sentimientos.

En la ejecucion de esta obra he evitado el entrar en meras especulaciones y reflexiones generales, escepto cuando nacian espontáneamente del

asunto; prefiriendo dar una narracion circunstanciada y completa, sin omitir ninguna particularidad característica de las personas, cosas ó tiempos; y poniendo los hechos en tal punto de vista, que pueda el lector percibirlos con claridad, y deducir de ellos sus propias máximas y conclusiones.

Como muchos puntos de la historia exigen esplicaciones sacadas de los hechos y conocimientos coetáneos, me ha parecido mas conveniente dar ilustraciones sueltas de los puntos que la necesitan al fin de la obra, que embarazar con ellas la narracion. Asi podia entrar con mas latitud en aquellos pormenores curiosos ó interesantes, sacados de libros poco comunes.

Despues de todo, se presenta la obra al público con estrema desconfianza. No puedo reclamar otra cosa en mi abono, que un vehemente deseo de de-

cir la verdad, una total ausencia de preocupaciones respecto á los pueblos de que se habla en mi Historia, mucho interes en el asunto de ella y un celo que puede en parte compensar por su constancia la falta que en mi conozco de otras dotes.

WASHINGTON IRVING.

Madrid: 1827.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON.

LIBRO I.

Vagas y estériles especulaciones serian las que tuviesen por objeto averiguar si hubo ó no comunicacion entre las costas opuestas del Atlántico, en aquellos remotos tiempos anteriores á la tradicion y á la historia, en que, segun algunos imaginan, florecieron las artes con mas lozanía, que conoció nunca la que nosotros llamamos antigüedad; ó si la leyenda egipcia que Platon cuenta relativa á la isla de Atalante, lejos de ser fabulosa, contiene en sí la obscura

tradicion y memoria de ciertos paises sumergidos por una de aquellas terribles convulsiones del globo que han dejado huellas del Océano por las cimas de elevadísimas montañas. La historia auténtica nada dice de la tierra firme, ni de las islas del hemisferio occidental, hasta fines del décimo quinto siglo, en que fueron descubiertas. Sucederia tal vez, que un bajel estraviado perdiese de vista los antiguos continentes, y atravesase á impulsos de las tempestades el vasto desierto de las aguas, mucho antes de que se inventara la brújula; pero ni volvió, ni pudo revelar jamas los secretos del Océano. Y aunque en diversas épocas hayan flotado hasta las playas del antiguo mundo documentos que anunciaban á sus admirados habitantes la existencia de otras regiones situadas mucho mas allá del aparente horizonte, nadie se aventuraba á dar la vela al viento en

busca de aquellas tierras envueltas en misterios y peligros. Ni los viageros de Escandinavia alcanzaron mas que pasageras vislumbres del Nuevo Mundo, pronto obscurecidas, é incapaces de guiar á él con seguro conocimiento, aun cuando se admita la correccion de sus leyendas, y que sea su dudosa Vinland la costa del Labrador, ó la playa de Newfoundland (1). Lo cierto es, que cuando al principio de la décima quinta centuria buscaban en todas direcciones los mas esclarecidos ingenios las dispersas luces de la geografía, reinaba entre los doctos suma ignorancia respecto á las regiones occidentales del Atlántico; se miraban sus vastas aguas con pavorosa y reverente admiracion, como si rodea-

(1) Véase en las ilustraciones al fin de la obra el artículo: DESCUBRIMIENTOS DE LOS ESCANDINAVOS.

sen al mundo de un caos que no podian penetrar las congeturas, ni esplorar de temor la audacia. No necesitamos mejor prueba de esta verdad, que la descripcion del Océano por Xerif al Edrizi, llamado el de Nubia, eminente escritor árabe, cuyos compatriotas, ademas de poseer cuanto se sabia entonces de geografía, se reputan los mas atrevidos navegantes de la edad media.

«*Ninguno ha podido averiguar cosa cierta del Océano, por su dificil y peligrosa navegacion, obscuridad, profundas aguas y frecuentes tempestades, por el temor de sus enormes pescados y soberbios vientos; pero se hallan en él muchas islas, algunas habitadas, y despobladas otras: no habrá marino que se atreva á navegarle ni á entrar en su profundidad; y si algo han navegado en él, ha sido siempre siguiendo sus costas, sin apartarse de*

ellas: las olas de este mar, aunque se oprimen y agitan entre sí elevadas como montes, se mantienen siempre así, y no se quiebran; porque si se rompieran, sería imposible el surcarle (1).»

El objeto de la presente obra es contar los hechos y aventuras del marino que tuvo el talento de adivinar, y la intrepidez de vencer los misterios de esta profundidad peligrosa; de aquel que por su animoso ingenio, su constancia inflexible y su valor heróico, puso en comunicacion los lindes de la tierra. Los sucesos de su agitada vida serán siempre los eslabones que unan la historia del mundo antiguo á la del nuevo.

---

(1) Descripcion de España por Xerif al Edrizi: traduccion de Conde, Madrid 1799.

CAPITULO I.

NACIMIENTO, FAMILIA Y EDUCACION DE COLON.

Nada se sabe positivamente de la infancia de Cristóbal Colon, de su familia, ni del tiempo ó lugar de su nacimiento; porque tal ha sido la confusa habilidad de los comentadores, y tales sus esfuerzos, que ya es imposible desenmarañar la verdad de entre las conjeturas que la rodean. A juzgar por el testimonio de uno de sus contemporáneos é íntimos amigos, debe de haber nacido por los años de 1435 ó 1436 (1). Muchas ciu-

(1) Andres Bernaldez, comunmente llamado el Cura de los Palacios. Las ilustraciones al fin de la obra contienen

dades se disputan el honor de haberle dado nacimiento; pero parece probado que fue natural de Génova. Acerca de su familia, tambien se han agitado cuestiones de la misma especie. Mas de una casa noble le ha reclamado como suyo desde que se hizo su nombre tan ilustre, que antes pudiera dar honor que recibirle. Es probable que hayan brotado todos estos ramos de un tronco comun, y que las guerras civiles de Italia hayan desgajado muchos de ellos, y arrojado otros por tierra. No aparece empero, que ni él ni sus contemporáneos tuviesen idea alguna de la nobleza de su linage, ni es esto de importancia para su fama; que mas honra ciertamente su memoria ser objeto de contienda entre muchas casas nobles, que poder designar como la su-

---

varias noticias y congeturas acerca del nacimiento, patria y familia de Colon.

ya la mas ilustre de ellas. Su hijo Fernando, que escribió su historia é hizo un viage para investigar este asunto, tácitamente abandona semejantes pretensiones, declarando mas glorioso, en su sentir, que date del Almirante la nobleza de su familia, que averiguar si alguno de sus predecesores ha recibido la órden de caballería y mantenido galgos y halcones; porque *creo*, añade, *que menos dignidad recibirla yo de ninguna nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre* (1).

La parentela inmediata de Colon era pobre, pero honrada: su padre habia residido mucho tiempo en Génova, ejerciendo el oficio de cardador de lana. Era él el mayor de sus hermanos Bartolomé y Diego, y de una hermana, de quien

(1) Historia del Almirante, cap. 2.

nada se sabe, escepto que casó con un hombre obscuro llamado Diego Bavarello.

Su propio apellido es Colombo, latinizado por él mismo en sus primeras cartas Columbus, y adoptado por otros en los escritos que de él trataban, en conformidad con los usos de aquellos tiempos, que habian hecho la latina la lengua de la correspondencia general, y aquella en que se escribian todos los nombres de importancia histórica. El descubridor es mas conocido sin embargo en la historia española por el nombre de Cristóbal Colon, que fue con el que se presentó en España. Dice su hijo que hizo esta alteracion, para que se distinguieran sus descendientes de los de los ramos colaterales de la misma familia; con cuyo objeto acudió al que se suponia origen romano de su nombre Colonus, y le abrevió en Colon para adaptar-

lo á la lengua española. De esta variedad de apellidos se ha adoptado el de Colon en la traduccion presente, por ser el mas conocido en España.

Fue limitada su educacion, aunque quizá tan estensa, cuanto lo permitian las circunstancias indigentes de sus padres. Ya de muy niño sabia leer y escribir; y tenia tan buena letra, dice Las Casas, poseedor de muchos de sus manuscritos, que podia haber ganado su pan con ella. Despues aprendió la aritmética, el dibujo y la pintura: artes, observa el mismo autor, en que tambien adquirió suficiente destreza para poder pasar con ellas la vida (1). Fue enviado por algun tiempo á Pavía, la grande escuela lombarda de las ciencias. Alli estudió gramática, y se familiarizó con la

(1) Las Casas, Hist. Ind., l. i, c. 3. MS.

lengua latina; pero su educacion tuvo por mira primitiva instruirle en las ciencias necesarias para la vida marítima. Estudió la geometría, la geografía, la astronomía, ó como se llamaba entonces, la astrología, y la navegacion (1). Desde la edad mas tierna habia manifestado un ardiente amor por la ciencia geográfica, y una inclinacion irresistible por la mar, y seguia con entusiasmo todos los estudios que le eran congeniales. En los últimos tiempos de su vida, cuando reflexionaba acerca de ella en consecuencia de los asombrosos sucesos que por su mediacion habian pasado, hacia mérito con solemnes y supersticiosas sensaciones de esta precoz determinacion de su ánimo, como de un secreto impulso de la Divinidad que le guiaba hácia aquellos

(1) Hist. del Almirante, cap. 3.

estudios, y le inspiraba aquellas inclinaciones que le habian de hacer digno de cumplir los altos decretos para que el cielo le habia escogido (1).

Al trazar la historia primitiva de un hombre como Colon, cuyas acciones han tenido tan vasto efecto en los asuntos humanos, es interesante indagar lo que se ha debido á la influencia casual de las cosas, y lo que á la innata propension de su ánimo. El ingenio mas original y creador recibe mayor ó menor impulso de los tiempos en que vive; y aquella irresistible inclinacion que Colon pensaba sobrenatural, suele producirse por la operacion de circunstancias esternas. Toma el pensamiento á veces una repentina é invariable direccion, ora al visitar de nuevo alguna olvidada

(1) Carta á los soberanos de Castilla, 1501.

region de la sabiduría, y al esplorar y volver á abrir sus abandonados senderos; ora al entrar con admiracion y delicia por campos de descubrimientos que no hayan hollado los demas hombres. Entonces es cuando recibe un ánimo ardiente é imaginativo el impulso del dia, se eleva sobre sus menos esclarecidos contemporáneos, dirige la misma muchedumbre que le puso á él en movimiento, y acomete empresas á que jamas se aventurarian almas mas débiles que la suya. Colon nos da una prueba de este aserto. Aquella pasion por la geografía que tan á los principios inflamó su pecho, y que fue origen de sus acciones posteriores, debe considerarse como incidente á la edad en que vivia. Los descubrimientos geográficos eran la brillante y luminosa senda que debia distinguir para siempre al décimo quinto siglo, época la mas espléndida en invencion, que los anales

del mundo encierran. En la larga y tenebrosa noche de la falsa erudicion y de las preocupaciones monacales, se perdieron para las naciones de Europa la geografía y las demas ciencias. Afortunadamente no quedaron perdidas para los otros hombres, pues vivieron refugiadas en el seno del Africa. Y mientras el pedante catedrático gastaba en valde el tiempo y el talento en los claustros, confundiendo la verdadera doctrina con sus ociosos ensueños, medían los sábios árabes de Senaar los grados de latitud y la circunferencia de la tierra, en las vastas llanuras de Mesopotamia.

El verdadero saber, tan dichosamente conservado, estaba entonces abriéndose camino para volver á Europa. La restauracion de las ciencias acompañó la de las letras. Plinio, Pomponio Mela, y Estrabon se cuentan entre los autores que sacó de la obscuridad el reciente

pero enérgico amor de la literatura antigua. Estos volvieron á la inteligencia pública cierto fondo de los conocimientos geográficos, que hacia mucho tiempo estaban borrados de ella. Atrajo la curiosidad aquella nueva vereda, por tantos años olvidada, y tan súbitamente abierta. Manuel Chrysoleras, docto caballero griego, habia ya desde el principio del siglo traducido al latin la obra de Ptolomeo, haciéndola así mas fácil para los estudiantes italianos. De otra traduccion posterior por Jaime Angel de Escarpiaria se hallaban en las bibliotecas de Italia correctas y bellas copias (1). Tambien empezaron á buscarse con empeño los escritos de Averroes, Alfragano y otros sabios árabes que habian conservado vivo el fuego sagrado de las

(1) Andrés, Hist. B. Let., lib. iii, cap. 2.

ciencias durante el largo intérvalo de la obscuridad europea.

Los conocimientos que de este modo revivian, eran necesariamente limitados é imperfectos; pero estaban, como la vuelta de la luz matutina, llenos de interés y de beldad. Parecia que llamaban una nueva creacion á la vida, y brillaban en las almas imaginativas con todos los hechizos de la admiracion. Se sorprendia el hombre de su propia ignorancia del mundo que le rodeaba: cada paso parecia un descubrimiento; porque eran para él, en cierto modo, tierras incógnitas cuantas no circuia el horizonte de su pais.

Tal era el estado de ilustracion, y tales los sentimientos que se tenian con respecto á esta ciencia interesante á principios del siglo décimo quinto. Los descubrimientos que empezaron á hacerse despues en las costas atlánticas del Africa,

despertaron por la geografía un interés aun mas vivo, que debió sentir con particularidad un pueblo marítimo y comerciante como el genovés. A estas circunstancias puede atribuirse el ardiente entusiasmo que respiró Colon en su infancia por los estudios cosmográficos, y que tanta influencia tuvo en sus aventuras ulteriores.

Al considerar su limitada educacion, debe observarse cuán poco debió desde el principio de su carrera á la ayuda adventicia, y cuánto á la energía natural de su carácter, y á la fecundidad de su entendimiento. El corto periodo que pasó en Pavía, bastó apenas para proporcionarle los rudimentos de las ciencias necesarias: el conocimiento familiar de ellas que desplegó en los años posteriores, tuvo que ser resultado de una activa enseñanza propia, y de algunas horas casualmente dedicadas al estudio,

enmedio de los cuidados y vicisitudes de una vida tan turbulenta como la suya. Fue uno de aquellos hombres de alto y robusto ingenio, que parece que se forman ellos mismos; uno de aquellos que habiendo tenido privaciones y obstáculos que combatir desde los umbrales de la vida, adquieren intrepidez para atacar, y facilidad para vencer inconvenientes durante toda ella. Tales hombres aprenden á efectuar grandes proyectos con escasos medios, supliendo la falta de estos los abundantes recursos de su invencion y su energía propia. Esta es una de las particularidades que caracterizan la historia de Colon, desde la cuna hasta el sepulcro. En todas sus empresas la ruindad y visible insuficiencia de los medios dan á la ejecucion lustre y realce eminentes.

CAPITULO II.

JUVENTUD DE COLON.

Dejó Colon la universidad de Pavía aun muy jóven, y volvió á Génova á la casa de sus padres. Giustiniani, escritor contemporáneo, asegura en sus anales de aquella república, y lo repiten otros historiadores (1), que permaneció algun tiempo en Génova, siguiendo, como su padre, el oficio de cardador de lana. Su hijo Fernando contradice con indignacion tal aserto, pero sin darnos noticia alguna que supla su lugar (2). La opinion

(1) Anton. Gallo, *de navigatione Columbii, etc.* = Muratori, *t.* 23. = Barta Senarega, *de rebus genuensibus.* Muratori, *t.* 24.

(2) Hist. del Almirante, c. 2.

generalmente recibida es que abrazó desde luego la vida náutica, para la que le habian educado, y á la que le llamaba su genio ardiente y emprendedor. Él mismo dice que empezó á navegar á los catorce años (1).

En una ciudad marítima tiene la navegacion irresistibles atractivos para un jóven de fogosa curiosidad y fantasía, que se promete encontrar cuanto hay bello y envidiable mas allá de sus aguas. Génova ademas, amurallada y estrechada por fragosas montañas, daba corto vado á empresas terrestres, mientras que un opulento y estendido comercio, que visitaba todos los paises, y una marina intrépida, que combatia en todos los mares, llamaban sus hijos á las ondas como á su mas propicio elemento. Toglieta

---

(3) Hist. del Almirante, c. 4.

habla en su historia de Génova de la inclinacion de la juventud á errar en busca de fortuna, con el propósito de volver á fijarse en su pais nativo; pero añade, que de veinte aventureros apenas volvian dos; porque ó morian, ó se casaban en otros paises, ó se quedaban en ellos, temerosos de las tempestades y discordias civiles en que ardia la república (1).

La vida náutica del Mediterráneo se componia en aquellos tiempos de peligrosos viages, y audaces combates y sorpresas. Hasta una espedicion mercantil parecia flota de guerra; y frecuentemente tenia el mercader que abrirse batallando el camino de un puerto á otro. La piratería estaba casi legitimada. Los incesantes feudos entre los estados ita-

(1) Toglieta, Historia de Génova, l. ii.

lianos; los cruceros de los corsarios catalanes; las flotillas armadas por ciertos nobles, especie de soberanos de sus señoríos, que mantenian tropas y bajeles á su sueldo; los barcos y escuadras de aventureros particulares, empleados á veces por gobiernos hostiles, y surcando á veces los mares por su cuenta en busca de ilegal presa; y últimamente, la guerra no interrumpida contra las potencias mahometanas, llenaban los estrechos mares, en que la mayor navegacion se hacia de escenas sangrientas, cruentos combates, y nunca oidos reveses.

Tal fue la escabrosa escuela en que se crió Colon, y hubiera sido altamente interesante observar el primer desarrollo de su carácter entre tantas y tan severas adversidades. Rodeado, cual debia estarlo, de los trabajos y humillaciones que asedian al pobre aventurero en la vida náutica, parece que conservó siempre

elevados pensamientos, y que alimentaba su imaginacion con proyectos de gloriosas empresas. Las rigorosas y varias lecciones de su juventud le dieron aquellos conocimientos prácticos, aquella fecundidad de recursos, aquella indomable resolucion, y aquel vigilante imperio sobre sus propias pasiones, que tanto le distinguieron despues. Asi un ánimo aspirador y un ingenio vigoroso convierten en saludable alimento los amargos frutos de la esperiencia.

Pero todo este instructivo periodo de su historia está cubierto de tinieblas. Su hijo Fernando, que mejor que nadie hubiera podido disiparlas, no habla de él tampoco, á no ser para aumentar nuestra perplejidad con algunas escasas é incoherentes vislumbres: quizá un falso orgullo le impide revelarnos la indigencia y obscuridad de que su padre se emancipó tan gloriosamente. Todavía

existen algunas anécdotas vagas y sin conexion entre sí, pero interesantes por la idea que dan de sus padecimientos, y de las aventuras que debieron sucederle. Su primer viage se cree que fuese en cierta espedicion naval, que tenia por objeto el recobro de una corona. Juan de Anjou, duque de Calabria, armó un ejército y escuadra en Génova en 1459, para bajar sobre Nápoles, con la esperanza de ganar y volver aquel reino á su padre el rey Reinier ó Renato, por otro nombre René, conde de Provenza. La república de Génova tomó parte en esta espedicion, suministrando para ella buques y dinero. Tambien iban muchos aventureros particulares que armaron navíos ó galeras, y se pusieron bajo el pabellon de Anjou. Entre estos se dice habia un animoso marino llamado Colombo. Vivian por aquellos tiempos dos capitanes de mar de este nombre, un tio

y un sobrino de bastante celebridad, que Fernando Colon llama sus parientes. Los historiadores hablan de ellos á veces como de gefes marinos de Francia; porque estaba Génova entonces bajo la proteccion, ó mas bien bajo la soberanía de aquel gobierno, y sus bajeles y capitanes identificados con los franceses, por tomar parte en sus espediciones (1). Como los nombres de estos dos navegantes ocurren vagamente en la historia en los tiempos obscuros de la de Colon, han causado mucha perplejidad á algunos de sus biógrafos, que creian que por ellos se designaba al descubridor (2).

Navegó con estos comandantes muchas veces y por largo tiempo (3); y

(1) Supl. de Chaufepie á Baile, v. ii, artículo Colombus.

(2) Véase en las Ilustraciones el artículo Los Colones.

(3) Hist. del Almirante, cap. 5.

se dice que estuvo con el tio en la espedicion de Nápoles. No hay autoridad para afirmar este hecho entre los autores contemporáneos, ninguno de los cuales entra en particularidades acerca de esta parte de su biografía; pero se ha asegurado repetidas veces por escritores posteriores, y las circunstancias esternas concurren á dar peso á su asercion. Está probado que tuvo una vez mando aparte, al servicio del mismo rey de Nápoles, que le empleó en la arriesgada accion de apresar una galera en el puerto de Tunez. Él mismo hace por acaso mérito de esta circunstancia en una de sus cartas á los reyes escrita muchos años despues. *Me sucedió*, dice, *que el rey Reinel (que ya le llevó Dios) me envió á Tunez para tomar la galeota Fernandina; y habiendo llegado cerca de la isla de San Pedro, en Cerdeña, me dijeron que habia dos navios*

y una carraca con la referida galeaza ; por lo cual se turbó mi gente , y determinó no pasar adelante , sino de volverse atras , á Marsella por otro navío y mas gente : yo , que con ningun arte podia forzar su voluntad , convine en lo que querian ; y mudando la punta de la brújula , hice desplegar las velas , siendo por la tarde ; y el dia siguiente al salir el sol nos hallamos dentro del cabo de Cartagena , estando todos en concepto firme de que ibamos á Marsella (1).

No tenemos mas recuerdos relativos á esta osada hazaña, por la que ya se echa de ver aquel espíritu determinado y perseverador que le aseguró el buen éxito de otras mas importantes. El medio de que se valió para aquietar el desconten-

(1) Hist. del Almirante, cap. 4.

to equipage, engañándole acerca de la direccion del buque, es análogo á la estratagema de alterar el diario, que puso en práctica en su primer viage de descubrimientos.

La lucha de Juan de Anjou, duque de Calabria, para apoderarse de la corona de Nápoles, duró como cuatro años, y no tuvo al fin resultado. La parte naval de la espedicion en que Colon se hallaba, se distinguió por su intrepidez; y cuando se vió obligado el duque á refugiarse en la isla de Ischia, unas cuantas galeras recorrieron y sujetaron la bahía de Nápoles (1).

Sigue á estos hechos un intervalo de muchos años, en que apenas se hallan huellas de Colon. Se supone, empero, que los pasaria en el Mediterráneo y por

(1) Véase en las Ilustraciones el art. Espedicion de Juan de Anjou.

el levante, navegando á veces en espediciones comerciales, otras en las belígeras que las disensiones de los estados italianos ocasionaban, y otras, en fin, empeñado en piadosas y predatorias guerras contra los infieles. Por acaso se habla, refiriéndose á él mismo, de su estancia en la isla de Scio, donde aprendió el modo de hacer la almástiga (1).

Ciertos autores posteriores imaginan haber descubierto pruebas de que ejerció un mando importante en la marina de su patria. Chaufepie, en su continuacion de Baile, cita el rumor de que Colon era en 1474 capitan de varios buques genoveses, al servicio de Luis XI de Francia, y que atacó y tomó dos galeras españolas, por via de represalias de la irrupcion de los españoles en el

(1) Historia del Almirante, cap. 4.

Rosellon: asunto sobre que el rey Fernando dirigió una carta de protestaciones y vivas quejas al monarca francés (1). Bossi, en su memoria de Columbus, hace tambien mérito de otra carta encontrada en los archivos de Milan, y escrita en 1476 por dos ilustres caballeros milaneses que volvian de Jerusalen, en que refieren, que en el año anterior, cuando la flota veneciana estaba sobre Chipre para guardar la isla, una escuadra genovesa, mandada por un tal Columbo, pasó por junto á ellos, gritando: *Viva San Giorgio:* grito de guerra de los genoveses, y que se les dejó pasar sin molestarlos, por hallarse en paz las dos repúblicas. El Colombo de que se habla en estas ocurrencias, era muy probablemente el antiguo almirante genovés de

(1) Chantepie, Sup. á Bayle, vol. ii, artículo Columbus.

aquel nombre, quien, segun Zurita y otros historiadores, mandaba por aquel tiempo una escuadra, en la cual llevó al rey de Portugal á la costa francesa del Mediterráneo. Pero como Colon servia frecuentemente bajo su pabellon, pudo haber estado con él en estas ocasiones.

La última noticia dudosa de Colon, durante este obscuro periodo, nos la da su hijo Fernando, asignándole una distinguida parte en cierta accion naval de Colombo el menor, sobrino del que se acaba de nombrar, y que era, segun Fernando afirma, famoso corsario, y tan terrible en sus hechos contra los infieles, que las madres moriscas solian asombrar á los niños con su nombre.

Este audaz marino, habiendo sabido que venian cuatro galeras venecianas, ricamente cargadas de la vuelta de Flandes, las interceptó con su escuadra en la costa portuguesa, entre Lisboa y el ca-

bo de san Vicente. Una desesperada batalla siguió á este encuentro. Se abordaron y encadenaron los buques los unos á los otros, y pelearon las tripulaciones mano á mano y del uno al otro barco. La accion duró desde por la mañana hasta la noche, con inmensa pérdida y carnicería de ambos contendientes. El bajel que Colon mandaba, se batia con una enorme galera veneciana, arrojándole granadas de mano y otros proyectiles incendiarios, hasta haber logrado envolverla en llamas. Y como estaban aferrados los dos navíos con cadenas y garfios de hierro, no pudieron separarse ni evitar el progreso de una conflagracion comun, que no tardó en devorarlos. Las tripulaciones se echaron al agua; y asiendo Colon de un remo que casualmente flotaba al lado suyo, y á fuerza de ser espertísimo nadador, pudo llegar á la orilla, aunque distaba dos leguas.

Le plugo al Altísimo, añade su hijo Fernando, darle fuerza que le preservara para mayores cosas. Despues de recobrarse algun tanto de su debilidad, pasó á Lisboa, donde encontró muchos paisanos suyos, que le persuadieron á que fijase alli su residencia (1).

Tal es la relacion que da Fernando de la primer llegada de su padre á Portugal, y la que han adoptado los historiadores modernos. Aunque no es imposible que Colon se hallase en la dicha batalla, debe tenerse presente que no se dió esta hasta muchos años despues del presente periodo de su vida. Algunos historiadores la ponen en el verano de 1485, esto es, cerca de un año despues que Colon salió ya de Portugal. El solo mo-

(1) Hist. del Almirante, cap. 5. Véase en las Ilustraciones el artículo CAPTURA DE LAS GALERAS VENECIANAS.

do de zanjar contradiccion semejante sin poner en duda la veracidad del historiador, es suponer que Fernando haya confundido alguna otra accion en que estuviese su padre, con la de las galeras venecianas que encontró recordada, sin fecha, por Sabellico.

Desechando, pues, como apócrifa esta romancesca y heróica llegada de Colon á las playas de Portugal, hallaremos en las grandes empresas náuticas en que aquel reino estaba empeñado, amplios alicientes para una persona de su profesion y carácter. Para esto, empero, es necesario pasar la vista por ciertos sucesos relativos á descubrimientos marítimos, que hicieron á Lisboa en aquel tiempo centro de atraccion para los sabios en geografía y ciencias náuticas de todos los paises del mundo.

CAPITULO III.

PROGRESOS DE LOS DESCUBRIMIENTOS BAJO LA PROTECCION DEL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PORTUGAL.

La carrera de los descubrimientos modernos habia empezado poco antes de los tiempos de Colon, y las costas atlánticas del Africa eran en aquel periodo el teatro de las empresas náuticas. Atribuyen algunos su origen á un incidente ocurrido, segun dicen, en el décimo cuarto siglo. Un inglés llamado Macham, yendo á Francia ocultamente con una señora, de quien estaba enamorado, perdió la tierra de vista á impulsos de fuertes vendabales; y despues de errar sin guia por alta mar, llegó á una isla desierta y desconocida, cubierta de bellas

florestas, á que llamaron despues Madeira (1). Otros han tratado esta esposicion como fabulosa, diciendo que las islas Canarias son los primeros frutos de los descubrimientos modernos. Este famoso grupo, las islas afortunadas de los antiguos, adonde colocaron el jardin de las Hespérides, y desde donde empezaba Ptolomeo á contar la longitud, hacia mucho tiempo que se habia perdido para el mundo.

Es preciso confesar que hay algunas tradiciones vagas, por las que se conjetura que habrán recibido las Canarias casuales visitas, á distantes intérvalos de la edad media, ora de la barca estraviada de un árabe, ora de la de un aventurero genovés ó normando; pero todos estos recuerdos estan llenos de incerti-

(1) Véase en las Ilustraciones el artículo DESCUBRIMIENTO DE MADEIRA.

dumbre, y no pueden conducir á ninguna útil consecuencia. Hasta el siglo décimo cuarto no volvieron á descubrirse, ni á entrar en el dominio de los hombres. Desde entonces solian ir á ellas algunos osados navegantes de varios paises. El mayor beneficio que su descubrimiento produjo, fue el de dar ocasion con las frecuentes espediciones que á ellas se hacian, á que se aventurasen los marinos mar adentro en el Atlántico, familiarizándose en cierto modo con sus peligros.

Pero no recibieron los descubrimientos su grande impulso del acaso, sino de los esfuerzos profundamente meditados de un ingenio superior. Fue éste el príncipe Enrique de Portugal, hijo de Juan I, llamado el vengador, y de Felipa de Lancáster, hermana de Enrique IV de Inglaterra. El carácter de este hombre ilustre, cuyas empresas dieron tanto es-

tímulo al genio de Colon, merece particular noticia.

De muy jóven acompañó el príncipe Enrique á su padre al Africa en una espedicion contra los moros, que tuvo por resultado plantar las victoriosas banderas de Portugal sobre las almenas de Ceuta. Enrique se señaló repetidas veces en esta campaña. Pero su inclinacion era mayor por las artes que por las armas, y seguia en medio del tumulto guerrero aquellos estudios mas dignos de un príncipe.

Mientras estuvo en Ceuta, recibió de los moros muchas noticias relativas á lo interior del Africa y á la costa de Guinea, regiones desconocidas á los europeos. Concibió la idea de que se podian hacer descubrimientos importantes, navegando á lo largo de la costa occidental del Africa. Al volver á Portugal se habia convertido esta idea en su princi-

pal y contínuo pensamiento. Separándose del bullicio de la corte se sumergia en el retiro de una casa de campo de los Algarbes, cerca de Sagres, en las inmediaciones del cabo de san Vicente, y en plena presencia del Océano. Allí atrajo al rededor suyo hombres eminentes en las ciencias, y emprendió el estudio de los conocimientos relativos á las artes marítimas. Era escelente matemático, y adquirió con facilidad maestría en la parte astronómica que le enseñaron los árabes españoles.

Al estudiar las obras de los antiguos, habia hallado en ellas lo que él juzgaba pruebas abundantes de que el Africa era circunnavegable, y posible, por lo tanto, llegar á la India costeándola. Le habia causado impresion la narrativa del viage de Eudoxo de Cyzico, que se dió á la vela en el mar Rojo, salió al Océano, y continuó hasta Gibraltar. Corroboraba

este suceso la espedicion de Hannon el cartaginés, que habiendo salido de Gibraltar con una flota de sesenta buques, siguió la costa africana, y se decia haber llegado á las de Arabia (1). Es cierto que varios escritores antiguos habian desacreditado estos viages; y que despues de admitir los geógrafos por mucho tiempo la posibilidad de circunnavegar el Africa, la negó Hipparco, y no se creia desde entonces. Era Hipparco de sentir de que estaba cada mar inscripta y como encerrada en una inmensa taza de tierra, y de que fuese el Africa un continente que se dilataba hácia el polo antártico y rodeaba la mar india para juntarse al Asia mas allá del Ganges. Esta opinion habia recibido asenso y perpetui-

(1) Véase en las Ilustraciones el artículo CIRCUNNAVEGACION DEL AFRICA POR LOS ANTIGUOS.

dad de Ptolomeo, cuyas obras gozaban en tiempo de Enrique la mas alta autoridad geográfica. Pero todavía se inclinaba el príncipe á la creencia de los antiguos, que hacia circunnavegable el Africa, opinion que varios doctos modernos sancionaban. El fijar esta importante cuestion, el practicar en efecto la circunnavegacion del Africa, eran objetos dignos de la ambicion de un príncipe, cuyo ánimo se inflamaba al contemplar los vastos beneficios que recibiria su patria, si el genio portugués llevase á cabo tamaña empresa.

Los italianos ó lombardos, como solian llamarse entonces, hacia mucho tiempo que habian monopolizado el opulento comercio del Asia. Tenian establecimientos mercantiles en Constantinopla y en el mar Negro, para recibir los ricos productos de las islas de las especias, situadas cerca del Ecuador, y las sedas, go-

mas, perfumes, piedras preciosas y otros artículos de comodidad y lujo, egipcios y asiáticos, que distribuian despues por toda la Europa. Las repúblicas veneciana y genovesa se habian elevado á su opulencia por medio de este tráfico. Tenian factorías hasta en los paises mas remotos, sin esceptuar las heladas regiones de la Noruega y de la Moscovia. Emulaban sus mercaderes la magnificencia de los príncipes. Era la Europa entera tributaria de su comercio, á pesar de que se hacia este con lejanas naciones del Oriente, y por los caminos de mas coste y rodeo. Pasaba por varias manos intermediarias, y estaba sujeto á las detenciones y cargas de la navegacion interna, y á las tediosas é inciertas jornadas de las caravanas. Por mucho tiempo se condujeron las mercancías de la India por el golfo de Persia, el Eufrates, el Indo y el Oxo, el mar Caspio

y el Mediterráneo, para enviarlas desde allí á los varios mercados de Europa. Y aun despues que el soldan de Egipto conquistó los árabes y volvió el comercio á su canal primitivo, todavía era demasiado costoso y tardío; porque se traian sus preciosos géneros por el mar Rojo, y de allí á lomo de camello hasta las orillas del Nilo, de donde se transportaban á Egipto para entregarlos á los mercaderes italianos. Y mientras absorvian asi el tráfico del Oriente, unos monopolistas aventureros subian los precios de todos los artículos, en razon del coste de su conduccion.

El príncipe Enrique concibió la grande idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino fácil y directo hasta los manantiales de este comercio, y atraerlo repentinamente á un canal sencillo y nuevo, que derramase abundosas corrientes de oro en su patria. Pero los

pensamientos de Enrique eran demasiado elevados para su siglo. Tenia que luchar con la ignorancia y preocupaciones del género humano, y que sufrir las dilaciones á que estan sujetos los ánimos vivos y penetrantes para asegurarse la tardía cooperacion de la dudosa estupidez. La navegacion del Atlántico estaba aun en su infancia; y aunque algunos se aventurasen á cortar sus aguas, miraban generalmente los marineros con desconfianza aquella espansion turbulenta que parecia carecer de límites. No se apartaban jamas de las costas en sus viages, temerosos de perder de vista las señales de tierra que guiaban su pusilánime navegacion. Cualquier levantado cabo, cualquier estendido promontorio, era para ellos un muro que atajaba sus progresos. Rodeaban tímidamente las playas de Berbería, creyendo haber acabado inmortales hazañas, si se alarga-

ban algunos grados mas allá del estrecho de Gibraltar. El cabo de Non, término de las antiguas empresas, fue por mucho tiempo el límite de su audacia; vacilaban al doblar aquella peñascosa punta azotada por las olas y los vientos que amenazaba lanzarlos sin guia por medio de las ignotas y desamparadas regiones del Océano.

Ademas de estos vagos temores tenian otros que hasta la buena filosofia sancionaba. Corria admitida generalmente la antigua teoría de las zonas, y pensaban en consecuencia que ceñia la tierra hácia el Ecuador una banda, por la que llevaba el sol su fúlgida vertical carrera, separando los dos hemisferios con regiones de impasables calores. El crédulo marinero suponia que fuese el cabo Boyador el último lindero posible de las navegaciones humanas; y decia la superstición de aquellos tiempos, que quien quiera

que le doblase, no volveria jamas (1). Y las rápidas corrientes de sus cercanías, y las furiosas resacas que hieren sus áridas costas, acrecentaban el desmayo de los que llegaban á contemplarlas. Pensaban que estuviese mas allá la region temible de la zona tórrida, abrasada por los rayos constantes de un sol asolador, region de fuego, en que hasta las ondas que se estrellaban sobre las playas hervian á impulso del fervor intolerable de los cielos.

Para disipar estos errores, y dar á la navegacion un campo proporcionado á la grandeza de sus designios, apeló el príncipe Enrique al auxilio de las ciencias. Estableció un colegio naval, y erigió un observatorio en Sagres, á donde atrajo los mas distinguidos profesores de

(1) Mariana, Historia de Esp., lib. II, cap. 22.

las facultades náuticas, poniendo de presidente á Jaime de Mallorca, hombre docto en la navegacion, y hábil en el dibujo de cartas y en la construccion de instrumentos.

Pronto se conocieron los buenos efectos de este instituto. Se reunieron los dispersos conocimientos geográficos y marítimos, formando de todos un sistema bien ordenado. Se mejoró sobre manera la composicion de los mapas. La aguja de marear se generalizó entre los portugueses, y adquirió el marinero nueva audacia al ver que le era dado navegar en el mas nebuloso dia, y en medio de la noche mas obscura. Animada la marina portuguesa por estas ventajas, y estimulada por la munificencia del príncipe Enrique, no tardaron en darle nombre la grandiosidad de sus empresas, y la estension de sus descubrimientos. Se dobló el cabo Boyador y se penetraron

las regiones de los trópicos, arrancándoles sus imaginarios terrores. Se esploraron las costas africanas desde cabo Blanco hasta cabo Verde, y éste, y las islas Azores que distan trescientas leguas del continente, salieron rescatadas del poderoso olvido del Océano.

Para asegurar la pacífica prosecucion y goce de estos descubrimientos, obtuvo Enrique la proteccion de una bula pontificia, concediendo á la corona de Portugal la soberanía de cuantas tierras pudiese descubrir en el Atlántico, hasta la India inclusive, con indulgencia plenaria para los que muriesen en las necesarias espediciones; amenazando al mismo tiempo con los anatemas de la Iglesia á quien quiera que pretendiese intervenir en tan cristianas conquistas (1).

---

(1) Vasconcelos, Hist. de Juan II.

Enrique murió el 13 de noviembre de 1473, sin lograr el grande objeto de su ambicion. Muchos años se pasaron antes que Vasco de Gama, siguiendo con una flota portuguesa el rumbo que él habia indicado, realizase sus predicciones doblando el cabo de Buena Esperanza, navegando á lo largo de las costas indianas del sur, y abriendo ancho camino al comercio de las opulentas regiones del oriente. Pero no murió Enrique sin haber recogido algunos de los preciosos frutos que su espíritu bueno y grandioso habia sembrado. Gozó la dicha de ver su patria en la carrera de la prosperidad. Los descubrimientos de los portugueses eran la admiracion y sorpresa del siglo décimo quinto; y el Portugal, una de las menores naciones, se situó rápidamente entre las principales. No efectuaron este cambio las armas, sino las artes; no las estratagemas diplomá-

ticas, sino la sabiduría de un colegio. Fue la grande obra de un príncipe, á quien han pintado justamente como *lleno de pensamientos de actos sublimes y empresas generosas;* y que tuvo por divisa este magnánimo mote: *talento para hacer bien:* el solo digno de la ambicion de los príncipes (1).

Enrique encomendó á su patria al morir, que prosiguiese los descubrimientos del camino de la India. Habia formado compañías y asociaciones, que alistaron el celo mercantil en tan noble causa, haciéndola objeto de interes y competencia entre ánimos emprendedores (2). Frecuentemente se entregaba Lisboa al tumulto animador de dar al mar nuevas escuadras, ó de escuchar las

(1) Joam de Barros, Asia, decad. I.

(2) Lafitau, Conquêtes des Portugais, t. i. l. I.

noticias de las que volvian despues de haber esplorado desconocidos rumbos, y visitado estrañas naciones. Todo se lo prometian, y resonaban por todas partes ardientes esperanzas. Las hordas miserables de la costa africana les parecian poderosos pueblos; y las noticias de los opulentísimos paises que mas lejos se encontraban, infundian nueva curiosidad y audacia en los viageros. Era todavía el crepúsculo de la ciencia geográfica: la imaginacion marchaba á la par de los descubrimientos; y á medida que estos progresaban lenta y cautamente por su difícil senda, poblaba aquella de prodigios cuanto no se habia visto todavía. La fama de los descubrimientos portugueses y de sus contínuas espediciones atrajo la atencion del mundo. Los estrangeros de todos los paises, los letrados, los aventureros y los curiosos acudian á Lisboa para enterarse de las particulari-

dades, y gozar de las ventajas de tan pingües empresas. Entre estos se hallaba Cristóbal Colon, bien fuese arrojado á las playas como se ha dicho por resultado fortuito de una desesperada aventura, ó bien atraido por noble curiosidad y en pos de una fortuna honrosa (1).

CAPITULO IV.

RESIDENCIA DE COLON EN LISBOA. — IDEAS RESPECTO Á LAS ISLAS DEL OCEANO.

Llegó Colon á Lisboa en 1470. Estaba entonces en el pleno vigor de su vida, y poseia una presencia halagüeña. Su hijo Fernando, Las Casas y otros contempo-

(1) Herrera, decad. I, lib. I.

ráneos han dado minuciosas descripciones de su persona (1). Segun estas era alto, bien formado, muscular y de un continente magestuoso y noble. Tenia el rostro largo, y ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; la nariz aguileña; altos los huesos de las mejillas; los ojos grises claros y fácilmente animados; el conjunto del semblante lleno de autoridad. Los cabellos rubios en su juventud; pero los cuidados y desazones, segun Las Casas, se los habian encanecido muy desde el principio, y á los treinta años ya estaban del todo blancos. Era moderado y sencillo en ropas y alimentos, elocuente en sus discursos, afable con los estraños, y tan cariñoso y suave en la vida doméstica, que le idolatraban todos sus dependientes. La mag-

(1) Hist. del Almirante, c. 3. Las Casas, Hist. Ind., l. i, c. 2. MS.

nanimidad de su ánimo subyugó su genio irritable (1), y le hizo adquirir un comportamiento urbano y una plácida gravedad, que no le permitian el uso de la menor intemperancia en sus palabras. Se distinguió toda su vida por la exactitud con que atendia al cumplimiento de los actos religiosos, y por la observancia estricta de los ayunos y ceremonias de la Iglesia; ni consistia su piedad en meras formas, sino que participaba de aquel solemne y elevado entusiasmo que resplandecia con tanto brillo en su carácter.

Acostumbraba en Lisboa asistir á los oficios divinos en la capilla del convento de todos los Santos, donde residian á la sazon ciertas señoras principales. Hizo conocimiento con una de ellas, llamada doña Felipa Moñis de Palestrello, hija

(1) Illescas, Hist. Pontifical. l. vi.

de Bartolomé, caballero italiano, altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, y que habia colonizado la isla de Puerto-Santo, y sido gobernador de ella. Este conocimiento se convirtió pronto en cariño, y acabó en matrimonio. Debió ser alianza de puro afecto, pues que la esposa no llevaba dote alguno.

Por esta union se fijó Colon en Lisboa. Como el padre de su muger habia muerto, fueron los recien esposados á vivir con la madre; quien, advirtiendo el interes que tomaba Colon en todo asunto marítimo, le comunicó cuanto sabia de los viages y espediciones de su esposo, entregándole tambien los papeles, cartas, diarios y apuntes que de él le habian quedado (1). Eran estos otros tan-

(1) Oviedo, Crónica de las Indias, l. ii, cap. 2.

tos tesoros para Colon. Por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas; y habiéndose naturalizado en Portugal á causa de su casamiento y residencia, iba á veces á las espediciones de la costa de Guinea. Cuando estaba en tierra, se ocupaba en dibujar mapas y cartas para mantener á su familia. Sus circunstancias eran muy estrechas, y tenia que observar grande economía: sin embargo, se dice que reservaba parte de sus escasos medios para socorrer en Génova á su anciano padre, y para ayudar á la educacion de sus hermanos menores (1).

La construccion de una carta ó mapa correcto exigia en aquellos tiempos suficiente instruccion y esperiencia para distinguir al que las poseia. La ciencia

(4) Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, l. ii.

geográfica estaba apenas saliendo de las tinieblas en que habia yacido muchos siglos envuelta. Ptolomeo gozaba aun de indisputable autoridad. Manifiestan los mapas de la décima quinta centuria una estraña mezcla de verdad y de error, en que se confunden las fábulas populares y las conjeturas mas estravagantes, con los hechos consignados por la antigüedad, y con otros que los descubrimientos recientes habian revelado. En una época en que buscaba la inclinacion por la ciencia marítima cuantos auxilios pudiesen facilitar sus empresas, el conocimiento y habilidad de un cosmógrafo como Colon, y la estraordinaria correccion de sus mapas y cartas debieron hacerle notable entre los doctos (1). En

(1) La importancia que empezó á darse á la ciencia cosmográfica, se manifiesta por las distinciones que alcanzó Mau-

consecuencia, le hallamos ya al principio de su residencia en Lisboa, correspondiéndose con Pablo Toscanelli, flo-

---

ro, religioso italiano, en premio de haber proyectado un mapa universal, que pasaba por el mas exacto de aquel tiempo. El docto Zurla publicó un *fac-simile* de este mapa, con un comentario geográfico, de cuya obra existe hoy un ejemplar en el Museo de Lóndres. Los venecianos abrieron una medalla en honor suyo, en la que le llamaban *Cosmographus incomparabilis*. (Colline del Bussol. Naut. p. 2, c. 5.) Sin embargo, Ramusio, que habia visto este mapa en el monasterio de Santo Michele de Murano, le considera solo como una mera copia corregida, del que trajo Marco Polo del Cathay. (Ramusio, t. ii, p. 17. Ed. venet. 1606.) Tambien se dice, que Amerigo Vespuccio pagó ciento y treinta ducados (equivalentes á quinientos cincuenta y cinco pesos fuertes de nuestra mo-

rentino, y uno de los hombres mas doctos de aquella era, cuyas comunicaciones influyeron mucho para animar á Colon á emprender su carrera posterior.

Al paso que sus trabajos geográficos le elevaban hasta ponerle en comunicacion con los doctos, tambien debieron alimentar en su mente pensamientos análogos á las empresas náuticas. La comparacion constante de mapas y cartas, y el exámen de los progresos y direccion de los descubrimientos, le harian percibir la estension de aquella parte del mundo que no se conocia, y meditar sobre los medios de esplorarla. Sus negocios domésticos, y las relaciones que por su casamiento habia formado, eran tam-

---

neda) por un mapa de mar y tierra, hecho en Mallorca en 1439, por Gabriel de Velasca. (Barros, D. l. i, c. 15. Terroto por Cofino. Intend. p. 25.)

bien adecuadas para enriquecer esta vena de especulaciones. Habitó algun tiempo en la isla de Puerto-Santo, recientemente descubierta, donde su muger habia heredado cierta propiedad, y donde le dió un hijo que se llamó Diego. Esta residencia le trajo, por decirlo así, á la frontera de los descubrimientos. Una hermana de su muger estaba casada con Pedro Correa, navegante de nota, que tambien habia sido gobernador de Puerto-Santo. La frecuencia con que los dos cuñados debieron juntarse en el trato familiar de la vida doméstica, no pudo menos de suministrarles ocasiones en que hablar de los descubrimientos que cerca de ellos se estaban haciendo por las costas africanas, de la por tanto tiempo buscada carrera de la India, y de la posibilidad de que existiesen algunas tierras desconocidas al occidente.

Tambien debian recibir en su isla

frecuentes visitas de los viageros de Guinea. Viviendo, pues, entre la agitacion y bullicio de los descubrimientos, y con personas que por ellos habian alcanzado honor y fortuna; y viajando siempre por los mismos senderos de sus recientes triunfos, tuvo el ánimo ardiente de Colon que inflamarse entusiasmadamente por su causa. Fue el suyo periodo de estímulo general para cuantos estaban relacionados con la vida marítima, ó residian en la vecindad del Océano. Los últimos descubrimientos habian enardecido sus fantasías, y llenádolas de imágenes de otras islas mas bellas y ricas, que aun estarian por descubrir en los ilimitados desiertos del Atlántico. Volvieron á circular las opiniones y las fábulas de los antiguos. Se citaba á menudo el cuento de Antilla, grande isla del Océano, descubierta por los cartagineses, y encontró nuevos y firmes cre-

yentes la imaginaria Atalante de Platon. Algunos creian que no eran las Canarias ni las Azores mas que despojos que habian sobrevivido á su sumersion, y que podian existir en partes mas remotas del Atlántico fragmentos mayores y mas apetecibles de ella.

Uno de los síntomas que manifiestan la escitacion del espíritu público en aquella época, es la multitud de rumores que circulaban respecto á islas desconocidas, vistas casualmente en el Océano. Muchos de ellos eran meras fábulas, compuestas para alimentar el humor predominante del público; otras tenian su origen en las acaloradas imaginaciones de los viageros, que se engañaban creyendo islas las nubes de verano apiladas en el horizonte, y que tanta semejanza tienen con el aspecto de distantes tierras.

Un tal Antonio Leone, vecino de Madeira, le dijo á Colon que navegan-

do hácia el occidente como unas cien leguas mar adentro, habia visto tres islas desde lejos. Pero los hechos de esta especie que con mas seguridad se contaban, y con mas celo se defendian, eran los que una estraña ilusion óptica habia hecho concebir á la gente de Canarias. Pensaban que de cuando en cuando se aparecia hácia el occidente una isla con encumbradas montañas y profundos valles. No la divisaban en tiempos nebulosos ni obscuros, sino en aquellos dias serenos que los climas de los trópicos gozan; vianla entonces con toda la precision con que pueden discernirse los objetos distantes en una atmósfera pura y transparente. Verdad es que solo se descubria la isla á ciertos intérvalos, sin que otras veces pudiese percibirse el menor vestigio de ella, por diáfano que el aire estuviese; pero cuando se alcanzaba á ver, era siempre en el mismo sitio y

bajo la misma forma. Tan persuadidos estaban los canarios de su realidad, que solicitaron del rey de Portugal permiso para descubrirla y tomar posesion de ella, llegando á ser objeto de muchas espediciones. La isla, empero, no pudo jamas hallarse, aunque continuaba engañando la vista como antes.

No habia especie de nocion fantástica, dislocada ni grandiosa, que no se formase con respecto á esta tierra imaginaria. Algunos suponian que fuese la Antilla de Aristóteles; otros la isla de las siete ciudades, asi llamada de una antigua leyenda de otros tantos obispos, que con grande multitud de fieles huyeron de España cuando la conquista de los moros, y fueron guiados por el cielo á una isla desconocida del Océano, adonde fundaron siete espléndidas ciudades; mientras otros la consideraban, en fin, como la isla tambien milagrosa, en que

segun la leyenda desembarcó en la sesta centuria un santo sacerdote escocés, llamado san Brandan. Esta última opinion se adoptó generalmente, y la fantástica isla recibió nombre de san Brandan ó san Borondon, y se continuó poniendo mucho tiempo en los mapas, al occidente de Canarias (1). Lo mismo sucedió con la fabulosa isla de *Antilla*; y estos erróneos mapas y soñadas islas han dado en diversas épocas origen á la creencia, de que el Nuevo-Mundo habia sido conocido antes del periodo en que generalmente se coloca su descubrimiento.

Colon, empero, considera todas estas apariencias de tierra como meras ilusiones, suponiendo que deben haberlas causado algunas rocas del mar, que vis-

---

(1) Véanse las Ilustraciones artículo Isla de san Brandan.

tas desde ciertas distancias y bajo ciertas influencias atmosféricas, tomarian la forma de islas, ó que quizá habrán sido islas flotantes, como aquellas de que hablan Plinio, Séneca y otros, compuestas de retorcidas raices, ó de piedras porosas y ligeras, cubiertas de árboles, y que fácilmente puede el viento hacer flotar en varias direcciones.

Las islas de san Brandan, de Antilla y de las siete ciudades han quedado reducidas, ya hace mucho tiempo, á cuentos fabulosos, ó ilusiones atmosféricas. Pero son interesantes las anécdotas que de ellas tratan, porque manifiestan el estado de la opinion pública con respecto al Atlántico, cuando no se conocian aun sus regiones occidentales. Todas las anotó Colon cuidadosamente, y pudieran haber tenido alguna influencia en sus raciocinios; pero aunque de genio visionario, buscaba su ánimo profundo

fuentes mas ricas para la meditacion. Estimulado por el impulso de los sucesos diarios, volvió, dice su hijo Fernando, á estudiar de nuevo los autores de geografía que ya le eran conocidos, y á analizar por principios las razones astronómicas que pudiesen corroborar aquella grande teoría que se iba formando en su mente. Se familiarizó con cuanto se habia escrito por los antiguos y descubierto por los modernos, relativo á la geografía. Sus propios viages le habilitaron para corregir muchos de los errores, y saber apreciar muchos de los principios de aquella ciencia, tal cual estaba entonces. Y habiendo su ánimo tomado decididamente este giro, es interesante examinar la masa de hechos reconocidos, de plausibles hipótesis, de narrativas fantásticas y rumores populares, de donde formó el grandioso proyecto de descubrimientos, á fuerza de trabajar para

ello con toda la energía y constancia de un vigoroso ingenio.

CAPITULO V.

RAZONES EN QUE FUNDABA COLON SU CREENCIA DE QUE HUBIESE TIERRAS DESCONOCIDAS EN EL OCCIDENTE.

Se ha intentado esplicar en el capítulo anterior, cómo el espíritu y sucesos del tiempo en que vivia, llevaron gradualmente á Colon á la concepcion de su gran designio. Su hijo Fernando trata de darnos la data precisa, en que fundó el padre su plan de descubrimientos (1). *Lo que hace*, segun dice, *para mostrar de cuán débiles argumentos se fabricó*

(1) Hist. del Almirante, cap. 6, 7, 8.

y nació tan gran proyecto; y para satisfacer á los que deseen saber distintamente las circunstancias y motivos que le llevaron á emprender tal obra.

Como se formó esta esposicion de las notas y documentos hallados entre los papeles de su padre, es muy interesante y curiosa para no merecer particular atencion. Esplica en ella los fundamentos de la teoría de Colon, bajo tres títulos diversos: primero, la naturaleza de las cosas: segundo, la autoridad de doctos escritores: tercero, las relaciones de los navegantes.

Bajo el primer título establece como principio fundamental, que era la tierra una esfera ó globo, que se podia andar al rededor de oriente á occidente, y que cuando estaban los hombres en puntos diametralmente opuestos, tambien sus pies y cabezas tenian direccion opuesta. La circunferencia de oriente á

occidente en el Ecuador, la dividia Colon, siguiendo á Ptolomeo, en veinte y cuatro horas de quince grados cada una, que hacen trescientos y sesenta grados. De estas imaginaba al comparar el globo de Ptolomeo con los primeros mapas de Marino de Tiro, que conocian los antiguos las quince horas que se estienden desde el estrecho de Gibraltar, ó mas bien desde las islas Canarias, á la ciudad de Thinae en Asia, lugar considerado como término oriental del mundo conocido. Los portugueses habian hecho retroceder la frontera occidental con el descubrimiento de las Azores y del cabo de islas Verdes, que le aumentaba una hora ó quince grados. Restaban, pues, segun el cálculo de Colon, ocho horas, ó séase la tercera parte de la circunferencia terrestre, desconocidas y por esplorar. Este espacio podian llenarlo en gran parte las regiones orientales del

Asia, si se estendiesen tanto que casi rodearan el globo, aproximándose á las costas occidentales de Europa y de Africa. La estension del Océano entre los continentes no seria tanta como pudiera suponerse á primera vista, si se admite la opinion de Alfrangano el árabe, que disminuyendo el tamaño de los grados, daba á la tierra menor circunferencia que otros cosmógrafos; teoría adoptada por Colon á veces. Concediendo, pues, estas premisas, era innegable, que si se seguia un rumbo directo de oriente á occidente, llegaria el marinero á las estremidades del Asia, y descubriria cualesquiera tierras que interpuestas hubiese.

Bajo el segundo título se nombran los autores cuyos escritos ayudaron á convencerle de que el Océano interpuesto era de moderada espansion y fácil de atravesar. Entre estos cita las opiniones

:

de Aristóteles, Séneca y Plinio, afirmando que se podia ir de Cádiz á las Indias en unos pocos de dias; y la de Estrabon (1), que dice, que el Océano rodea la tierra, y baña en el oriente las costas de la India, y en el occidente las de España y Mauritania, siendo fácil navegar de una de estas regiones á la otra en el mismo paralelo.

En corroboracion de la idea de que el Asia, ó como él siempre la llama, la India, se dilata tanto hácia el oriente, que ocupa la mayor parte del no esplorado espacio, se citan las narraciones de Marco Polo, y de Juan Mandeville. Estos viageros habian visitado en las centurias décima tercia y décima cuarta remotas partes del Asia, mucho mas lejanas que los límites de Ptolomeo; y sus

(1) Strab. Cos. l. I, II.

relaciones de la estension oriental de aquel continente tuvieron gran parte en convencer á Colon de que un corto viage hácia el occidente le llevaria á sus costas ó á las dilatadas y ricas islas vecinas. Las noticias relativas á Marco Polo las recibió probablemente del ya nombrado Pablo Toscanelli, célebre doctor florentino, con quien en 1474 estaba en correspondencia, y de quien recibió copia de una carta anteriormente dirigida por Toscanelli á Fernando Martinez, docto canónigo de Lisboa. Se sustentaba en ella la facilidad de llegar á la India por el rumbo occidental, asegurando que solo habia cuatro mil millas de distancia en línea recta desde Lisboa á la provincia de Mangui, cerca del Cathay, reconocida despues como la costa del norte de la China. Daba una descripcion magnífica de estos paises, tomada de la obra de Marco Polo. Añadia,

que se encontraban por el camino las islas de Antilla y Cipango, distantes entre sí solo doscientas veinte y cinco leguas, abundantes en riquezas, y con buenos puertos, á donde podian tocar los buques, y obtener auxilios y refrescos para el viage.

Bajo el título tercero se enumeran varias indicaciones de tierras occidentales que habia el mar traido á las costas del mundo antiguo. Es de observar, cómo el ánimo de Colon, ya entregado al exámen de esta teoría, contemplaba cuantas circunstancias podian corroborarla, por vagas y triviales que fuesen. Parece que daba atento oido hasta á las escasas noticias derivadas de los marineros veteranos, que habian servido en los recientes viages á las costas africanas; y tambien á las de los habitantes de las islas acabadas de descubrir, que vivian en cierto modo en los puestos fronterizos

de los conocimientos geográficos. Todas estas se encuentran cuidadosamente anotadas en sus apuntes, quizá para que se grabasen mas profundamente entre los hechos y opiniones que ya enriquecian su entendimiento.

Tal es, por ejemplo, la circunstancia que le refirió Martin Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal, de que navegando á cuatrocientas cincuenta leguas al oeste del cabo de san Vicente, sacó del agua un pedazo de madera entallada, cuyos adornos se habian labrado, al parecer sin instrumentos de hierro. Como los vientos le traian del occidente, podia venir de alguna tierra desconocida de aquella region.

Tambien se dice que Pedro Correa, el cuñado de Colon, habia visto en la isla de Puerto Santo otro madero arrojado á ella por los mismos vientos; y que le habia oido hablar al rey de Portugal de

ciertos juncos de grande tamaño que habian venido flotando del occidente. Colon creia reconocer, por su descripcion, las inmensas cañas que segun Ptolomeo crecen en la India.

Se encuentran del mismo modo anotados los informes que le dieron los habitantes de las Azores, relativos á ciertos troncos de desmesurados pinos, desconocidos en todas las islas, é igualmente arrojados á sus playas por los vientos occidentales; pero con mas especialidad, de dos cuerpos muertos que dejó el mar en la isla de las Flores, y cuyas facciones diferian mucho de las de todas las razas conocidas de los hombres.

Hay ademas de estas, la relacion de un marinero del puerto de santa María, que aseguraba, que viajando para Irlanda habia visto tierra al occidente, y oido decir á la tripulacion, que seria algun estremo promontorio de la Tarta-

ria. Otros cuentos semejantes se hallan asi mismo anotados, y varios rumores respecto á las islas de san Brandan, y de las siete ciudades á que Colon, como ya se ha dicho, daba poquísimo crédito.

Tal es el estracto de las razones de donde, segun Fernando, partia su padre, procediendo despues de posicion en posicion hasta concluir, que habia tierras desconocidas en la parte occidental del Océano, que podia llegarse á ellas, que eran fértiles, y finalmente que estaban habitadas.

Es evidente que muchos de los hechos arriba enumerados debieron venir al conocimiento de Colon, despues que ya sus opiniones estaban formadas, y que solo servirian para fortalecerlas; pero todo lo que ilustra el proceso de pensamientos que condujeron á tan grandioso resultado, es altamente interesante; y el

órden de deducciones que aquí se presenta, aunque quizá no tenga el encadenamiento mas lógico, por estar sacado de los papeles mismos de Colon, ocupará siempre un lugar distinguido entre los documentos mas importantes de la historia de la razon humana.

Si se considera esta esposicion atentamente, se echará de ver desde luego, que el grande argumento que indujo á Colon á emprender sus descubrimientos, fue el comprendido bajo el primer título, á saber: que la parte mas oriental del Asia conocida por los antiguos, no podia estar separada de las islas Azores, mas que por la tercera parte de la circunferencia del globo; que el espacio interpuesto debia de estar en parte ocupado por el resíduo desconocido del Asia; y que como la circunferencia del mundo era menor de lo que generalmente se suponia, podria llegarse á las costas asiá-

ticas por medio de un moderado viaje al occidente,

Mucha parte del éxito de esta grande empresa se debió á dos felices errores: la estension imaginaria del Asia hácia el oriente, y la supuesta pequeñez de la tierra: errores ambos de los mas doctos y profundos filósofos, pero sin los cuales apenas hubiera osado Colon aventurarse en su posterior carrera. En cuanto á la idea de encontrar tierra navegando directamente al occidente, nos es tan familiar ahora, que disminuye en cierto modo el mérito de la concepcion primera, y la valentía del primer ensayo: pero en aquellos tiempos, como algunos han observado con razon, no se conocia la circunferencia del globo; nadie podia negar que fuese inmensa la estension, é imposible la travesía del Océano, ni se habian descubierto aun las leyes de la gravedad específica, ni de

la gravitacion central, que supuesta la redondez del mundo, hacen evidente el poder rodearle (1). La posibilidad, pues, de encontrar tierras navegando al occidente, era uno de aquellos misterios de la naturaleza que se consideran increibles, mientras son objetos de mera especulacion, y verdades las mas sencillas despues de haberse penetrado.

Cuando hubo establecido Colon su teoría, se le fijó en el ánimo con singular firmeza, influyendo mucho en su carácter y conducta. Jamas hablaba de ella dudosa ni tímidamente, sino con tanta certeza, como si por sus propios ojos hubiese visto la prometida tierra y tocádola con sus manos. No habia adversidad

---

(1) Malte-Brun, Géographie universelle, t. XIV. Note sur la découverte de l'Amérique.

ni desengaño alguno que pudiese distraerle de la vigorosa prosecucion de su objeto. Se mezclaba con sus meditaciones un profundo sentimiento religioso, que las matizaba á veces de supersticion; pero de una supersticion grandiosa y sublime, mirándose como instrumento del cielo, escogido entre los hombres y las generaciones para cumplir sus altos designios; y suponia haber visto sus contemplados descubrimientos predichos en las sagradas Escrituras, y anunciados tambien en las místicas revelaciones de los profetas. Se juntarán los estremos de la tierra, y todas las naciones y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor. Esta habia de ser la consumacion triunfante de su empresa; poner las mas remotas y desconocidas regiones del universo en comunion con la cristiana Europa; llevar la luz de la verdadera fe á las tenebrosas repúblicas paganas, y

reunir sus innumerables naciones bajo el santo dominio de la Iglesia.

El entusiasmo de sus conceptos daba elevacion á su ánimo, y magnanimidad y grandeza á su conducta. Conferenciaba con los soberanos, casi como si fuesen sus iguales. Sus proyectos eran régios, altos y sin límites; los descubrimientos que proponia, eran de imperios; las condiciones, de proporcionada magnificencia; y no quiso nunca, ni aun despues de largas dilaciones, repetidos desengaños y amargos padecimientos bajo la opresion de la penuria y la indigencia, rebajar en lo mas mínimo las que se creian entonces estravagantes peticiones, por la mera posibilidad de un descubrimiento.

Los que no podian entender cómo un ingenio ardiente y dilatado llegaria á tan firme conviccion por medio de razones presuntivas, buscaron varios mo-

dos de esplicarlo. Despues que un glorioso resultado estableció la exactitud de las opiniones de Colon, se intentó probar que habia recibido prévios informes, relativos á las tierras que pretendia descubrir. Entre otros esfuerzos se hizo el de circular una ociosa historia de cierto viejo piloto que habia muerto en su casa, dejándole relacion circunstanciada de unos paises desconocidos hácia el occidente, á los que le habian echado vientos contrarios. Este cuento no tenia mas fundamento, segun Fernando Colon, que cualquiera de las consejas populares acerca de la fantástica isla de san Brandan, que un capitan portugues imaginó haber visto mas allá de Madeira, á su vuelta de Guinea. Circuló, empero, por algun tiempo como un rumor despreciable, alterado y dispuesto segun las miras de los que deseaban obscurecer la gloria de Colon. Al fin logró imprimirse,

y varios historiadores lo repitieron, cambiándolo de forma á cada narrativa, y con mil contradicciones é improbabilidades (1).

Tambien apareció la asercion de que fue Colon precedido en sus descubrimientos por Martin Behem, cosmógrafo contemporáneo que habia desembarcado accidentalmente en la costa del sur de América, en el discurso de una espedicion africana; y que hizo Colon su viage á la ayuda de un mapa ó globo de la proyeccion de Behem, en que estaban designados los paises recien descubiertos. Este rumor se originó de una desatinada interpretacion de cierto manuscrito latino, sin documentos que lo justificasen; tuvo á pesar de todo partidarios, y no

---

(1) Véase en las Ilustraciones el artículo RUMOR ACERCA DEL PILOTO QUE MURIÓ EN CASA DE COLON.

hace muchos años que le hicieron revivir con mas celo que discrecion; pero en el dia descansa ya victoriosamente refutado. La tierra que visitó Behem era la costa del Africa, mas allá del Ecuador; la proyeccion de su globo no se concluyó hasta el año de 1492, mientras Colon estaba ausente en su primer viage; y el no contener traza alguna del nuevo mundo, es una prueba concluyente de que su existencia le era desconocida al autor (1).

Hay, por desgracia, en las letras cierto espíritu entremetido é impertinente, que con hábito de docto exámen sigue, espiándolas, las huellas de la historia, mina sus monumentos, y daña y mutila sus mas hermosos trofeos. Pero los gran-

(1) Véase en las Ilustraciones el art. Behem.

des nombres deben vindicarse á toda costa de tan perniciosa erudicion, cuyo conato no es otro que paralizar la saludable doctrina que encierra en sí la historia, al darnos ejemplos de lo que puede acabar el ingenio humano, entregado á laudables empresas. Con este objeto se ha hecho por describir esmerada y luminosamente en los capítulos anteriores el origen y progresos de tan grande idea en el entendimiento de Colon, para hacer ver que fue hija de su ingenio, vivificada por el impulso del siglo, y esclarecida por las vislumbres dispersas de la ciencia, cuya luz recibian en vano las inteligencias comunes.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA DE COLON CON PABLO TOSCANELLI. — SUCESOS DE PORTUGAL RELATIVOS Á DESCUBRIMIENTOS.

Aunque ya en 1474 habia concebido Colon el designio de buscar un camino occidental para la India, estaba aun crudo é inmaturo en su mente. Asi aparece de su correspondencia del verano de aquel año con el docto florentino Pablo Toscanelli. En una carta de este, respondiendo á otra de Colon, aplaude el proyecto que su corresponsal habia formado de hacer un viage al occidente. Y para demostrar la facilidad de llegar á la India en aquella direccion, le envia un mapa, proyectado en parte segun Ptolomeo, y en parte con arreglo á las

descripciones del veneciano Marco Polo. La costa oriental del Asia se suponia en él enfrente de las occidentales del Africa y de Europa, con un moderado espacio de mar entre ellas, en que se colocaban, á convenientes distancias, Cipango, Antilla y otras islas (1). Mucho animaron á Colon la carta y mapa de Toscanelli, uno de los mas hábiles cosmógrafos de su tiempo. Parece que se procuraria Toscanelli la obra de Marco Polo, que se habia traducido á varias lenguas, y exis-

---

(1) Dice Las-Casas (l. i, cap. 12.) que tenia en su poder, al tiempo de escribir su historia, este mapa, por el que Colon navegó en el primer viage de descubrimientos. Es de lamentar que tan interesante documento se haya estraviado. Puede aun existir entre los armatostes de cartas de los archivos españoles. Pocos documentos de mera curiosidad serian mas preciosos.

tia manuscrita en las mas de las bibliotecas. Este autor da prodigiosas descripciones de las riquezas de Cathay y Mangui ó Mangu, reconocidas despues como las costas norte y sur de la China, á las cuales, segun el mapa de Toscanelli, llegaria sin duda el viagero que navegase en el rumbo directo del occidente. Describe en desmesurados términos el poder y grandeza del soberano de aquellos dominios, el gran Khan de Tartaria, y la magnitud y esplendor de sus capitales de Cambaln y Quinsai, y los portentos de las islas de Cipango ó Zipangui, que se supone designan el Japon. Esta isla la situa enfrente de Cathay, quinientas leguas dentro del Océano, y dice que abundaba en oro, piedras preciosas y otros ricos artículos de comercio, y que tenia un monarca, cuyos alcázares estaban cubiertos con tejas de oro, asi como los palacios de otros paises

las tienen de plomo. Muchos creian fabulosas las narrativas de este viagero; pero aunque llenas de magníficas exageraciones, se ha probado despues, que son substancialmente correctas: se hace aqui especial mérito de ellas, por lo que influyeron en la imaginacion de Colon.

La obra de Marco Polo es la verdadera llave de muchas partes de su historia. En sus instancias á diferentes cortes representa Colon los paises que espera descubrir, como aquellas regiones de inagotable riqueza, descritas por los venecianos. Los territorios del gran Khan eran el objeto de todos sus viajes; y en sus cruceros por las Antillas se lisongeaba sin cesar con la esperanza de hallarse cerca de las islas opulentas de Cipango y de las costas de Mangui y de Cathay (1).

(1) Entre las Ilustraciones hay una

Mientras se maduraba en su razon el designio de emprender los descubrimientos del occidente, hizo Colon un viage al norte de Europa, del cual solo se conserva el pasage que sigue, estractado por Fernando de una de sus cartas. — *En el año de* 1477, *por Febrero navegué mas allá del Tile cien leguas, cuya parte austral dista de la equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como quieren algunos; y no está sita dentro de la línea que incluye el occidente de Ptolomeo, sino es mucho mas occidental; y los ingleses, principalmente los de Bristol, van con sus mercaderías á esta isla, que es tan grande como Inglaterra: cuando yo fui allá, no estaba helado el mar, aunque las mareas eran tan gruesas, que*

---

noticia mas circunstanciada de Marco Polo.

subian veinte y seis brazas, y bajaban otro tanto (1).

La isla que aqui se cita como Thule ó Tile, se supone generalmente que seria Iceland, que está distante al occidente de la última Thule de los antiguos, segun se nota en el mapa de Ptolomeo. Nada mas se sabe de este viage, en que se traslucen empero indicaciones del impaciente deseo y ardor con que queria Colon romper los lindes del antiguo mundo, y lanzarse en las regiones desconocidas del Océano.

Muchos años se pasaron sin ningun esfuerzo decidido de parte de Colon, para llevar á cabo este designio. Su demasiada pobreza le impedia armar los buques, y hacer los preparativos necesarios para tal espedicion. Y como esperaba

---

(1) Hist. del Almirante, c. 4.

ademas encontrar vastos paises de infieles, sin sujecion á poder legal alguno, consideraba que no podia dar principio á su empresa, sino empleado por algun estado soberano, capaz de arrogarse el dominio de los territorios descubiertos, y de recompensarle sus servicios con dignidades y distinciones proporcionadas á ellos.

En la última parte del reinado de Alonso de Portugal habia poco ardor en la causa de los descubrimientos para esperar que se aceptasen proposiciones relativas á ellos. Ocupado contínuamente el monarca en las guerras contra España, que la sucesion de la princesa Juana á la corona de Castilla ocasionaron, no podia entrar en tan costosas empresas. Tampoco el espíritu público estaba preparado para peligrosas aventuras. No obstante los muchos viages que se habian hecho á la costa de Africa é islas adya-

centes, y la generalidad con que ya se usaba la aguja náutica, mil impedimentos encadenaban aun la navegacion, y rara vez se decidia el marinero á perder la tierra de vista.

Los descubrimientos progresaban lentamente en las costas africanas; pero temian los navegantes internarse mar adentro por el hemisferio del sur, cuyas estrellas les eran totalmente desconocidas. Les parecia á aquellos hombres tan estravagante el proyecto de un viage al occidente por medio de las interminables y desiertas aguas del Océano, en busca de una tierra visionaria, como pareceria en la presente edad el de lanzarse en un globo por los aires en busca de alguna distante estrella.

Pero estaban cerca los tiempos que habian de estender el poder de la navegacion. La época era propicia para el rápido adelanto de los conocimientos.

La reciente invencion de la imprenta facilitaba el veloz y estenso comercio de las ideas humanas: sacó las ciencias de las bibliotecas y de los conventos, y las trajo familiarmente al bufete del estudiante. Los volúmenes que existian antes en costosos manuscritos, cuidadosamente atesorados á donde no pudiese llegar la mano del indigente escolar, ni del obscuro artista, se veian ya sin admiracion por todas las mesas. Estaba decretado que no hubiese de alli adelante retroceso en la sabiduría, ni pausas en su carrera. Cada uno de sus pasos progresivos se promulgaba inmediata, simultánea y profusamente; se recordaba en mil formas diversas, y se fijaba para siempre. Ya no era posible que jamas volviesen las edades obscuras de los hombres: podrian algunas naciones cerrar los ojos á la luz, y vivir porfiada y voluntariamente en tinieblas; pero no les

sería dado obscurecerla ni apagarla; y á pesar de todos los esfuerzos, resplandeceria cada vez mas hermosa en otras partes del mundo, que haria felices el poder difusivo de la imprenta.

En esta coyuntura subió al trono de Portugal un monarca de diferente ambicion que Alonso. Juan II tenia por los descubrimientos la misma pasion que su tio el príncipe Enrique, y con su reinado revivió la actividad por ellos. Su primer cuidado fue edificar un fuerte en san Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, para proteger el comercio de oro en polvo, marfil y esclavos que se hacia por los alrededores.

Los descubrimientos africanos reflejaban mucha gloria sobre Portugal, pero le habian producido mas gastos que provecho. Se esperaba empero que el descubrimiento del camino de la India remuneraria todas sus fatigas y sacrificios,

abriéndole á la nacion un manantial incalculable de riquezas. El proyecto del príncipe Enrique, lentamente seguido por medio siglo, habia despertado una viva curiosidad acerca de las partes remotas del Asia, y vivificado todas las narraciones verdaderas y falsas de los viageros.

Ademas de las maravillosas descripciones de Marco Polo, existian otras del rabí Benjamin ben Jonah de Tudela, célebre judío español, que salió de Zaragoza en 1173 para visitar los dispersos restos de las tribus hebreas, donde quiera que estuviesen, sobre la faz de la tierra. Vagando asi con incansable celo por la mayor parte del mundo conocido, penetró en la China, y pasó por ella á las islas del sur del Asia (1). Tambien habian escrito sus

(1) Bergeron: *Voyages en Asie*, t. i. La obra de Benjamin de Tudela, origi-

viages Carpini y Ascellin, dos frailes enviados el uno en 1246, y el otro en 1247, por el papa Inocencio IV de embajadores apostólicos con el objeto de convertir al gran Khan de Tartaria; y se conservaba el diario de Guillelmo Rubruquis (ó Ruysbrook), célebre franciscano, encargado de una comision semejante en 1253 por Luis IX de Francia, cuando se hallaba en su desgraciada espedicion de la Palestina. Ninguna de estas piadosas, aunque quiméricas misiones, habia tenido buen éxito; pero las curiosas narrativas que de ellas quedaron, sirvieron al volver á luz en el décimo quinto siglo, para inflamar la curiosidad pública respecto á las lejanas partes del Asia.

---

nalmente escrita en hebreo, estaba en tanta boga, que se hicieron diez y seis ediciones de su traduccion. Andres, Hist. B. Let. ii, c. 6.

En estos escritos encontramos por la vez primera el nombre del célebre Preste Juan de las Indias, imaginario rey cristiano, que se decia imperar en un distante pais del oriente, objeto de mucha curiosidad é indagacion, cuyo reino cambiaba de sitio en el cuento de cada viajante, y se desvanecia y evitaba los escrutinios tan constantemente como la insubstancial isla de san Brandan. Todas las fábulas y soñadas especulaciones relativas á este misterioso potentado y sus vastos señoríos entraron de nuevo en circulacion. Se creía haber descubierto trazas de su imperio en el interior del Africa, al oriente de Benin, donde habia un poderoso príncipe que usaba cruces entre las insignias reales. Juan II participaba ámpliamente del estímulo popular que estas narraciones producian. Al principio de su reinado llegó á enviar misionarios en busca del Preste Juan, la

visita de cuyos dominios era entonces objeto de ambicion romántica para muchos entusiastas. La magnífica idea que Juan II habia formado de las remotas partes del oriente, le hacia desear en estremo que se realizase el espléndido proyecto del príncipe Enrique, y que flotase la bandera portuguesa por los mares indianos. Impaciente de la lentitud con que seguian sus descubrimientos por la costa del Africa, y de los inconvenientes que cada cabo y promontorio presentaba á las empresas náuticas, llamó tambien en su ayuda á las ciencias para trazar el modo de dar á la navegacion mayor campo y seguridad. Sus dos médicos, Rodrigo y José, el último judío, los mas hábiles astrónomos y cosmógrafos del reino, juntos con el célebre Martin Behem, entraron en docta consulta sobre el asunto. El resultado de sus conferencias y trabajos fue la aplicacion

del astrolabio á la navegacion, que enseñaba al marinero la distancia del Ecuador (1). De este instrumento, con varias modificaciones y mejoras, se ha formado el moderno cuadrante, cuyas ventajas esenciales poseia el astrolabio desde su introduccion.

Es imposible describir los resultados que este invento produjo en la navegacion. La arrancó de una vez de la antigua servidumbre de la tierra, dejándola en libertad para que discurriese á su placer por las ondas. La ciencia habia preparado así guias para hacer descubrimientos por el solitario Océano. En vez de costear las playas como los antiguos navegantes, en vez de volver á tierra cuando los vientos le habian separado

---

(1) Barros, decad. I, lib. IV, cap. 2. Maffei, l. VI, pp. 6 y 7.

de ella, presurosa y tímidamente, y sin mas lumbrera que la de las inciertas estrellas, podia aventurarse ya osado el marinero moderno por ignotas mares, cierto de que la brújula y el astrolabio le abririan seguro camino para su vuelta, en caso de no encontrar lejanos puertos.

CAPITULO VII.

PROPOSICIONES DE COLON Á LA CORTE DE PORTUGAL.

La aplicacion del astrolabio á la navegacion fue uno de aquellos sucesos oportunos en que parece que se ve la mano de la Providencia; descubrimiento indispensable para facilitar el tránsito de los mares, y desnudar la empresa de Colon de aquel carácter peligroso que tan gran-

des obstáculos ponia á su ejecucion. Inmediatamente despues de verificarse este adelanto, propuso, pues, su viage de descubrimientos á la corona de Portugal.

Esta es la primera proposicion de que tenemos claro é indisputable recuerdo, aunque se asegura, que anteriormente habia hecho una á Génova su patria. La corte de Portugal manifestaba estraordinaria liberalidad en premiar las empresas náuticas. Muchos de los que habian hecho descubrimientos á su servicio, quedaron de gobernadores de las mismas islas y paises que habian descubierto, aunque algunos eran estrangeros. Animado por esta munificencia, y por el vehemente deseo que tenia el rey Juan II de hallar el paso de la India, solicitó y obtuvo Colon audiencia de aquel monarca. Propuso, si el rey le suministraba bajeles y hombres, emprender el descubrimiento de un rumbo mas corto

y directo para la India que el que se estaba buscando. Su plan era dirigirse via recta al occidente, á traves del mar Atlántico. Entonces estableció sus hipótesis con respecto á la estension del Asia, describiendo tambien las riquezas de la isla de Cipango, primera costa á que esperaba llegar. De esta audiencia tenemos dos relaciones hechas con espíritu algo opuesto: una por su hijo Fernando, y otra por el historiador portugues Joam de Barros. Es de notar el diverso modo que tenian de ver el mismo hecho un hijo entusiasta, y un frio y quizá preocupado escritor.

El rey, segun Fernando, oyó á su padre con mucha atencion; pero se hallaba sin ánimo para entrar en planes de aquella especie, por las vejaciones y desembolsos que ya le habia costado esplorar el camino de la costa africana, que aun no habia podido descubrirse. Su

padre, empero, sustentaba la anterior proposicion por medio de tan persuasivas razones, que indujo al rey á dar su consentimiento. La sola dificultad que ya quedaba, eran las condiciones; porque siendo Colon hombre de elevados sentimientos, pedia altos y honrosos títulos y recompensas; con el fin, dice Fernando, de dejar un nombre y familia, dignos de sus nobles hechos (1).

Barros por su parte atribuye la aparente condescendencia del rey solo á las importunidades de Colon: su magestad le consideraba, dice el historiador, como un hombre vanaglorioso, inclinado á lucir sus talentos, y dado á nociones fantásticas, como las respectivas á la isla de Cipango (2). Pero el hecho es, que esta idea de la vanidad de Colon la in-

(1) Hist. del Almirante, cap. 10.
(2) Barros. Asia, décad. I, l. iii, c. 2.

ventaron los escritores portugueses posteriores; y en cuanto á la isla de Cipango, estaba muy lejos de considerarse quimérica por el rey, que como lo acredita la mision que salió á buscar al Preste Juan, era un dócil creyente de los cuentos orientales de los viageros. Los raciocinios de Colon debieron haber tenido peso en el ánimo del monarca, puesto que refirió la proposicion á una docta junta, encargada del negociado de descubrimientos marítimos.

Se componia la asamblea de los dos hábiles cosmógrafos Rodrigo y José, y del confesor del rey Diego Ortiz de Cazadilla, obispo de Ceuta, prelado de grande reputacion literaria, castellano de nacimiento, y generalmente llamado Cazadilla, del nombre de su pueblo. Este cuerpo científico trató el proyecto de estravagante y visionario.

Pero la decision parece que no sa-

tisfizo al rey. Segun su historiador Vasconcelez (1), convocó el consejo compuesto de los prelados y personas mas doctas del reino, y les preguntó si en su opinion debia adoptarse aquel nuevo camino de descubrimientos, ó seguir el que ya estaba abierto.

El consejo condenó, en general, la proposicion de Colon; y en efecto parecia que se despertaba en los consejeros cierto espíritu hostil hácia los descubrimientos.

Quizá no parecerá supérfluo recordar brevemente la discusion del consejo sobre esta gran cuestion. Vasconcelez trae un discurso del obispo de Ceuta, en que no solo se opone este prelado á la propuesta empresa, como falta de razon, sino que se esfuerza en impedir la pro-

(3) Vasconcelez, vida del rey don Juan II, l. IV.

secucion de los descubrimientos africanos. *Su tendencia no es otra*, decia, *que distraer la atencion, agotar los recursos, y dividir la fuerza nacional, ya harto debilitada por las recientes guerras y pestes. Mientras su poder estuviese asi roto y disperso en remotas, inútiles y ociosas espediciones, se hallaban peligrosamente espuestos á los ataques de su activo enemigo el rey de Castilla. La grandeza de los monarcas,* añadia, *no nace tanto de la estension de sus dominios, como de la sabiduría y tino con que los gobiernan.* Y continuaba: *seria un delirio en la nacion portuguesa emprender grandes proyectos, sin conmensurarlos con sus medios. Ya se ocupa el rey de suficientes empresas de cierto provecho, y no tiene para qué empeñarse en otras fantásticas y visionarias. Si desea empleo para el activo valor de la nacion, la guerra que*

sustenta contra los moros de Berberia, es suficiente, sus triunfos en ella de sólida ventaja, y propios para debilitar aquellos hostiles vecinos, que tan peligrosos se han mostrado en la hora de su poder.

Este frio y cauteloso discurso del obispo de Ceuta, dirigido contra empresas que tanta gloria daban á los portugueses, hirió el orgullo nacional de don Pedro de Meneses, conde de Villa-Real, y arrancó de él una elevada y patriótica respuesta. Dice un historiador, que su réplica era en apoyo de la proposicion de Colon; pero esto no aparece claramente. Pudo haberla tratado con respeto; mas su elocuencia se empleó á favor de las empresas en que los portugueses estaban ya empeñados.

El Portugal, dijo, *no está en su infancia, ni son sus príncipes tan pobres que carezcan de medios para empren-*

der descubrimientos. Aun suponiendo que los que Colon propone descansasen en meras congeturas, ¿por qué se habian de abandonar los que empezó el príncipe Enrique sobre tan sólidos fundamentos, y prosiguió con tan felices auspicios? Las coronas, dijo, *se enriquecen por el comercio, se fortifican con las alianzas y adquieren imperios por las conquistas. Las miras de una nacion no pueden ser siempre uniformes; sino que se estienden con su prosperidad y su opulencia. El Portugal está en paz con todos los príncipes de Europa. Nada tiene que temer de entrar en grandes empresas; y seria la mayor gloria para el valor portugues penetrar los secretos y horrores del Océano, tan formidables para las otras naciones del mundo. Asi ocupado, se libraria del ocio que los largos intérvalos de paz engendran; aquel manan-*

tial de vicios, aquella lima silenciosa que poco á poco desgasta la fuerza y el valor de las naciones. Era vergonzoso, añadia, *amenazar el nombre portugues con peligros imaginarios, cuando tan intrépido se habia manifestado en acometer los mas tremendos y ciertos. Las grandes almas estaban formadas para las grandes empresas; y se admiraba mucho de que un prelado tan religioso como el obispo de Ceuta se opusiese á un proyecto, cuyo último resultado seria aumentar la fe católica y llevarla del uno al otro polo, reflejando gloria en la nacion portuguesa, y dando imperio y fama indeleble á sus príncipes.* Y concluia declarando, que *aunque soldado, se atrevia á pronosticar, con voz y espíritu celestiales, al príncipe que acabara aquella empresa, mas felice y duradero renombre que obtuvo jamas el mas*

afortunado soberano (1). Tal fue el ardiente y generoso discurso del conde de Villa-Real en favor de los descubrimientos africanos. Mas afortunado habria sido para Portugal que usara su elocuencia en favor de Colon; porque se asegura que fue recibida con aclamaciones que disipó todos los raciocinios del frio de espíritu Cazadilla, y que inspiró al rey y al consejo nuevo ardor para emprender la circunnavegacion de los estremos del Africa, que despues acabaron con tan brillante éxito.

---

(1) Vasconcelez, l. IV. La Clede, Hist. de Portugal, l. XIII, t. 3.

CAPITULO VIII.

SALIDA DE COLON DE PORTUGAL, Y SUS INSTANCIAS A OTRAS CORTES.

Juan II de Portugal está considerado generalmente como un príncipe sábio y magnánimo, poco susceptible de dejarse dominar por sus consejeros. Pero en la memorable negociacion de que hablamos, no hizo alarde de su magnanimidad acostumbrada, y hubo de escuchar capciosos y astutos consejos, siempre opuestos á la verdadera política, y productivos en este caso de disgustos y mortificaciones. Algunos de entre sus consejeros, viendo que estaba el monarca poco satisfecho de la determinacion anterior, y que todavía le quedaba cierta inclinacion oculta por aquella empresa, le sugirieron un estratagema, para ase-

gurar todas sus ventajas, sin comprometer la dignidad de la corona, entrando en formales tratados acerca de un plan que podia ser quimérico. Le propusieron pues que se mantuviese á Colon engreido con ambiguas razones, mientras se despachaba secretamente un bajel en la direccion que él habia señalado, para cerciorarse del fundamento que pudiese tener su teoría.

Esta pérfida insinuacion se atribuye á Cazadilla, obispo de Ceuta, y cuadra bien con la estrecha policía que hubiera querido persuadir al rey Juan á que abandonase la espléndida senda de sus descubrimientos africanos. El rey se apartó, en mal hora, de su sólita generosidad y justicia, y cayó en la debilidad de permitir el estratagema. Se pidió á Colon un plan circunstanciado del propuesto viage, con las cartas y otros documentos, segun los cuales intentaba

tomar su derrotero, para que pudiese examinarlos el consejo. Colon satisfizo inmediatamente este pedido. Entonces salió una carabela con el pretesto ostensible de llevar víveres al cabo de islas Verdes, pero con instrucciones reservadas para seguir el rumbo indicado por Colon. Desde aquellas islas navegó la carabela al occidente por algunos dias. El tiempo se puso tormentoso; y los pilotos, careciendo de celo que los estimulase, y no viendo delante de sí mas que un inmenso desierto de salvages y trémulas hondas, no tuvieron valor para continuar. Tomaron la vuelta del cabo de las islas Verdes, y de allí pasaron á Lisboa, ridiculizando el proyecto de Colon, como irracional y estravagante, para escusar asi su falta de ánimo (1).

(1) Hist. del Almirante, cap. 8. Herrera, décad. I, l. i, c. 7.

Este indigno atentado para defraudarle de su empresa, escitó el resentimiento de Colon. El rey Juan, se dice, hubiera querido renovar la negociacion; pero él se negó resueltamente á ello. Su muger hacia algun tiempo que habia muerto: el nudo doméstico que le unia al Portugal, estaba roto; y asi determinó abandonar un pais donde le habian tratado con tan mala fe, y buscar patrocinio en otra parte.

Hácia fines de 1484 salió secretamente de Lisboa, llevando consigo á su hijo Diego. La razon que da para haber dejado el reino con tal misterio, es que temia que se lo impidiese el rey; pero su pobreza parece que le ocasionó otros motivos. Mientras estaba lleno de aquellas especulaciones que tan grandes beneficios habian de producir al género humano, sus negocios particulares quedaron abandonados. Podria suponerse,

que hasta estaba en peligro de que le prendieran por deudas. Una carta, descubierta últimamente, escrita á Colon algunos años despues por el rey de Portugal, pidiéndole que volviese á aquel reino, le da seguridades contra todo arresto, que por cualquier proceso, civil ó criminal, pudiese estar pendiente (1) contra él.

Otro intervalo ocurre de cerca de un año, en el cual se ignoran casi todos los movimientos de Colon. Un historiador moderno de España, de investigacion profunda y exacta, es de sentir, que salió sin detenerse para Génova, donde afirma que estaba positivamente el año de 1485, cuando repitió en persona una proposicion de la empresa que ya por escrito habia sometido al gobierno, de

(1) Navarrete, Colec. t. ii, déc. 3.

quien fue recibida con desprecio (1).

La república de Génova no estaba verdaderamente en circunstancias favorables para emprender tales proyectos. Afligiala á la sazon una prolongada decadencia, y la fatigaban las guerras esteriores. Caffa, su gran depósito en la Crimea, acababa de caer en manos de los turcos, y su pabellon estaba á punto de ser arrojado del archipiélago. Los infortunios habian quebrantado su ánimo; porque entre las naciones, como entre los individuos, es la energía hija de la prosperidad, y enferma en las horas adversas, cuando mas se necesitarian sus esfuerzos. Así, Génova, desanimada, segun se infiere, por sus reveses, cerró los oidos á una proposicion que la hubiera elevado á décupla esplendidez, y

(1) Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, l. ii.

por la que habria podido perpetuar el dorado caduceo del comercio en las manos de la Italia.

De Génova se indica que llevó Colon sus proposiciones á Venecia; pero no existen documentos que sustenten esta opinion. Un escritor italiano de mucho mérito dice que en Venecia se conserva cierta tradicion antigua que lo asegura. Y añade, que un magistrado distinguido de aquella ciudad le habia dicho haber visto en tiempos anteriores, en los archivos públicos, anotaciones de este ofrecimiento de Colon, y de haberse negado en consecuencia de la crítica situacion de los negocios públicos (1). Pero las largas é inveteradas guerras de Venecia contra su pais hacen improbable este paso. Muchos autores convienen

(1) Bossi, Documento núm. XIV.

en que por este tiempo visitó á su anciano padre, tomó medidas para mejorar su suerte; y habiendo cumplido con los deberes de la piedad filial, salió otra vez á buscar fortuna en las cortes estrangeras (1).

---

(1) Se ha asegurado generalmente que por este tiempo envió Colon á su hermano Bartolomé á Inglaterra, donde permaneció algunos años, con proposiciones para el rey Enrique VII. Pero Las-Casas indica, con arreglo á cartas y escritos de Bartolomé, que en su poder tenia, que este acompañó á Bartolomé Diaz, en su viage en 1486, de Lisboa á la costa de Africa; en el discurso del cual descubrió el cabo de Buena-Esperanza, de donde volvió en diciembre de 1487. La instancia al rey Enrique no se hizo hasta 1488, segun aparece de la inscripcion del mapa que le presentó Bartolomé. Las-Casas, Hist. de las Ind., lib. i, cap. 7.

Ha de observarse, que varias de las anteriores circunstancias, con que se ha intentado llenar el intérvalo que hay desde la salida de Colon de Portugal á las primeras noticias que de él tenemos en España, no son mas que conjeturas. Tal es la dificultad de penetrar la parte obscura de su historia, hasta que el esplendor de los descubrimientos la inundó de luz eterna. No puede hacerse mas, que ir de un hecho aislado á otro. Que en este tiempo luchó sin cesar con la pobreza, resulta de la destitucion en que le encontramos en España: ni es la circunstancia menos estraordinaria de su agitada vida, que tenia en cierto modo que ir pidiendo limosna de corte en corte, para ofrecer á sus príncipes un mundo.

LIBRO II.

CAPITULO I.

PRIMERA LLEGADA DE COLON Á ESPAÑA.

Es interesante observar la primer llegada de Colon á aquel pais que habia de ser teatro de su gloria, y que él habia de hacer tan poderoso é ilustre con sus descubrimientos; porque en ella notamos uno de los muchos estraordinarios é instructivos contrastes de su historia.

La primer huella que se encuentra suya en España, está en la declaracion hecha algunos años despues de su muerte, con motivo del pleito entre su hijo don Diego y la corona, por Garcia Fernandez, médico del pequeño puerto de Palos de Moguer en Andalucía. Como

media legua de Moguer estaba, y subsiste todavía un antiguo convento de frailes franciscos, de la advocacion de santa María de la Rábida. Segun el testimonio del físico, llegó un dia á las puertas del convento un estrangero á pie, con un niño, para quien pidió al portero pan y agua. Mientras que recibia este humilde refresco, el guardian del convento fray Juan Perez de Marchena pasó casualmente por allí, notó con admiracion la presencia de aquel hombre, entró en conversacion con él, y no tardó en enterarse de las particularidades de su vida. Este estrangero era Colon con su hijo Diego. No aparece de dónde venia (1); pero que estaba en circuns-

(1) *El dicho almirante Colon, viniendo á la Rábida, que es un monasterio de frailes en esta villa, el cual demandó á la portería que le diesen para aquel niñi-*

tancias indigentes, se echa de ver por su modo de viajar. Iba entonces á la vecina ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo (1).

---

co, que era niño, pan y agua que bebiese. El testimonio de García Fernandez existe manuscrito entre los varios papeles del pleito, que se conservan en Sevilla. Se ha hecho uso de un estracto auténtico, copiado para el historiador don Juan Bautista Muñoz. Hay cierta obscuridad en parte de la declaracion de García Fernandez, dada muchos años despues del suceso. Habla de Colon, como si volviese con su hijo de la corte de Castilla; pero evidentemente confunde dos visitas que hizo el Almirante al convento de la Rábida. Al usar de su esposicion, se ha corregido este pasage, comparándole con hechos bien establecidos.

(1) Probablemente Pedro Correa, casado, como se ha dicho, con una hermana de su difunta muger: el mismo

Era el guardian un hombre de vastos conocimientos. Se habia dedicado algo al estudio de la geografía y de la náutica, probablemente por estar tan cerca de Palos, cuyos vecinos se contaban entre los mas audaces navegantes de España, y hacian frecuentes viages á las recien descubiertas islas y paises de la costa africana. Le interesó mucho la conversacion de Colon, y le sorprendió la grandeza de sus miras. Fue singular ocurrencia para la vida monotona del claustro, que un hombre de tan insólito carácter, y entregado á tan estraordinaria empresa, llamase á la portería del convento para pedir pan y agua. Le detuvo el guardian como su huésped, y desconfiando de su propio entendimien-

---

de quien habia recibido informes acerca de ciertas señales de tierras occidentales, observadas cerca de Puerto-Santo.

to, envió por un amigo científico que le hablase: este era García Fernandez, el médico de Palos, y el mismo que nos ha transmitido tan interesantes circunstancias. Fernandez se admiró tambien de la apariencia y conversacion del estrangero. Sucedieron á esta entrevista muchas discusiones en el convento; y el proyecto de Colon se trataba en aquellos silenciosos claustros con la deferencia que habia buscado en vano entre el bullicio y pretensiones de los sabios de corte y de los filósofos. Tambien se reunieron entre los marineros veteranos de Palos algunas sugestiones que parecian corroborar su teoría. Un tal Pedro Velasco, anciano y esperimentado piloto, afirmaba que treinta años antes, en el discurso de un viage, fue arrojado por los temporales tan lejos hácia el nor-oeste, que el cabo Clear de Irlanda quedaba ya al este suyo. Aun cuando un fuerte viento

soplaba á la sazon del occidente, estaba la mar en calma: notable fenómeno que él atribuia á la existencia de tierras en aquella direccion. Pero siendo ya á últimos de agosto, temió la venida del invierno, y no quiso continuar este descubrimiento (1).

Fray Juan Perez poseía aquel celo de corazon en sus amistades, que convierte los buenos deseos en buenas obras. Plenamente convencido de que la propuesta empresa sería de la mayor importancia para su patria, le ofreció á Colon una buena recomendacion para la corte, aconsejándole ir de todos modos á ella, y hacer sus proposiciones á los soberanos. Era fray Juan Perez íntimo amigo de fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la rei-

(1) Hist. del Almirante, cap. 8.

na, muy admitido en la confianza real, y de mucho peso en los negocios públicos. Para él le dió á Colon una carta, recomendando altamente el aventurero y su empresa al patrocinio de Talavera, é impetrando su amigable intercesion para con los reyes. Como la influencia de la Iglesia era ante todas en la corte de Castilla, y Talavera por su empleo de confesor tenia la mas directa y franca comunicacion con la reina, se esperaba todo de sus esfuerzos. En el entretanto, fray Juan Perez se hizo cargo del niño de Colon, para mantenerle y educarle en el convento. El celo de este digno religioso, asi encendido, no se resfrió jamas; y cuando muchos años despues rodeaban á Colon en los dias de su gloria brillantes turbas de cortesanos, prelados y filósofos, reclamando el honor de haber favorecido sus empresas, volvia él la vista á su vida pasada, y señalaba

á este modesto sacerdote como su mejor y mas útil amigo. Permaneció Colon en el convento hasta la primavera de 1486, cuando llegó la corte á Córdoba, donde los soberanos pensaban reunir sus tropas, y hacer los preparativos para una campaña contra el reino morisco de Granada. Reanimado con sus nuevas esperanzas, y confiado en lograr pronta audiencia por medio de fray Fernando Talavera, se despidió Colon del digno guardian de la Rábida, y dejándole su hijo, salió alborozado para la corte de Castilla (1).

---

(1) Salinas, Cron. franciscana del Perú, l. i, c. 14. — Melendez, Tesoros verdaderos de las Indias, l. i, c. 1.

CAPITULO II.

CARACTERES DE FERNANDO Y DE ISABEL.

[1486.]

La primer época en que Colon buscó su fortuna en España, coincide con uno de los periodos mas brillantes de esta monarquía. La union de los reinos de Aragon y Castilla, por el casamiento de sus príncipes Fernando é Isabel, habia consolidado el poder cristiano en la península, y puesto fin á los feudos internos, que tanto tiempo habian despedazado la nacion, y asegurado el dominio de los musulmanes. La entera fuerza de España iba á emprender la caballerosa y noble conquista mahometana. Los moros que algun dia se derramaron como una inundacion por toda la península,

estaban ya reducidos á los lindes montañosos del reino de Granada. Seguian avanzando las invictas armas de Fernando é Isabel, y comprimiendo aquel fiero pueblo cada vez á mas estrechos límites. Bajo estos soberanos principiaron los pequeños y divididos estados españoles á obrar como una sola nacion, y á alcanzar la eminencia en las artes, lo mismo que en las armas. Fernando é Isabel se ha dicho que no vivian juntos como consortes, cuyos estados eran comunes, sino como dos monarcas estrictamente aliados (1). Tenian separados derechos á la soberanía, en virtud de sus respectivos reinos; juntaban diferentes consejos, y ejercian separados con frecuencia en lejanas partes del imperio cada uno su autoridad real. Pero se ha-

(1) Voltaire, Essai sur les mœurs, etc.

llaban tan felizmente unidos por miras é intereses comunes, y por una grande y mútua deferencia, que esta doble administracion jamas impidió la unidad de los designios ni de las acciones. Los actos todos de la soberanía se ejecutaban en ambos nombres: todos los documentos públicos estaban suscritos con ambas firmas: sus bustos ambos estampados en la moneda; y el sello real presentaba las armas unidas de Castilla y Aragon.

Fernando era de mediana estatura, bien proporcionado, y recio, y activo en los ejercicios atléticos. Su porte libre, desembarazado y magestuoso. Su frente despejada y serena parecia aun mas eminente por la escasez de los cabellos. Las cejas eran anchas y partidas, y de un castaño claro, como el pelo. Los ojos brillantes y animados; el cutis algo rojo, y quemado con las fatigas de la guer-

ra ; la boca moderada, de buena forma y agradable espresion ; los dientes blancos , aunque pequeños é irregulares ; la voz aguda ; la conversacion veloz y fluida. Su entendimiento claro y comprensivo ; su juicio grave y seguro. Era sencillo en los alimentos y ropas, de genio igual, devoto en la religion , y tan infatigable en los negocios, que se decia de él que descansaba trabajando. No tenia par en la ciencia de los gabinetes , y se reputaba grande observador y conocedor de los hombres. Tal es la pintura que dan de él los historiadores españoles de su tiempo. Añaden, empero, que era tan avisado como religioso ; de ambicion antes sagaz que magnánimo ; que guerreaba mas como príncipe que como soldado, y menos por gloria que por interés ; y que era su política fria , calculadora é interesada. Llamábanle el sábio y el prudente en España ; en Italia el pio ;

en Francia y en Inglaterra el pérfido y el ambicioso.

Al dar su pintura quizá no parecerá impertinente bosquejar la suerte de un monarca cuya policía influyó tanto en la historia de Colon, y en el destino del Nuevo-Mundo. Un éxito feliz coronó todas sus empresas. Aunque hijo menor, ascendió al trono de Aragon por herencia; obtuvo el de Castilla por enlace; los de Granada y Nápoles por conquista; y se apoderó de Navarra, como perteneciente á quien tomara posesion de ella, cuando el papa Julio II escomulgó á sus soberanos Juan y Catalina, y dió el cetro al primero que le empuñase (1). Envió sus fuerzas al África, y

(1) Pedro Salazar de Mendoza, Monarq. de Esp., lib. iii, cap. 5. (Madrid, 1770, tom. i, p. 402.) — Gonzalo de Illescas, Hist. Pontif., lib. vi, c. 23, sect. 3.

subyugó ó redujo á vasallage á Tunez, Trípoli, Argel, y las mas de las potencias berberiscas. Un nuevo mundo le dió Colon por sus descubrimientos, y sin el mas mínimo coste; pues que los dispendios de la empresa los hizo esclusivamente su consorte Isabel. Tenia puesto el corazon desde el principio de su reinado en tres objetos, que siguió con vehemente celo y constancia: la conquista de los moros, la espulsion de los judíos, y el establecimiento de la inquisicion en sus dominios. Todos los llevó á cabo, y fue recompensado por Inocencio VIII con la apelacion de magestad católica: título que aun retienen sus sucesores.

Los escritores contemporáneos han descrito á Isabel con entusiasmo, y el tiempo ha sancionado sus elogios, dándonos en ella uno de los mas bellos y puros caracteres de la historia. Era bien

formada, de mediana estatura, con mucha dignidad y gracia, gravedad y dulzura en sus modales. Blanca de cútis, y de cabellos rubios tirando á rojos; los ojos azules claros y de benigna espresion. Lucía una singular modestia en su semblante, embelleciéndose con ella su estraordinaria fortaleza de ánimo, y firmeza en los proyectos. Aunque fuertemente ligada á su marido, y solícita de su fama, mantenia siempre aparte sus derechos, como una princesa aliada. Le escedia ademas en hermosura, en dignidad personal, en agudeza de ingenio, y en grandeza de alma (1). Combinando las activas cualidades y resolucion del hombre con los blandos sentimientos de su sexo, se mezclaba en los consejos militares de su esposo, entraba perso-

(1) Garibay, Hist. de España, t. ii, l. xviii, c. 1.

nalmente en sus empresas (1), y á veces desplegaba aun mayor vigor que el rey, y mayor intrepidez en las medidas árduas; y hallándose inspirada del amor de la verdadera gloria, solia infundir tambien mas noble y generosa tendencia en su calculadora policía. Pero en la historia civil de su reinado es donde especialmente brilla el ilustre carácter de Isabel. Su próvido maternal ánimo tenia por contínuo objeto la reforma de las leyes, y el remedio de los males engendrados por las guerras internas. Amaba á su pueblo, y dedicándose diligentemente á su bien estar, mitigaba en lo dable las ásperas medidas de su marido,

(1) Algunas armaduras *cap-á-pié* de Isabel, que se conservan hoy en el Museo real de Madrid, manifiestan que se esponia á peligros personales en las campañas.

dirigidas al mismo fin, pero guiadas por un mal entendido celo. Asi, aunque estremada en su piedad, y sometida al dictámen de sus confesores hasta en los negocios del todo temporales, todavía rehusaba dar asenso á cuantas resoluciones tuviesen por objeto estender la religion por medios violentos. Se opuso enérgicamente á la espulsion de los judíos, y al establecimiento de la inquisicion, aunque desgraciadamente para España poco á poco vencieron los confesores su repugnancia. Era siempre abogada de clemencia para los moros, aunque el alma de la guerra contra Granada. Consideraba la guerra esencial para proteger la fe cristiana y librar á sus súbditos de tan feroces y formidables enemigos. Todos sus pensamientos y actos públicos eran régios y augustos; sus costumbres privadas, sencillas, frugales y sin ostentacion. En los intérvalos de los

negocios de estado juntaba al rededor suyo los hombres mas eminentes en ciencias y literatura, y se dirigia por sus consejos en la promocion de las artes y las letras. Por su patrocinio subió Salamanca á la altura que llegó á obtener entre las instituciones doctas de aquel siglo. Facilitaba la distribucion de honores y premios á los que propagaban los conocimientos; protegia la recien inventada imprenta, y el establecimiento de prensas en todos los ángulos del reino; se admitian los libros sin pagar derecho alguno; y aun se dice, que en aquel temprano periodo del arte se imprimian mas de ellos en España, que en la presente edad literaria (1).

Es admirable la íntima dependencia que la felicidad de las naciones tiene á

(1) Elogio de la Reina católica por don Diego Clemencin. Madrid, 1821.

veces de las virtudes de ciertos individuos, y como les es dado á los grandes espíritus, combinando, escitando y dirigiendo la innata energía de los pueblos, investirlos de su propia grandeza. Tales seres realizan la idea de los ángeles buenos que bajan del cielo para velar por los imperios. Tal fue el príncipe Enrique para Portugal, y tal para España la ilustre Isabel.

CAPITULO III.

PROPOSICIONES DE COLON Á LA CORTE DE CASTILLA.

Llegó Colon á Córdoba á principios de 1486. Le salieron falsas sus esperanzas de inmediato patrocinio, y hasta encontró imposible el logro de una audiencia. Fray Fernando de Talavera, en vez de

entrar en sus intereses por la recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, miraba su plan como estravagante é imposible (1). El débil influjo con que contaba para obtener buen éxito en la corte, y el humilde traje en que su pobreza le obligaba á presentarse, formaban estraño contraste á los ojos de los cortesanos, con la magnificencia de sus especulaciones. *Porque era estrangero*, dice Oviedo, *y vestido de pobres ropas, sin mas crédito que la carta de un franciscano, no le creian ni daban oidos á sus palabras; lo que le atormentaba mucho la imaginacion* (2). El tiempo que consumió Colon, asi despreciado en la corte española, ha ocasionado mucha

(1) Salazar, Crónica del gran Cardenal, l. i, c. 62.

(2) Oviedo, l. ii, c. 5. Traduccion inglesa.

animadversion. Pero es justo tambien recordar el estado de los soberanos en aquella coyuntura, ciertamente la menos propicia para sus pretensiones. La guerra de Granada estaba en plena actividad, y el rey y la reina personalmente ocupados en sus campañas. Cuando llegó Colon, era la corte un campo militar. Los rivales reyes moros de Granada, Muley Boabdil el tio, llamado el Zagal, y Mahomet Boabdil el sobrino, dicho tambien el rey Chiquito, acababan de formar una coalicion que pedia prontas y vigorosas medidas de parte de los príncipes de Castilla. A principios de la primavera marchó el rey á sitiar la ciudad mora de Loja; y aunque permaneció en Córdoba la reina, estaba contínuamente empleada en reunir tropas y víveres que mandar al ejército, y atendiendo al mismo tiempo á las multiplicadas exigencias del gobierno civil. En 12

de junio salió ella tambien para los reales, entonces en el sitio de Moclin, y ambos soberanos permanecieron algun tiempo en la vega de Granada, continuando vigorosamente la guerra. Apenas habian vuelto á Córdoba á celebrar sus victorias con regocijos públicos, cuando tuvieron que partir á Galicia para apaciguar la rebelion del conde de Lemos. De allí fueron á pasar el invierno á Salamanca (1). Esta breve pintura de la ocupacion y activa vida de los soberanos españoles, el primer año despues de la llegada de Colon, puede dar idea de su reinado durante el término entero de las negociaciones de aquel, que coincidió precisamente con el de la guerra de los moros. La corte no cesaba de marchar de un lugar para otro, segun las exi-

(1) Pulgar, Zurita, Garibay, etc.

gencias del momento. Los soberanos estaban, ó bien viajando ó acampados; y cuando tenian algun intérvalo de reposo en medio de los trabajos de la guerra, le aplicaban á hacer las modificaciones y reformas que querian introducir en sus dominios.

Entregados á tan exigentes negocios de doméstica é inmediata importancia, y tan graves para el tesoro, no es de admirar que tuviesen los monarcas poco tiempo para atender á planes de descubrimientos que requerian mucha consideracion, pedian grandes gastos, y estaban generalmente considerados como ensueños de un entusiasta. Aun se puede dudar si la instancia de Colon llegó por mucho tiempo á sus oidos. Fernando de Talavera, que debia haber sido su órgano de comunicacion, era contrario á su causa, estaba lleno tambien de negocios militares, y ausente con frecuen-

cia en las campañas, como uno de los consejeros eclesiásticos que rodeaban á la reina en aquella llamada guerra santa.

El verano y otoño de 1486, periodo de la campaña y ocupaciones indicadas, permaneció Colon en Córdoba. Se mantenia, parece, dibujando mapas y cartas (1) con la confianza de que el tiempo y la industria le proporcionarian creyentes y amigos de influencia. Tenia que contender con el ridículo de los necios y de los soberbios, uno de los mayores obstáculos que encuentra el modesto mérito en la corte. Pero su temperamento, naturalmente enérgico y sanguíneo, y su mucho entusiasmo, le sacaban victorioso de todas las pruebas. Tambien poseia una dignidad de modales, y un ca-

(1) Cura de los Palacios, c. 118.

lor, verdad y sinceridad en sus palabras, que gradualmente le ganaron algunos amigos. Uno de los mas útiles fue Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que se dice que le recibió en su casa, y llegó á ser un ardiente defensor de su teoría (1). Hizo ademas conocimiento con Antonio Geraldini, nuncio pontificio, y con su hermano Alejandro Geraldini, preceptor de los hijos menores de Fernando é Isabel, y los dos adoptaron sus ideas con mucho ardor (2). Con la ayuda de estos logró ver al célebre Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y gran cardenal de España (3).

---

(1) Salazar, Cron. G. cardenal, l. i, c. 62.

(2) Spotorno, pág. xlvi, traduccion inglesa.

(3) Oviedo, l. ii, c. 4. — Salazar, l. i, c. 62.

Este era el personage mas importante de la corte. En la paz y en la guerra le tenian los reyes siempre á su lado. Los acompañaba á sus campañas, y nunca tomaban medida alguna de consecuencia sin consultársela. Pedro Mártir le llamaba donosamente *el tercer rey de España*. Era varon de claro entendimiento, elocuente, juicioso, y de mucha viveza y capacidad para los negocios; sencillo, pero refinado en sus vestidos; venerable y grandioso, pero afable y dulce en su trato. Aunque escolástico elegante, carecia el cardenal, como otros hombres doctos de sus tiempos, de estensivos conocimientos cosmográficos, y era tenaz ademas, respecto á los escrúpulos religiosos. Cuando oyó por la primer vez hacer mérito de la teoría de Colon, creyó que envolvia opiniones heterodoxas é incompatibles con la forma de la tierra, segun está descrita en las

sagradas Escrituras. Pero otras esplicaciones mas estensas tuvieron peso para con un hombre de tan veloz comprension y de tan sano juicio. Percibió, pues, que no podia ser irreligioso el intentar la dilatacion de los límites de los humanos conocimientos, y el querer cerciorarse de las obras de la creacion: una vez apaciguados sus escrúpulos, dió á Colon atento y cortés recibimiento.

Conociendo este la importancia de su oyente, se esforzó en convencerle. Escuchaba el esclarecido cardenal con atencion profunda; y vió la grandeza del designio, y sintió la fuerza de los argumentos. Tambien le agradó el aspecto noble y ferviente de Colon, y se hizo de una vez su firme y útil amigo (1). La representacion del gran cardenal le pro-

(1) Oviedo, l. ii. c. 4. Salazar, l. i, c. 62.

curó una audiencia de los soberanos. Apareció delante de ellos con modestia, pero sin abatimiento; porque se creia, segun declaró despues en sus cartas, un instrumento puesto en las manos del Todopoderoso para cumplir sus altos designios (1).

Fernando conocia demasiado á los hombres, para no apreciar el carácter de Colon. Percibió desde luego, que por levantadas que fuesen sus imaginaciones, y por magníficas que fuesen sus teorías, estribaba el plan en fundamentos científicos y prácticos. La posibilidad de hacer descubrimientos mucho mas importantes que los que habian hecho al Portugal ilustre, escitó su ambicion. Se mantuvo, sin embargo, como lo tenia de costumbre, frio y cauteloso, y resolvió oir la

(1) Carta á los soberanos en 1501.

opinion de los hombres mas sabios del reino, y guiarse por su dictámen. Refirió consiguientemente el negocio á Fernando de Talavera, mandándole juntar en asamblea los mas hábiles astrónomos y cosmógrafos de España, para que tuviesen una conferencia con Colon, examinasen las bases de su teoría, consultasen despues entre ellos, y diesen su parecer (1).

CAPITULO IV.

COLON ANTE EL CONSEJO DE SALAMANCA.

La interesante conferencia relativa á la proposicion de Colon se verificó en Salamanca, gran sede española de las ciencias, en el convento de dominicos de san

(1) Hist. del Almirante, c. xi.

Estévan, donde pasó Colon, alojado y mantenido con mucha hospitalidad, todo el tiempo del exámen (1).

La religion y la ciencia estaban en aquella época, y mas especialmente en España, íntimamente unidas. Existian los terosos del saber amurallados en los monasterios, y las cátedras se llenaban esclusivamente de los claustros. El dominio del clero se estendia al estado, lo mismo que á la Iglesia, y los empleos de honor y de influjo de la corte se confiaban casi todos á los eclesiásticos y á al nobleza hereditaria. Frecuentemente se veian los cardenales y obispos, con yelmo y coselete, á la cabeza de los ejércitos, porque durante la guerra santa contra los moros solia cambiarse el báculo por la lanza. Aquella edad se distinguia

(1) Hist. de Chiapa, por Remesel, l. ii, c. 27.

por la revivificacion de las letras, y mas aun por la prevalencia del celo religioso; y España sobrepujaba á todas las naciones de la cristiandad en el fervor de su fe. La inquisicion acababa de establecerse en el reino, y eran temibles sus fallos para cuantos manifestaban opiniones de cualquier modo heterodoxas.

Tal era el periodo en que un consejo de sabios eclesiásticos se juntó en el convento y colegio de san Estévan para investigar las nuevas teorías de Colon. Formaban la asamblea profesores de astronomía, geografía, matemáticas y otros ramos de ciencias, varios dignatarios de la Iglesia, y muchos doctos religiosos. Delante de esta erudita sociedad se presentó Colon á establecer y defender sus conclusiones. Las gentes vulgares é ignorantes le habian escarnecido, y mofádose de sus proyectos;

pero él estaba penetrado de que si una corporacion inteligente oyese con imparcialidad sus raciocinios, lograria el fruto de un triunfante convencimiento.

La pluralidad de los vocales estaba probablemente preocupada contra él, como suelen los altos empleados y funcionarios contra los pretendientes pobres. Hay tambien cierta tendencia á considerar al hombre á quien se examina, como una especie de delincuente ó impostor, cuyas faltas ó errores van á descubrirse para hacerlos públicos. Colon apareció, ademas, bajo los peores auspicios delante de aquel cuerpo escolástico: marinero oscuro, que no era miembro de ninguna sociedad literaria, destituido del boato y prósperas circunstancias que dan á veces autoridad á la estupidez, y sin otro apoyo que la sola fuerza de su natural ingenio.

Muchos vocales le tenian por un aven-

turero, ó cuando mas por un visionario; y otros se sentian corroer por aquella mórbida impaciencia contra toda innovacion de las doctrinas establecidas, que tan comunmente aflige los ánimos groseros y pedantescos en la vida sedentaria. ¡Qué admirable espectáculo debió presentar el antiguo salon del convento en tan memorable conferencia! ¡Un simple marinero levantando la voz en medio de aquel imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos, sustentando con natural elocuencia su teoría, y defendiendo, por decirlo así, la causa del nuevo mundo! Se refiere, que cuando empezó á esplicar las bases de su doctrina, solo los frailes de san Estévan le escucharon (1), por poseer aquel convento mas conocimien-

(1) Remesel, Hist. de Chiapa, l. ii, c. 7.

tos científicos que el resto de la universidad. Los otros parece que se habian atrincherado detras de una pertinaz posicion, á saber: que despues que tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos habian estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos navegado sus mares por millares de años, era grandísima presuncion en un hombre ordinario suponer que le estaba á él reservado el hacer aun vastos descubrimientos. Muchas de las objeciones y reparos puestos por aquella docta corporacion, han llegado hasta nosotros, y provocado mas de una sonrisa, á espensas de la universidad de Salamanca. Pero son estas pruebas, no tanto de la imperfeccion particular de aquel instituto, como del atraso de las ciencias en la época de que hablamos. Vagando los hombres en un laberinto de controversias sutiles, habian retrogradado en su carrera y retrocedi-

do de la línea limítrofe del antiguo saber. Asi en los mismos umbrales de la discusion se vió Colon atacado no por principios geográficos, sino por abstracciones, citas y argumentos de varios escritores sagrados. Se mezclaban los sistemas de las diferentes escuelas con las discusiones filosóficas; y se concedia que una demostracion geométrica no era verdadera si parecia oponerse de algun modo á los testos que se citaban. Asi, la posibilidad de los antípodas en el hemisferio del sur, opinion tan generalmente admitida por los filósofos mas sabios de la antigüedad, que la nombró Plinio la gran disputa entre doctos é ignorantes, fue la mayor dificultad que presentaron muchos letrados de Salamanca. Algunos contradecian intrépidamente las bases de la teoría de Colon, sustentando su argumento con citas de Lactancio y de san Agustin, consideradas casi como

autoridad evangélica. Pero aunque estos santos escritores fueron varones de consumada erudicion, y dos de los mas resplandecientes luminares del que se llama siglo de oro de la literatura eclesiástica, sus escritos no estaban de ningun modo calculados para el adelanto de las ciencias, ni tenian á estas por objeto.

El pasage citado de Lactancio para confutar á Colon es una tirada de amargas invectivas, poco dignas de tan grave teólogo. *¿Habrá alguno tan necio,* pregunta, *que crea que hay antípodas con los pies opuestos á los nuestros; gente que anda con los talones hácia arriba y la cabeza colgando? ¿ Que hay una parte del mundo en que todas las cosas estan al reves, donde los árboles crecen con las ramas hácia abajo, y á donde llueve, graniza y nieva hácia arriba? La idea de la redondez de la tierra,* añade, *fue la causa de inventar esta*

fábula de los antípodas con los talones por el viento; porque los filósofos que una vez han errado, mantienen sus absurdos, defendiéndolos unos con otros. Mas graves dificultades se produjeron con la autoridad de san Agustin, acerca de si la doctrina de los antípodas es incompatible con las bases históricas de nuestra fe; pues que asegurar que habia habitantes en el lado opuesto del globo, seria mantener la existencia de naciones no descendidas de Adan, siendo imposible haber pasado el interpuesto Océano. Esto equivaldria, pues, á no dar crédito á la Biblia, que declara espresamente que todos los hombres descienden del mismo padre.

Tales argumentos, que ciertamente tenian mas de piadosos que de científicos, tuvo Colon que combatir al principio de la conferencia. A la mas sencilla de sus proposiciones, la forma

esférica de la tierra, le opusieron testos figurativos de la Escritura. Argüian que se dice en los Salmos, que estan los cielos estendidos como un cuero (1); esto es, segun los comentadores, como la cortina ó cubierta de una tienda de campaña, que entre las antiguas naciones pastorales se formaba de pieles de animales; y añadian, que san Pablo, en su epístola á los hebreos, compara los cielos á un tabernáculo ó tienda estendida sobre la tierra, de donde inferian que deberia ésta ser plana. Colon, que era devotamente religioso, vió que estaba en peligro de verse convicto, no solo de error, sino de heterodoxia. Otros mas versados en las ciencias admitian la forma globular de la tierra, y la posibilidad de un hemisferio opuesto habitable; pe-

(1) Extendens cœlum sicut pellem. Psal. ciii.

ro renovaban la quimera de los antiguos, manteniendo que seria imposible llegar á él, en consecuencia del calor insoportable de la zona tórrida. Aun concediendo que esta pudiese pasarse, decian que la circunferencia de la tierra deberia ser tan grande, que serian necesarios lo menos tres años para el viage; y los que lo emprendieran perecerian de sed y de hambre, por la imposibilidad de llevar prevenciones para tan largo periodo. Se le dijo, con la autoridad de Epicuro (1), que admitiendo que la tierra fuese esférica, solo el hemisferio del norte era habitable, y que solo él estaba cubierto por los cielos; que la otra mitad era un caos, un golfo ó un mero desierto de aguas. Ni fue una de las objeciones menos absurdas que le pu-

(1) Acosta, l. i, c. 1.

sieron, la de que, aun suponiendo que el bajel llegase por aquel camino á las estremidades de la India, nunca podria volver; porque la rotundidad del globo le presentaria una especie de montaña, por la que barco ninguno subiria por buen viento que tuviese (1).

Hé aqui algunos ejemplos de los errores y preocupaciones, del compuesto de ignorancia y de ciencia, y de la pedantesca presuncion, con que tuvo que combatir Colon durante el exámen de su teoría. ¿Cómo podemos admirarnos de las dificultades y dilaciones que sufria en las cortes, cuando hasta los sabios de las universidades tenian nociones tan vagas é indigestas? No supongamos empero, que porque las objeciones que aqui se citan, son las solas que

(1) Hist. del Almirante, cap. 2.

quedan, serian las solas que le pusieron: estas se han perpetuado por su sobresaliente estupidez. Es probable, que pocos pondrian tales reparos, y saldrian estos de personas entregadas á estudios teológicos, retiradas en sus claustros donde no tendrian ocasion de rectificar por la esperiencia del siglo las opiniones erróneas de los libros. Se avanzarian, sin duda, objeciones mas fundadas y dignas de aquella distinguida universidad. Y debe tambien añadirse en justicia, que las réplicas de Colon tuvieron grande peso para con muchos de sus examinadores. En respuesta á las objeciones fundadas en la Escritura dijo: que los inspirados autores á que se referian, no hablaban técnicamente como cosmógrafos, sino figurativamente, y en lenguage dirigido á todas las comprehensiones. Los comentarios de los Padres los trató con la deferencia que se debe á piadosas ho-

milías; pero no como proposiciones filosóficas que era preciso ó admitir ó negar. A los reparos sacados de los filósofos antiguos respondió osada y hábilmente en términos iguales, como quien está profundamente instruido en todos los puntos de la cosmografía. Hizo ver, que los mas ilustres de aquellos sábios creian que ambos hemisferios eran habitables, aunque imaginasen que la zona tórrida escluia toda comunicacion: dificultad que él zanjaba concluyentemente, porque habiendo estado en san Jorge de la Mina en Guinea, casi bajo la línea equinoccial, habia visto que aquella region no era solo atravesable, sino abundante en gentes, frutos y pastos. Cuando Colon se presentó ante el docto colegio, no tenia otra apariencia que la de un sencillo y simple navegante, algo intimidado quizá por la grandeza de su obra, y la augusta investidura de su au-

ditorio.-Pero poseia cierto fondo de sentimientos religiosos, que le dieron confianza en la ejecucion de lo que él pensaba su grande obra, siendo uno de aquellos temperamentos ardientes, que se inflaman por la accion de su propio y generoso fuego. Las-Casas, y otros contemporáneos, han hablado de su imponente presencia, de su elevado continente, de su aire de autoridad, de su animada vista, y de las persuasivas entonaciones de su voz. ¡Cuánta magestad y fuerza debieron darle á sus palabras, cuando abandonando los mapas y cartas, y deponiendo por un momento los conocimientos científicos y prácticos, inflamado su ánimo sublime, al oir las objeciones doctrinarias de sus oponentes, se adelantó á encontrarlos en sus mismas posiciones, haciendo resonar aquellos magníficos testos de la Escritura, y aquellas predicciones misteriosas de los

profetas, que en su entusiasmo consideraba como tipos y anuncios de los grandiosos descubrimientos que proponia!

Entre muchos á quienes convencieron los raciocinios, é inflamó la elocuencia de Colon, se cuenta Diego de Deza, digno y docto religioso del órden de santo Domingo, entonces catedrático de teología del convento de san Estévan, y despues arzobispo de Sevilla. Este hábil y erudito sacerdote poseia un entendimiento libre de estrechas preocupaciones y sutilezas escolásticas, y apreciaba la sabiduría, aunque no saliese de labios doctorales. No fue por consiguiente espectador pasivo de esta conferencia; sino que tomando un generoso interés en la causa de Colon, y favoreciéndola con todo su influjo, calmó el celo ciego de sus preocupados compañeros, y pudo conseguirle una apacible, ya que no una imparcial audiencia. Con sus unidos

esfuerzos se dice que atrajeron á su opinion á los hombres mas profundos de las escuelas (1). Una gran dificultad fue reconciliar el plan de Colon con la cosmografía de Ptolomeo, á que daban implícita fe todos los escolares. ¡Cuán sorprendido hubiera quedado el mas inteligente de aquellos sábios, si alguien le hubiese dicho que ya existia Copérnico, el hombre cuyo sistema solar destruiria la grande obra de Ptolomeo, que fijaba la tierra en el centro del universo!

A pesar de todos los esfuerzos, quedaba siempre una masa preponderante de inerte preocupacion y docto orgullo en este erudito cuerpo, que rehusaba ceder á las demostraciones de un estrangero obscuro, sin fortuna, relaciones ni honores académicos. *Fue preciso*, dice

(1) Remesel, Hist. de Chiapa, l. ii, c. 7.

Las-Casas, *ántes de que Colon pudiese hacer entender sus soluciones y raciocinios, desarraigar de los oyentes aquellos principios erróneos, en que fundaban sus objeciones; operacion siempre mas dificil que la de la simple enseñanza.* Se verificaron varias conferencias, pero sin resultado alguno. Los ignorantes, ó lo que es aun peor, los preocupados se mantenian obstinadamente en su oposicion, con la porfiada perseverancia de la estupidez: los mas liberales é inteligentes tomaban poco interes en discusiones de suyo cansadas y estrañas á sus ocupaciones ordinarias; y hasta aquellos que aprobaron el plan, le consideraban solo como una vision deliciosa, llena de probabilidades y promision, pero que nunca se realizaria. Fray Fernando de Talavera, á quien el asunto estaba especialmente cometido, le tenia en poquisima estima, y se hallaba de-

masiado ocupado con el movimiento y bullicio de los negocios públicos, para empeñarse en su conclusion; y asi esperimentaba el exámen contínuas dilaciones y negligencia.

CAPITULO V.

NUEVAS INSTANCIAS Á LA CORTE DE CASTILLA. — COLON SIGUE LA CORTE EN SUS CAMPAÑAS.

[1487.]

Las consultas del consejo de Salamanca se interrumpieron al principio de la primavera de 1487, por la salida de la corte para Córdoba, adonde la llamaban los negocios de la guerra, y la memorable campaña de Málaga. Fray Fernando de Talavera, ya obispo de Avila, acom-

pañó á la reina como su confesor. Por mucho tiempo se tuvo á Colon indeciso, siguiendo los movimientos de la corte. A veces le animaba la perspectiva de que iba á tomarse su propuesta en consideracion inmediata, habiéndose nombrado juntas que conferenciasen acerca de ella; pero las tempestades militares que arrebataban la corte de un lugar á otro, con la precipitacion y bullicio de un campo guerrero, impedian todas las cuestiones de secundaria importancia. Se ha supuesto generalmente, que los muchos años que perdió Colon en estas fatigosas pretensiones, los pasó en la monótona ociosidad de las antesalas; pero al contrario, estuvo todos ellos rodeado de escenas de peligro y aventura; y en la continuacion de su solicitud se vió en las mas importantes situaciones de aquella áspera y bizarra guerra de las montañas. Cuando habia un intérvalo de

descanso, se empezaba á tratar de su negocio; pero la precipitacion y tempestad volvian, y le acallaban de nuevo. En el discurso de todo este tiempo esperimentó las mofas é indignidades de que se quejaba despues; le ridiculizaban los ligeros de cabeza y los ignorantes como á un mero soñador, y le infamaban los poco generosos como á un indigente aventurero. Se dice que hasta los muchachos se tocaban la cabeza cuando pasaban junto á él, porque les habian enseñado á considerarlo como lunático. Durante la prolongada pretension de que hablamos, costeaba en parte sus gastos dibujando mapas y planos. El digno fray Diego de Deza le asistía á veces con su bolsa y con sus buenos oficios para con los soberanos. Fue parte de este tiempo huésped de Alonso de Quintanilla, y vivió largo periodo á espensas del duque de Medinaceli, grande de España de

inmensas posesiones, y aficionado á las empresas marítimas.

Debe añadirse, en honor de la memoria de los soberanos, que mientras Colon estaba en esta incertidumbre, formaba parte de la comitiva real, se destinaban algunas sumas para sus gastos, y se le daba alojamiento, cuando se le mandaba seguir la corte, ó asistia á las consultas que de tiempo en tiempo se tenian. En el libro de cuentas de Francisco Ponzalez de Sevilla, uno de los tesoreros reales, hallado últimamente en los archivos de Simancas, existen anotadas algunas de las espresadas sumas. Por las mismas minutas podemos hasta cierto punto seguir los movimientos de Colon, mientras estuvo en esta ambulante y belígera corte.

Una de las partidas es de dinero suministrado para su viage á la corte, entonces acampada enfrente de Málaga,

en el memorable sitio de 1487, cuando fue aquella ciudad obstinada y fieramente defendida por los moros. En el discurso de este sitio estuvieron sus negociaciones en peligro de cerrarse violentamente. Un moro fanático intentó asesinar á Fernando y á Isabel. Habiendo equivocado la tienda real, atacó á don Alvaro de Portugal, y á doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, en lugar del rey y de la reina. Despues de herir peligrosamente á don Alvaro, dió un golpe en vago á la marquesa, y murió hecho pedazos por los circunstantes (1). Era la marquesa señora de estraordinario mérito y fuerza de carácter, y favorita especial de la reina (2); y tu-

(1) Pulgar, Crónica, c. 87. — P. Mártir.

(2) Retrato del buen vasallo, l. ii, c. 16.

vo mucha influencia en recomendarle la solicitud de Colon, por la que manifestó á veces mucho interes.

La campaña acabó con la toma de Málaga. No habria probablemente tiempo durante su tormentoso sitio para atender á la cuestion de Colon, aunque fray Fernando de Talavera, el obispo de Avila, estaba presente, como se infiere de su entrada en la rendida ciudad en solemne y religioso triunfo (1). Málaga se rindió en 18 de agosto de 1487, y la corte tuvo apenas tiempo para volver á Córdoba, cuando la arrojó de ella la peste.

Los soberanos pasaron el invierno en Zaragoza, ocupados en varios negocios públicos de importancia; penetraron los territorios moriscos por el lado de Mur-

(1) Pulgar, Crónica.

cia la próxima primavera, y despues de una corta campaña se retiraron á Valladolid á pasar el invierno siguiente. Se ignora si Colon acompañaba á la corte en estas jornadas, aunque lo hace probable una orden de pago de tres mil maravedises, fecha en junio de 1488. Mas ¿qué pacífica audiencia podia esperarse de una corte siempre de marcha, y siempre entregada á los cuidados y bullicio de las armas?

Pero es sumamente probable, que á pesar de estas irremediables dilaciones, se le animaba en sus esperanzas. Aquella primavera recibió una carta de Juan II, rey de Portugal, fecha 20 de marzo de 1488, proponiéndole volver á su corte, y ofreciéndole su proteccion contra cualquier proceso civil ó criminal que pudiese estar pendiente contra él. Esta carta aparece, por su tenor, respuesta á otra en que Colon habia empezado ne-

gociaciones para su vuelta. Pero no creyó oportuno aceptar el ofrecimiento del monarca.

En febrero de 1489 salieron los reyes de Valladolid para Medina del Campo, donde recibieron una embajada de Enrique VII de Inglaterra, con quien formaron alianza. No se sabe si por aquel tiempo tuvo Colon alguna contestacion á sus instancias á la corte inglesa. Que obtuvo durante sus negociaciones en España cartas favorables de Enrique VII, es indudable, por haberlo dicho él mismo en una posterior suya á Fernando é Isabel (1).

Los soberanos españoles volvieron á Córdoba en mayo; y se cree que se renovaron entonces los asuntos de Colon, y que se dieron pasos para abrir otra

---

(1) Hist. del Almirante, i, c. 12.

vez la por tanto tiempo pospuesta investigacion. Diego Ortiz de Zúñiga dice en sus anales de Sevilla, que escribieron los monarcas á aquella ciudad, mandando que se suministrasen alojamientos á Cristóbal Colon, que venia á la corte para una conferencia de momento. Obedeció Sevilla la órden; pero no tuvo lugar la conferencia, por haberla interrumpido la campaña, *en que*, añade el mismo autor, *se encontró al dicho Colon peleando, y dando pruebas del distinguido valor que acompañaba á su sabiduría, y á sus elevados deseos* (1). Una real órden existe tambien, quizá la carta á que se alude arriba, fecha de Córdoba, á 12 de mayo del mismo año, y dirigida á los magistrados de todas las villas y ciudades, mandando proveer alojamien-

(1) Diego Ortiz de Zúñiga, Ann. de Sevilla, l. xii, año 1489, p. 404.

tos gratis para Cristóbal Colon y su comitiva, empleados en negocios relativos al real servicio (1).

La campaña en que el historiador sevillano da á Colon tan honrosa parte, fue una de las mas gloriosas de aquella guerra. Se halló presente la reina Isabel con su corte, inclusa una pomposa comitiva de prelados y frailes, entre quienes se hace particular mérito del árbitro y contínuo dilatador de los proyectos de Colon, fray Fernando de Talavera. Mucha parte del buen éxito de esta campaña se atribuye á la presencia y consejo de Isabel. La ciudad de Baza, que habia resistido bizarramente por mas de seis meses, se entregó poco despues de su llegada; y el 22 de diciembre vió Colon á Muley Boabdil, el mayor de los

(1) Navarrete, t. ii, doc. n. 4.

dos reyes rivales de Granada, entregar en persona las posesiones que le quedaban, y sus derechos á la corona á los soberanos españoles.

En el discurso de este sitio ocurrió una circunstancia que parece haber causado profunda impresion en el devoto y ardiente ánimo de Colon. Dos reverendos sacerdotes, empleados en el santo Sepulcro de Jerusalen, llegaron al campo español. Traian un mensage del gran soldan de Egipto, amenazando dar muerte á todos los cristianos de sus dominios, y destruir el santo Sepulcro, si no desistian los reyes de la guerra de Granada. La amenaza no alteró el designio de los soberanos; pero concedió Isabel una suma anual perpétua de mil ducados (1) de oro para el sustento de los monges que

(1) O, 1423 pesos fuertes, equivalentes á 4269 de los del dia.

cuidaban el Sepulcro, y envió un velo bordado con sus propias manos para estenderlo sobre sus aras (1).

Probablemente de la conversacion de estos sacerdotes, y de la piadosa indignacion que las amenazas del soldan le causaron, nació en el pecho de Colon aquel deseo entusiasta que conservó hasta la tumba, de dedicar los tesoros que produjese su contemplado descubrimiento, á la redencion del santo Sepulcro de las manos de los infieles.

La agitacion y bullicio de esta campaña impidieron la conferencia dispuesta para Sevilla; y no tuvieron mejor suerte los negocios de Colon, durante los regocijos que la siguieron. Fernando é Isabel entraron en Sevilla en febrero de 1490, en solemne pompa y triunfo.

---

(3) Garibay, Comp. Hist. l. xviii, c. 36.

Se habian hecho preparativos para el casamiento de su hija mayor, la princesa Isabel, con el príncipe don Alonso, heredero aparente de la corona de Portugal. Las nupcias se celebraron en abril con esplendor estraordinario. Todo el invierno y primavera lo pasó la corte en un contínuo tumulto de placeres, fiestas, torneos y procesiones. ¿Qué posibilidad le quedaba á Colon de que le oyesen en estas alternativas incesantes de festividades y de guerras?

Hasta el invierno de 1491 no pudo pues obtener la tan dilatada respuesta á sus instancias. Los soberanos estaban preparándose para salir á su última campaña de la vega de Granada, resueltos á no levantar mas el campo de delante de aquella ciudad, hasta ver los pendones castellanos flotar sobre sus almenas.

Colon vió que si se llegaba la corte á poner en movimiento, finalizaban to-

das sus esperanzas. Instó, por consiguiente, para que se le diese una respuesta decisiva. Quizá se verificaria entonces la conferencia que el historiador de Sevilla cita como pospuesta; y se reuniria de nuevo el consejo de sabios á quien se habia cometido.

Lo cierto es, que por entonces fray Fernando de Talavera dió á los reyes el dictámen de aquella docta corporacion. Informó á sus magestades de que en la opinion general de la junta era el proyecto propuesto vano é imposible, y que no convenia á tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento (1).

Aunque tal era el dictámen general de la comision, Colon habia causado impresion profunda en muchos de sus

(1) Hist. del Almirante, c. 2.

ilustrados miembros, que le sostenian cuanto les era dable. Fray Diego Deza, tutor del príncipe don Juan, que por su empleo y carácter eclesiástico tenia fácil acceso á la presencia real, se manifestó verdadero amigo suyo. Tambien se citan los nombres de otras personas de mucho mérito y alto rango, que favorecian su causa. La conducta grave y honrosa de Colon, su claro conocimiento en todo lo relativo á su profesion, la elevacion y generosidad de sus miras, y su enérgico modo de defenderlas, escitaban respeto á donde quiera que se le daba audiencia. Un cierto grado de consideracion se habia creado gradualmente en la corte por su empresa, y á pesar del disfavorable dictámen de la docta junta de Salamanca, parecian los soberanos poco inclinados á cerrar las puertas á un proyecto que podia traerles tan importantes ventajas. Fray Fernando de

Talavera recibió la órden de decir á Colon, que se hallaba á la sazon en Córdoba, que los muchos gastos y cuidados de la guerra hacian imposible entrar en nuevas empresas; pero que cuando la guerra se concluyese, tendrian tiempo é inclinacion los soberanos de tratar con él acerca de sus ofertas (1).

Réplica poco satisfactoria fue esta despues de tantos años de fatigosas pretensiones, y ansiosas y pospuestas esperanzas. Y hasta la bondad y benignidad mitigadora que pudo haber habido en el mensage, segun le dictaron los monarcas, se perderia probablemente en el helado conducto por donde llegó á Colon. Este, por su parte, decidido á no recibir la contestacion definitiva de los labios de un hombre que siempre se le

(1) Hist. del Almirante, c. 2.

habia mostrado adverso, se presentó á la corte de Sevilla para oirla de los de los monarcas. Su réplica fue virtualmente la misma, no pudiéndose comprometer á entrar por entonces en la empresa, pero dándole esperanzas de patrocinio cuando se vieran libres de los cuidados y gastos de la guerra. Colon creyó estas indicaciones un modo evasivo de librarse de sus importunidades; suponia á los soberanos desanimados por los reparos de los ignorantes y de los presumidos, y abandonando toda esperanza de auxilio del trono, volvió la espalda á Sevilla, lleno de indignacion y de amargura.

CAPITULO VI.

INSTANCIA AL DUQUE DE MEDINACELI. VUELTA AL CONVENTO DE LA RÁBIDA.

Aunque ya no esperaba patrocinio alguno de parte de los príncipes de Castilla, sentia Colon romper del todo sus conexiones con este pais. Le ligaban á España lazos difíciles de cortar. En su primera visita á Córdoba se habia apasionado de una dama de aquella ciudad, llamada Beatriz Enriquez. Esta inclinacion dicen haber sido una de las causas que le detuvieron tanto tiempo en España, y le hicieron llevar las contínuas dilaciones que esperimentaba. Como otras particularidades de esta parte de su vida, las relaciones que tuvo con la espresada señora estan envueltas en la

obscuridad. Parece, empero, que nunca las sancionó el matrimonio, y que pertenecia ella á una familia noble (1). Fue madre de su segundo hijo Fernando, despues su historiador, y á quien siempre trataba en términos de perfecta igualdad con su hijo legítimo Diego.

Repugnándole salir de España, aunque sin esperar éxito alguno en la corte, quiso Colon empeñar en su empresa algun indivíduo rico y poderoso. Habia muchos nobles españoles que tenian vastas posesiones, y parecian pequeños soberanos en sus estados. Entre estos estaban los duques de Medinasidonia, y de Medinaceli. Ambos poseian señoríos, ó mas bien principados por la costa de la mar, y eran dueños de muchos puertos y naves. Servian estos nobles á la coro-

(1) Zúñiga, Anales eclesiás. de Sevilla, l. xiv, p. 496.

na, mas como príncipes aliados que como vasallos, presentando ejércitos de sus dependientes en el campo, mandados por sus propios capitanes ó por ellos en persona. Asistian con sus armas, y contribuian con sus tesoros al buen éxito de la guerra; pero mantenian celosamente sus derechos acerca de la disposicion de sus gentes. En el sitio de Málaga presentó el duque de Medinaceli voluntariamente una crecida hueste de caballeros de su comitiva, veinte mil doblas de oro (1), y cien bajeles, unos armados y otros llenos de provisiones de sus ricos dominios. Los establecimientos domésticos de estos nobles parecian los de otros tantos soberanos. Llenaban sus estados ejércitos enteros, y sus casas personas de mérito y caballeros jóvenes de

(1) O, 35.514 pesos fuertes, equivalentes á 106.542 del dia.

distincion, que se ejercitaban bajo sus auspicios en las letras y en las armas.

Colon llegó primero al duque de Medinasidonia. Tuvieron muchas entrevistas y conversaciones, pero sin producir resultado alguno (1). Tentaron al duque por algun tiempo las magníficas anticipaciones que se le presentaban; pero el mismo esplendor de tan altas esperanzas les daba cierto colorido de exageracion; y nos asegura Gomera, de que las desechó finalmente, como los sueños de un visionario italiano (2).

Se acercó entonces Colon al duque de Medinaceli, y por algun tiempo con visos de buen suceso; tuvieron varias negociaciones, y una vez estuvo ya el duque para enviarlo al propuesto viage

(1) Hist. del Almirante, c. 12. Herrera, Hist. Ind., décad. i, l. i, c. 8.
(2) Gomera, Hist. Ind. c. 15.

con tres ó cuatro carabelas que tenia listas en el puerto. Pero temiendo que tal espedicion descontentaria altamente á los reyes, desistió de ella, observando que era objeto demasiado grande para que pudiese abrazarlo un súbdito, y solo capaz de llevarse á cabo por algun poder soberano (1). Aconsejó á Colon que se presentase de nuevo á los monarcas, ofreciéndole el uso de su influencia para con la reina.

Vió Colon consumirse el tiempo, y la vida con él, en vanas esperanzas y amargos desengaños. Le repugnaba la idea de volver á seguir la corte en todos sus incesantes movimientos. Habia recibido una carta favorable del rey de

---

(1) Carta del duque de Medinaceli al gran Cardenal. Véase NAVARRETE, t. ii, doc. 14.

Francia (1), y resolvió no perder tiempo en presentarse en Paris. Con esta intencion fue al convento de la Rábida á buscar á su hijo mayor Diego, que estaba todavía bajo el cuidado de su celoso amigo fray Juan Perez, proponiéndose dejarle con el otro hijo en Córdoba.

Cuando el digno sacerdote vió llegar á Colon de nuevo á las puertas de su convento, despues de casi siete años de pretensiones, y advirtió por la humildad de sus vestidos la pobreza y desengaños que habia esperimentado, no pudo menos de llenarse de pesar; pero cuando supo que venia el viagero con intenciones de abandonar á España, y que tan importante empresa iba á perderse para su patria, se escitó poderosamente su ánimo, llamó á su amigo el docto físico García Fernandez, y tu-

(1) Hist. del Almirante, cap. 12.

vieron nuevas consultas sobre el plan de Colon. Pidió tambien consejo á Martin Alonso Pinzon, cabeza de una familia de opulentos y distinguidos navegantes de Palos, célebres por su esperiencia práctica y por sus osadas espediciones. Pinzon dió al proyecto de Colon su aprobacion decidida, ofreciéndose á entrar en ella con bolsa y persona, y á costear los gastos de Colon en una nueva solicitud á la corte.

Fray Juan Perez se ratificó en su favorable opinion, por la concurrencia de ambos consejeros teórico y práctico. Habia sido anteriormente confesor de la reina, y sabia que era esta princesa accesible siempre á las personas de su sagrado carácter. Propuso escribirle inmediatamente sobre el particular, y pidió á Colon que dilatase su viage hasta la recepcion de la respuesta. Colon cedió fácilmente, porque sus relaciones de Cór-

doba, le habian unido á España; y le parecia que al salir de ella abandonaba de nuevo sus lares. Tambien temia renovar en otras cortes las vejaciones que habia esperimentado en España y en Portugal.

Habiendo consentido en detenerse, volvió el pequeño consejo los ojos en busca de un embajador á quien encargar de esta mision importante. Escogieron para ello un tal Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, y uno de los mas despiertos y considerados personages de aquella vecindad marítima. La reina estaba á la sazon en santa Fe, ciudad militar que habia erigido en la vega, frente de Granada, despues de la conflagracion de los reales. El honrado piloto desempeñó fiel, espedita y venturosamente su embajada. Halló acceso á la benigna princesa, y entregó la carta del religioso. Isabel habia ya estado favorable-

mente dispuesta á la proposicion de Colon; habia ademas recibido otra carta recomendándola del duque de Medinaceli, escrita al concluir su reciente negociacion con el estrangero. Contestó pues á fray Juan Perez, agradeciéndole sus oportunos servicios, y pidiéndole se presentase inmediatamente en la corte, dejando á Cristóbal Colon con buenas esperanzas hasta recibir nuevas órdenes. Esta carta real vino al cabo de catorce dias, por mano del mismo piloto, y llenó de alegría á la limitada junta del convento. Apenas la recibió el generoso sacerdote, ensilló su mula, y salió casi á media noche para la corte. Viajó sin séquito alguno por los paises conquistados de los moros, y llegó á la recien erigida ciudad de santa Fe, donde estaban los soberanos dirigiendo en persona el asedio de la capital de Granada.

El carácter sagrado de fray Juan Pe-

rez le proporcionó pronta entrada en una corte distinguida por el celo religioso; y una vez admitido á la presencia de la reina, su antigua dignidad de padre confesor le dió grande libertad de consejo. Defendió la causa de Colon con característico entusiasmo; hablando por ciencia propia de sus honrosos motivos, sus conocimientos y esperiencia, y su perfecta capacidad para acabar aquella empresa: representó los sólidos principios en que ésta se fundaba, las ventajas que acarrearia su buen éxito, y la gloria que derramaria sobre la corona española. Probablemente no habia Isabel oido nunca la proposicion defendida con tan sincero celo, y tan impresiva elocuencia. Y como era naturalmente mas sensible y generosa que el rey, y mas susceptible de nobles y elevados impulsos, surtieron efecto en ella las instancias de Juan Perez, ardientemen-

te apoyadas por su favorita la marquesa de Moya, que entró en este negocio con el desinteresado y persuasivo entusiasmo de su sexo (1). La reina pidió que se hiciese volver á Colon; y con la próvida consideracion que la caracterizaba, recordando su pobreza y humildes ropas, mandó que se le adelantasen veinte mil maravedises en florines (2), con que se comprase una *bestiezuela* para el viage, y se proveyese de trages decentes con que alternar en la corte.

No perdió tiempo el buen sacerdote en comunicar el resultado de su mision, enviando el dinero y una carta, por mano de un vecino de Palos, al físico García Fernandez, que se los dió á Colon.

---

(1) Retrato del buen vasallo, l. ii, cap. 16.

(2) O, 72 pesos fuertes, equivalentes á 216 del dia.

Este cumplió desde luego con las instrucciones que se le daban: cambió sus gastados vestidos por otros mas propios de la esfera cortesana, compró una mula, y emprendió con reanimada esperanza otro viage hácia el campo militar que asediaba á Granada (3).

---

(3) Las mas de las circunstancias de la segunda visita de Colon al convento de la Rábida, estan tomadas de la declaracion de García Fernandez en el pleito entre Diego, el hijo de Colon, y la corona.

CAPITULO VII.

INSTANCIA Á LA CORTE AL TIEMPO DE LA TOMA DE GRANADA.

[1492.]

Cuando llegó Colon á la corte esperimentó un recibimiento favorable, y se hizo cargo de él su constante amigo Alonso de Quintanilla, el contador general. Pero el momento era demasiado agitado para poder dar inmediata atencion á sus negocios. Llegó á tiempo de presenciar la memorable rendicion de Granada á las armas españolas. Vió á Boabdil, último de los reyes moros, salir de la Alhambra, y entregar las llaves de aquella sede favorita del poder sarraceno; mientras el rey y la reina,

con toda la hidalguía, grandeza y opulencia españolas, se adelantaron en altiva y solemne marcha á recibir este signo de sumision. Fue aquel uno de los triunfos mas brillantes de la historia de España. Despues de cerca de ochocientos años de penosa lucha se arrojó por tierra la media luna, exaltando la cruz en su lugar, y plantando el estandarte español en la torre mas alta de la Alhambra. La corte toda y el ejército se abandonaron al júbilo. Llenaban el aire los vivas y gozosa gritería, los himnos de la victoria, y los cánticos en accion de gracias. Por do quiera se veian el regocijo militar y las oblaciones religiosas; porque no era aquel triunfo únicamente de lar armas, sino tambien de la cristiandad. El rey y la reina iban en medio con insólita magnificencia, y los miraban todos los ojos como mas que mortales, como enviados del cielo para la salvacion

y reedificacion de España (1). Brillaban en la corte los mas ilustres campeones de esta nacion guerrera y de aquella activa época; la flor de su nobleza, sus mas dignos prelados, sus mas célebres vates y trovadores, y toda la comitiva de una edad romántica y pintoresca. Todo era esplendor de armas, todo crugir de sedas y brocados, todo festividades y música.

Si deseamos ver una pintura de nuestro navegante en aquel teatro de triunfo y brillantez, un célebre escritor de nuestros dias nos la presenta. *Un hombre obscuro y poco conocido seguia á la sazon la corte. Confundido en la turba de los importunos pretendientes, apacentando su imaginacion en los rincones de las antecámaras con el pomposo proyec-*

(1) Mariana, Hist. de España, lib. XXV, c. 18.

to de descubrir un Nuevo-Mundo, triste y despechado en medio de la alegria y alborozo universal, miraba con indiferencia, y casi con desprecio, la conclusion de una conquista, que henchia de júbilo todos los pechos, y parecia haber agotado los últimos términos del deseo. Este hombre era Cristóbal Colon (1).

El momento habia llegado, empero, de que los monarcas atendiesen, segun lo habian prometido, á su propuesta. La guerra de los moros estaba terminada, la España libre de estos invasores, y sus soberanos podian con seguridad volver la vista á empresas estrangeras. Le cumplieron á Colon su palabra. Se destinaron personas de confianza para negociar con él, y entre otras á fray Fer-

(2) Clemencin, Elogio de la Reina católica, p. 20.

nando de Talavera, que por la reciente conquista habia ascendido á arzobispo de Granada. Pero al principio mismo de la negociacion se levantaron inesperadas dificultades. Tan plenamente convencido se hallaba Colon de la grandiosidad de su empresa, que no queria escuchar sino condiciones soberanas. Era su principal estipulacion que se le investiese de los títulos y privilegios de almirante y virey de los paises que descubriera, con una décima parte de todas las ganancias del comercio ó de las conquistas. Los cortesanos que trataban con él, se indignaron al oir tales demandas. Resentíase su orgullo de ver á un hombre, á quien habian considerado siempre como menesteroso aventurero, aspirar á rango y dignidades superiores á las suyas. Uno dijo con mofa, que no era mal arreglo el que proponia, por el cual aseguraba de antemano la autori-

dad y los honores, y no se esponia á pérdida alguna en caso de frustrarse su proyecto. A esto replicó Colon prontamente, ofreciéndose á suministrar la octava parte del coste, á condicion de gozar la octava parte de las ganancias.

Sus demandas, empero, se creyeron inadmisibles. Fray Fernando de Talavera habia siempre considerado á Colon como un especulador delirante, ó como un pretendiente necesitado de pan; pero al ver á este hombre que tantos años pasara desnudo é indigente solicitante en su antesala, revestirse de tan elevado carácter, y reclamar un empleo que de tan cerca se aproximaba á la augusta dignidad real, se llenó el prelado de sorpresa é indignacion. Representó á Isabel que seria obscurecer el esplendor de tan ilustre corona, prodigar así honores y dignidades á un estrangero sin nombre. Sus estipulaciones, decia, aun

en caso de buen éxito, serian exhorbitantes; pero si se frustrase el proyecto, se citarian con escarnio, como evidencia de la monstruosa credulidad de la corte española.

Isabel, siempre atenta á las opiniones de sus consejeros espirituales, recibia con especial deferencia las del arzobispo su confesor. Las sugestiones de este prelado obscurecieron la favorable aurora que habia empezado á lucir sobre Colon. Pensó la reina que podrian las propuestas ventajas comprarse demasiado caras. Se le ofrecieron, pues, mas moderadas, aunque altas y ventajosas condiciones. Pero todo en vano: Colon no quiso ceder en lo mas mínimo, y se cortó la negociacion.

No es posible dejar de admirar la grande constancia y la elevacion y grandeza de ánimo de Colon, despues que concibió la sublime idea de su descubri-

miento. Mas de diez y ocho años habian pasado desde que le anunció su proyecto á Pablo Toscanelli de Florencia. La mayor parte de ellos la habia consumido en hacer inútiles instancias á varias cortes. ¡Cuánta pobreza, negligencia, ridículo, contumelia y desengaños no sufriria en tan largo periodo! Nada empero podia rendir su perseverancia, ni hacerle descender á estipulaciones que consideraba indignas de tal empresa. En todas sus negociaciones se olvidaba de la obscuridad presente, y de la presente indigencia; su fervorosa imaginacion realizaba ya la magnitud de los futuros descubrimientos, y sentia profundamente que estaba negociando acerca de imperios.

Aunque habia gastado tan grande porcion de la vida en infructuosas solicitudes; aunque era de temer que la misma fatigosa carrera le esperase en

cualquiera otra corte, se indignó tanto al considerar los repetidos desengaños de que habia sido víctima en España, que resolvió abandonarla, antes que comprometer sus demandas. Despidiéndose por lo tanto de sus amigos, montó en su mula, y salió de santa Fe al principio de febrero de 1492, camino de Córdoba, de donde pensaba partir inmediatamente para Francia.

Cuando los pocos amigos que creian con celo en la teoría de Colon, le vieron verdaderamente determinado á abandonar á España, se llenaron de sentimiento, considerando su partida como una pérdida irreparable para la nacion. Entre estos se hallaba Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, que determinó hacer un osado esfuerzo para impedir el mal, si era posible. Obtuvo inmediata audiencia de la reina, acompañado por Alonso de Quin-

tanilla, que le ayudaba ardientemente en todas sus pretensiones. La exigencia del momento le dió audacia y elocuencia. No se limitó á súplicas, sino que mezcló con ellas casi reconvenciones. Espresó su admiracion de que una reina, que tan alto ánimo habia manifestado al acometer tantas, tan grandes y tan peligrosas empresas, dudase entrar en una de insignificante coste y de incalculable ganancia. Le recordó cuanto habia hecho por la gloria de Dios, la exaltacion de la Iglesia, y la estension de su propio poder y dominio. ¡Qué fuente de arrepentimiento para ella, de triunfo para sus adversarios, y de dolor para sus amigos, si otro poder acabase aquella empresa que ella habia desechado! Habló de la fama y señoríos que varios príncipes lograron por sus descubrimientos; y le hizo ver que tenia entonces medio de sobrepujar la gloria de todos

ellos. Suplicó á S. M. que no creyese por la palabra de los letrados, que era el proyecto en cuestion sueño de un visionario. Vindicó el juicio de Colon, y lo practicable y sólido de sus planes. Tampoco, dijo, si se frustrasen recaeria descrédito alguno sobre la corona. Una duda cualquiera, en materias de tal importancia, debe esclarecerse á toda costa, porque es de ilustres y magnánimos príncipes investigar semejantes cuestiones, y esplorar las maravillas y secretos del universo. Hizo alusion al liberal ofrecimiento de Colon de entrar en la octava parte de los gastos, añadiendo que cuanto se requeria para aquella grande empresa, eran dos bajeles y unas tres mil coronas.

Este y otros muchos argumentos presentó con el persuasivo poder de un honrado y sincero celo. La marquesa de Moya, se dice, usó tambien de su elo-

cuencia para persuadir á la reina. El generoso ánimo de Isabel se inflamó al fin, como si la empresa hubiera entonces aparecido por primera vez en su mente en el verdadero punto de vista, y pronunció su resolucion de protegerla.

Todavía hubo un momento de duda. El rey miraba con frialdad aquella negociacion, y el tesoro real estaba absolutamente agotado por la guerra. Se necesitaba tiempo para llenarlo. ¿Cómo podia la reina girar sobre una caja vacía, para medidas á que su esposo se manifestaba adverso? Santangel observaba esta suspension con trémula ansiedad. Pero no le duró mas que un momento. Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patrocinaba, esclamó Isabel: *Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos ne-*

cesarios. Este fue el mas noble momento de la vida de Isabel: por él durará siempre su nombre, como patrona del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Santangel, deseando asegurar este generoso impulso, hizo presente á S. M. que no tenia para que empeñar sus joyas, porque él estaba pronto á proveer las sumas necesarias. Su ofrecimiento se aceptó gustosamente; los fondos salieron en realidad de los cofres de Aragon; diez y siete mil florines se adelantaron por Santangel del tesoro de Fernando. Aquel prudente monarca, empero, no se olvidó de indemnizar á su reino algunos años despues; porque en remuneracion de este préstamo, una parte del primer oro traido por Colon del Nuevo-Mundo, se empleó en dorar las bóvedas y techos del real estrado del alcázar de Zaragoza, antiguamente la Alja-

ferí a ó mansion de los reyes moros (1).

La reina despachó un mensagero á caballo con toda prisa para seguir y llamar de nuevo á Colon. Le alcanzó el correo dos leguas de Granada, en el puente de Pinos, pasage de una montaña famosa por los sangrientos encuentros de cristianos é infieles durante la guerra mora. Cuando Colon recibió el mensage, dudó si se sujetaria de nuevo á las dilaciones y equivocaciones de la corte. Pero al saber el ardor de la reina y la promesa positiva que habia dado, volvió inmediatamente á santa Fe, confiando en la noble probidad de aquella princesa.

---

(1) Argensola, Anales de Aragon, l. i, c. 10.

CAPITULO VIII.

TRATADO CON LOS SOBERANOS ESPAÑOLES.

[1492.]

Al llegar á santa Fe, obtuvo Colon inmediatamente audiencia de la reina, y la benignidad con que fue recibido, compensó los desaires pasados. Su favorable aspecto disipó toda nube de duda ó dificultad. La concurrencia del rey se logró fácilmente. Sus objeciones desaparecieron por la mediacion de varias personas, entre las cuales se nombra con particularidad á su favorito Juan Cabrero; pero principalmente se debe su tarda concurrencia al respeto que en todo manifestaba á su real consorte. Isabel fue de allí adelante el alma de esta grande empresa. La estimulaba su ge-

neroso y alto entusiasmo; mientras el rey permaneció frio y calculador en este como en todos los negocios.

Uno de los grandes motivos que animaban á Colon en su proyecto, era la propagacion de la fe cristiana. Esperaba llegar á los estremos del Asia, al vasto y magnífico imperio del gran Khan, y visitar las islas de que tan estravagantes descripciones habia leido en los escritos de Marco Polo. Al pintar aquellas opulentas y semibárbaras regiones, habia recordado á sus magestades la manifiesta inclinacion del gran Khan á abrazar la fe católica, y las misiones enviadas por papas y piadosos soberanos para instruirle en los fundamentos de sus doctrinas. Creia Colon que le estaba á él destinado efectuar esta grande obra. Imaginaba que por sus descubrimientos se podia abrir una comunicacion inmediata con aquel inmenso imperio, cuya

totalidad entraria desde luego bajo el dominio de la Iglesia; y, como se habia predicho en las santas Escrituras, la luz de la revelacion resplandeceria por los mas apartados ángulos de la tierra. Fernando escuchaba esta sugestion con agrado. Hacia siempre que la religion contribuyese á sus intereses; y habia visto por la conquista de Granada, que estender el poderío de la Iglesia era un medio laudable de aumentar su propio dominio. Segun las doctrinas de aquel tiempo, todas las naciones que rehusaran confesar la verdad del catolicismo, debian ser justa presa de un invasor cristiano; y probablemente estimulaban mas á Fernando las noticias que Colon le daba acerca de las riquezas de Mangui, Cathay y otras provincias del gran Khan, que el deseo de su conversion, ni de la de sus semibárbaros súbditos.

Isabel tenia mas nobles motivos: se llenaba de piadoso celo á la idea de realizar tan grande obra de salvacion. Por diferentes motivos, pues, ambos soberanos entraron en las miras de Colon; y cuando despues partió para su viage, llegaron en efecto á darle cartas para el gran Khan de Tartaria.

El ardiente entusiasmo de Colon no paró aqui. En la libre comunicacion que ya se le permitia con los monarcas, brillaba su ánimo visionario con anticipaciones de la inacabable riqueza que iban á proporcionar sus descubrimientos; y sugirió que los tesoros asi adquiridos se consagraran al rescate del santo Sepulcro de Jerusalen. Los soberanos se sonreian al ver estos vuelos de la imaginacion, pero se manifestaban contentos con ellos; y le aseguraron, que aun sin los fondos de que hablaba, estaban bien deseosos de emprender tan santa

obra (1). Lo que el rey y la reina pensaban espresion de un entusiasmo momentáneo, era en Colon profundo y caro designio. Es hecho característico y singular, nunca observado como se debiera, que el rescate del santo Sepulcro fue uno de los grandes objetos de su ambicion, meditado por todo el resto de su vida, y solemnemente recordado en su testamento. No le juzgaba menos que como una de las grandes obras de que el cielo le habia hecho agente, y consideraba despues sus grandes descubrimientos, como dispensacion preparatoria de la providencia, para realizarlo.

---

(1) Protesté á vuestras altezas, que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalen, y vuestras altezas se rieron, y dijeron que les placia, y que sin esta tenian aquella gana. Diario de Colon. Navarrete, t. i, p. 117.

Habiendo asi efectuado un perfecto acuerdo entre los soberanos, se mandaron estender por Juan de Coloma, secretario real, los artículos del tratado. Hé aqui su substancia:

1. Que gozaria Colon durante su vida, y sus herederos y sucesores para siempre, del empleo de almirante en todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano, con honores y prerogativas semejantes á los que gozaba en su distrito el grande almirante de Castilla.

2. Que seria virey y gobernador de todas las dichas tierras y continentes; con el privilegio de nombrar tres candidatos para el gobierno de cada isla ó provincia, uno de los cuales elegiria el soberano.

3. Que tendria derecho á reservarse para sí una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, es-

pecias, y todos los otros artículos de comercio, de cualquier modo que se obtuviesen, por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, habiendo antes deducido el coste.

4. Que él, ó su lugar-teniente, serian los solos jueces de todas las causas y litigios que pudiera ocasionar el tráfico entre España y aquellos paises, con tal de que el grande almirante de Castilla tuviese semejante jurisdiccion en su distrito.

5. Que pudiese entonces, y en todo tiempo, contribuir con la octava parte de los gastos para el armamento de los bageles que habian de salir al descubrimiento, y recibir la octava parte de los provechos.

Esta última estipulacion, por la que se admite á Colon al goce de una octava parte de las ganancias, se hizo en consecuencia de su indignado ofrecimiento,

cuando le acusaron de pedir ámplias remuneraciones, sin incurrir en gasto alguno. Cumplió este empeño con la asistencia de los Pinzones de Palos, y añadió el tercer bagel á la flota. Asi la octava parte de los gastos de esta grande espedicion, emprendida por una grande potencia, gravitaba sobre el indivíduo que la habia concebido, y que arriesgaba tambien la vida en su buen éxito.

Las capitulaciones se firmaron por Fernando é Isabel en la ciudad de santa Fe, en la vega ó llanura de Granada, el 17 de abril de 1492. Se estendió ademas con el mismo objeto una carta privilegio para Colon que espidieron los reyes en la ciudad de Granada el treinta del mismo mes. Por ella se hacian hereditarias en su familia las dignidades y prerogativas de virey y gobernador; se le autorizaba á él y á sus herederos á prefijar el título de Don en sus

nombres: distincion concedida en aquel tiempo solo á las personas principales, aunque ya ha perdido su valor, por usarse universalmente en España.

Todos los documentos reales espedidos en esta ocasion llevan la firma de Fernando y de Isabel, aunque la separada corona de la reina hiciese esclusivamente los gastos; y durante la vida de esta á pocos que no fuesen castellanos se les permitia establecerse en los nuevos territorios (1).

Se fijó el puerto de Palos de Moguer en Andalucía para armar en él los bageles. Los vecinos de esta villa habian sido anteriormente condenados, en consecuencia de alguna falta de conducta, á servir á la corona por un año con dos carabelas armadas. El 30 de abril se

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i, p. 79.

firmó una real órden, mandando á las autoridades de Palos tener dos carabelas prontas para la mar en diez dias despues de recibida la órden, y ponerlas con sus tripulaciones á la disposicion de Colon. Este se hallaba tambien autorizado para procurarse y armar otro bagel. Las tripulaciones de los tres debian recibir el sueldo ordinario de la marina de guerra, y cuatro meses adelantados. Tomarian el rumbo que Colon, bajo la autoridad real les mandase, obedeciéndole en todo, con la sola escepcion, de que ni él ni ellos habian de llegar á san Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, ni á ninguna de las recien descubiertas posesiones de Portugal. Una certificacion de buena conducta, firmada por Colon, les serviria de descargo de su obligacion para con la corona (1).

(1) Navarrete, Colec. de viages, t. ii, doc. 6.

Tambien se espidieron órdenes por los monarcas á las autoridades públicas y personas de todos rangos y condiciones de los establecimientos marítimos de Andalucía, mandándoles suministrar provisiones y asistencias de todas clases, á precios equitativos, para el armamento de los bageles; y se señalaron penas á los que causáran cualquier impedimento. No se habian de imponer derechos á artículos ningunos suministrados á los buques; y todos los procesos criminales contra las personas ó propiedades de los indivíduos de la espedicion debian suspenderse durante su ausencia, y por dos meses despues de su vuelta (1).

Uno de aquellos favores que se graban en el alma, característico de la benignidad y consideracion de Isabel, le

(1) Id. doc. 8 y 9.

fue concedido á Colon antes de su partida de la corte. Espidió la reina el 8 de mayo una carta patente, nombrando á su hijo Diego, page del príncipe don Juan, heredero aparente, con una pension para su sustento; honor concedido solo á los hijos de las personas mas distinguidas (1).

Llenos asi sus mas caros deseos, despues de dilaciones y desengaños bastantes para haber reducido á la desesperacion á cualquier hombre ordinario, se despidió Colon de la corte en 12 de mayo, saliendo gozoso para Palos. Los que se sienten desfallecer bajo graves dificultades en la prosecucion de un objeto grande y digno, acuérdense de que se pasaron diez y ocho largos años desde que Colon concibió su proyecto, has-

(1) Id. t. ii, doc. 11.

ta que se vió habilitado para llevarle á cabo; que la mayor parte de este tiempo la pasó en casi desesperadas pretensiones, en pobreza, negligencia y mortificador ridículo; que la primavera de su vida se disipó en esta lucha, y que al recibir por su perseverancia la corona del éxito, tenia ya cincuenta y seis años. Su ejemplo enseñará á los ánimos emprendedores á no desmayar nunca.

CAPITULO IX.

PREPARATIVOS PARA LA ESPEDICION EN EL PUERTO DE PALOS.

Colon se presentó una vez mas á las puertas del convento de la Rábida, pero en triunfo y lleno de confianza. Le recibió el digno guardian con los brazos abiertos, y le tuvo de huésped mien-

tras duró su residencia en Palos (1). El carácter y situacion de fray Juan Perez le daban en la vecindad grande importancia, que él egercia hasta el último grado en favor de la deseada empresa. Colon se presentó el 23 de mayo en la iglesia de san Jorge de Palos, acompañado de este celoso amigo. Alli se leyó solemnemente por el escribano público, en presencia de los alcaldes, regidores y muchos habitantes, la real órden que mandaba poner á su disposicion dos carabelas, y se prometió plena obediencia á ella (2).

Cuando llegó, empero, á divulgarse la naturaleza de la propuesta espedicion, se llenó la villa de sorpresa, y aun de

(1) Oviedo, Crónica de las Indias, l. ii, c. 5.

(2) Navarrete, Colec. de viages, t. ii, doc. 7.

horror. Los habitantes consideraban los bageles y tripulaciones que se les pedian, como víctimas que iban á inmolarse á la destruccion. Los propietarios de los buques rehusaron prestarlos para tan desesperado servicio, y los mas audaces marinos temblaban de aquel quimérico crucero por los desiertos del Océano. Todas las espantosas fábulas con que puebla la ignorancia las regiones obscuras y misteriosas, se levantaron y apropiaron á aquellas desconocidas aguas, y circulaban entre los noticieros de Palos para detener á cualquiera que quisiese tomar parte en la espedicion.

Nada puede dar mayor evidencia de la osadía de esta empresa, que el estremo pavor con que la miraba una comunidad marítima que encerraba en sí algunos de los mas audaces navegantes de aquel siglo. A pesar del tenor perentorio de la real órden, y de la promesa de

cumplir con ella que habian dado los magistrados, se pasaron muchas semanas sin que nada se hubiese hecho para verificarlo. El digno guardian de la Rábida favorecia á Colon con todo su influjo y con toda su elocuencia, pero en vano; no se podia procurar bagel alguno.

En vista de lo cual espidieron los soberanos órdenes mas absolutas en data de 20 de junio, mandando que los magistrados de la costa de Andalucía tomasen para este servicio cualesquiera buques que creyesen oportuno, pertenecientes á vasallos españoles, y que obligasen á los patrones y tripulaciones á darse á la vela con Colon en el rumbo que sus magestades le designasen. Juan de Peñalosa, oficial de la casa real, salió á hacer obedecer esta órden con doscientos maravedises diarios todo el tiempo que estuviese ocupado en ello, cuya

suma debia exigirse de los desobedientes y delincuentes, ademas de otras penas espresadas en el mismo mandato.

Con arreglo á esta carta obró Colon en Palos, y en la inmediata ciudad de Moguer, mas sin resultado alguno. Reinaba la confusion en estos pueblos, se llenaron de altercaciones y disturbios; pero sin efectuar cosa ninguna de consecuencia.

Al fin, Martin Alonso Pinzon, rico y atrevido navegante, de quien ya se ha hablado, tomó personal y decidido interes en la espedicion. Se ignora qué convenio formaria con Colon, en cuanto á su recompensa. En el testimonio dado muchos años despues en el pleito entre don Diego, el hijo de Colon, y la corona, se afirmó por muchos testigos, que Pinzon y él debian partir las ganancias; pero estan las declaraciones de este pleito tan llenas de contradictorias y pal-

pables falsedades, que es difícil descubrir la proporcion de verdad que pudieron haber contenido. Como de la espedicion no resultaron ganancias inmediatas, no hubo despues reclamaciones. Lo cierto es, que la asistencia de Pinzon fue oportuna y eficacísima; y muchos testigos convienen en asegurar, que sin ella hubiera sido imposible armar la espedicion. Él y su hermano Vicente Yañez Pinzon, tambien hábil y arrojado navegante, y muy distinguido despues, tenian bageles y marineros á su disposicion. Estaban ademas relacionados con muchos de los marítimos habitantes de Palos y de Moguer, y egercian grande influjo en todas las cercanías. Se supone que suministraron á Colon fondos para satisfacer la octava parte del coste que estaba comprometido á adelantar. Tambien le dieron, á lo menos, uno de los buques, y resolvieron ademas tomar

ellos mismos empleo y parte en la espedicion. Su ejemplo tuvo maravilloso efecto, é indujo á muchos parientes y amigos á embarcarse; asi que por sus esfuerzos, un mes despues de haberse empeñado en la empresa, ya estaban los bageles prontos para darse á la vela (1).

Despues de las grandes dificultades puestas por varias cortes al armamento de esta espedicion, sorprende ver cuán inconsiderable era lo que se requeria. Es evidente que redujo Colon sus demandas á los mas estrechos límites, temeroso de que los muchos gastos le fuesen un impedimento. Tres bageles pequeños parece que era todo lo que habia pedido. Dos de ellos ligeras barcas, llamadas carabelas, no superiores á los

(1) Declaracion de Arias Perez en el pleito.

buques de rio y costas de nuestro tiempo. En las estampas y pinturas antiguas hay aun representaciones de esta clase de bageles (1). Estan abiertos y sin cubierta, altos de proa y popa, con castillos y cámaras para el uso de la tripulacion. Pedro Mártir, el docto contemporáneo de Colon, dice que solo uno de los tres buques tenia cubierta (2). La pequeñez de los cascos la consideraba Colon como una ventaja para los viages de descubrimientos, porque podia con ellos acercarse á las playas, y entrar por rios y puertos someros. En su tercer viage, al costear el golfo de Paria, se quejaba del tamaño de sus barcos, que tenian casi cien toneladas. Pero que se emprendiesen tan largas y peligrosas navega-

(1) Véase en las Ilustraciones el art. Bageles de Colon.

(2) Pedro Mártir, décad. i, l. 2.

ciones por ignotos mares en bageles descubiertos, y que sobrevivieran á las violentas tempestades en que se habian de ver con frecuencia envueltos, es una de las circunstancias estraordinarias de estos atrevidos viages.

Mientras se armaban los bageles, siguieron presentándose nuevas y contínuas dificultades. Uno á lo menos de los tres buques, llamado la Pinta, con su patron y gente, habia sido forzado por los magistrados á tomar parte en la espedicion, segun la arbitraria órden de los reyes; y puede presentarse como egemplo de la autoridad despótica que se egercia en aquellos tiempos sobre el comercio, que se obligase así á entrar con vidas y haciendas personas respetables, en lo que les parecia á ellos una loca y desesperada empresa. Los propietarios de este bagel, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, mostraron la ma-

yor repugnancia al viage, y tomaron parte activa en ciertas querellas que ocurrieron (1). Se habian tambien cogido de leva varios marineros de los otros barcos: estos hombres y sus amigos pusieron toda clase de obstáculos para retardar ó impedir el viage. Los calafates trabajaban descuidada é imperfectamente; y se ocultaban si se les obligaba á empezar de nuevo (2): algunos marineros que se habian alistado como voluntarios, se arrepintieron de su propia osadía, ó se dejaron persuadir de sus amigos, y quisieron retractarse; otros se desertaban y escondian. Todo tenia que egecutarse por medio de las mas ásperas y arbitrarias medidas, y

(1) Diario de Colon; Navarrete, t. i, p. 4. — Hist. del Almirante, c. 15.

(2) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 77. MS.

contra el torrente de la oposicion y preocupaciones populares.

Al fin, para principios de agosto todas las dificultades estaban vencidas, y los buques prontos para darse á la vela. El mayor, espresamente preparado para el viage y con cubierta, se llamaba la santa María: en él levantó su pabellon Colon. El segundo, llamado la Pinta, lo mandaba Martin Alonso Pinzon, acompañado por su hermano Francisco Martin, como piloto. El tercero, dicho la Niña, tenia velas latinas, y lo mandaba el tercer hermano Vicente Yañez Pinzon. Habia otros tres pilotos: Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan. Rodrigo Sanchez de Segovia era inspector general de la armada; y Diego de Arana, natural de Córdoba, su alguacil mayor. Rodrigo de Escobar iba de escribano real, funcionario que debe en las escuadras de la

corona tomar nota auténtica de todas las transacciones. Tambien iban un médico y un cirujano, con varios aventureros particulares, algunos criados y noventa marineros; en todo ciento y veinte personas (1).

Antes de emprender el viage, sacó Colon del convento de la Rábida á su hijo Diego, y lo puso bajo el cuidado de Juan Rodriguez Cabezudo, vecino de Moguer, y de Martin Sanchez, eclesiástico de la misma villa (2), probablemente para que adquiriese algun conocimiento del mundo antes de enviarlo á la corte.

Estando la escuadra pronta para dar-

---

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i. — Muñoz, Hist. N. Mundo, l. ii.

(2) Declaracion de Juan Rodriguez Cabezudo en el pleito entre don Diego Colon y el fiscal.

se á la vela, Colon, poseido de la solemnidad de su empresa, se confesó con fray Juan Perez, y recibió la sagrada Comunion. Sus oficiales y tripulaciones siguieron su ejemplo, y entraron en la empresa llenos de santo temor, y con las mas devotas é imponentes ceremonias, encomendándose á la guía y especial amparo de los cielos. Una profunda tristeza se difundió por Palos á su partida; porque todos tenian algun pariente ó amigo en la flota. Los ánimos de los marineros, ya deprimidos por el miedo, se angustiaron mas aun por la afliccion de los que quedaban en las playas, despidiéndose de ellos con lágrimas y lamentaciones, y obscuros presentimientos de que jamas volverian á ver aquellos rostros.

LIBRO III.

CAPITULO I.

PARTIDA DE COLON EN SU PRIMER VIAJE.

[1492.]

Era viernes, 3 de agosto de 1492, por la mañana temprano cuando se dió Colon á la vela en su primer viaje de descubrimientos. Salió de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel, enfrente de la ciudad de Huelva, poniendo la proa al sudoeste, en la direccion de las islas Canarias, desde donde pensaba navegar via recta al occidente. Principió un diario regular de este viaje, para la inspeccion de los soberanos, con un pomposo prólogo, en que, como sigue, espresaba los

motivos y razones que le indujeron á entrar en aquella espedicion.

In nomine D. N. Jesu-Christi. — *Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy escelentes, y muy poderosos príncipes rey y reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de* 1492, *despues de vuestras altezas haber dado fin á la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año á dos dias del mes de enero por fuerza de armas vide poner las banderas reales de vuestras altezas en las torres de Alfambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al rey moro á las puertas de la ciudad, y besar las reales manos de vuestras altezas y del príncipe mi señor, y luego en aquel presente mes por la informacion que yo*

habia dado á vuestras altezas de las tierras de Indias, y de un príncipe que es llamado gran Khan, que quiere decir en nuestro romance rey de los reyes, como muchas veces él y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir doctores en nuestra santa fe, porque le enseñasen en ella, y que nunca el santo padre le habia proveido, y se perdian tantos pueblos creyendo en idolatrías, é recibiendo en sí sectas de perdicion, vuestras altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fe cristiana, y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y heregías, pensaron de enviarme á mí Cristóbal Colon á las dichas partidas de India, para ver los dichos príncipes y los pueblos y tierras, y la disposicion de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversion de ellas á nuestra santa

fe ; y ordenaron que yo no fuese por tierra al oriente , por donde se costumbra de andar , salvo por el camino de occidente , por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie. Asi que , despues de haber echado fuera todos los judios de todos vuestros reinos y señorios , en el mismo mes de enero mandaron vuestras altezas á mí que con armada suficiente me fuese á las dichas partidas de India; y para ello me hicieron grandes mercedes , y me ennoblecieron que dende en adelante yo me llamase Don , y fuese almirante mayor de la mar Océana, é visorey y gobernador perpétuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase , y de aqui adelante se descubriesen y ganasen en la mar Océana , y asi sucediese mi hijo mayor , y asi de grado en grado para siempre jamas ; y partí yo de la ciu-

dad de Granada á doce dias del mes de mayo del mesmo año de 1492 en sábado: vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navíos muy aptos para semejante fecho; y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos, y de mucha gente de la mar, á tres dias del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de vuestras altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto que yo llegase á las Indias, y dar la embajada de vuestras altezas á aquellos príncipes, y cumplir lo que así me habian mandado; y para esto pensé de escribir todo este viage muy puntualmente de dia en dia, todo lo que yo hiciese y viese y pasase, como mas adelante se verá. Tambien, señores

principes, allende describir cada noche lo que el dia pasare, y el dia lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Occano en sus propios lugares debajo su viento; y mas componer un libro, y poner todo por él semejante por pintura, por latitud del equinocial, y longitud del occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño, y tiente mucho el navegar, porque asi cumple, las cuales serán gran trabajo (1).

Asi estan formal y espresamente esplicados por Colon los objetos de este estraordinario viage. Los hechos materiales que quedan de su diario, se halla-

(1) Navarrete, Coleccion de Viajes, t. i, p. 1.

rán incorporados en la presente obra (1). Como guia para su navegacion, habia dispuesto un mapa ó carta por el que le mandó Pablo Toscanelli, aunque con algunas mejoras. Ninguno de los dos existe ya; pero el globo ó planisferio concluido por Martin Behem el mismo año del primer viaje del Almirante, se

---

(1) Recientemente se ha descubierto y publicado en la coleccion del señor Navarrete un estracto de este diario hecho por Las-Casas. Muchos pasages de él los habia ya su autor insertado en la Historia de las Indias, y Fernando Colon usó copiosamente el diario original en la de su padre. En la presente descripcion del primer viage se ha servido el autor del diario contenido en la obra del señor Navarrete, de la historia manuscrita de Las-Casas, de la de las Indias por Herrera, de la vida del Almirante por

conserva aun, y nos da una idea de lo que seria la carta de Colon. Se representan en él las costas de Europa y de Africa, desde el sur de Irlanda al fin de Guinea; y opuestas á ellas, al otro lado del Atlántico, las estremidades del Asia, ó como se decia entonces de la India. Entre ellas está puesta la isla de Cipango (el Japon), que segun Marco Polo distaba mil y quinientas millas de la costa asiática. Colon avanzaba esta isla

---

su hijo, de la Crónica de las Indias por Oviedo, de la Historia manuscrita de Fernando é Isabel por Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, y de las cartas y décadas del Océano por Pedro Mártir; todos los que, escepto Herrera, fueron contemporáneos y conocidos de Colon. Estas son las autoridades principales que se han consultado, aunque tambien se han obtenido algunas noticias por otros conductos.

en sus cómputos unas mil leguas demasiado hácia el oriente; suponia que estuviese en la situacion de la Florida (1), y que fuese la primera tierra que descubriria. El gozo de Colon, al verse, despues de tantos años de burladas esperanzas, ya entregado á su grande empresa, hubiera sido mayor, si no desconfiara de la resolucion y perseverancia de las tripulaciones. Mientras permaneciesen cerca de Europa, era de temer que en un instante de arrepentimiento y alarma rehusasen unánimemente proseguir el viage, y se empeñasen en volver á España. Varios síntomas aparecieron desde luego, que justificaban sus aprehensiones. Al tercer dia hizo la Pinta señal pidiendo socorro; el timon se le habia

(1) Malte-Brun, Geog. universelle, t. ii, p. 283.

roto y desencajado. Sospechó Colon que fuese estratagema de los propietarios de la carabela Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, para inutilizar el bagel, y hacerle quedar atras. Ya se ha dicho que se les habia forzado á entrar en la espedicion, tomando su carabela en virtud de una real órden.

Colon sintió esta ocurrencia, que le anunciaba mayores obstáculos para en adelante de parte de una chusma, cuyos indivíduos iban muchos contra su voluntad, y todos llenos de dudas y malos agüeros. Dificultades tribiales podian en aquel crítico momento del viage aterrorizarlos y conducirlos á la rebelion, y frustrar enteramente el objeto de la empresa.

Soplaba á la sazon un fuerte viento, y no podia socorrer á la Pinta sin arriesgar su propio bagel. Afortunadamente mandaba Martin Alonso Pinzon el ave-

riado buque, y siendo diestro y hábil marinero, logró asegurar el timon con cuerdas, para poder manejarlo. Pero este espediente era inadecuado: los nudos se soltaron de nuevo al otro dia, y los demas barcos tuvieron que acortar vela, hasta que volvieron á asegurarse.

Esta avería de la Pinta, y el hacer ademas mucha agua, determinó al almirante á tocar en las islas Canarias, para ver si podia reemplazarla. Pensaba no hallarse lejos de aquellas islas, aunque los pilotos de la escuadra eran de opinion diferente. El resultado probó su superioridad en hacer las observaciones y los cálculos, pues divisaron las Canarias el dia 6 por la mañana.

Mas de tres semanas se detuvieron en las islas, tratando en vano de procurar otro bagel. Al fin se vieron obligados á hacerle un timon nuevo á la Pin-

ta, y á repararla lo mejor que se pudo para el viage. Las velas latinas de la Niña tambien se alteraron de forma, para que pudiese navegar con mas seguridad, y seguir mejor los otros buques.

Al pasar por entre las islas vieron el levantado pico de Tenerife arrojar de sí voluminosas llamas y encendido humo. El equipage observó aterrado aquella erupcion, siempre pronto á espantarse de cualquier fenómeno estraordinario, y á convertirlo en desastrosos agüeros. Colon tuvo suficiente dificultad en disipar su miedo, esplicándoles las causas naturales de los fuegos volcánicos, y verificando sus doctrinas con citas del Etna y otros volcanes bien conocidos.

Mientras estaban proveyéndose de leña, agua y provisiones en la isla de la Gomera, llegó un bagel de Ferro, con la noticia de que habia visto tres carabelas portuguesas cruzando fuera de la

isla, con la intencion, segun se decia, de capturar á Colon. Sospechó el Almirante algun hostil estratagema de parte del rey de Portugal, en venganza de haber entrado al servicio de España, y no perdió tiempo en darse á la vela, ansioso de salir de aquellas islas, y de las huellas de la navegacion, no fuese que algun inesperado acontecimiento impidiera el viage, bajo tan ominosos auspicios comenzado (1).

---

(1) El deseo de formar del Almirante un héroe perfecto, hizo cometer á su hijo don Fernando varias omisiones y alteraciones de los hechos en la historia que de él escribió, y que ha servido de pauta á los biógrafos sucesivos. A fuerza de pintar pusilánimes, medrosos y encogidos á los españoles que le acompañaban, quiso dar nuevo lustre á las hazañas de su padre, que por cierto no ne-

CAPITULO II.

CONTINUACION DEL VIAGE. — VARIACION DE LA AGUJA DE MAREAR.

[1492.]

Al amanecer del 6 de setiembre se dió Colon á la vela, salió de la isla de la Gomera, y entró por primera vez en

---

cesitan de este resplandor postizo para ser las mas brillantes que los fastos modernos encierran. Si descontentaba la empresa de Colon á los marineros, no era por su éxito dudoso, ni por los peligros y misterios que la envolvian, tanto como por no conocer al Almirante, y por repugnarles ir á las órdenes de un estraño con quien no tenian relacion alguna, ni aun la de ser compatriotas. Por

la region de los descubrimientos, despidiéndose de las islas fronterizas del antiguo mundo, y tomando el rumbo del

---

lo demas, *habia años*, dice Ortiz de Zúñiga, en el de 1475 de sus anales, *que desde los puertos de Andalucía se frecuentaba navegacion á las costas de Africa y Guinea.* En el de 1436 partió para ir por mar al rio del oro Jaime Ferrer, segun consta de su *Atlas catalan del siglo XV*, recientemente hallado en Paris en la biblioteca del rey. Y en el año de 1213 ya vemos un escelente maestro ó arquitecto de Granada, edificando el palacio del soberano de Tombuto en las inmediaciones del Niger. La pericia y consumada práctica en la navegacion de los habitantes de Palos, Moguer, Huelva, Ayamonte y demas puertos de Andalucía, hace dudoso el aserto de Fernando Colon, que adopta el señor Irving, de

occidente por las aguas desconocidas del Atlántico. Pero detuvo tres dias una profunda calma á los bageles cerca de

---

que se espantase la gente al ver el volcan de Tenerife; tanto mas, cuanto que desde 1282 frecuentaban los marineros españoles las mares de Sicilia, como estados del rey de Aragon, y por tener factorías en la misma isla. Una real cédula, existente en el archivo de Simancas, confirmando á Guillermo de Casaus la donacion hecha á su padre Alfonso de Casaus en 29 de Agosto de 1420, del señorío de las islas de Canaria, *conviene á saber: la isla de la gran Canaria, é la isla de Tenerife, que suelen llamar del infierno, é la isla de Gomera* &c., prueba que para el año de 1493 ya debian los andaluces estar familiarizados con los volcanes, máxime habiendo visto otros sin miedo en 1403 en varias islas de la

tierra. Impacientaba esta dilacion sobre manera al Almirante, que solo deseaba internarse del todo en el Océano, fuera de la vista de costas y velas, que en la pura atmósfera de aquellas latitudes pueden descubrirse á inmensa distancia. El domingo siguiente, 9 de setiembre muy de mañana, vieron á Ferro, última

---

costa de Nápoles, yendo con Rui Gonzalez de Clavijo en embajada para el gran Tamorlan. Ultimamente, el mismo Almirante espresa en su diario, que *vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera;* y nada dice del *espanto* de los marineros, ni de sus esplicaciones para tranquilizarlos. Los que deseen ver mas copiosas ilustraciones sobre este punto, pueden consultar la coleccion del señor de Navarrete, t. 3, observaciones sobre las probanzas &c. *(Nota del traductor.)*

de las islas Canarias á unas nueve leguas de ellos. Alli era adonde se habian divisado las carabelas portuguesas; y por lo tanto se hallaban en la vecindad misma del peligro. Afortunadamente se levantó con el sol una brisa favorable, se llenaron las velas, y en el discurso del dia desaparecieron gradualmente del horizonte las alturas de Ferro.

Al perder de vista esta última señal de tierra, desfallecieron los corazones de los marineros. Parecia que literalmente se despedian del mundo. Detras dejaban cuanto es caro al pecho humano: patria, familia, amigos, la vida misma; delante todo era caos, peligros y misterio. En la turbacion de aquel momento terrible desesperaban muchos de volver jamas á sus hogares. Los mas valientes derramaban lágrimas y rompian en lamentos y sollozos. El Almirante se esforzó en mitigar su angustia por

todos los medios, y en inspirarles sus propias gloriosas anticipaciones. Les describia la magnificencia de los paises adonde los llevaba; las islas del mar indio, cargadas de oro y piedras preciosas; la region de Mangui y Cathay con sus ciudades de sin par opulencia y esplendor. Les prometia tierras y riquezas, y cuanto puede despertar la codicia, ó inflamar la imaginacion; ni eran estos ofrecimientos engañosos en el dictámen de Colon, que creia firmemente verlos realizados todos.

Dió órdenes á los comandantes de los otros buques para que, en el caso de separarse por algun accidente, continuasen el rumbo occidental directo; y despues de navegar setecientas leguas, se mantuviesen á la capa desde media noche hasta por las mañanas, porque á aquella distancia esperaba confiadamente encontrar tierra. En el entretan-

to, como le pareció posible no descubrirla á la distancia precisa que habia dicho, y como preveyó que el terror de los marineros creceria con el aumento del espacio interpuesto entre ellos y su pais, empezó un estratagema que continuó todo el viage. Llevaba, ademas del diario náutico, uno histórico en que anotaba el verdadero progreso del barco, y que tenia reservado para su propio gobierno. Del otro, abierto á todos, sustraia diariamente algunas leguas de las que los bageles habian navegado, para que las tripulaciones ignorasen la distancia positiva á que se hallaban de España (1).

---

(1) Se ha dicho sin fundamento, que llevaba Colon dos diarios; pero no era mas que en el cálculo de las distancias en lo que engañaba la tripulacion. Su diario verdadero era del todo privado

El 11 de setiembre, como á ciento y cincuenta leguas al occidente de Ferro, encontraron un pedazo de mástil, que se conocia haber estado mucho tiempo en el agua, y pertenecer á un bagel de ciento veinte toneladas. El equipage, esquisitamente sensible á cuanto podia escitar su miedo ó sus esperanzas, miró con dolorosa vista este despojo de algun desgraciado navegante, flotando á la entrada de aquellas mares desconocidas.

El 13 de setiembre por la noche, estando á unas doscientas leguas de la isla de Ferro, observó Colon por la vez pri-

---

para su solo uso y el de los soberanos. En una carta escrita desde Granada en 1503 al papa Alejandro VII dice, que habia llevado una relacion de sus viages en el estilo de los comentarios de César, y que pensaba ponerla á disposicion de su santidad.

mera las variaciones de la aguja de marear, fenómeno desconocido hasta entonces. Percibió á media noche, que la aguja, en vez de señalar á la estrella del norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al nor-oeste, y mas todavía á la otra mañana. Admirado de esta circunstancia, la observó atentamente por tres dias, viendo que la variacion aumentaba en razon del progreso. Al principio no hizo mérito de este fenómeno, sabiendo cuán pronta estaba su gente á alarmarse; pero al fin le descubrieron los pilotos, y se llenaron de consternacion. No parecia sino que hasta las leyes de la naturaleza perdian su vigor á medida que se adelantaba en el viage, y que iban entrando por otro mundo sujeto á desconocidas influencias (1). Temian que perdiese la

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 6.

aguja del todo su misteriosa virtud: y sin esta guia, se preguntaban mútuamente, ¿qué será de nosotros por medio del vasto y solitario Océano que nos rodea? Colon apuró su ciencia é ingenio para buscar razones con que mitigar aquel terror. Les dijo que nò apuntaba la aguja exactamente á la estrella polar, sino á cierto punto fijo é invisible. La variacion no la causaba, por consiguiente, falacia alguna de la brújula, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demas cuerpos celestes sufria sus cambios y revoluciones, describiendo cada dia un círculo al rededor del polo. El alto concepto en que los pilotos tenian á Colon, creyéndole profundo astrónomo, dió peso á su teoría y calmó la general alarma. Todavía era desconocido el sistema solar de Copérnico: la esplicacion de Colon fue por lo tanto plausible é ingeniosa, y muestra la vi-

vacidad de su ánimo, siempre pronto á vencer los obstáculos del momento. Pudo al principio haber establecido su teoría, solo para aquietar los ánimos; pero despues se vió que se hallaba él mismo satisfecho de ella. El fenómeno nos es en el dia familiar, pero su causa aun está oculta. En él vemos uno de aquellos misterios de la naturaleza, abiertos á observaciones y esperimentos diarios, y sencillo en apariencia por su familiaridad; pero que al querer penetrarlo, pronto conoce el entendimiento humano sus límites; pues burla la esperiencia de los prácticos, y humilla el orgullo de los doctos.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAGE. — TERROR DE LOS MARINEROS.

[1492.]

El 14 de setiembre se regocijaron los navegantes á vista de los que consideraban mensageros de tierra. Una garza y un pájaro de los trópicos llamado Rabo de junco, ninguno de los cuales se supone que se arriesga muy adentro del mar, se vieron circulando al rededor de los buques. La noche siguiente los sobrecogió y llenó de terror la vista de un metéoro, ó como Colon le llama en su diario, de una gran llama de fuego que parecia descender á la mar desde los cielos á unas cinco leguas de distancia. Estos metéoros, comunes en los climas

cálidos, y con especialidad bajo los trópicos, se ven siempre en el sereno cielo de sus latitudes, como cayendo verticalmente; pero nunca debajo de las nubes. En la transparente atmósfera de una de aquellas apacibles noches en que cada estrella brilla con su mas puro lustre, dejan tras sí con frecuencia un surco ó cola luminosa, que dura doce ó catorce segundos, y que puede bien compararse á una llama.

El viento habia sido hasta entonces favorable, aunque con nubes y aguaceros de cuando en cuando. Habian adelantado mucho; pero Colon, segun su plan secreto, suprimia algunas leguas diarias en el cálculo que estaba abierto á las tripulaciones.

Entraron pues bajo la influencia de los vientos generales ó constantes, que siguiendo al sol, soplan sin variacion de oriente á occidente entre los trópicos,

por algunos grados contiguos del Océano. Con este propicio viento en popa resbalaban suave pero rápidamente los buques por una mar tranquila, y no tuvieron que mover una vela en muchos dias. Colon habla perpétuamente de la blandura y serenidad del tiempo fresco y dulce sin ser frio, en aquel trecho del Océano. En su cándido y espresivo lenguage compara la fragancia y pureza de las mañanas á las del abril en Andalucía, y observa que solo faltaban los cantares del ruiseñor para completar la ilusion. Tiene razon en hablar asi, dice el venerable Las-Casas; porque es maravillosa la suavidad que se siente á mitad del camino de aquellas Indias; y cuanto mas se acercan los bageles á tierra, mucho mas se goza la temperancia y blandura del aire, la claridad de los cielos, y la amenidad y fragancia que de sí exhalan las arboledas y flores-

tas; mucho mas, ciertamente, que en abril en Andalucía (1).

Por aquel tiempo comenzaron á ver grandes parches de yerbas que venian del occidente flotando por la superficie del agua, y aumentaban cada vez mas en cantidad. Muchas de las yerbas eran de las que crecen en las rocas, y otras de las que crian los rios; algunas de un color pajizo, marchito, y otras tan verdes, que parecia que se acababan de arrancar de la tierra. En uno de estos parches se cogió un cangrejo vivo, que Colon conservó con mucho cuidado. Tambien vieron un pájaro de los trópicos blanco, y de los que nunca duermen en la mar. Se aparecieron ademas por el rededor de los buques muchos atunes, uno de los cuales mató la tripulacion de

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 36. MS.

la Niña. Este le trajo á Colon á la memoria la descripcion que da Aristóteles de ciertos buques de Cádiz, que costeando por fuera del estrecho de Gibraltar, fueron arrojados hácia el occidente por vientos impetuosos, hasta llegar á una parte del Océano que estaba cubierta de vastos campos de yerbas parecidas á islas hundidas, y entre los que se vieron muchos atunes. Colon se suponia llegado á esta mar, de donde los antiguos nautas se volvieron con desmayo, pero que él miraba con reanimada esperanza, como indicativa de la vecindad de tierra. No porque creyese llegar tan pronto al objeto de su busca, las estremidades orientales del Asia; pues segun sus cómputos no habia navegado mas de trescientas y sesenta leguas (1)

(1) De veinte al grado de latitud, unidad de distancia usada en esta obra.

desde que dejó las islas Canarias, y él suponia la tierra firme mucho mas distante.

El 18 de setiembre continuaba el mismo tiempo: una suave y sostenida brisa del oriente llenaba todas las velas, mientras que, usando las palabras de Colon, se mantenia la mar tan llana como pasa el Guadalquivir por Sevilla. Imaginaba que el agua de la mar estaba menos salada mientras más adelantaban; notando este fenómeno como prueba de la pureza y salubridad del aire (1).

Las tripulaciones se hallaban animadísimas; y todos los bageles hacian esfuerzos para adelantarse, y lograr la primera vista de tierra. Alonso Pinzon, saludando al Almirante desde la Pinta, le dijo, que por el vuelo de muchas

(2, Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 36.

aves, y por otras indicaciones del horizonte del norte, juzgaba que hubiese tierra en aquella direccion. Y como su buque era el mas velero, se adelantó hácia ella.

Descubríase, en efecto, una neblina hácia el norte, como las que suelen descansar sobre la tierra, y al ponerse el sol adquirió tales formas y presentó tales bultos y masas, que muchos imaginaron ver islas. Se manifestó un deseo universal de poner las proas hácia ellas; pero Colon estaba persuadido de que no eran mas que ilusiones. Todos los que han viajado por mar, habrán observado las engañosas formas de las nubes del horizonte, especialmente al salir y ponerse el sol; las cuales con facilidad convierte la vista, ayudada por la fantasía y el deseo, en la tierra á que se viaja. Esta particularidad se observa mas especialmente en los trópicos, á donde las

nubes presentan al ponerse el sol las apariencias mas singulares.

Al dia siguiente hubo algunas lloviznas menudas, no acompañadas de viento, lo que Colon tuvo por buena señal: dos pelícanos volaron tambien á bordo de los barcos, aves, que dijo él, rara vez se desvian veinte leguas de tierra. Sondeó por consiguiente con una sonda de doscientas brazas, pero no encontró fondo. Supuso que podia ir pasando entre islas situadas al norte y al sur; mas no quiso perder en buscarlas la favorable brisa que lo impelía. Ademas habia afirmado sin titubear, que se hallaria tierra siguiendo sostenidamente al oeste. Todo su proyecto se fundaba en aquella presuncion; y arriesgaria, por lo tanto, su crédito y autoridad para con la gente de mar, si parecia que vacilaba, y que iba ciegamente de un punto de la aguja al otro. Por eso re-

solvió mantener á todo trance y osadamente su rumbo occidental, hasta descubrir la costa de la India, buscando aquellas islas á su vuelta, si asi lo juzgaba conveniente (1).

No obstante su precaucion de ocultar á las tripulaciones las distancias que habian navegado, estaban los marineros cada vez mas tristes, considerando lo largo del viaje. Ya habian penetrado mucho mas lejos hácia el occidente, que navegante alguno antes de ellos; ya estaban fuera de toda esperanza de socorro, y aun continuaban dejando atras diariamente inmensos trechos de Océano, y precipitándose mas y mas hácia adelante por aquel, á la vista, ilimitado abismo. Es cierto que los habian lison-

(1) Hist. del Almirante, c. 30. — Estrac. del diario de Colon, Navarrete, vii, 1.

geado varias indicaciones de tierra, y seguian apareciendo otras; pero todas las burlaban con vanas esperanzas; y despues de saludarlas gozosos, se desvanecian una despues de otra, y continuaba desarrollándose delante de ellos la misma interminable espansion de cielos y de mares. Hasta el viento favorable que parecia que la Providencia divina les habia enviado para llevarlos al Nuevo-Mundo con tan suaves y dulces brisas, lo convertia el ingenioso miedo en singular causa de alarma; porque empezaron á imaginar que el viento siempre soplaba en aquellas mares del oriente, en cuyo caso no podrian jamas volver á España.

Colon se esforzó en ahogar aquellos temores á veces con argumentos y ruegos, á veces despertando nuevas esperanzas, ó señalando nuevos signos de tierra. El 20 de setiembre cambió el

viento, soplando con ligeras brisas del sud-oeste. Estas, aunque adversas á su progreso, fueron de buen efecto para las tripulaciones, probando que no era alli perpétuo el viento del oriente (1). Tambien visitaron muchos pájaros los buques, tres de los cuales eran de los pequeños que suelen vivir en arboledas; y vinieron cantando por la mañana, marchándose otra vez al anochecer. Su música alegró sobre manera los corazones de los desmayados marineros, que la recibieron como la voz de la tierra. Los pájaros grandes, decian, son fuertes de ala, y pueden arriesgarse mar

(1) Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados, que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver á España. Diario de Colon, Navarrete, t. i, p. 12.

adentro; pero aquellos eran demasiado débiles para volar lejos, y sus trinos manifestaban que no los habia cansado el viaje.

Al dia siguiente hubo una profunda calma, interrumpida por ligeros vientos del sud-oeste: la mar, en cuanto alcanzaba la vista, estaba cubierta de yerbas; fenómeno frecuentemente observado por aquella parte del Océano, que suele tener la apariencia de una vasta praderia inundada. Se ha atribuido á la inmensa cantidad de plantas submarinas, que crecen en el lecho del mar hasta madurarse, época en que las arranca el movimiento de las ondas y de las corrientes, levantándolas á la superficie (1). Estos campos de yerbas se miraban al principio con grande satisfaccion; pero

(1) Humboldt, Personal narrative, b. i, c. i.

al fin estaban ya por algunos sitios tan densos y entretejidos, que en cierto modo impedian la navegacion de los buques. Los marineros, siempre prontos á concebir las aprehensiones mas absurdas, se acordaron entonces de alguna narrativa acerca del Océano helado, adonde se decia que solian quedarse inmobles los buques. Se esforzaban por consecuencia en eludir cuanto podian aquellas masas flotantes, para que no les sucediera á ellos mismos algun desastre parecido (1). Otros consideraban aquellas yerbas como una prueba de que la mar iba perdiendo fondo, y hablaban ya de ocultas rocas y bancos, de traidoras barras, del peligro de barar enmedio del Océano, adonde podian podrirse sus bajéles y desmoronarse fuera del al-

(1) Hist. del Almirante, c. 18.

cance de humana ayuda, y sin costas en que la gente pudiera tomar refugio. Quizá tenian alguna idea confusa de la antigua fábula de las sumergidas islas de Atalante, y temian haber llegado á aquella region del Océano, adonde obstruyen la navegacion tierras ahogadas, y las ruinas de un continente entero.

Para disipar este pavor usaba el Almirante la sonda con frecuencia; y aunque esta era de las mas largas, no podia alcanzar al fondo. Pero los ánimos del equipage habian enfermado gradualmente. Estaban llenos de terrores vagos, de supersticiones y fantasías; todo lo convertian en causa de alarma, y mortificaban á su gefe con incesantes murmuraciones.

Por tres dias continuaron soplando ligeros vientos de verano del sur y del occidente, aunque la mar se mantenia como un espejo. Se vió una ballena le-

vantar desde lejos su desmesurada forma, lo que Colon señaló al punto como favorable indicio, afirmando que aquellos cetáceos se mantenian siempre en las cercanías de la tierra. Pero se amedrentó la tripulacion por la calma del tiempo. Decian que los vientos contrarios que esperimentaban eran transeuntes y no sostenidos, y tan ligeros que no rizaban la superficie de la mar, siempre en temible calma, como un lago de agua muerta. Todo diferia, observaban ellos, en aquellas estrañas regiones del mundo á que estaban acostumbrados. Los solos vientos que prevalecian con fuerza y constancia eran del oriente, y sin poder para turbar la soñolienta quietud del Océano; habia pues el riesgo, ó de perecer rodeados de aguas paradas y sin orillas, ó de no poder, por la oposicion de los vientos, volver á su pais nativo.

Colon continuó con admirable pa-

ciencia raciocinando contra estas absurdas fantasías, diciéndoles que la calma de la mar debia indubitablemente provenir de la vecindad de la tierra, en la parte de donde el viento soplaba; que por lo tanto no tenia espacio bastante para obrar sobre la superficie, ni para levantar grandes olas. Pero no hay nada que haga al hombre mas sordo á la razon que la influencia del miedo, el cual multiplica y varia las formas del peligro ideal, mil veces mas pronto que la mas activa sabiduría puede disiparlas. Mientras mas arguía Colon, mas ruidosas eran las murmuraciones de la chusma, hasta que el domingo 25 de setiembre se hincharon formidablemente las mares, aunque no hacia viento alguno. Es este fenómeno que ocurre en alta mar con frecuencia, y que originan ó bien las últimas ondulaciones de alguna racha pasada, ó el movimiento que da á las

mares una lejana corriente de viento; los marineros, empero, le miraron con asombro, y aplacó los terrores imaginarios que habia engendrado la calma.

Colon, que se consideraba bajo el patrocinio inmediato del cielo en esta solemne empresa, indica en su diario que el henchirse así las aguas pareció decreto de la Providencia para acallar el clamor de su gente; comparándolo á aquel que tan milagrosamente ayudó á Moisés cuando acaudillaba los hijos de Israel, huyendo de la cautividad de Egipto (1).

---

(1) Como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente diciendo: que pues por allí no habia mar grande, que nunca ventaria para volver á España; pero despues alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba: por lo cual dice aqui el Almirante: así que, muy ne-

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL VIAJE.—DESCUBRIMIENTO DE TIERRA.

[1492.]

La situacion de Colon era cada dia mas crítica. A medida que se aproximaba á las regiones donde esperaba encontrar tierra, crecia la impaciencia de la gente. Los signos favorables que habian aumentado su confianza, parecian ya ilusivos; y estaba en peligro de que se rebelasen y le hiciesen volver atrás, al

---

cesario me fue la mar alta que no pareció, salvo el tiempo de los judios cuando salieron de Egipto, contra Moisen que los sacaba de captiverio. Navarrete, primer viaje, t. i.

instante mismo de ir á realizar el objeto de todos sus trabajos. Se veia la gente de mar con desmayo, resbalando aun mas adelante por aquellas interminables aguas, que les parecian un mero desierto de que el mundo habitable estaba rodeado. ¿Qué seria de ellos si les llegasen á faltar las provisiones? Eran los buques demasiado débiles y defectuosos, hasta para el gran viaje que ya habian hecho; pero si aun se precipitaban mas adelante, aumentando el inmenso espacio que los separaba de la tierra, ¿cómo podrian volver jamás sin conocer puerto en que rehabilitarse y hacer provisiones?

Así alimentaban recíprocamente su descontento, reuniéndose por los rincones del buque; al principio en pequeños círculos de dos ó tres, que gradualmente crecieron hasta hacerse formidables, juntándose y fortaleciéndose en amoti-

nada oposicion al Almirante. Clamaban contra él suponiéndole un desesperado ambicioso, que en su loca fantasía resolviera hacerse célebre por su estravagancia. ¿Qué le eran á él los peligros y sufrimientos agenos, cuando se veia evidentemente que estaba determinado á sacrificar su propia vida por el prurito de distinguirse? Continuar en tan frenética espedicion, era hacerse autores de su propia ruina. ¿Qué obligacion los forzaba á persistir, ó cuándo se habian de considerar cumplidas las condiciones de su contrato? Ya habian navegado mucho mas allá de donde hombre alguno habia osado adelantarse; ya habian penetrado mares y mares remotos nunca surcados por audaz quilla; ¿hasta dónde tendrian que ir en busca de una tierra imaginaria? ¿Navegar hasta perecer, ó hasta que fuese imposible la vuelta? ¿Y quién pudiera culparlos, si consultando

su propia seguridad, tomasen el rumbo de España antes que fuese demasiado tarde? ¿No recibirian mas bien aplausos por su valor en acometer tal empresa, y por su osadía en persistir en ella por tanto tiempo? Las palabras del Almirante quejándose de que volvian contra su voluntad, no tendrian peso alguno; porque era estrangero y hombre sin amigos ni influencia. Sus proyectos estaban condenados por los doctos, como ociosos y visionarios, y no gozaban favor con gentes de ningun rango. No tenia por consiguiente partido que le protegiese, y sí una multitud, cuya vanidad de opinion se lisonjearia al verle humillado (1).

Tales son algunos de los raciocinios, por medio de los cuales se preparaban

---

(1) Hist. del Almirante, c. 19.—Herrera, Hist. Ind. l. i, c. 10.

para oponerse abiertamente á la prosecucion del viaje; y cuando se considera el fuego natural del carácter español, la dificultad de reprimirlo, y sobre todo la naturaleza de aquella chusma, compuesta en general de hombres bajos y que navegaban por fuerza, podemos imaginar el peligro constante en que se estaba de una abierta y desesperada rebelion. Habia algunos que no escrupulizaban hacer las mas atroces instigaciones. Proponian, como modo de acallar toda queja posterior del Almirante, que si rehusaba volver atrás, se le arrojase á la mar: diciendo á su llegada á España, que se habia caido él mismo, mientras contemplaba las estrellas y signos celestes con sus instrumentos astronómicos; rumor que nadie tendria la inclinacion ni los medios de controvertir (1).

(1) Hist. del Almirante, c. 19.

No ignoraba Colon estas intenciones rebeldes; pero mantenia un rostro igual y sereno, suavizando á los unos con palabras afables, estimulando el orgullo y avaricia de los otros, y amenazando abiertamente á los mas contumaces con egemplar castigo, si algo hacian para impedir el viaje.

El 25 de setiembre volvió á hacer viento favorable, y pudieron continuar su rumbo directo hácia el occidente. Como el viento era ligero, y la mar estaba en calma, navegaban cerca los bajeles, y Colon tuvo mucha conversacion con Martin Alonso Pinzon, acerca del mapa que aquel habia enviado tres dias antes á bordo de la Pinta. Suponia Pinzon que, segun las indicaciones del mapa, deberian estar cerca de Cipango, y de las otras islas, que el Almirante habia en él delineado. Colon admitia en parte aquella idea; pero creia posible que los buques

se hubiesen apartado algo de su rumbo por causa de las corrientes, ó que no hubiesen venido tan léjos como los pilotos calculaban. Pidió que se le devolviese el mapa; y Pinzon atándolo á una cuerda, se lo arrojó á bordo. Mientras que Colon, su piloto y algunos marineros de esperiencia estaban estudiando el mapa, y esforzándose en deducir de él su verdadera posicion, los sobresaltó un grito de la Pinta; y levantando los ojos vieron á Martin Alonso Pinzon subido en la popa de su buque repitiendo en alta voz: «¡Tierra! ¡tierra!» pidiendo su premio, y señalando al mismo tiempo al sud-oeste, adonde habia en efecto apariencia de tierra, como á veinte y cinco leguas de distancia. Colon se arrodilló al momento para dar á Dios las debidas gracias, y Martin Alonso Pinzon entonó fervorosamente el *Gloria in excelsis*, en que le acompañaron en alta

voz, sus marineros y los del Almirante (1).

Subieron luego los marineros á los mástiles y escalas, dirigiendo la vista hácia el sud-oeste: todos confirmaron la seguridad de que se divisaba tierra. La conviccion era tan fuerte, y tan grande la alegría pública, que le fue á Colon necesario variar su ordinario rumbo, y poner la proa al sud-oeste. Pero la luz de la mañana acabó todas sus esperanzas como las de un sueño. La imaginada tierra no era mas que una nube vespertina, que se habia disipado por la noche. Con desmayados corazones tomaron de nuevo el rumbo occidental, del que Colon no se hubiera nunca separado, á no ser por condescendencia con sus ruidosos deseos.

---

(1) Diario de Colon, primer viaje, Navarrete, t. i.

Continuaron por muchos dias con la misma próspera brisa, mar tranquila y suave, y delicioso tiempo. El agua estaba tan calma, que se divertian los marineros en nadar al rededor de los bajeles. Empezaron á abundar delfines, y los exócetos ó peces voladores se remontaban por el aire y caian á bordo. Las contínuas señales de tierra divertian la atencion de los marineros, y les hacian seguir insensiblemente adelante.

El 1.º de octubre, segun el cálculo del piloto de la Almiranta, habian navegado quinientas ochenta leguas hácia el occidente, desde que salieron de las islas Canarias. El cómputo público de Colon tenia quinientas ochenta y cuatro; pero el reservado setecientas y siete. Al otro dia flotaban las yerbas de oriente á occidente, y el tercero no se volvieron á ver pájaros.

Empezó á temer la chusma que ha-

brian pasado por entre islas, de unas á otras, de las cuales volaban probablemente las aves. Colon tenia tambien sus dudas sobre el particular; pero rehusó alterar el rumbo. La gente empezó de nuevo con murmuraciones y amenazas; mas al dia siguiente los visitaron tales bandadas de pájaros, y las indicaciones de tierra fueron tan numerosas, que de su estado de abatimiento pasaron á la mas segura esperanza.

El gobierno español habia ofrecido una pension de treinta escudos (1) al que primero descubriese tierra. Deseosos de obtener este premio, estaban los marineros dando contínuamente el grito de ¡Tierra! á la menor apariencia que la indicase. Para terminar estas falsas alarmas, fuente de contínuos enga-

(1) Equivalentes á 117 pesos fuertes del dia.

ños, dispuso Colon que si alguno daba tal noticia, y no se descubria tierra dentro de tres dias, perdiese para de allí adelante todo derecho al premio.

En la noche del 6 de octubre Martin Alonso Pinzon empezó á perder confianza en el rumbo que llevaban, y propuso se inclinasen algo hácia el sur; Colon rehusó hacerlo, y continuó al occidente (1). Viendo esta divergencia de opinion en una persona de tanta importancia en su flota como Martin Alonso, y temiendo que la casualidad ó el designio pudiese dispersar los buques, mandó que si alguna de las carabelas se separaba de él, continuase al occidente, haciendo por reunirse á las otras lo mas pronto posible: añadiendo que se mantuviesen cerca del suyo los bajeles al salir y ponerse

(1) Diario de Colon, Navarrete, t. i, p. 17.

el sol; momentos en que el estado de la atmósfera es mas favorable para los descubrimientos de tierras lejanas (1).

En la mañana del 7 de octubre, al amanecer, muchos de la tripulacion del Almirante creyeron que divisaban tierra en el occidente; pero era tan confusa su apariencia, que ninguno quiso aventurarse á proclamarla por no esponerse, en caso de equivocacion, á perder todo derecho al premio: la Niña, empero, siendo tan velera, se adelantó para asegurarse del hecho. Poco despues se vió tremolar una bandera en el mástil, y resonó un cañonazo, señales preconcertadas para anunciar tierra. Nueva ale-

(1) Esta precaucion del Almirante prueba que no iban los marineros tan acobardados, que no fuesen capaces de continuar por sí solos la navegacion, ó tomar otro rumbo. *(Nota del traductor.)*

gría reanimó á la pequeña escuadra, y todos los ojos se volvieron al occidente. Al acercarse, empero, se desvanecieron sus esperanzas; y antes de la noche ya se habia la prometida tierra resuelto en aire (1).

La chusma cayó en un abatimiento proporcionado á la alegría que los acababa de estimular tanto, cuando ocurrieron otras circunstancias que les inspiraron nuevo vigor. Habia Colon observado muchas bandadas de pequeños pajarillos, volando hácia el sud-oeste, é infirió de ello, que debian tener tierra vecina, en que alimentarse y descansar. Sabia la importancia que daban los viajeros portugueses al vuelo de los pájaros, y que siguiéndole habian descubierto

(1) Hist. del Almirante, c. 20. —Diario de Colon, Navarrete, t. i.

muchas de sus islas. Habia ya navegado setecientas y cincuenta leguas, distancia á que creia encontrar la isla de Cipango; y como no viese apariencia de ella, creyó haberla pasado por alguna equivocacion en la latitud. Determinó pues en la noche del 7 de octubre cambiar su curso al oest-sud-oeste, direccion en que volaban los pájaros, y continuarlo lo menos por dos dias. No se desviaba asi mucho de su principal rumbo, satisfacia los deseos de los Pinzones, y creia animar á todas sus gentes.

Por tres dias siguieron aquel derrotero, y mientras mas navegaban, mas frecuentes y palpables eran las señales de tierra. Bandadas de pintadas avecillas de varios colores, muchas de ellas de las que cantan por los campos, volaban al rededor de los bajeles, continuando despues hácia el sud-oeste, y tambien se oian volar otras por la no-

che. Muchos atunes jugaban por aquella pacífica mar; se vieron seguir la misma derrota una garza, un pelícano y un pato. Las yerbas que flotaban cerca de los barcos eran frescas y verdes, y parecian recien arrancadas de la tierra; y el aire, dice Colon, era dulce y fragante como las brisas de abril en Sevilla.

Todas estas señales las miraba empero la chusma como otras tantas ilusiones engañosas que los iban atrayendo hácia su destruccion; y cuando vieron al tercer dia descender el sol por un despejado y líquido horizonte, rompieron en bulliciosas turbulencias. Clamaban contra la obstinacion de tentar el destino, continuando por una mar sin límites. Querian resueltamente volverse, y abandonar el viaje como desesperado. Colon trató de pacificarlos con palabras afables, y promesas de abundantes pre-

mios; pero viendo que solo aumentaba su clamor y bullicio, tomó un tono mas decidido. Les dijo que era inútil murmurar; que la espedicion habia sido enviada por los soberanos para buscar las Indias; y que estaba determinado á perseverar á todo trance, hasta que con el favor de Dios cumpliera su empresa (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 20. — Las-Casas, l. i. — Diario de Colon, Colec. de Navarrete, t. i, p. 19.

Han dicho varios historiadores que Colon, uno ó dos dias antes de descubrir el Nuevo-Mundo, capituló con su amotinada tripulacion, prometiéndole abandonar el viaje, si no descubria tierra en tres dias. No hay autoridad en que fundar tal asercion, ni en la historia de su hijo Fernando, ni en la del obispo Las-Casas; y ambos tuvieron presentes los papeles

La posicion de Colon, en hostilidad abierta con sus gentes, era del todo desesperada. Por fortuna fueron tales las

---

del Almirante. No hay tampoco indicacion alguna de tal circunstancia en los estractos del diario hechos por Las-Casas, que se han publicado recientemente; ni hablan de ello Pedro Mártir, ni el Cura de los Palacios, aunque fueron contemporáneos y conocidos de Colon, y no hubieran dejado de hacer mérito de este notable hecho, si fuese verdadero. Resta solo en la autoridad de Oviedo, que es inferior en crédito á cualquiera de los autores arriba citados, y á quien engañó groseramente en muchas de las particularidades de este viage un piloto llamado Hernan Perez Mateos, enemigo de Colon. En el proceso manuscrito del memorable pleito entre don Diego, hijo del Almirante, y el fiscal de la corona, se

indicaciones de tierra al otro dia, que ya no podian admitir ninguna duda. Ademas de muchas yerbas de rio, vieron

---

halla la declaracion de un tal Pedro de Bilbao, que testifica haber oido muchas veces que algunos de los pilotos y marineros querian volverse; pero que el Almirante les prometió regalos, y les pidió que aguardasen dos ó tres dias, antes de los cuales descubririan tierra. Esto, si es cierto, no implica capitulacion para abandonar la empresa.

Por otro lado declararon algunos testigos en el dicho pleito, que Colon, despues de haber procedido algunos centenares de leguas sin hallar tierra, perdió toda su confianza, y deseaba volverse; pero los Pinzones le persuadieron y picaron á que continuase. Este aserto es de palpable falsedad. Está en total contradiccion con aquella constante perse-

un pez verde, de los que no se desvian de las rocas; flotó por cerca de ellos un ramo de espino con sus bayas ó maje-

---

verancia é intrepidez invencible que manifestó Colon, no solo en el presente viaje, sino desde el principio al fin de su difícil y arriesgada carrera. Dieron esta declaracion algunos de los cabecillas de los rebeldes, deseosos de exagerar el mérito de los Pinzones, y de deprimir el de Colon. Por fortuna, los estractos del diario de este, escritos dia por dia con cándida sencillez, y toda la apariencia de verdad pura, desmienten tales fábulas, y prueban que la víspera misma del descubrimiento espresó su determinacion perentoria de continuar, á pesar de todos los peligros y dificultades.

Es digno de notar, que en la noche del 7 de octubre, antes que cambiase

las coloradas, y recientemente arrancado del árbol; cogieron despues una caña, una tableta, y sobre todo, un baston labrado artificialmente. La tristeza y motin dieron otra vez lugar á la esperanza; y todo el dia vigilaron

---

Colon su rumbo al oes-sud-oeste, iba, segun los cálculos modernos, navegando por el vigésimo sesto grado de latitud norte, casi vía recta al occidente. Con este rumbo hubiera llegado á los Duayos del norte, ó islas de Bahama; ó mas bien, considerado el influjo de la corriente del golfo, hubiera salido á la costa oriental de la Florida Asi los descubrimientos españoles habrian podido dirigirse por las costas atlánticas del norte de América, y el presente territorio de los Estados-Unidos tendria hoy una poblacion española.

atentamente los marineros con el deseo cada uno de ser el primero que descubriese la tierra por tanto tiempo buscada.

Por la noche, cuando segun la invariable costumbre á bordo de la Almiranta, hubieron cantado los marineros la *Salve Regina*, ó himno de nuestra Señora, dirigió Colon un solemne discurso á su gente. Les recordó la misericordia de Dios que los conducia con tan suaves y propicios vientos por medio de un tranquilo Océano, reanimando sus esperanzas con incesantes señales, y aumentándolas cuando aumentaba su temor, y guiándolos así á una tierra de promision. Luego les trajo á la memoria las órdenes que habia dado al dejar las islas Canarias, para que despues de navegar setecientas leguas al occidente, se mantuviesen á la capa desde la media noche. Las apariencias presentes

autorizaban tal precaucion. Pensaban que podrian llegar á tierra aquella misma noche; y mandó ponerse un vigilante centinela en el castillo de proa, prometiéndole á quien hiciese el descubrimiento un justillo de terciopelo, ademas de la pension ofrecida por los soberanos (1).

La brisa habia estado fresca todo el dia, con mas mar de la ordinaria, y habian adelantado mucho. Al trasmontar del sol se dirigieron de nuevo al occidente, é iban cortando con rapidez las ondas; la Pinta á la cabeza, por ser la mas velera: reinaba en las tripulaciones la mayor alegria y ánimo; y no hubo párpados que se cerráran aquella noche. Despues de obscurecido subió Colon al castillo de su alta popa. Por ri-

(1) Hist. del Almirante, c. 21.

sueño y firme que fuese de dia su aspecto, eran para él aquellas horas de la mas penosa ansiedad; y libre y encubierto de toda observacion por las sombras de la noche, mantenia intensa infatigable vigilia, llevando la vista por el tenebroso horizonte, en busca de las mas vagas indicaciones de tierra. Súbito, á eso de las diez, pensó que veia relumbrar una luz lejana. Temiendo que le burlasen el deseo y la esperanza, llamó á Pedro Gutierrez, caballero de cámara del rey, y le preguntó si veia una luz en aquella direccion; y este respondió en la afirmativa. Mas dudando aun que fuese ilusion de la fantasía, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, y le hizo la misma pregunta. Cuando Sanchez llegó al castillo, ya la luz habia desaparecido. La vieron una ó dos veces despues pasar repentinamente, como la antorcha de una barca pescadora, que se eleva y se su-

merge con las olas: ó como si la llevase alguno en la mano subiéndola y bajándola por la playa, al pasar de una casa á otra. Tan inciertas y pasageras eran estas vislumbres, que pocos les dieron importancia: Colon, empero, las tuvo por señales indudables de tierra, y de tierra habitada ademas.

Continuaron su rumbo hasta las dos de la mañana, en que un cañonazo de la Pinta dió la alegre señal de tierra. La descubrió el primero un marinero llamado Rodrigo de Triana (1); pero el premio se adjudicó despues al Almirante, por haber préviamente percibido la luz. Se empezó á ver con claridad la tierra á unas dos leguas de distancia; por lo cual acortaron velas, y se man-

(1) Mas probablemente Juan Rodriguez Bermejo. *(Nota del traductor.)*

tuvieron á la capa, esperando impacientemente la aurora.

Las ideas y sensaciones de Colon en aquel corto espacio debieron ser intensas y tumultuosas. Al fin habia cumplido su obra, no obstante todas las dificultades y peligros. El gran misterio del Océano estaba ya revelado: su teoría, que fue un tiempo la mofa de los sábios, quedaba triunfantemente establecida; y habia coronado su frente de gloria tan duradera como el mismo mundo.

Es difícil hasta para la imaginacion concebir los sentimientos de tal hombre en el instante de tan sublime descubrimiento. ¡Qué maravillosa multitud de congeturas debió llenar su ánimo, respecto á los paises que delante de él estaban cubiertos de tinieblas! Que era fructífero, lo mostraban los vegetales que flotaban de sus orillas. Y pensaba

Colon ademas respirar en los blandos aires la fragancia de aromáticas arboledas. La luz ambulante que habia visto, probaba que era tambien residencia de hombres. Pero ¿quienés eran sus habitantes? ¿Se parecian acaso á los de las otras partes del globo? ¿O eran tal vez de alguna estraña y monstruosa raza, cual daba la imaginacion en aquellos tiempos á las regiones desconocidas y remotas? ¿Habia llegado á alguna isla salvage del mar Indio, ó era aquella por ventura la misma célebre Cipango, objeto de sus auríferas fantasías? Mil especulaciones semejantes debieron haberse multiplicado en su mente, mientras que con la impaciente tripulacion esperaba que se pasase la noche; dudando si la luz matutina le revelaria algun erial casi desierto, ó si resplandeceria sobre arboledas odoríferas, levantados y lucientes fanos, doradas ciudades, y to-

do el esplendor y pompa de la civilizacion oriental.

Desde el sol puesto andarian doce millas cada hora, y hasta dos horas despues de media noche andarian noventa millas, que son veinte y dos leguas y media. Es pues evidente, que si á las dos de la mañana distaba la isla dos leguas, como consta del mismo documento, y habian navegado hasta entonces á razon de doce millas ó tres leguas por hora, á las diez de la noche, hora en que vió la luz el Almirante, se habrian hallado á catorce leguas de la isla. Dice Colon en el mismo diario, hablando de Guanahani: esta isla es muy llana y sin ninguna montaña (1).

(1) Segun dice el Almirante en su diario, relativo al jueves 11 de octubre de 1492. ¿Cómo pudo, pues, ver á catorce leguas de distancia, en una tierra rasa y sin elevacion sobre el horizonte, lumbre

LIBRO IV.

CAPITULO I.

PRIMER DESEMBARCO DE COLON EN EL NUEVO-MUNDO.

[1492.]

Vió Colon por primera vez el Nuevo-Mundo, en viernes 12 de octubre de 1492. Al rayar el dia empezó á apare-

---

alguna? Era preciso, dice el señor de Navarrete en una nota de su Coleccion de viajes, tomo 3, p. 612, que tuviese la tierra 2254 pies de altura, segun el cálculo geométrico, para que se pudiese avistar á catorce leguas de distancia un objeto puesto sobre su cumbre, estando el observador elevado doce pies de Bur-

cérsele una bella y llana isla de algunas leguas de circuito, muy verde, fresca y lozana, y cubierta de árboles, como una

---

gos sobre el nivel del mar. Quizá vió el Almirante alguna luz de la Pinta ó de la Niña que creyó de tierra. Pedro Gutierrez, repostero de estrados del rey, solo indivíduo que vió la dicha luz ademas del Almirante, pereció poco despues con otros españoles. La carabela Pinta iba delante como mas velera, y era natural que fuese la que primero avistase la tierra. Maduramente examinadas todas las circunstancias, parece lo mas probable lo que dijo Francisco García Vallejo, contestando á la pregunta 18 del interrogatorio fiscal, en el pleito entre don Diego Colon y la corona. *Y en esto, aquel jueves en la noche aclaró la luna, é un marinero del dicho navio de Martin Alonso Pinzon, que se decia Juan Rodriguez Bermejo, vecino de Molinos, de tierra de*

dilatada floresta. Aunque todos los objetos parecian existir aun en la lujosa libertad de la inculta naturaleza, estaba

---

Sevilla, como la luna aclaró, vido una cabeza blanca de arena, é alzó los ojos é vido la tierra, é luego arremetió con una lombarda, é dió un trueno, tierra, tierra, é se tuvieron á los navios, fasta que vino el dia viernes 12 de octubre: el dicho Martin Alonso descubrió á Guanahani, la isla primera, y que esto lo sabe porque lo vido. La gracia, pues, de los 10.000 maravedises anuales que concedieron los reyes al Almirante, *porque ha descubierto primero que otro alguno la tierra de las dichas islas,* dice el señor de Navarrete, fue uno de estos favores frecuentes en las cortes, cuando creció y se dilató su influencia. El punto en cuestion, empero, no es de grande importancia, y solo se hace esta reseña por amor de la exactitud. *(Nota del traductor.)*

la isla poblada, y se veian salir los habitantes de los bosques, y correr hácia la orilla á donde se paraban absortos contemplando los bajeles. Todos estaban perfectamente desnudos, y sus actitudes y gestos indicaban la mas profunda maravilla. Colon mandó echar ancla y armar los botes. Entró en el suyo ricamente vestido de escarlata, y con el estandarte real en la mano; mientras Martin Alonso Pinzon, y Vicente Yañez su hermano ocuparon los otros, ambos llevando banderas de la empresa con una cruz verde por blason, y las letras F. é I., iniciales de los monarcas de Castilla Fernando é Isabel, con sus coronas encima.

Al aproximarse á la playa los alegró la vista de ámplias florestas, que en aquellos climas tienen estraordinaria belleza y vigor vegetal. Estaban los árboles de la costa cargados de frutos de ten-

tador matiz, pero desconocida especie. La pureza y suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que bañan aquellas islas, les daban inesplicable belleza, y debieron producir mucho efecto en el ánimo de Colon, tan susceptible de este género de impresiones. No bien hubo desembarcado, cuando se arrodilló reverentemente, besó la tierra, y dió gracias al Todo-poderoso con lágrimas de alegria. Siguieron los de la comitiva su ejemplo con corazones llenos de gratitud y júbilo. Colon se levantó despues, desnudó la espada, y tremolando el estandarte real, llamó al rededor suyo á los dos capitanes, á Rodrigo de Escovedo, escribano de la escuadra, á Rodrigo Sanchez y los demas que habian desembarcado, y tomó posesion de la isla en nombre de los monarcas de Castilla, dándole el nombre de San Salvador. Cumplidas las ceremonias y formas ne-

cesarias, exigió de los presentes le prestasen á él juramento de obediencia, como almirante y virey, representando las personas de los soberanos (1).

La tripulacion dió entonces libre, ruidosa y estravagante muestra de su alegria. Los que no habia mucho temian

---

(1) En las tablas cronológicas del padre Claudio Clemente hay una oracion que se dice haberla hecho Colon entonces, y que por órden de los reyes la usaron despues Balboa, Cortés y Pizarro en sus descubrimientos. *Domine Deus æterne et omnipotens, sacro tuo verbo cœlum, et terram, et mare creasti; benedicatur et glorificetur nomen tuum, laudetur tua majestas, quæ dignata est per humilem servum tuum, ut ejus sacrum nomen agnoscatur et prædicetur in hac altera mundi parte.* Tab. Crón. de los descub., décad. i. Valencia, 1689.

apresurarse hácia su destruccion, se consideraban ya como favoritos de la fortuna, y se entregaban al mas ilimitado gozo. Su escesivo celo no les permitia separarse del Almirante. Unos le abrazaban; otros le besaban las manos. Aquellos que mas turbulentos é indóciles habian sido durante el viaje, eran entonces los mas asíduos y entusiastas. Algunos le pedian favores, como á un hombre que ya tenia riquezas y honores que distribuir. Ciertos entes viles que le habian antes ultrajado con su insolencia, se arrastraban entonces á sus pies, pidiéndole perdon por todos los agravios que le habian hecho, y ofreciéndole para en adelante la mas ciega obediencia (1). Los naturales de la isla, cuando habian visto aparecer los bajeles con

(1) Oviedo, l. i, c. 6. — Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 40.

la aurora, rodeando á vela tendida sus costas, los habian supuesto grandes mónstruos, salidos por la noche de las aguas. Acudieron á la playa, y observaban sus movimientos con temerosas dudas. Su virar sin esfuerzo alguno visible, el desplegar y recoger las velas, parecidas á desmesuradas alas, los tenia llenos de sorpresa. Pero cuando vieron venir los botes hácia la orilla, y tantos entes estraños, vestidos de reluciente acero, ó de ropas de diversos colores, saltar intrépidamente en tierra, huyeron despavoridos á sus bosques. Viendo, empero, que ni los seguian ni molestaban, se recobraron gradualmente de su terror, y se acercaron á los españoles con grandísima reverencia, postrándose frecuentemente, y haciendo señales de adoracion. Mientras duraron las ceremonias oficiales de Colon, se mantuvieron admirando con timidez y asombro el co-

lor, las barbas, las resplandecientes armas y las espléndidas ropas de los españoles. El Almirante atrajo particular atencion por lo elevado de su estatura, por su aire de autoridad, su vestido de escarlata, y la deferencia con que le miraban sus compañeros, todo lo cual daba á entender que él fuese el comandante (1). Despues de haberse disipado todavía mas su miedo, se aproximaron á los españoles, les tocaron las barbas, y examinaron las manos y rostros admirando su blancura. Colon, contento con su sencillez, su mansedumbre, y la confianza que ponian en entes que debieron haberles parecido tan estraños y formidables, sufrió aquel escrutinio con perfecta condescendencia. Los admirados salvages no fueron insensibles á esta be-

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 40.

nignidad. Suponian ó que los bajeles habrian salido del firmamento de cristal que cerraba su horizonte, ó que habrian bajado de arriba con sus dilatadas alas, y que los maravillosos seres que venian en ellos serian habitantes de los cielos (1).

Los de las islas no eran objeto de menor curiosidad para los españoles, por diferenciarse tanto de todas las otras razas de los hombres. Su apariencia no prometia ni civilizacion ni riqueza; porque iban enteramente en cueros y pinta-

(1) La idea de que los blancos venian del cielo, era general entre los habitantes del Nuevo-Mundo. En los subsecuentes viajes preguntó el cacique Nicaragua á los españoles, cómo habian bajado del cielo, si vinieron volando ó si descendieron en nubes. — Herrera, décad. 3, l. iv, c. 5.

dos de varios colores. Algunos solo se teñian parte de la cara, la nariz ó los párpados; otros estendian este ornato por todo el cuerpo, adquiriendo con él un aspecto fantástico y salvage. Era el cútis tostado, de color de cobre, y estaban enteramente destituidos de barbas. No tenian los cabellos crespos como las recien descubiertas tribus de la costa africana en la misma latitud; sino lisos y ordinarios, cortados en parte por cima de las orejas, pero dejando algunas mechas detras, que les caian por los hombros y espaldas. Las facciones, aunque obscurecidas y desfiguradas por la pintura, eran agradables; con elevadas frentes y hermosísimos ojos. La estatura mediana y bien hecha: los mas de ellos parecian de menos de treinta años; y solo habia una hembra muy jóven, en cueros como los hombres, y de bellísimas formas.

Como suponia Colon que habia desembarcado en una isla de la estremidad de la India, nombraba á los naturales con la apelacion general de indianos, universalmente adoptada antes de conocerse la verdadera naturaleza del descubrimiento; habiéndose estendido despues á todos los indígenas del Nuevo-Mundo.

Pronto descubrieron los españoles que eran aquellos isleños de disposicion suave y amigable, y sencillos é inocentes por estremo. No tenian mas armas que ciertos bastones que usaban como lanzas, endureciendo al fuego una de las puntas, ó poniéndosela de pedernal, ó de espinas de pescado. No se veia hierro entre ellos, ni parece que conocian sus propiedades; porque habiéndoles presentado una espada desnuda, la empuñaron incautamente por la hoja.

Colon distribuyó entre ellos gorros de colores, cuentas de vidrio, cascabe-

les y otras bagatelas, como las que solian cambiar los portugueses por el oro de la costa africana. Recibian estos dones como joyas inestimables, poniéndose las cuentas en el cuello, gozándose con admiracion en su propia elegancia, y absortos de placer con el sonido de los cascabeles. Los españoles permanecieron todo el dia en la costa, descansando de su trabajoso viaje, en las ricas arboledas de que estaba llena; y no volvieron hasta por la noche, sumamente satisfechos de todo lo que habian visto.

Al rayar del dia siguiente ya estaba la playa llena de indios, que habiendo perdido el miedo á los que creyeron de antemano mónstruos del mar, venian nadando á los bajeles; otros traian ligeros barquichuelos, que ellos llamaban canoas, formadas de un solo árbol, y capaces de llevar desde un hombre hasta cuarenta ó cincuenta. Los manejaban

diestramente por medio de canaletes; y si se volcaban, se les veia nadar al rededor con perfecta seguridad como si estuviesen en su natural elemento: restablecian las canoas sin dificultad, y las vaciaban con calabazas (1).

Mostraban vehemente deseo de adquirir mas regalos de los blancos: no tanto, segun parecia, porque tuviesen alta idea de su valor intrínseco, sino porque todo lo que venia de los estrangeros poseia á sus ojos una virtud sobrenatural, creyendo que habria bajado con ellos del cielo. Hasta recogian los fragmentos de vidrio que encontraban por

---

(1) Las calabazas de los indios, que les servian de bajilla y les suministraban toda clase de utensilios domésticos, las producian ciertos árboles del tamaño de los olmos.

el suelo, como preseas de gran valor. Tenian pocos objetos que dar en cambio, escepto loros, de que habian domesticado muchos, y algodon que tambien poseian en abundancia; y cambiaban grandes ovillos de veinte y cinco libras de peso, por el mas insignificante juguete. Tambien trajeron tortas de una especie de pan llamado casava, que constituia la parte principal de su alimento, y fue despues importante artículo de provision para los españoles. Estaba hecho de una grande raiz, llamada yuca, que cultivaban en sus campos. Se cortaba esta en pequeños pedazos, se raspaba y prensaba, haciendo de ella una torta estendida y muy delgada, que se endurecia despues de seca, duraba mucho tiempo, y era menester mojarla en agua para comerla. Era insípida, pero nutritiva; y el agua que la prensa le hacia destilar, un mortífero veneno. Habia otra especie

de yuca sin esta cualidad ponzoñosa, que se comia cruda, cocida ó asada (1).

La avaricia de los descubridores no tardó en encenderse á la vista de algunos pequeños ornamentos de oro que llevaban los indios en las narices: los cuales cambiaban ellos alegremente por cuentas de vidrio y cascabeles; y ambos contratantes se vanagloriaban del ajuste, cada uno sorprendido sin duda de la simplicidad del otro. Pero como el oro era objeto de monopolio régio en todas las empresas de descubrimientos, prohibió Colon traficar en él sin su sancion espresa; estendiendo la prohibicion al tráfico de algodones, que quiso tambien reservar para la corona, siempre que se tratase de cantidades considerables.

Preguntó á los indios dónde se pro-

(1) Acosta, Hist. Ind., l. iv, c. 17.

curaban el oro. Ellos respondieron por señas indicando el sur; y aun supuso que decian que hácia allí moraba un rey de grande opulencia, y tan rico, que le servian en bajilla de oro labrado. Tambien le pareció entender que habia tierra hácia el sur, sud-oeste y nord-este; y que la gente del último punto viajaba con frecuencia al sud-oeste en busca de oro y piedras preciosas; y de camino venia sobre las islas y se llevaba á sus habitantes. Algunos indios le enseñaron cicatrices de heridas recibidas en batallas contra los invasores. Es evidente que la mayor parte de esta imaginada inteligencia fue una mera figuracion de los deseos y esperanzas del Almirante; porque estaba sometido á un encanto de la mente, que daba sus propias formas y colores á todos los objetos. Vivia persuadido de que habia llegado á las islas descritas por Marco Polo, como

opuestas al Cathay en la mar china, é interpretaba las indicaciones de los indios con arreglo á la supuesta opulencia de aquellos paises. Así los enemigos del nor-oeste de que hablaban los indios, él pensaba que debian de ser las gentes del continente de Asia, los súbditos del gran Khan de Tartaria, á quien el viajero veneciano pintaba acostumbrados á guerrear por las islas, y á esclavizar á sus habitantes. El pais del sur, tan abundante en preciosidades, no podia ser otro que la famosa isla de Cipango; y el rey á quien servian en vasos de oro, debia ser aquel monarca, cuya suntuosa ciudad y espléndido palacio, cubierto con láminas del mismo metal, habia Marco Polo celebrado en tan magníficos términos.

Esta isla en que Colon puso por primera vez el pie en el Nuevo-Mundo, se llamaba por los naturales de ella Gua-

nahané. Todavía conserva el nombre de san Salvador que le dió el Almirante, aunque los ingleses le llaman Cat-Island, ó isla del Gato (1). La luz que habia visto la noche antes del desembarco, pudo haber estado en la isla de Watling, situada algunas leguas al oriente. San Salvador es una de las Lucayas, ó islas de Bahamá, que se estienden al sud-oeste y nor-oeste, desde la costa de Florida á Española, cubriendo el norte de la costa de Cuba.

En la mañana del 14 de octubre salió el Almirante al amanecer con los botes de los buques á reconocer la isla,

---

(1) Habiéndose suscitado recientemente algunas disputas, respecto á la isla en que primero desembarcó Colon, puede el lector ver el exámen de esta cuestion en el artículo de las ilustraciones: PRIMER DESEMBARCO DE COLON.

dirigiéndose al nord-este. La costa estaba rodeada de una banda de rocas, dentro dé la cual habia fondo y amplitud bastantes para recibir todos los bajeles de la cristiandad. La entrada era muy estrecha; se hallaron dentro algunos bancos de arena, pero el agua tan sosegada como en una laguna (1).

Estaba la isla bien poblada de árboles; tenia muchas corrientes de agua, y un grande lago en el centro. Pasaron con sus botes por dos ó tres lugares, cuyos habitantes de ambos sexos acudieron á las orillas, postrándose por tierra y levantando los ojos y manos, ó bien para dar gracias al cielo, ó bien en adoracion de los españoles, como entes supernaturales. Corrian paralelamente á

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, t. i.

los botes, llamando á los españoles, convidándolos por señas á desembarcar, y ofreciéndoles frutas y agua. Pero viendo que continuaban los botes su camino, muchos indios se arrojaron al agua, nadando detrás de ellos, y otros siguiéndolos en canoas. El Almirante los recibia á todos benigna y halagüeñamente, dándoles cuentas de vidrio y otras bagatelas que tomaban ellos con éxtasis de alegría, como dones celestiales; porque era idea invariable de los salvajes que los blancos habian bajado del cielo.

Así continuaron su curso hasta llegar á una pequeña península que podia separarse en dos ó tres dias de la isla, dejándola rodeada de agua, y que consideró Colon por lo tanto escelente situacion para una fortaleza. En ella habia seis chozas indianas, rodeadas de arboledas y jardines tan hermosos como los de Castilla. Estando los marineros

cansados de remar, y no pareciéndole al Almirante la isla de suficiente importancia para colonizarla, volvió á sus buques, tomando con él siete indios para que aprendiesen el español, y le sirvieran de intérpretes.

Despues de proveerse de leña y agua, dejaron la isla de San Salvador aquella misma noche: con tal impaciencia deseaba el Almirante continuar sus descubrimientos, tan satisfactoriamente comenzados, y sobre todo llegar á las opulentas regiones del sur, que se lisonjeaba contendrian sin duda la famosa isla de Cipango.

CAPITULO II.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS DE BAHAMA.

[1492.]

Dudaba Colon, al dejar á San Salvador, el rumbo que tomaria. Numerosas y bellas islas, verdes, fértiles y llanas, le convidaban en varias direcciones. Los indios á bordo de su buque le decian por señas que eran innumerables, bien pobladas y en guerra unas con otras. Nombraron mas de ciento de ellas. Colon supuso inmediatamente que habia llegado al Archipiélago descrito por Marco Polo, como estendido por la costa de Asia, y compuesto de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho islas abundantes en especias y árboles odoríferos.

Contentísimo con tal idea, eligió la

mayor isla que divisaba para su próxima visita, la cual distaria unas cinco leguas, y era, segun los indios, mas rica que la de San Salvador, pues que sus habitantes llevaban brazaletes y otros adornos de oro macizo.

Como se acercase la noche, mandó Colon que se quedaran los buques á la capa, por ser la navegacion difícil y peligrosa entre aquel grupo de islas desconocidas, é imprudente acercarse en la obscuridad á una costa estraña. Por la mañana soltaron de nuevo las velas; pero impidieron su progreso algunas corrientes contrarias, y no pudieron anclar en la isla hasta el sol puesto. A la otra mañana (la del 16) salieron á tierra, y tomó Colon solemne posesion de ella, llamándola Santa María de la Concepcion. La misma escena ocurrió con sus habitantes, que con los de San Salvador. Manifestaron la misma sorpresa y asom-

bro, la misma sencillez y gentileza, la misma desnudez y falta de bienes. En vano buscaba Colon con la vista los brazaletes de oro y otros artículos preciosos: todo habia sido ó ficcion de los guias indios, ó mala interpretacion suya.

Viendo que no habia nada en esta isla, que le convidase á detenerse, volvió á bordo, y se preparó para navegar á otra de mucha mayor estension que se veia hácia el occidente. En aquel momento uno de los indios de San Salvador, que estaba á bordo de la Niña, viéndose llevar tan lejos de su tierra por aquellos estrangeros, se arrojó al mar, y se refugió nadando á una canoa llena de indios. El bote de la carabela salió en su persecucion; pero los indios resbalaban por la superficie del mar en su ligero batel tan mañosos y veloces, que no pudieron ser alcanzados; y saltando en tierra huyeron como corzos á los bos-

ques. Los marineros tomaron por presa la canoa, y se volvieron á bordo. Poco despues vino otra canoa chica de otra parte de la isla, con un solo indiano á bordo, que traia algodon que cambiar por cascabeles. Como se paró al lado de uno de los buques, temiendo entrar en él, varios marineros se arrojaron al mar, y le prendieron.

Colon deseaba por estremo arrancar todo terror y desconfianza, que la caza de los fugitivos, ó el guia indio que se habia escapado, hubiesen podido sembrar en la isla; creyendo de la mayor importancia conciliar la benevolencia de aquellos naturales en beneficio de los futuros viajeros. Habiendo visto desde su castillo de popa todo lo que pasaba, mandó que le trajesen el cautivo: el pobre indio llegó temblando de miedo, y ofreció su algodon humildemente como grato donativo.

El Almirante le recibió con la mayor benignidad, y sin admitir su ofrenda, le puso en la cabeza un gorro colorado, le ciñó los brazos con algunas sartas de cuentas verdes, le suspendió muchos cascabeles en los orejas, y mandando que él y su algodon se acomodasen de nuevo en la canoa, le despidió sorprendido y regocijadísimo. Tambien dispuso que la otra canoa que se habia cogido, y que estaba atada á la Niña, se dejase suelta para que la tomasen sus dueños. Cuando llegó el indio á la orilla, pudo ver Colon á sus compatriotas agolpándosele en derredor, examinar con admiracion sus brillantes ornatos, y escuchar la narrativa del generoso recibimiento que habia esperimentado.

Tales eran las sábias y suaves medidas que Colon tomaba para dejar entre los indios una opinion favorable de los blancos. Otro caso semejante ocurrió des-

pues de salir de la Concepcion, yendo á una isla mayor que aquella, situada algunas leguas á su occidente. En la travesía del golfo que separa las dos islas, alcanzaron á un indio que iba solo en su canoa. No llevaba mas que un bocado de pan de casava, una calabaza de agua para el camino, y un poco de tinte rojo con que adornarse á su llegada. Tambien le encontraron una sarta de cuentas de vidrio como las que se habian repartido á los naturales de San Salvador, lo que manifestaba que de alli venia, é iba probablemente de isla en isla dando la noticia de la aparicion de los buques. Colon se admiró de la fortaleza de aquel solitario nauta, que emprendia en tan frágil bajel viaje tan dilatado. Como la isla estaba todavía lejos, mandó que se recogiesen á bordo el indio y su canoa; y le trató despues con la mayor bondad, dándole pan y miel para que

comiese, y vino para que se refrigerase. Estaba el agua muy sosegada, y no llegaron á la isla hasta que ya era demasiado tarde para anclar, por el peligro de que las rocas cortasen los cables. Es la mar por aquellas islas tan diáfana, que se podia ver su fondo y escoger sitio para el ancla; y tan profunda, que á dos tiros de cañon ya no habia surgidero. Volviendo, pues, el viajante indio al mar con todos sus efectos, le enviaron alegremente á la playa á preparar á los naturales para su llegada, mientras los buques esperaban á la capa la mañana.

El benévolo tratamiento del pobre indio tuvo el deseado efecto; vinieron los naturales por la noche en sus canoas, deseosos de ver aquellos benignos y admirables estrangeros. Rodearon los bajeles, trayendo cuanto su isla producia; frutas, raices y el agua cristalina de sus manantiales. Colon les distribuyó ligeros

regalos, dando á los que subieron á bordo miel y azúcar.

Desembarcó por la mañana, y puso á esta isla el nombre de Fernandina, en honor del rey. Ahora se llama Exuma.

Los habitantes eran parecidos en todo á los de las islas precedentes, escepto que mostraban mayor actividad é inteligencia. Algunas mugeres llevaban escasos cubridores ó delantales de algodon, y otras mantos de lo mismo; pero la pluralidad estaba enteramente en cueros. Sus moradas eran sencillas, en forma de pavellones, ó tiendas redondas de campaña, construidas con ramos de árboles, cañas y hojas de palma. Estaban limpias y cómodas, y protegidas por los estendidos brazos de hermosos árboles. Sus lechos redes de algodon colgadas por ambos estremos: ellos les llamaban *hamacas*, nombre que se ha adoptado universalmente por los marineros.

Al circunnavegar la isla, encontró Colon á dos leguas del cabo del nor-oeste un estenso puerto, capaz de contener cien bajeles, con dos entradas formadas por una isleta que le servia como de puerta. En ella descansó Colon mientras desembarcaron los marineros á llenar de agua sus toneles, espaciándose á la sombra de las arboledas, que dice eran las mas deliciosas que jamas habia visto. Estaba el campo tan fresco y verde, como suele por mayo en Andalucía; los árboles, los frutos, las yerbas, las flores, hasta las mismas piedras, eran en general tan diferentes de las de España, como el dia de la noche (1). Los habitantes dieron las mismas pruebas que los otros isleños de serles totalmente nueva la vista de hombres civilizados. Miraban

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, t. i.

á los españoles con terror y admiracion, y se acercaban á ellos con ofrendas propiciatorias de cuanto su pobreza, ó mas bien su vida natural y sencilla les proporcionaba; los frutos de sus campos y selvas, el algodon, que era el artículo de mayor valor que tenian, y sus loros domésticos. Cuando los españoles desembarcaron por agua, los llevaron á los mas frescos manantiales, á las mas dulces y cristalinas fuentes, llenándoles los toneles, rodándolos á los botes, y esforzándose por todos los medios imaginables en agasajar á sus celestiales huéspedes.

Por mucho, empero, que este estado de primitiva pobreza hubiese podido deleitar la fantasía de un poeta, era origen de contínuo quebranto para los espedicionarios, cuya avaricia habian aguzado hasta el estremo las escasas muestras de oro que habian visto, y las repe-

tidas noticias de auríferas islas, que recibian sin cesar de los indios.

Dejando la Fernandina en 19 de octubre, tomaron el rumbo del su-este en busca de una isla llamada Saometo, adonde entendió Colon, por los signos de los guias, que se encontraba una mina de oro, y un rey morador de cierta opulenta ciudad, posesor de grandes tesoros, y que se adornaba con ricas telas y joyas de oro, como soberano de todas las islas del rededor. Encontraron sí la isla, pero no la mina ni el monarca; ó bien entenderia mal Colon á los indios, ó ellos, midiéndolo todo por su propia pobreza, habrian exagerado el miserable señorío y triviales adornos de algun caudillo salvage. Colon celebra, empero, la belleza de la isla, á la que dió el nombre de su real patrona Isabel (1). Por

(1) Al presente llamada Isla larga y Exumeta.

deliciosas que fuesen las otras que habia visto, ninguna se podia comparar con aquella. Como las demas, estaba cubierta de árboles, arbustos y yerbas de desconocida especie, y de la rica vegetacion de los trópicos. El clima tenia la misma suavidad de temperatura; el aire delicado y fragante; la tierra mas alta, y con una hermosa y verde colina; la costa de fina arena lavada por plácidas y trasparentes ondas.

Colon estaba absorto contemplando la belleza y paisage de aquella isla: no sé, decia, adonde ir primero, ni se cansan jamas mis ojos de contemplar esta preciosa verdura. Al sud-oeste de la isla encontró abundantes lagos de agua dulce, coronados de árboles, y rodeados de feraces praderías. Mandó que se llenasen en ellos todos los toneles de los buques. *Aqui es unas grandes lagunas*, dice en su diario, *y sobre ellas y á la rueda es*

el arboledo en maravilla, y aqui y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el abril en el Andalucia; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querria partir de aqui, y las manadas de los papagayos, que ascurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y despues ha árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el mas penado del mundo, de los no cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valia, y de ellos traigo la demuestra, y asi mismo de las yerbas. Colon estaba empeñado en descubrir las drogas y especias del oriente, y al acercarse á esta isla imaginó que sentia en el aire de ella los olores que exhalan las del mar Indio. *Al llegar á este cabo,* dice, *vino el olor tan bueno y suave de*

flores ó árboles de la tierra, que era la cosa mas dulce del mundo. Creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medecinas de especería, mas yo no los cognozco, de que llevo gran pena (1).

El pescado, abundante en aquellos mares, participaba de la novedad característica de los objetos del Nuevo-Mundo. Rivalizaba á los pájaros en la brillantez de sus colores, y reflejaban las escamas de algunos los rayos de luz, como lo hacen las piedras preciosas; al jugar por junto á los barcos, lanzaban vislumbres de oro y plata al traves de las claras olas; y los delfines, arrancados de su elemento, deleitaban la vista con

---

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, c. 1.

los cambios de colores que da la fábula á los camaleones. No habia en estas islas otros animales que lagartos, perros mudos, cierta especie de conejos, llamados utia por los indios, y guanacos. El último le miraban los españoles con horror y asco, suponiendo que fuese alguna fiera y nociva serpiente; pero luego conocieron su mansedumbre, y supieron que la estimaban esquisito manjar los indios. Por muchos dias se mantuvo Colon cerca de esta isla, buscando en vano su imaginario monarca, ó los medios de abrir comunicacion con él, hasta que al fin trabajosamente se convenció de su error. Pero no bien se habia desvanecido esta ilusion, cuando ocupó otra su lugar. En respuesta á las contínuas preguntas de los españoles respecto á las fuentes de donde sacaban el oro, habian los indios uniformemente señalado al sur. Colon empezó á reunir noticias de

una isla que estaba en aquella direccion, llamada Cuba; pero cuanto podia colegir acerca de ella por los signos de los indígenas, lo doraba y engrandecia él en su propia imaginacion. Entendió que era muy estensa, que abundaba en oro, perlas y especias, que sostenia grande comercio de estos preciosos artículos, y que muchos buques mayores venian á traficar con sus habitantes.

Comparando estas mal interpretadas esplicaciones con la costa del Asia, segun estaba situada en su mapa y descrita por Marco Polo, concluia que la isla en cuestion fuese la de Cipango, y los buques los del gran Khan, que comerciaban por aquellos mares. Formó su plan con arreglo á estas suposiciones, resolviendo darse inmediatamente á la vela en busca de aquella célebre isla, examinar sus puertos, ciudades y productos, y establecer desde luego sus re-

laciones mercantiles. Despues pensaba buscar otra llamada Bohio, de que los naturales hacian tambien maravillosas pinturas. Su morada en aquellas islas dependeria de las cantidades de oro, especias, piedras preciosas y otros objetos de tráfico oriental que encontrase. Despues pasando al continente indio, que deberia estar á unos diez dias de navegacion, buscaria la ciudad de Quinsay, que segun Marco Polo, era una de las mas suntuosas capitales del mundo: en ella entregaria en persona las cartas de los soberanos de Castilla al gran Khan, y cuando recibiera su respuesta, volveria triunfantemente á España con este documento, probando que habia acabado el grande objeto de su viaje (1). Tales eran los espléndidos proyectos con

(1) Diario de Colon, Navarrete, t. i.

que alimentaba Colon su fantasía, al dejar las Bahamas y salir para la isla de Cuba.

CAPITULO III.

DESCUBRIMIENTO Y COSTEO DE CUBA.

[1492.]

Dilataron por muchos dias la partida de Colon calmas y vientos contrarios, acompañados de fuertes aguaceros, que habian prevalecido con mas ó menos constancia desde su llegada á las islas. Era la estacion de las lluvias otoñales, que en los climas tórridos suceden á los calores del verano, desde la menguante de la luna de agosto hasta el mes de noviembre.

Al fin, se dió á la vela el 24 de octubre á media noche; pero no pudo ale-

jarse de la isla Isabela, por haber tenido calma hasta el dia siguiente, cuando á cosa de las doce se levantó un viento suave, que empezó á soplar, como él dice, amorosísimamente. Se estendieron las velas, tomando el rumbo del oes-sud-oeste, direccion en que decian los indios que estaban las tierras de Cuba. Despues de tres dias de navegacion, durante los cuales tocaron á un grupo de siete ú ocho isletas pequeñas, que él llamó islas de arena, ahora las Mucaras, y habiendo atravesado el banco y canal de Bahamá, llegó el 28 de octubre por la mañana á la vista de Cuba. La parte que descubrió primero, se supone que sea la costa occidental de Nuevitas del Príncipe.

Al acercarse á esta noble isla, quedó sorprendido de su magnitud, y de la grandiosidad de sus contornos, de sus encumbradas montañas que le recorda-

ban las de Sicilia, de la feracidad de sus valles y dilatadas llanuras bañadas por caudalosos rios, y coronadas de suntuosas y altas florestas, y de sus audaces promontorios y estendidos cabos que se desvanecian á la vista en remotísimas distancias. Ancló en un hermoso rio, libre de rocas y bancos, de trasparentes aguas y márgenes vestidas de árboles. Y desembarcando, y tomando posesion de la isla, le dió el nombre de Juana, en honor del príncipe Don Juan, y al rio el de San Salvador.

A la llegada de los buques salieron dos canoas con indios de la costa; pero viendo que se acercaban los botes á sondear el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados. El Almirante visitó dos chozas abandonadas por sus dueños. Contenian pocos efectos, algunas redes hechas de fibras de palma, anzuelos y arpones de hueso, y otros instru-

mentos de pesca, y un perro de los que habia visto en las otras islas, que nunca ladran. Mandó que á nada se tocase, contentándose con observar los medios y modo de vivir de los habitantes.

Volviendo á su bote, procedió rio arriba, cada vez mas gozoso al contemplar la hermosura de aquel pais. Las florestas que cubrian ambas orillas, eran de altos árboles de dilatadas y anchas copas; muchos cargados de frutos, otros de flores, y aun algunos de flores y frutos mezclados, como si tuviese la tierra un círculo perpétuo de fertilidad: entre ellos habia palmas, pero diferentes de las de España y Africa: con sus grandes hojas techaban los indios las chozas.

Los repetidos elogios de Colon exagerando la belleza del paisaje, los justificaban las escenas que tenia á la vista. Es inesplicable el esplendor, variedad y pomposa vegetacion de aquellos ardien-

tes y vivificadores climas. El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores derivan mas beldad que encarecerse puede, de la pura transparencia del aire, y de la profunda calma de los azules cielos. Las florestas tambien estan llenas de vida, atravesándolas de contínuo bandadas de pájaros de brillante plumage. La inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, y las numerosas avecillas que vagan de una flor á otra, parecen por su vivo lustre, como alguno ha dicho, partículas vivas del arco Iris. Los flamencos, ó fenicópteros escarlatas, suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, con una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro. Ni es la seccion menos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pue-

blan todas las plantas, haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas (1).

Tal es el esplendor de la creacion animal y vegetal en aquellos climas, á donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos, y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad. Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado, que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumage. Colon observó, empero, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oia la voz del ruiseñor, pájaro descono-

(1) Las señoras de la Habana adornan sus cabellos los dias de gala con aquellos insectos, que no ceden en brillantez á los rubíes, záfiros ni diamantes.

cido en aquellas regiones. Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á traves de un propicio y favorable medio. Su corazon rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros. Todo lo contemplaba con el amoroso ojo del descubridor, mezclando la admiracion con el triunfo; y es dificil concebir los éstasis de su ánimo, mientras esploraba las gracias de un mundo virginal, ganado por su valor y sus empresas.

De sus repetidas observaciones acerca de la belleza del pais y del placer que evidentemente le causaban los sonidos y objetos rurales, se infiere que fue en estremo susceptible á aquellas deliciosas influencias que egercen en algunas imaginaciones las gracias y prodigios de la naturaleza. Pronuncia estos sentimientos con característico entusiasmo,

y al mismo tiempo con infantil sencillez y diccion. Cuando habla de algun bello parage de las arboledas ó floreciente costa de aquella hermosa isla, dice, *que podria vivir eternamente en ella.* Cuba grabó en su mente las imágenes de un Eliseo. *Es la mas hermosa isla*, añade, *que jamas vieron ojos humanos, llena de escelentes puertos y profundos rios.* El clima mas templado que en las otras islas; las noches ni frias ni calorosas, y los pájaros y las cigarras cantaban toda ella. En efecto, hay una belleza en las noches de los trópicos, en la profundidad de su cielo azul y diáfano, en la pureza y despejo de las estrellas, y en la luz resplandeciente de la luna, bañando el rico paisage y odoríferas arboledas, mas encantadoras que el mismo esplendor del dia.

En el olor de los bosques y de las flores de que venia cargada la brisa,

imaginaba Colon reconocer la fragancia de las especias orientales, y encontró por las playas conchas de las ostras que producen perlas. Por la yerba que crecia hasta la misma orilla del agua, conoció la mansedumbre del Océano, que baña aquellas islas, sin azotar jamas sus costas con embravecidas ondas. Desde su llegada á las Antillas no habia esperimentado mas que suave y bonancible tiempo, de donde concluia que reinaba perpétua serenidad en aquellas felices mares. Lejos estaba de sospechar que las combaten á veces furiosísimas tempestades. Charlevoix observa por esperiencia propia, que *es la mar de aquellas islas mas pacífica en general que las nuestras; pero como el furor de las gentes que se escitan con dificultad, y cuyos accesos de cólera son tan violentos como raros, asi es terrible aquella mar cuando llega á irritarse. Rom-*

pe todos los diques, inunda los campos, arrebata cuanto se le opone, y deja detras temerosas reliquias y asolacion, por donde quiera que llevó sus huellas. Despues de estas tormentas, conocidas con el nombre de huracanes, es cuando se encuentran las playas cubiertas de conchas marinas, muy superiores en lustre y belleza á las de las mares europeas (1). Es un hecho singular, empero, que los huracanes, que casi anualmente desvastan las Bahamas, y otras islas inmediatas á la de Cuba, rara vez han estendido su influencia á esta tierra favorecida. Pareceria que hasta los elementos se encantan y dulcifican al acercarse á ella.

En una especie de tumulto de la imaginacion, encuentra Colon á cada

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i, p. 20. Paris, 1730.

paso corroboraciones de las noticias que ha recibido, ó cree haber recibido de los indios. Tenia pruebas concluyentes, en su sentir, de que poseia Cuba minas de oro, y arboledas de especias, y de que las aguas cristalinas de sus costas abundaban en perlas. No dudaba estar en la isla de Cipango; y alzando velas, comenzó á costearla hácia el occidente, en cuya direccion, segun los signos de sus intérpretes, estaba la magnífica ciudad del Rey. En el discurso del viaje solia desembarcar, y visitó varios lugares, particularmente uno en las márgenes de un ancho rio, al cual puso Rio de Mares. Las casas le parecieron muy ingeniosamente construidas de brazos de palmas en la forma de pabellones; no formaban calles, sino que estaban diseminadas entre los bosques, y bajo la sombra de árboles de frondosa copa, cual suelen las tiendas de un campo militar: así se usan

aun en muchas colonias españolas, y en los lugares del interior de Cuba. Los habitantes huian á las montañas, ó se ocultaban en los bosques. Colon observó cuidadosamente la arquitectura y muebles de sus moradas. Las casas estaban por estremo limpias, y mejor edificadas que todas las que hasta entonces habia visto. Encontró en ellas rudas estátuas, y máscaras de madera entalladas con admirable maña. Todas estas eran indicaciones de mas arte y civilizacion que habia observado en las otras islas, y suponia que irian en progresion ascendente, á medida que se acercaba á tierra firme. Viendo por todas las casas instrumentos de pesca, concluyó que aquella costa estaba habitada solo por pescadores que llevaban su mercancía á las ciudades del interior. Tambien creyó haber encontrado el cráneo de una vaca, lo que probaba que habia ganados en la isla; aun-

que serian probablemente huesos del manatí, ó foca de aquella costa.

Despues de navegar por algun tiempor al nor-oeste, dió Colon vista á un grande cabo, al cual por las arboledas de que estaba cubierto, llamó cabo de las Palmas: él forma la entrada oriental de lo que se llama hoy laguna de Moron. Aquí tres indios naturales de la isla de Guanahaní, que estaban á bordo de la Pinta, le dijeron á su comandante Martin Alonso Pinzon, que detrás de aquel cabo habia un rio, desde el cual solo quedaban cuatro dias de camino para llegar á Cubanacan, parage abundante en oro. Por esta palabra querian significar una provincia situada en el centro de Cuba; pues *nacan* quiere decir en su lengua el medio. Pero Pinzon habia estudiado cuidadosamente el mapa de Toscanelli, y recibido de Colon todas sus ideas respecto á la costa del Asia.

Concluyó de aquí que hablaban los indios de Cublay Khan, el soberano tártaro, y de ciertas regiones de sus dominios, descritas por Marco Polo (1). Creia haberles entendido, que no era Cuba una isla, sino tierra firme, estendiéndose dilatadísimamente hácia el norte, y que el rey que regia por aquellas cercanías, estaba en guerra con el gran Khan.

Comunicó inmediatamente á Colon este tejido de errores y equivocaciones, destruyendo la ilusion de la isla de Cipango, que tanto habia deleitado al Almirante, quien no tardó, empero, en sustituirle otra no menos lisonjera. Pensó que habia llegado al continente de Asia, ó como él decia, de India; en cuyo caso no podia estar muy léjos de Man-

(1) Las Casas, lib. i, c. 44. MS.

gui y Cathay, último objeto de su viaje. El príncipe en cuestion, que gobernaba los paises circunvecinos, debia ser por consiguiente algun potentado oriental: así resolvió buscar el rio mas allá del cabo de las Palmas, y enviar un regalo al monarca, con una de las cartas de recomendacion de los soberanos de Castilla; y despues de visitar sus dominios, continuaria hasta la capital del Cathay, residencia del gran Khan.

Pero no pudo encontrarse dicho rio. Quedaban siempre nuevos cabos que doblar; no habia buen surgidero; se levantó viento contrario, y amenazando mal tiempo las apariencias del cielo, se volvió á un rio donde habia anclado dos ó tres dias antes, y llamádole rio de los Mares.

El primero de noviembre al romper el dia envió sus botes á la playa á visitar varias casas; pero los habitantes

habian huido á los bosques. Colon supuso que temerian su escuadra, creyéndola una de las espediciones que enviaba el gran Khan para coger esclavos. Por la tarde volvió á mandar el bote, con un intérprete indio á bordo, á quien se dijo que anunciase á la gente las pacíficas y bienhechoras intenciones de los españoles, y que no tenian conexion alguna con el gran Khan. Despues que así lo hubo el indio proclamado desde el bote á los salvajes que estaban en la playa, se arrojó al agua y nadó á la orilla. Le recibieron bien los naturales, y logró calmar tan completamente sus temores, que antes del anochecer ya habia mas de diez y seis canoas al rededor de los buques, cargadas de algodon y otros artículos sencillos del tráfico de aquellos isleños. Colon prohibió comerciar en todo, menos en oro, para tentar á los naturales á producir las riquezas verdaderas de su

pais. No tenian ninguno que ofrecer, y estaban destituidos de todo adorno de metales preciosos, escepto uno que llevaba en la nariz una pieza de plata labrada. Colon entendió que decia este hombre, que vivia el rey como á cuatro dias de distancia hácia el interior; que se le habian despachado muchos mensages con nuevas de la llegada de los estrangeros á la costa; y que en menos de tres dias se esperaban órdenes suyas, y varios comerciantes del interior que vendrian á traficar con los buques. Es de notar cuán ingeniosamente la fantasía de Colon le engañaba á cada paso, y cómo urdia de varios accidentes una uniforme tela de falsas conclusiones. Contemplando sin descanso el mapa de Toscanelli, refiriéndose á los cálculos de su viaje, y apropiando á su deseo las mal interpretadas palabras de los indios, imaginaba hallarse á los bordes del Cathay,

y como unas cien leguas de la capital del gran Khan. Y deseoso de llegar allá cuanto antes, deteniéndose lo menos posible en los territorios del príncipe inferior, resolvió no esperar la llegada de mensageros ni comerciantes, sino despachar enviados que buscasen en su misma residencia al vecino monarca.

Escogió para esta mision á dos españoles, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres; el último, judío convertido, que sabia hebreo, caldeo, y aun árabe; alguna de cuyas lenguas pensaba Colon que deberia entender un príncipe oriental. Fueron con ellos dos guias indios; uno natural de Guanahaní, y otro habitante de una choza de las orillas del mismo rio. Se proveyó á los embajadores de sartas de cuentas y otras bagatelas para sus gastos de camino; dándoles por instruccion, al mismo tiempo, que informasen al rey, de como iba Colon de parte de

los monarcas de Castilla, á llevarle una carta y un regalo, que debia entregar personalmente, con el objeto de establecer una comunicacion amigable entre ambas potencias. Tambien llevaban instrucciones para observar escrupulosamente la situacion y distancia de ciertas provincias, puertos y rios, especificados con sus nombres por el Almirante, segun las descripciones que tenia de la costa de Asia. Igualmente se les dieron muestras de especias y drogas, para que investigasen si abundaban en aquel pais algunos de tan preciosos artículos. Con estos efectos é instrucciones salieron los embajadores, habiéndoseles concedido seis dias para efectuar su viaje de ida y vuelta. Podrá hoy causar sonrisa esta embajada á un desnudo caudillo salvaje del interior de Cuba, equivocado por un monarca asiático; pero tal era la singular naturaleza de este

viaje, série contínua de dorados sueños, y todas interpretaciones del ilusorio volúmen de Marco Polo.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL COSTEO DE CUBA.

Mientras se esperaba la vuelta de los embajadores, mandó el Almirante carenar y reparar los bajeles, empleándose él mismo en el exámen del pais. Subió en sus botes rio arriba, como unas dos leguas, hasta encontrar agua dulce, y desembarcando ascendió á la cima de una colina, desde donde se dominaba bien el interior. Pero le interceptaban la vista muchas entretejidas y elevadas florestas de robusta y bella vegetacion. Habia entre los árboles algunos, que él consideró linaloes, y otros muchos odo-

ríferos que no dudaba Colon poseyesen preciosas cualidades aromáticas. Se notaba entre los viajeros un deseo vehemente de encontrar los preciosos artículos de comercio que crecen en los climas orientales; y sus imaginaciones se engañaban contínuamente por sus esperanzas.

Estuvo el Almirante por dos ó tres dias vivamente escitado, oyendo contínuos rumores acerca del hallazgo de canelos, ruibarbos y nuez moscada; pero el exámen acreditó que eran falsos. Enseñó á los naturales muestras de estas y otras especias y drogas que habia traido de España, y entendió que le decian hallarse aquellos artículos en abundancia hácia el su-oeste. Les hizo ver perlas y oro; y dijeron algunos indios ancianos, que habia un pais cuyos naturales llevaban adornos de ellos al rededor de cuello, brazos y tobillos. Repetian mu-

cho la palabra Bohio, que Colon supuso nombre del sitio en cuestion, el cual seria algun rico distrito ó isla. Pero mezclaban muchas estravagancias con sus imperfectas descripciones, pintando lejanas gentes que solo tenian un ojo; otros con cabezas de perro, y caníbales, que degollaban los prisioneros y les bebian la sangre (1).

Todos estos rumores de oro, perlas y especias, muchos de ellos probablemente formados para agradar al Almirante, contribuian á mantener la persuasion de que se hallaba entre las costas y opulentas islas del oriente. Al encender fuego para calentar la brea con que habian de carenarse los buques, hallaron los marineros que despedia la ma-

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi, p. 43.

dera quemada un olor fuerte y agradable, y declararon al examinarla, que era almáciga. Abundaba mucho aquella madera en las florestas vecinas; de modo que se lisonjeaba Colon de que cada año podrian juntarse allí mil quintales de esta preciosa goma, y procurar mas abundancia de ella, que pudieran dar Scio y todas las otras islas del Archipiélago. En el discurso de sus escrutinios por el reino vegetal, en busca de las preciosidades comerciales, encontró la patata, humilde raiz, poco apreciada entonces, aunque adquisicion mas preciosa para el hombre que todas las especias del oriente.

El 6 de noviembre volvieron los embajadores, y todos sus compañeros los rodearon para oir nuevas del interior de aquellos paises, y del príncipe á cuya capital habian sido enviados. Despues de penetrar doce leguas, llegaron

á un lugar de cincuenta casas, edificado como los de la costa, pero algo mayor, pues tendria por lo menos mil habitantes. Fueron recibidos con grande solemnidad, los indios los condujeron á la mejor casa, los pusieron en lo que parecia indicar sillas de estado, entalladas en forma de cuadrúpedos, cada una de una sola pieza de madera. Les ofrecieron luego los principales artículos de su alimento, frutas y legumbres. Despues de haber cumplido con las leyes de salvaje cortesía y hospitalidad, se sentaron en tierra al rededor de sus visitantes, para oir lo que tenian estos que decirles.

El israelita Luis de Torres vió que su hebreo, caldeo y árabe le eran muy poco útiles, y tuvo que ser orador el intérprete de las Lucayas. Hizo una arenga en forma, segun la manera indiana, en que ensalzó el poder, opulencia y li-

beralidad de los blancos. Cuando hubo acabado, se rodearon mas estrechamente los admirados indios, de aquellos entes á su parecer sobrehumanos. Algunos les tocaban, examinando su cútis y vestidos, otros les besaban los pies y manos en señal de adoracion. Al poco tiempo se retiraron los hombres, dando lugar á las mugeres, que repitieron las mismas ceremonias. Algunas traian un ligero cubridor de algodon por medio del cuerpo; pero los mas de los habitantes de ambos sexos estaban enteramente en cueros. Parece que habia entre ellos ciertos rangos y órdenes de sociedad, y un gefe con algun poder; mientras reinaba una completa igualdad entre los indios que habian encontrado en las otras islas.

Tales fueron los vestigios que hallaron de la ciudad y corte oriental á donde iban. No habia en ella la menor apa-

riencia de oro ni de otros artículos preciosos; y cuando les enseñaron á los indios muestras de canela, pimienta y varias especias, decian ellos que no las habia por aquella vecindad, sino muy lejos al su-este.

Los enviados determinaron, pues, de volver á sus buques, por mas instancias que les hacian los indios para que pasasen con ellos algunos dias; pero viéndolos resueltos á marchar, desearon muchos acompañarlos, imaginando que irian á remontarse á los cielos; mas solo quisieron llevar los españoles consigo á uno de los principales indios con su hijo, acompañados por un criado.

A su vuelta vieron por la primera vez el uso de una yerba, que el ingenioso capricho humano ha elevado despues á lujoso artículo de general consumo, á pesar de la oposicion de los sentidos. Iban, pues, muchos indios con tizones

encendidos en las manos, y ciertas yerbas secas de que hacian un rollo ó especie de canuto, y encendiéndolo por un lado, se ponian el otro en la boca, y chupaban el humo y le echaban despues al aire. Llamaban á estos rollos tabacos, nombre transferido despues á la planta de que estaban hechos. Los españoles, aunque preparados á ver prodigios, no pudieron menos de admirarse de esta estraña distraccion.

A su llegada á los buques dieron favorable informe de la belleza y fertilidad del pais. Habian visto muchas aldeas de cuatro ó cinco casas, bien pobladas y rodeadas de árboles de desconocido, hermoso y sabrosísimo fruto. Al rededor de ellas habia campos de pimientos, patatas, maiz y legumbres. Tambien vieron otros de la planta, cuyas raices dan el pan de casava. Estos, con los frutos de sus arboledas, producian el

alimento principal de los naturales, cuya comida era frugal y simple por estremo. Vieron ademas grandes cantidades de algodon; parte acabado de sembrar, parte crecido, y alguno hecho hilaza, ó convertido ya en las redes de que formaban sus hamacas. De este tenian gran provision labrado y por labrar en sus casas. Encontraron tambien aves de raro plumage, pero desconocida especie; muchos patos, y algunas perdices pequeñas; y habian oido, como Colon, el canto de un pájaro que creyeron fuese el ruiseñor. Todo cuanto vieron, indicaba un estado primitivo de sociedad; porque aunque bella, estaba la tierra inculta y salvaje. La admiracion con que habian sido vistos, mostraba con evidencia, que no estaban hechos los indios al trato de hombres civilizados; ni habian oido hablar de ninguna ciudad del interior, mejor que la que acababan

de visitar. Los informes de los enviados destruyeron muchas espléndidas fantasías de Colon respecto á aquel bárbaro príncipe y su corte. Vagaba, empero, el Almirante por encantadas regiones, sobre las cuales ejercia su imaginacion mágica y absoluta influencia. No bien se habia desvanecido una ilusion, cuando otra lo deslumbraba. Durante la ausencia de los emisarios, le habian dicho los indios por señas, que habia un sitio hácia el oriente, donde por la noche, á la luz de las antorchas, se recogia oro, que despues se hacia barras á martillazos. Al hablar de esta region, usaban de nuevo las palabras Babeque y Bohío, que Colon, como de ordinario, supuso que serían los nombres propios de las islas ó paises. El verdadero sentido de estas palabras se ha esplicado con variedad. Se dice que las aplicaban los indios á la costa de tierra-firme, llamada por ellos

Caritaba, ademas (1). Tambien se cree que Bohío significa casa, y lo usaban con frecuencia los indios, para dar á entender la mucha poblacion de una isla. De aqui la contínua aplicacion de esta voz á la española, llamada tambien Haytí, que quiere decir tierra alta, y alguna vez Quisqueya (el todo), para espresar su mucha estension.

La mala inteligencia de estas y otras palabras causaba á Colon perpétuos errores. Algunas veces confundia Babeque con Bohío, como si fueran una misma isla; otras, creia que deberian ser diferentes y estar situadas en diversos puntos; y Quisqueya suponia que significase Quisai, ó Quinsai (á saber, la ciudad celestial), de la cual, como se ha dicho, habia formado tan magnífica idea por los escritos del viajero veneciano.

(1) **Muñoz**, Hist. del N. M. l. 3.

El grande objeto de Colon era llegar á algun pais opulento y civilizado del oriente, con cuyo soberano pudiese establecer relaciones comerciales, y volver á España con una rica cantidad de mercancías, como triunfo de sus descubrimientos. La estacion avanzaba en tanto; la frescura de las noches daba indicios de la cercanía del invierno; y asi determinó abandonar el rumbo del norte, y no detenerse por lugares incultos que no tenia por entonces medios de colonizar. Concibiendo que estaba en la costa oriental del Asia, determinó tomar la vuelta del es-su-este en busca de Babeque, en que esperaba hallar una rica y civilizada isla. Antes de dejar el rio de Mares, tomó consigo para llevarlos á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen la lengua, para que pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes. Llevó de los dos sexos, habien-

do sabido por los descubridores portugueses, que iban los hombres mas contentos y se mostraban mas serviciales á la vuelta, cuando los acompañaban sus hembras. En la exaltacion de su entusiasmo, y de los sentimientos religiosos de aquella época, anticipaba grandes triunfos para la fe, y gloria para la corona, en la conversion de las naciones salvajes, por medio de los indígenas asi instruidos. Imaginaba, que no tenian los indios sistema de religion, pero que estaban bien dispuestos á recibir sus impresiones; y como veian con mucha atencion y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, pronto repetian de memoria cualquier rezo que se les enseñaba, haciendo la señal de la cruz con edificante devocion. Tenian idea de un estado futuro, pero limitada y confusa; era dificil para meros salvajes concebir la idea de una deliciosa existencia pura

y espiritual, separada de la alegría de los sentidos, y de aquellas dulces escenas que los habian hecho felices en vida. Pedro Mártir, contemporáneo de Colon, habla de las opiniones de los indios en esta materia. *Confiesan*, dice, *que es el alma inmortal, y habiéndose desnudado de la carne, imaginan que vuela á los bosques y á las montañas, y que vive perpétuamente en sus cavernas; ni la esceptuan de las necesidades corporales, pues dicen que allí ha de alimentarse. Las voces de retorno que se oyen por las cuevas y cavidades, á que los latinos llamaban ecos, suponen que sean de las almas de los difuntos, que vagan por aquellos lugares* (1).

De la tendencia natural hácia la religion, que creyó Colon descubrir entre

(1) Pedro Mártir, décad. 8, cap. 9.—Traduccion inglesa de Lock, 1612.

aquellas pobres gentes, de la benignidad de su carácter, de su ignorancia de las artes belígeras, dedujo que seria fácil hacerlos á todos devotos miembros de la iglesia, y súbditos leales de la corona. Concluye sus especulaciones sobre las ventajas que se derivarian de colonizar aquellos puntos, anticipando mucho comercio del oro en que abundaria el interior; de perlas y piedras preciosas, de las cuales, aunque no habia visto ninguna, habia recibido frecuentes informes; de joyas y especias, de que pensaba haber hallado indubitables señales; y de algodon, que nacia por todos los campos. Muchos de estos artículos, añade, tendrán probablemente mas cercano mercado que en España, en los puertos y ciudades del gran Khan, á donde no dudaba llegar pronto (1).

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, t. i.

CAPITULO V.

VIAJE EN BUSCA DE LA SUPUESTA ISLA DE BABEQUE. — DESERCION DE LA PINTA.

[1492.]

El 12 de noviembre tomó Colon el rumbo del es-su-este para retrogradar en la direccion de la costa. Este debe considerarse como otro cambio crítico en su viaje, y de grande consecuencia en los descubrimientos posteriores. Ya habia entrado bastante en lo que se llama el antiguo canal, entre Cuba y las Bahamas. En dos ó tres dias mas hubiera descubierto su equivocacion en suponer á Cuba parte de tierra firme: error en que estuvo hasta el dia de su muerte. Hubiera allí podido saber la vecindad del continente, ó navegado para la cos-

ta de Florida, ó ser impelido hácia ella por las corrientes del golfo, ó continuando por la parte de Cuba que lleva al sud-oeste, alcanzar la costa opuesta de Yucatan, realizando quizá sus mas vehementes anticipaciones con el descubrimiento de Méjico. Pero fue suficiente gloria para Colon haber descubierto el Nuevo-Mundo. Sus mas ricas regiones estaban reservadas para dar esplendor á otras empresas ulteriores.

Navegó pues por dos ó tres dias á lo largo de la costa, sin pararse á esplorarla. No se vió por toda ella ninguna ciudad populosa. Al pasar por un gran cabo, que él llamó de Cuba, puso la proa al oriente en busca de Babeque; pero se vió pronto obligado á volver, por arreciar el viento y levantarse el mar. Surgió en un profundo y seguro puerto, á que dió el nombre de puerto del Príncipe, y pasó algunos dias esplorando con

sus botes un archipiélago de pequeñas pero bellísimas islas que cerca estaba, conocido desde entonces por el nombre de el Jardin del Rey. Al golfo esmaltado por estas islas le llamó mar de Nuestra Señora: en tiempos modernos ha sido amparo de piratas que encontraban seguro refugio en los canales y solitarias calas de sus islas. Estaban estas cubiertas de gigantescos árboles, entre los cuales pensaban reconocer los españoles la almástiga y el aloe. Colon supuso, que serian aquellas parte de las innumerables islas que orlan la costa del Asia, célebres por sus especias. Mientras estaba en el puerto del Príncipe, levantó una cruz en una elevada colina cerca del puerto: señal acostumbrada de haber tomado posesion.

El 19 se dió otra vez á la vela, aunque casi en calma; pero como el viento se levantase del oriente, viró hácia el

nord-nord-este, y al ponerse el sol estaba á siete leguas del puerto del Príncipe. Desde entonces se vió tierra al oriente, como á sesenta millas de distancia, la cual por las señas de los indígenas supuso que seria la tan deseada isla de Babeque. Continuó, pues, toda la noche al nord-este. Al otro dia tuvo viento contrario, soplando en línea recta del punto á donde deseaba ir. Estuvo algun tiempo delante de la isla Isabela, á la que no quiso tocar, no fuera que se desertasen sus intérpretes indios, naturales de Guanahaní, que dista solo ocho leguas de Isabela (1). No quitaban la vista los indios de la direccion de su isla natal. Viendo que estaba el viento obstinadamente adverso, y que habia mu-

(1) Diario de Colon, Navarrete, Colec. t. i, p. 61.

cha mar, se determinó al fin Colon á volver á Cuba, haciendo señales á los otros buques para que le siguieran. La Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon, habia ya adelantado mucho hácia el oriente. Y como podia con facilidad unirse á los otros buques, teniendo para ello viento en popa, repitió Colon sus señales, pero sin efecto. Como venia la noche, acortó vela, y puso luces en los mástiles, pensando que Pinzon se le juntaria; mas al romper el alba se vió que la Pinta habia desaparecido (1).

En efecto, dió Pinzon crédito á los estravagates informes de un indio que iba á bordo de su carabela, y le ofrecia guiarlo á una isla ó region de grandes riquezas. Su avaricia se despertó repen-

(2) Las-Casas, Hist. Ind. t. i, c. 27. —Hist. del Almirante, c 29. — Diario de Colon, Navarrete, t. i.

tinamente: su buque, siendo el mas velero, podia con facilidad virar al barlovento, adonde en vano le seguirian los otros. Podia ser él mismo por lo tanto el primero que descubriese la region dorada, enriqueciéndose con sus primicias. Ya hacia mucho tiempo que llevaba con impaciencia el dominio del Almirante, con quien creia deber estar en términos iguales, por haber contribuido con muchos fondos al armamento de la espedicion. Era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos. Llevó á mal por consiguiente verse obligado á navegar como segundo, á bordo de su propio buque, y ya se habian ocasionado muchas disputas entre él y el Almirante. La súbita tentacion que se presentó á su avaricia, unida á los previos resentimientos, fue bastante fuerte

para vencer su deber. Olvidando lo que debia al Almirante, como á su gefe, habia desatendido las señales, siguiendo al oriente, y separándose á fuerza de vela de la escuadra.

Se indignó Colon en estremo con esta desercion. Ademas de ser un ejemplo pernicioso de inobediencia, sospechaba en ella algun designio siniestro. O bien Pinzon queria arrogarse mando separado y separadas ventajas, ó apresurarse á volver á España, para arrebatar el laurel del descubrimiento. Pero como lo poco velero de su buque inutilizaba todo esfuerzo para perseguirlo, continuó su rumbo á la isla de Cuba, con el objeto de acabar de esplorar las costas.

El 24 de noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba, y ancló en un buen puerto formado por el desembocadero de un rio, que él llamó de Santa Catalina. Corria entre ricas praderías, y estaban las

montañas vecinas bien pobladas de árboles, entre los cuales habia robustas encinas y pinos bastante altos para servir de mástiles á los mas grandes bajeles. En el lecho del rio encontraron piedras con venas de oro.

Colon continuó por algunos dias costeando lo que quedaba de Cuba, y celebrando con entusiasmadas palabras la magnificencia, frescura y colorido del paisaje, la pureza de las aguas, y el número y comodidad de los puertos. Su descripcion de uno, á que dió el nombre de Puerto-Santo, es una muestra de su viva y cándida percepcion de las bellezas naturales. *La amenidad de este rio*, esclama, *la claridad del agua, en la cual se veia hasta la arena del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, de los pajarillos y ver-*

de de los campos, á un este pais, Príncipes serenísimos, en tanta maravilla hermoso, que sobrepuja á los demas en amenidad y belleza, como el dia en luz á la noche: por lo cual solia yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á VV. AA., no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que no sé cómo contarlo (1).

La diafanidad del mar, que atribuye Colon á la pureza de los rios, es propiedad del Océano en aquellas latitudes. Tan clara está la mar en las cercanías de algunas de las islas, que se puede ver el fondo en tiempo sereno, como el de una cristalina fuente, y los habitantes bucean á cuatro ó cinco brazas, en bus-

(1) Hist. del Almirante, cap. 29.

ca de conchas y otros mariscos que se ven desde la superficie. Las delicadas brisas y puras aguas de las islas pueden contarse entre sus mayores bellezas.

Como prueba de la vegetacion gigantesca de aquellas costas, hace mérito Colon del enorme tamaño de las canoas, formadas cada una de un solo tronco de árbol. Habia visto canoas capaces de contener ciento y cincuenta personas. Entre otros artículos hallados en las habitaciones de los indios, vió una torta de cera, que le trajo de regalo á los reyes, observando que donde hay cera, debe haber otras mil cosas buenas (1). En tiempos posteriores se ha supuesto que vendria aquella cera de Yucatan, pues los habitantes de Cuba no tenian la costumbre de recogerla (2).

---

(1) Diario de Colon, Navarrete, t. i.
(2) Herrera, Hist. Ind., décad. i.

El 5 de diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, que suponia fuesen los lindes del Asia; ó como siempre la llamaba, de India. Le dió en consecuencia el nombre de Alfa y Omega, ó el principio y el fin. Se vió despues perplejo, acerca del rumbo que tomaria. Deseaba seguir la costa en su vuelta al sud-oeste, que le llevaria á las regiones mas civilizadas y opulentas de la India. Por otro lado, tomando este rumbo, era forzoso abandonase toda esperanza de encontrar la isla de Babeque, que aseguraban los indios hallarse al nord-este, y de que seguian dándole magníficas descripciones: embarazoso dilema, característico de un viaje tan estraordinario, en que se estendia un desconocido mundo á la vista del esplorador, convidándolo por todas partes con maravillas y bellezas; pero un mundo, en que, cualquiera que fuese su elec-

cion, podia separarlo de los verdaderos paises del provecho y de la delicia.

CAPITULO VI.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA.

[1492.]

El 5 de diciembre, mientras navegaba Colon mas allá del estremo oriental de Cuba, dudoso del rumbo que tomaria, divisó cierta tierra al su-este, que á medida que se acercaba, le reveló altas montañas por cima del despejado horizonte, anunciando una isla de grande estension. Los indios esclamaron, al verla, *Bohio*; nombre por el cual creia Colon que daban á entender pais abundante en oro. Cuando le vieron los indios tomar rumbo para ella, dieron señales de profundo terror, implorando de

él que no la visitara, porque, le decian por señas, eran sus habitantes fieros y crueles, no tenian mas que un ojo, y devoraban á sus prisioneros. El viento era contrario, y las noches largas; y como no usaban navegar en la oscuridad por aquellas mares desconocidas, emplearon la mayor parte de dos dias en llegar á la isla.

Ya se ha observado, que en la transparente atmósfera de los trópicos se divisan los objetos á larga distancia, y que la pureza del aire y serenidad del cielo producen mágicos efectos en el paisage. Con estas ventajas apareció á su vista la bella isla de Haytí. Eran sus montañas mas encumbradas y peñascosas que las de las otras islas; pero descollaban las rocas entre riquísimas florestas, y se estendian las faldas de ellas formando lujosas llanuras y verdes praderías; mientras que los varios y numerosos fuegos que la

esmaltaban de noche, y las columnas de humo que ascendian de dia en todas direcciones, indicaban bastante su poblacion. Se levantó, pues, á los ojos de los nautas, con todo el esplendor de la vegetacion de los trópicos, una de las mas hermosas islas del orbe, pero destinada á ser una de las mas infelices.

En la tarde del 6 de diciembre tomó Colon puerto al estremo occidental de la isla, y le dió el nombre de San Nicolás, por el que se conoce hoy. Era espacioso y profundo, rodeado de grandes árboles, muchos de ellos fructíferos. Una hermosa llanura se estendia por frente del puerto, atravesada por un riachuelo. Del número de canoas que se veian por varias partes, se juzgaba que por los alrededores habria grandes poblaciones; pero los naturales habian huido aterrorizados á la vista de los buques.

Dejando el 7 el puerto de San Nicolás, salieron costeando hácia el norte de la isla. Vieron que era por aquella parte elevada y montañosa; pero con verdes y dilatadas llanuras. Divisaron tambien un rico y risueño valle, que corria hácia el interior entre dos montañas, y que les pareció que estaba esmeradamente cultivado.

Por muchos dias estuvieron detenidos en un puerto que llamaron de la Concepcion, á donde desembocaba cierto rio pequeño, despues de serpear por una deliciosa campiña. La costa abundaba en peces, algunos de los cuales saltaron á los botes. Allí echaron sus redes y cogieron copiosa cantidad de pesca, y en ella alguna de especie semejante á las de España; primer pescado que habian visto parecido al de su pais. Tambien oyeron cantar un pájaro, que creyeron fuese el ruiseñor, y otros muchos

á que estaban acostumbrados. Estos, por la sencilla asociacion de ideas que tan vivamente habla al alma, recordaron á los marineros los bosques de su distante Andalucia. Creian que el carácter esterior de aquel pais era idéntico al de las mas bellas provincias de España; y en consecuencia de esta idea le llamó el Almirante isla Española.

Se hallaron algunas trazas de rudo cultivo en las cercanías del puerto; pero los naturales habian abandonado la costa. Una vez vieron cinco indios á larga distancia, pero se escaparon cuando los españoles fueron hácia ellos. Colon, deseoso de establecer alguna comunicacion, mandó que penetráran en la isla seis hombres bien armados. Encontraron muchos campos labrados, y huellas de caminos y sitios donde habia habido fuegos; pero los habitantes huyeron con pavor á las montañas.

Aunque todo el pais estaba desierto y solitario, se consoló Colon con la idea de que habria en lo interior populosas ciudades, á donde la gente se refugiaba; y que los fuegos de por las noches serian señales, como las que se hacian desde las montañas del antiguo mundo, en tiempo de la guerra y repentinas invasiones de los moros, para advertir al paisanage que huyese de las costas.

El 12 de diciembre erigió Colon con gran solemnidad una cruz á la entrada del puerto, en señal de haber tomado posesion de la isla. Tres marineros que andaban vagando por las cercanías, vieron una tropa de indígenas, que inmediatamente se puso en fuga; los marineros los persiguieron, y con mucha dificultad lograron alcanzar una jóven y hermosa indiana, que trajeron en triunfo á los bajeles. Venia esta beldad salvaje completamente desnuda, lo cual

daba mal indicio de la civilizacion de la isla; pero un adorno de oro que traia en la nariz, dió esperanzas de que se encontrase en ella aquel metal precioso. La bondad del Almirante disipó pronto el terror de la cautiva. Hizo que la vistiesen, y le regaló cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otras cosas, enviándola despues á tierra, acompañada de algunos marineros, y de tres intérpretes indios. Tanto agradaron á esta sencilla hembra los dones recibidos, y tan contenta quedó del benigno trato que habia esperimentado, que de buena gana hubiera permanecido con las otras indias que encontró á bordo. La gente que fue acompañándola, volvió tarde por la noche, porque estaba el lugar léjos, y temia aventurarse tierra adentro. Confiado en la impresion favorable que debia producir el informe de la muger, mandó el Almirante al dia

siguiente nueve hombres de corazon y bien armados á buscar el lugar, acompañándolos un natural de Cuba, en calidad de intérprete. Encontraron la poblacion á unas cuatro leguas y media al su-este, situada en un hermoso valle, y á la orilla de un rio (1). Contenia mil casas, pero todas desiertas; habiendo visto á los habitantes huir cuando ellos se acercaban. Los intérpretes los siguieron, y con grande dificultad apaciguaron su temor, celebrándoles la bondad de aquellos estrangeros que habian bajado del cielo, é iban por el mundo ha-

(1) Este lugar se conocia antiguamente por el nombre de *Gros Morne*, situado en las márgenes del rio de *Trois Rivieres*, que desemboca á media milla occidente de *Port-de-Paix*. Navarrete, t. i.

ciendo preciosos y bellísimos regalos. Con esta seguridad se atrevieron á volver hasta dos mil indios, se acercaron á los nueve españoles con lentos y trémulos pasos, parándose con frecuencia, y poniéndose las manos en la cabeza, en señal de reverente y profunda sumision. Eran de una raza bien formada, mas blanca y hermosa que las de otras islas (1). Mientras los españoles conversaban con ellos, por medio de los intérpretes, vieron que otra multitud se acercaba. Venia á la cabeza de estos el marido de la hembra indiana que la tarde antes habia estado á bordo. La traian en triunfo sobre los hombros, y estuvo el marido profuso en su gratitud por la bondad con que la habian tratado, y los magníficos dones que se habian dignado concederle.

(1) Las Casas, l. i, c. 53. MS.

Los indios, ya mas familiarizados con los españoles, y vueltos en parte de aquel estremo pavor, los llevaron á sus casas, presentándoles pan de casaba, pescados, raices y frutas de varias especies. Sabiendo por los intérpretes que eran sus huéspedes aficionados á los loros, les trajeron gran número de ellos que tenian domesticados, ofreciendo en fin libremente todo cuanto poseian; tal era la franca hospitalidad que reinaba en aquella isla, donde aun era desconocida la pasion de la avaricia. El caudaloso rio que regaba este valle, iba coronado de nobles y altas florestas, de palmas, bananos, y otros árboles, cargados de flores y de frutas. El aire era tan suave como en abril; los pájaros cantaban todo el dia, y solian oirse tambien por la noche. Aun no sabian los españoles esplicar la diferencia de las estaciones en aquella parte opuesta del globo; y se

admiraban de oir la voz del supuesto ruiseñor, resonar en medio de diciembre; considerándolo como prueba de que no habia invierno en aquellos felices climas. Volvieron á sus buques regocijadísimos con la hermosura del pais, que decian ellos escedia hasta la de las feraces llanuras de Córdoba. Solo se quejaban de no haber visto señales de riqueza entre los indígenas. Y aqui es imposible no detenerse á considerar la pintura que hacen los descubridores del estado de aquella desgraciada isla, antes de la llegada de los blancos. Segun sus descripciones, existia el pueblo de Haytí en el estado de salvaje y primitiva sencillez, que han pintado algunos filósofos como el mas envidiable de la tierra; rodeados de la feliz abundancia natural, y sin conocimiento alguno de las necesidades artificiales. La fértil tierra producia la mayor parte de su alimento

casi sin cultura: sus rios y mares abundaban en pescados; y cogian sin trabajo la utia, el guanaco, y una variedad de aves. Para gentes de su temperancia y frugalidad era esta provision abundantísima; y lo que la naturaleza les daba tan espontáneamente, lo partian gustosos con todo el mundo. La hospitalidad, se nos dice, era para ellos ley de la naturaleza universalmente observada; y no habia necesidad de hacer manifiesto el socorro, porque toda casa le estaba abierta al estrangero, como á su dueño propio (1). Colon tambien, en una carta á Luis de Santangel, observa: *es verdad, que despues que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerán sino el que lo viese.*

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i.

Ellos de cosa que tengan, pidiéndosele jamas dicen de no, antes convidan á la persona con ello; y muestran tanto amor, que darian los corazones y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosa de cualquier manera que sea que se les dé por ello, son contentos. En todas estas islas me paresce que todos los hombres son contentos con una muger, y á su mayoral ó rey dan fasta veinte. Las mugeres me parecen que trabajan mas que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenia, todos hacian parte, en especial de las cosas comederas (1).

Una de las descripciones mas agradables de los habitantes de esta isla, es

(1) Carta de Colon á Luis de Santangel, Navarrete, t. i, p. 167.

la que da el anciano Pedro Mártir, tomada, como él asegura, de las conversaciones del mismo Almirante. *Es cierto*, dice, *que es la tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol y las aguas; y que el mio y el tuyo, semillas de tantos males, no tienen lugar con ellas. Se contentan con tan poco, que en aquel estenso pais, mas bien tienen superfluidad que escasez; asi estan en el mundo dorado, sin trabajo y viviendo en abiertos jardines, no atrincherados con diques, ni divididos por valladares, ni con muros defendidos. Comercian justamente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que se complace en hacer daño á otro; y aunque no gustan de cosas supérfluas, hacen sin embargo provision para el incremento de aquellas raices de donde sacan el pan, contentos con esta simple comida,*

con la cual se conserva la salud, y se evitan las enfermedades (1).

Mucha parte de esta pintura puede estar matizada por la imaginacion; pero la confirman, en general, los historiadores contemporáneos. Concurren todos en representar la vida de los isleños como una aproximacion hácia el venturoso estado de la felicidad poética; viviendo bajo la absoluta, pero patriarcal y suave gobernacion de sus caciques, libres de orgullo, con pocas necesidades, en un pais abundante, con un templado clima, y dotados de natural disposicion para gozar su descuidada é indolente fortuna.

---

(1) Pedro Mártir, décad. i, l. iii. — Traduccion inglesa de Ricardo Eden, 1555.

CAPITULO VII.

COSTEO DE LA ESPAÑOLA.

[1492.]

Cuando el tiempo cambió favorablemente, hizo Colon otro esfuerzo en 14 de diciembre para encontrar la isla de Babeque, pero se lo impidieron vientos contrarios. En el discurso de esta empresa visitó una isla en frente del puerto de la Concepcion, á que por su abundancia de ellas le dió el nombre de las Tortugas. Los naturales habian huido á las rocas y florestas, y se veian llamaradas de alarma por las alturas, de donde infirió Colon, que estaban mas sujetos á invasiones que los otros isleños. El pais era tan hermoso, que le dió á uno de los valles el nombre de valle del Paraiso;

y á uno de sus rios, el de Guadalquivir, en memoria del que lleva sus dulces aguas por algunas de las mas hermosas provincias de España (1). Dándose á la vela el 16 de diciembre por la noche, tomó de nuevo el rumbo de la Española. A mitad del golfo que separa las islas, encontró un indio en su canoa, y admirado, como en otra ocasion, de su valentía en arriesgarse por las mares en tan frágil casco, y de la destreza en manejarlo con tanta mar y viento fresco, mandó que lo izasen á bordo á él y á su canoa; y habiendo surgido cerca de un lugar de la costa de Española, conocido hoy por el nombre de puerto de la Paz, le mandó á tierra bien obsequiado y enriquecido con varios dones.

---

(1) Diario de Colon, Navarrete, coleo. t. i.

En el primitivo comercio con aquellas gentes no dejó nunca la bondad de producir sus efectos. Los favorables informes dados por este indio, y por los que habian tenido comunicacion con los españoles en sus anteriores desembarcos, disiparon toda la aprension de los isleños. Se abrieron amigables comunicaciones, y fueron los bajeles visitados por un cacique de las cercanías. De este caudillo y de sus consejeros recibió Colon otras noticias acerca de la isla de Babeque, la cual decian no estar á gran distancia. Jamas se vuelve á hablar de esta isla, ni aparece que Colon la buscase de nuevo. Tampoco existe en los mapas antiguos, y es de creer que fuese una de las numerosas tergiversaciones de palabras indianas, que hicieron emprender á Colon y á todos los primeros descubridores tantos viajes infructuosos. La gente de Española le pareció al Almi-

rante mas hermosa que ninguna de la que hasta alli habia visto en el Nuevo-Mundo, y de gentil y apacible disposicion. Algunos tenian pequeños adornos de oro, que daban gustosos ó los cambiaban por cualquier bagatela. Estaba el pais gratamente diversificado, con elevadas montañas y risueños valles, que se estendian hácia el interior, tan lejos cuanto podia alcanzar la vista. Las montañas eran de tan fácil ascenso, que las mas encumbradas se podian arar con bueyes; y la lujosa vegetacion de las florestas manifestaba la fertilidad del suelo. Los valles regados por numerosas, claras y bellísimas corrientes, parecian cultivados por algunos sitios, y propios para granos, hortalizas ó pastos.

Mientras los vientos contrarios le detenian en este puerto, recibió Colon la visita de un cacique jóven, y al parecer de mucha importancia. Le llevaban cua-

tro hombres en una especie de litera, y le seguian doscientos de sus súbditos. El Almirante estaba comiendo á la sazon, por lo cual mandó el cacique á su comitiva que se quedase fuera, y entrando en la cámara, se sentó junto á Colon, sin permitirle levantarse, ni usar ninguna ceremonia. Solo le siguieron dos ancianos, que parecian sus consejeros, y que se le sentaron á los pies. Cuando le daban alguna cosa de comer ó beber, la gustaba solamente, enviándola despues á su comitiva, y conservando en todo mucha gravedad y celsitud. Hablaba poco; los dos consejeros observaban el movimiento de sus labios, y por él inferian, y communicaban ellos sus ideas. Despues de comer le presentó al Almirante un tahalí, prolijamente labrado, y dos piezas de oro. Colon le dió una de tela, varias cuentas de ambar, zapatos de color, y un frasco de agua de

azabar; le enseñó la moneda española, en la cual estaban los bustos del rey y de la reina, y se esforzó en esplicarle el poder y grandeza de aquellos soberanos; desplegó tambien las banderas reales y el estandarte de la cruz; pero en vano se queria comunicar ninguna clara idea con aquellos símbolos; no pudo reducirse el cacique á creer que habia regiones en la tierra que produjesen tan admirables gentes y objetos; pensaba, como sus compatriotas, que eran los españoles mas que mortales, y que los paises de que hablaban deberian estar en alguna parte de los cielos.

Por la noche se envió al cacique á tierra en un bote con grande ceremonia, haciendo salvas en honor suyo. Volvió con la misma pompa que habia venido, en una litera, y rodeado de sus súbditos; no lejos de él iba su hijo con semejante escolta y litera, y su herma-

no á pie sostenido por dos hombres. Los regalos delante con mucha ceremonia.

Los españoles podian procurarse poco oro en este parage, aun cuando los naturales daban generosa y prontamente todos los adornos que tenian de aquel metal. Las regiones de promision estaban mas lejos todavía; y uno de los ancianos consejeros del cacique le dijo á Colon, que pronto llegaria á islas ricas en preciosos minerales. Antes de salir de ella mandó el Almirante erigir una grande cruz en el centro de la poblacion; y por la prontitud con que asistian los indios, en implícita imitacion de los españoles, á sus actos de devocion, infirió que seria fácil convertirlos á todos al cristianismo.

El 19 de noviembre se dieron á la vela antes de amanecer, pero con viento contrario; y en la tarde del 20 ancla-

ron en un buen puerto, á que dió Colon el nombre de Santo Tomas, que se supone sea el que se llama hoy bahía de Acul. Estaba rodeado de una amena y populosa campiña. Los habitantes vinieron á los buques, algunos en canoas, otros nadando, y todos con frutos de especies no conocidas, pero de esquisito gusto y fragancia. Daban estos libremente con todo lo demas que poseian, con especialidad sus adornos de oro, artículo de que veian codiciosos á los estrangeros. Habia notable y generosa franqueza entre estas gentes, que no tenian al parecer idea de tráfico, y daban sus bienes con espontánea liberalidad. Colon no permitia á las suyas que abusasen de esta libre disposicion, y mandó que siempre se les diese algo en cambio. Muchos de los caciques circunvecinos visitaron los buques, trayendo presentes, é invitando á los españoles á ir á sus

pueblos, adonde los recibian con la mayor hospitalidad.

El 22 de diciembre vinieron mucho indios en una canoa, con mision del grande cacique Guacanagarí, gefe de toda aquella parte de la isla. Un criado principal del caudillo le entregó al Almirante de parte de su señor un ancho tahalí, ingeniosamente trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara de madera, con los ojos, nariz y lengua de oro. Tambien le dió un mensaje del cacique, suplicándole que trajese los bajeles cerca de su residencia, que estaba un poco mas lejos en la costa oriental. Impedia el viento acceder inmediatamente á esta súplica, por lo cual envió el Almirante al escribano de la escuadra con algunos marineros á visitar al cacique. Residia este en una ciudad edificada en las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces Punta Santa, y

hoy Punta Honorata. Era la ciudad la mayor y mejor edificada que habian hasta entonces visto. El cacique los recibió en una especie de plaza pública, limpia y preparada para esta ocasion; los trató muy honrosamente, y les dió á cada uno un vestido de algodon. Los habitantes los rodeaban con provisiones y refrescos de varias clases. Recibian á los marineros en sus casas como distinguidos huéspedes; y les daban ropas de algodon, y cuanto creian que tuviese valor á sus ojos, sin pedirles nada en cambio; pero si algo les daban los españoles, lo atesoraban como una sagrada reliquia.

Los hubiera retenido el cacique toda la noche, pero sus órdenes los obligaron á volver. Al despedirse les hizo regalos de loros y piezas de oro para el Almirante; y los acompañó hasta los botes una multitud de gentes, esforzándose á porfia en servirlos.

Durante su ausencia habia Colon recibido visitas de muchos indios en canoas y de varios caciques inferiores; todos le aseguraron, que abundaba la isla en riquezas; hablaban mas especialmente de una region del interior, hácia el levante, que ellos llamaban Cibao, el cacique de la cual, segun se dejaba entender de los signos, tenia banderas de oro labrado. Colon, engañándose, como le sucedia de ordinario, imaginó que la palabra Cibao debia de ser corrupcion de Cipango, y el caudillo de los dorados estandartes, el magnífico potentado de aquella isla, de que hace mencion Marco Polo (1).

---

(1) Diario de Colon, Navarrete, Colec. t. i. — Hist. del Almirante, c. 31, 32. — Herrera, d. i, lib. i, c. 15, 16.

CAPITULO VIII.

NAUFRAGIO.

[1492.]

En la mañana del 24 de diciembre, antes de salir el sol, se dió Colon á la vela para la Concepcion, tomando el rumbo del oriente, con ánimo de anclar en el puerto del cacique Guacanagarí. Habia viento de tierra; pero tan ligero, que apenas llenaba las velas, y no podian hacer los buques mucho camino. A las once de la noche-buena estaban á una legua, ó legua y media de la residencia del cacique; y Colon, que habia hasta entonces vigilado, viendo la mar tan sosegada, y el bajel casi sin movimiento, se retiró á descansar un poco, por no haber dormido la noche antes.

Era vigilantísimo en sus viajes por las costas, pasándose noches enteras sobre cubierta en toda clase de tiempos; y nunca se fiaba del cuidado ageno, cuando habia dificultades ó peligros que vencer. En aquel caso se creyó perfectamente seguro; no solo por la profunda calma en que estaban, sino porque, al visitar los botes el dia anterior al cacique, habian reconocido la costa, y dichole que no se encontraban en su carrera ni bancos ni escollo alguno.

Nunca pudo manifestarse mejor cuán importante es la presencia del gefe. Apenas se habia retirado el vigilante Colon, cuando el timonel confió su puesto á un grumete, y se echó á dormir en violacion directa de una de las órdenes del Almirante, prohibiendo poner jamas el timon en las manos de los muchachos. Los otros marineros que estaban de guardia, se aprovecharon tambien de

la ausencia del gefe, y á poco tiempo toda la tripulacion estaba sepultada en un profundo sueño.

Mientras reinaba tan grande descuido en el buque, las traidoras corrientes que fluyen veloces por aquellas costas, le arrastraron con rapidez y fuerza á un banco de arena. El incauto grumete no habia percibido el embate de las olas al retirarse del banco, aunque su estrépito podia oirse á una legua. Mas al sentir la concusion del timon, y oir el tumulto del agua en derredor, empezó á pedir ayuda á gritos. Colon, cuya vigilancia no le permitia dormir profundamente, fue el primero que subió á cubierta. El patron, que habia abandonado su guardia, se apareció despues en compañía de algunos marineros medio dormidos, y muy agenos del peligro en que estaban. Les mandó el Almirante llevar con el bote un ancla fuera por el lado de la

popa, para esforzarse en sacar el bajel. El patron y los marineros saltaron en el bote; pero iban confusos y sobrecogidos de terror, como suelen los hombres que despiertan sobresaltados. En vez de obedecer al Almirante, remaron á la otra carabela, que distaria como media legua al barlovento; mientras él, suponiendo que ya estarian echando el ancla, confiaba en sacar pronto su bajel al agua libre.

Cuando llegó el bote á la carabela, é hicieron saber los marineros el peligroso estado en que habian dejado su buque, se les acusó de cobarde desercion, rehusando admitirlos á bordo. El comandante, y muchos de los suyos, tomaron otro bote, y acudieron al socorro del Almirante, seguidos del falso y pusilánime patron, que iba con su gente lleno de confusion y vergüenza.

Llegaron demasiado tarde para sal-

var el buque, porque la violenta corriente le habia arrastrado mas y mas sobre el banco. El Almirante, viéndose desamparado de su bote, y que estaba el buque de traves en medio de la corriente, y se iba llenando de agua, lo mandó desarbolar, con la esperanza de aligerarlo bastante para que flotase. Todos los esfuerzos fueron en vano. La quilla estaba firmemente embutida en la arena; el choque habia abierto el casco por varias partes, mientras las hinchadas olas le azotaban de contínuo quebrándose sobre su costado, y sepultándolo mas y mas en la arena hasta hacerle caer de lado. Afortunadamente continuaba el tiempo en calma; si no, se hubiera hecho la carabela mil pedazos, y perecido la tripulacion entre los escollos y corrientes.

El Almirante y su tripulacion se refugiaron en la otra carabela. Diego de

Arana, primer juez de la escuadra, y Pedro Gutierrez, despensero del rey, fueron inmediatamente enviados al cacique Guacanagarí para informarle de la propuesta visita del Almirante, y de su desastroso naufragio. En el entretanto, habiéndose levantado un viento fresco de tierra, é ignorando el Almirante su situacion y las rocas y bancos que podian rodearlo, se mantuvo á la capa hasta por la noche.

La habitacion del cacique distaba como legua y media del naufragio. Cuando Guacanagarí supo la desgracia de su huésped, manifestó la mayor afliccion, y hasta derramó lágrimas. Sin detenerse un punto envió todas sus gentes con todas las canoas grandes y chicas que pudo juntar; y tan activa fue la ayuda de los indios, que en poco tiempo descargaron el buque. El cacique mismo, y sus hermanos y parientes hicieron cuan-

to les fue dado por mar y tierra; vigilando para que todo se condujese con órden, y para que los efectos que pudieran salvarse del naufragio, se conservaran con fidelidad inviolable. Frecuentemente enviaba alguna persona de su fámilia, ó de las principales de su comitiva, para que se condoliese con el Almirante, pidiéndole que no se dejase dominar del dolor, y que dispusiese como suyo de cuanto él poseia.

Jamás, en pais alguno civilizado, se ejercieron los ritos de la hospitalidad mas escrupulosamente que los observó aquel ignorante salvaje. Todos los efectos que se desembarcaron, los mandó depositar cerca de su habitacion, y puso una tropa armada que los guardase aquella noche, hasta preparar casas en que almacenarlos. No porque apareciera, ni aun entre el pueblo comun, la mas ligera inclinacion á aprovecharse de

las desgracias de los estrangeros. Aunque veian los que debieron parecerles inestimables tesoros, arrojados, por decirlo así, en sus playas, y abiertos y del todo accesibles, no se conoció el menor hurto, ni al transportar los efectos se apropiaron el mas pequeño artículo. Al contrario, una simpatía general se dejaba ver en todos los semblantes y en todas las acciones; y al observar su sentimiento se hubiera creido á ellos las víctimas de aquella desgracia (1).

Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, dice Colon en su diario, que juro á VV. MM. que no hay en el mundo todo ni mejor pais, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre es su discurso manso y suave, y acompañado de

(1) Hist. del Almirante, c. 32.—Las-Casas, l. i, c. 9.

una sonrisa ; y aunque es verdad que estan en cueros , son sus modales decorosos y dignos de aprecio (1).

CAPITULO IX.

TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.

[1492.]

El 26 de diciembre vino Guacanagari á bordo de la Niña , para visitar al Almirante; y observando que estaba muy abatido , se conmovió tanto el sensible corazon del cacique , que comenzó á derramar lágrimas. Repitió el mensaje que habia enviado , suplicando al Almirante que no se dejase vencer por las desgracias, y ofreciéndole todos sus bienes, si ellos le podian proporcionar ayu-

(1) Hist. del Almirante.

da ó consuelo. Ya habia dado tres casas para alojamiento de los españoles, y almacen de sus efectos, y ofreció mas si eran necesarias.

Mientras conversaban así, vino una canoa de otra parte de la isla, ofreciendo piezas de oro en cambio de cascabeles. Nada apreciaban tanto los indígenas como estos juguetes; porque eran aficionadísimos al baile, que ejecutaban á la cadencia de ciertos cantares, acompañados por una especie de tambor, hecho del tronco de algun árbol, y del ruido de pedazos huecos de madera; pero cuando se colgaban los cascabeles por el cuerpo, y oian sus claras voces músicas, al compás de los movimientos de la danza, nada podia esceder su arrebatado gozo.

Los marineros que venian de la playa, le dijeron al Almirante, que les habian traido los indios considerables can-

tidades de oro para trocarlas, dándolas gustosísimos por las mas despreciables bujerías. Este informe tuvo agradable efecto en el ánimo de Colon. El atento cacique, viendo que se animaba su semblante, preguntó qué habian dicho los marineros. Cuando se enteró al saberlo de la vehemencia con que deseaba el Almirante adquirir oro, le aseguró por señas, que no lejos de allí habia un sitio en las montañas, donde abundaba tanto, que apenas tenia ningun valor. Le prometió procurarle de allí cuanto desease. El lugar á que aludia, y que llamaba Cibao, era en efecto una region montañosa, adonde hallaron despues los españoles riquísimos mineros; pero Colon confundia aun aquel nombre con el de Cipango (1).

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, t. i, p. 114.

Guacanagarí comió á bordo de la carabela con el Almirante, despues de lo cual le convidó á visitar su residencia. En ella habia preparado una refaccion tan escogida y abundante, como lo permitian sus sencillos medios, compuesta de útias ó conejos, pescados, raices, y varios frutos de la isla. Hizo el generoso cacique cuanto en su poder estaba para honrar á su huésped y distraerlo, mostrando un calor en la simpatía y una delicadeza en las atenciones, que era imposible haber esperado de un salvaje. Pero su innata dignidad, y el refinamiento de sus modales, frecuentemente sorprendieron á los españoles. Era decoroso en su modo de comer, lento y moderado, lavándose las manos al acabar, y frotándoselas despues con yerbas odoríferas; lo que supuso Colon tendria por objeto conservar su delicadeza y blandura. Le servian sus súbditos con

mucha deferencia, y él se conducia respecto á ellos con afable, pero régio y alto porte. Toda su conducta indicaba en los entusiasmados ojos de Colon las gracias y dignidad innatas de un elevado linage (1).

En efecto, la soberanía era hereditaria entre aquellos isleños, que tenian un sencillo pero sagaz modo de mantener hasta cierto punto la legitimidad de la descendencia. Cuando moria un cacique sin hijos, pasaba la autoridad á los de su hermana, prefiriéndolos á los de su hermano; pues aquellos serian mas verosímilmente de su sangre; porque decian los indios, que el que se reputaba hijo de un hermano, podia, por

(1) Las-Casas, l. i, c. 70. MS.—Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi, p. 114.

acaso, no tener consanguinidad con su tio; pero los de su hermana habian de ser indudablemente hijos de su madre. La forma del gobierno era completamente despótica; los caciques tenian entero señorío sobre las vidas, las haciendas, y aun la religion de sus súbditos. Habia pocas leyes, y gobernaban segun su juicio y voluntad; pero gobernaban blandamente, y recibian gustosa é implícita obediencia. En todo el discurso de la desastrosa historia de aquellos isleños, despues que fueron descubiertos por los europeos, se hallan evidentes pruebas de su afecto y fidelidad á los caciques.

Acabada la refaccion, condujo Guacanagarí al Almirante á las bellas arboledas que circuian su morada. Los acompañaban mas de mil indios, todos en cueros. A la sombra de sus frondosos árboles ejecutaron muchos de los juegos y

danzas nacionales, como Guacanagarí lo habia mandado, para divertir la melancolía de su huésped.

Cuando acabaron los indios su entretenimiento, les dió Colon tambien un espectáculo, propio para inspirarles formidables ideas del poder militar de los españoles. Mandó que trajesen de la carabela un arco y aljaba moriscas, y que viniese un castellano que habia servido en las guerras de Granada, y era diestro flechero. Cuando vió el cacique la exactitud con que usaba este hombre sus armas, se admiró en estremo, por ser él de pacífico carácter, y poco acostumbrado al uso de ellas. Le dijo, empero, al Almirante, que los caribes, que frecuentemente bajaban á sus territorios, y le arrebataban sus súbditos, venian tambien armados de arcos y flechas. Colon le ofreció la proteccion de los monarcas españoles, que destruirian á los caribes,

añadiendo que sus armas eran mucho mas temibles, y que contra ellas no habia defensa. En prueba de esto mandó descargar un arcabuz y una bombarda. Al estrépito del fuego cayeron los indios á tierra, como si un rayo los hubiese herido; y cuando vieron el efecto de las balas que, como las centellas del cielo, desgarraban y hendian los árboles, se llenaron de terror. Mas al oir de los españoles que los defenderian con aquellas armas en caso de invasion de los caribes, se cambió en gozo su espanto, considerándose protegidos por los hijos del cielo, que en su ayuda, armados de rayos y truenos, habian venido.

El cacique presentó luego á Colon muchas de sus joyas nacionales; una máscara entallada en madera, con los ojos, orejas y otras facciones de oro; le colgó láminas del mismo metal al rededor del cuello, y le puso una especie de

diadema dorada en la cabeza. Tambien manifestó la munificencia natural de su carácter, dispensando varios dones á los que iban en la comitiva del Almirante; y se condujo, en fin, de modo en su estado salvaje, que hubiera hecho honor á un magnánimo príncipe en la vida civilizada.

Cualquiera bagatela que daba Colon en retorno, se miraba con la reverencia debida á un presente celestial. Los indios, admirando los artículos de manufactura europea, repetian de contínuo la palabra *turey*, que en su lengua significa cielo. Pretendian distinguir por el olfato las diversas cualidades del oro; y asi mismo cuando se les regalaba algun objeto de hoja de lata, de plata ú otro metal blanco, á que no estaban acostumbrados, le olian, diciendo al punto *turey*, de escelente calidad. Todo, en fin, cuanto salia de las manos de los espa-

ñoles, era precioso á sus ojos; un pedazo de correa, ó de hierro mohoso, la cabeza de un clavo, todo tenia para ellos oculta y sobrenatural virtud, y todo olia á *turey*. Pero los cascabeles era lo que buscaban con tal ahinco, que solo podia compararse al de los españoles por el oro. No podian contener su éstasis al sonido de ellos, y bailaban y ejecutaban cuando los oian, mil distintos y estravagantes movimientos. Una vez dió un indio medio puñado de polvos de oro por uno de ellos; y no bien lo tenia en su posesion, cuando se apartó corriendo á los bosques, mirando atras con frecuencia, y temeroso de que se arrepintieran los españoles de haberse deshecho por tan poco de aquella inestimable pieza (1).

La estrema bondad del cacique, la

(1) Las-Casas, l. i, c. 70. MS.

afabilidad de las gentes, las cantidades de oro que cotidianamente le traian en cambio de los mas simples objetos, y los informes que incesantemente recibia de los opulentos manantiales de riquezas que aquella bellísima isla encerraba en su seno, todo contribuyó á consolar al Almirante de su reciente desventura.

Tambien los náufragos, viviendo en tierra, y mezclándose libremente con los naturales, se fascinaron al contemplar aquella fácil é indolente vida. Exentos por su sencillez de los penosos cuidados y fatigas que agobian al hombre civilizado por sus muchas necesidades artificiales, la existencia de aquellos isleños les parecia á los españoles un agradable sueño. Nada los inquietaba. Algunos campos, cultivados casi sin trabajo, les daban las raices y legumbres de que se componia la mayor parte de su alimento. Sus rios y costas abundaban en

pescados; sus árboles estaban cargados de odoríferos, bellos y sabrosos frutos. Suavizado su carácter por la indulgencia de la naturaleza, pasaban mucha parte del dia en indolente reposo, gozando de aquella riqueza de dulces sensaciones que inspiran un cielo sereno, y un clima voluptuoso; y por las tardes bailaban en sus aromáticas arboledas, ó al son de los cantos nacionales, ó al de la ruda voz del tamboril silvestre.

Tal era la festiva y descuidada existencia de aquel sencillo pueblo; que, si bien carecia de una dilatada estension de goces, y de aquellos placeres de esquisito y estimulante gusto que la civilizacion engendra, tambien estaba exenta de las mas de sus miserias. El venerable Las-Casas observa, hablando de su completa desnudez, que casi parecia que estaban en aquel estado de original inocencia de nuestros primeros padres,

antes que su caida trajese el pecado al mundo. Hubiera podido añadir, que tambien parecian libres de la pena decretada contra los hijos de Adan, cuyo *pan habia de comerse regado con el sudor de la frente.*

Cuando los marineros españoles consideraban su dura y penosa vida, y los cuidados y trabajos que aun les quedaban que sufrir si volvian á Europa, no es maravilla que mirasen con ojo envidioso la fácil y ociosa existencia de los indios. Adonde quiera que entraban, se les recibia con agasajadora hospitalidad. Los hombres eran sencillos, francos y cordiales; las mugeres amorosas y complacientes, y prontas á formar aquellos lazos, que detienen y fijan el corazon mas vagaroso. Veian el oro reluciendo en derredor suyo, y podian adquirirlo sin trabajo, y procurarse todos los placeres sin coste. Cautivados con estas ven-

tajas, muchos rodearon al Almirante, representándole las dificultades y sufrimientos que tendrian que arrostrar á la vuelta, yendo tantos en una pequeña carabela; y pidiéndole encarecidamente les permitiese quedarse en la isla (1).

CAPITULO X.

CONSTRUCCION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.

[1492.]

La solicitud que espresaron muchos marineros por quedarse en la isla, junto con el amigable y pacífico carácter de los naturales, sugirió á Colon la idea de formar el gérmen de una futura co-

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi, p. 116.

lonia. Las reliquias de la carabela suministraban abundantes materiales para construir un fuerte, que se podia defender con sus mismos cañones y municiones : Colon tenia ademas provisiones bastantes que dejarles para mantener una corta guarnicion por un año. La gente que quedase en la isla, podia esplorarla, reconocer sus minas y otros manantiales de riquezas; procurarse comerciando con los isleños una considerable cantidad de oro; aprender su lengua, y habituarse á sus costumbres para ser útiles en las futuras empresas. En el entretanto volveria el Almirante á España, daria cuenta de su viaje, y traeria nuevos refuerzos.

No bien rayó esta idea en el ánimo de Colon, cuando se dedicó á llevarla á efecto con su acostumbrada celeridad. Se deshizo el fracasado casco, y se trajo en piezas á la costa, escogiendo sitio, y

haciendo preparativos para la ereccion de una torre. Cuando supo Guacanagarí las intenciones del Almirante de dejar parte de sus marineros para defender la isla de los caribes, mientras iba él por mas á su pais, se quedó absorto de júbilo. Los indios manifestaron igual contento á la idea de conservar entre ellos aquella gente estraordinaria, y á la perspectiva de ver llegar de nuevo al Almirante con navíos enteros de cascabeles y otras preciosidades. Ayudaron, pues, con ardor á la edificacion del fuerte, no imaginando que labraban así para sus cuellos el amargo yugo de una perpétua y trabajosa esclavitud.

Apenas se habian empezado los preparativos para erigir la fortaleza, cuando ciertos indios trajeron la noticia de que la carabela Pinta habia anclado en un rio, al estremo oriental de la isla. Colon procuró inmediatamente una ca-

noa de Guacanagarí, tripulada por indios, y envió en ella un español con carta para Pinzon, no quejándose de su conducta, pero previniéndole que se le reuniese sin tardanza.

Volvió la canoa despues de tres dias de ausencia, habiendo costeado la isla por veinte leguas, pero sin ver ni oir cosa alguna de la Pinta; y aunque el Almirante recibió poco despues otras nuevas de que estaba hácia el oriente, no quiso darles crédito.

La desercion de aquel buque era fuente de contínua ansiedad para el Almirante, y alteró todos sus proyectos. Si volviese Pinzon á España antes que él, trataria indudablemente de escusar su conducta con injuriosos informes, perjudiciales á las espediciones futuras. Podia quizá esforzarse en preocupar al público, y arrebatarle al Almirante la gloria del descubrimiento. Si la Pinta se

perdiese, la situacion de Colon seria aun mas crítica. Solo un buque sobreviviria á la espedicion, y éste malísimo velero. De la precaria vuelta de una quebrantada barca al través de tan inmensas espansiones del Océano, dependeria el éxito de su espedicion. Y si esta barca tambien pereciese, con ella finarian todos los recuerdos de su grande descubrimiento: la obscuridad de su destino desaniniaria las futuras empresas, y el Nuevo-Mundo permaneceria desconocido como lo estaba antes. No osaba Colon arriesgarse á tanto prolongando su viaje, para esplorar aquellas magníficas regiones, que parecian convidarle por todas partes con su hermosura; y así, determinó no perder tiempo en volverse via recta á España.

Mientras se edificaba el fuerte, continuó recibiendo el Almirante pruebas diarias del afecto y amistad de Guaca-

nagarí. Siempre que la superintendencia de las obras le llamaba á tierra, le recibia aquel caudillo con la mayor y mas atenta hospitalidad. Preparó para él la casa mayor del pueblo, cubriendo el suelo con hojas de palma, y amueblándola con escaños de una madera negra y luciente parecida al azabache. Cuando recibia al Almirante, era siempre en estilo de régia generosidad, poniéndole al cuello alguna joya de oro, ó haciéndole algun regalo de valor.

Una vez bajó á recibirlo hasta la orilla del mar, seguido de cinco caciques tributarios, cada uno con una diadema de oro: le condujeron con mucha deferencia á la casa ya dicha, adonde sentándolo en una de las sillas, se quitó Guacanagarí su propia corona de oro, poniéndosela en la cabeza: Colon se quitó un bello collar de cuentas que llevaba, y se lo puso al cacique en el cuello;

le vistió tambien un manto de fina tela, le dió un par de botas de color, y le ciñó al dedo una grande sortija de plata, cuyo metal los indios apreciaban mucho por no tenerlo en su isla. Tales eran los actos de benevolencia y amistad con que se trataban de contínuo Colon y este cacique de corazon generoso y abierta mano.

Tambien se esmeró en procurarle al Almirante una grande cantidad de oro para antes de su partida. Estas remesas, y los vagos informes que por signos é imperfectas interpretaciones llegaban á Colon, escitaron en su ánimo magníficas ideas de la riqueza que existiria en el interior de la isla. Los nombres de montañas, provincias y caciques se confundian y mezclaban en su imaginacion, y suponia que fuesen lugares donde se hallaban grandes tesoros: especial y contínuamente ocurria el nombre de

Cibao, dorada region de las montañas, adonde se procuraban los indios minerales para sus adornos. En el pimiento, de que abundaba la isla, creia Colon hallar trazas de las especias orientales, y se figuró haber encontrado muestras de ruibarbo.

Pasando con su acostumbrada grandeza de alma de la ansiedad y la duda á las mas lisonjeras anticipaciones, consideraba su naufragio como uno de aquellos afortunados sucesos, misteriosamente dispuestos por el cielo, para proporcionar el buen éxito de su empresa. Sin este aparente desastre no se hubiera detenido en la isla, ni averiguado su secreta opulencia; porque no era su intencion otra, que la de tocar á varios puntos de la costa, y seguir adelante. Como prueba de que obró en este caso la mano de la Providencia divina, cita la circunstancia de haber naufragado en per-

fecta calma, sin mar y sin viento; y la desercion del piloto y marineros que fueron á llevar el ancla por la popa; pues que si hubiesen obedecido sus órdenes, se habria arrastrado el buque fuera de la arena, y hubieran seguido su viaje, quedando secretos para ellos los tesoros de la isla. Contemplaba ya los gloriosos frutos que le produciria en adelante aquel mal pasagero; porque esperaba, dice, encontrar á su vuelta de España una tonelada de oro, ganada en legítimo comercio por los españoles que atras dejaba, quienes habrian descubierto, ademas, especias y minas en tanta abundancia, que los soberanos podrian en menos de tres años emprender una cruzada para el rescate del santo Sepulcro. Porque así se lo protesté á vuestras Altezas, añade, que toda la ganancia que de esta mi empresa resultaria, se gastase en la conquista de Jerusalen, y

vuestras Altezas se rieron, y dijeron que aun sin esto estaban bien dispuestos á ello (1).

Tal era el visionario pero generoso entusiasmo de Colon, cuando rayaban en su mente visos de abundantes riquezas. Lo que en algunos ánimos hubiera despertado la sórdida codicia de atesorar oro, llenaba súbito su fantasía de proyectos de magníficos dispendios. ¡Pero cuán vanos son los humanos esfuerzos que tienen por objeto interpretar los designios inescrutables de la Providencia! El naufragio que consideraba Colon un acto del favor divino, una revelacion de los secretos de aquellos paises, solo sirvió para encadenarlo y limitar sus descubrimientos. Eslabonó su fortuna por el resto de sus dias á esta isla, des-

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi, p. 117.

tinada á serle fuente de cuidados y turbaciones, á envolverle en mil perplejidades, y á llenar sus últimos años de humillaciones y amarguras.

CAPITULO XI.

REGULACION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD. — SALIDA DE COLON PARA ESPAÑA.

Tanta fue la actividad de los españoles en la construccion de su fuerte, y tan ámplia la asistencia de los habitantes de la isla, que en diez dias ya estaba pronto para el servicio. Hicieron una grande bóveda, erigiendo encima una torre de madera, y rodeando el todo de un ancho foso. Lo proveyeron de cuantas municiones se habian sacado del naufragio ó podia ceder la otra carabela; y montados ya los cañones, tenia un formidable

aspecto, suficiente para intimidar y repulsar los desnudos habitantes. Era Colon de dictámen, que bastaria poca fuerza para subyugar toda la isla. Consideraba una fortaleza y las restricciones de la guarnicion, mas necesarias para mantener el órden entre los españoles mismos, é impedir sus escursiones y los escesos que pudieran cometer entre los indios.

Acabada la fortaleza, le dió, asi como al puerto y poblacion adyacentes, el nombre de la Navidad, en memoria de haber escapado del naufragio en dia de pascua. Habia muchos que querian voluntariamente permanecer en la isla, de entre los cuales escogió los treinta y nueve mas idóneos y de mas ejemplar conducta. Le dió el mando á Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, con el pleno poder de que él mismo habia sido investido por los soberanos católicos. En caso

de su muerte, debia sucederle Pedro Gutierrez, y á éste Rodrigo de Escovedo. Se les dejó el bote que habia quedado del naufragio para pescar, muchas semillas que sembrasen, y una grande cantidad de artículos de tráfico indiano, para que se procuraran todo el oro que les fuese posible, antes de la vuelta del Almirante (1). Quedaron entre los individuos de la guarnicion un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre, y un armero, todos hábiles en sus respectivas profesiones.

Al acercarse el tiempo de su partida juntó Colon la gente que debia permanecer en la isla, y les dirigió un discurso concebido en vehemente y enfático lenguage. Les encargó en nombre de los soberanos, una estricta obediencia al

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi. — Hist. del Almirante, c. 33.

oficial á quien él habia confiado el mando. Les recomendó que tuviesen el mayor respeto y deferencia al cacique Guacanagarí y á sus ministros, y que jamas olvidasen cuánto debian á su benevolencia, y cuán importante era la continuacion de ella para su propia prosperidad. Que fuesen circunspectos en su comercio con los indios, tratándolos siempre con suavidad y justicia, y evitando todo acto violento y toda disputa; pero principalmente, que fuesen discretos en su conducta con las mugeres indias, frecuente manantial de disturbios y desastres en el comercio con las naciones salvages. Les advirtió ademas, que por ningun pretesto se dispersáran, sino que siempre estuviesen juntos, puesto que de su union dependian su seguridad y fuerza; prohibiéndoles tambien el que pasáran mas allá de los territorios de Guacanagarí. Recomendó á Arana y á

los otros gefes, que no perdonasen esfuerzo para adquirir un conocimiento exacto de los productos y minas de la isla, para procurar oro y especias, y para esplorar la costa en busca de una situacion mejor en que establecer una colonia, siendo aquel puerto peligroso, por las rocas y bancos que sitiaban su entrada.

El 2 de enero de 1493 desembarcó Colon para despedirse del generoso cacique y sus capitanes, pensando darse á la vela al dia siguiente. Les dió una fiesta de despedida en la casa que le habian destinado, y recomendó á la bondad de los indios los hombres que quedaban, particularmente á Diego de Arana, Pedro Gutierrez, y Rodrigo de Escovar, sus lugar-tenientes, asegurándole al cacique, que cuando volviera de Castilla, traeria abundancia de joyas mas preciosas que nunca él ni sus gentes habian

visto. El digno Guacanagarí mostró mucho sentimiento por su partida, y le aseguró que los españoles que quedaban, no carecerian jamas de provisiones, ni de cualquier otro servicio que estuviese en su poder hacerles.

Para grabar mas y mas en la imaginacion de los indios la idea de la proeza belígera de sus gentes, mandó que estas ejecutasen escaramuzas y simulacros de guerra. Usaron en ellas las espadas y escudos, lanzas y arcos, cañones y arcabuces. Quedaron los indios sorprendidos al ver el corte de las espadas, y la mortífera potencia de las flechas y arcabuces; pero cuando descargó la fortaleza sus pesadas bombardas, envolviéndola en orlas de humo, estremeciendo las selvas vecinas con su trueno, y desgajando los árboles con las balas de piedra que se usaban entonces, la reverencia mas profunda se mezcló con

su admiracion. Pensando que todo aquel tremendo poder se emplearia en protegerlos, se regocijaban y temblaban al mismo tiempo; pues no habria caribe que osase invadir la tranquilidad de su isla, y llevárselos cautivos (1).

Cuando se hubieron concluido las festividades del dia, abrazó Colon al cacique y sus principales capitanes por última despedida. Guacanagarí se conmovió mucho y derramó lágrimas; porque al paso que le llenaban de reverencia la dignidad del Almirante, y la idea de su naturaleza sobre humana, le cautivaron completamente su benignidad y mansedumbre. La despedida les fue en efecto dolorosa á ambas partes. La llegada de los buques fue un suceso de admiracion y estímulo para los isleños,

(1) Primer viaje de Colon, Navarrete, lxxi, p. 121.

que solo habian hasta entonces conocido las buenas cualidades de sus huéspedes, y enriquecídose con sus dones celestiales; mientras lisonjeaba á los rudos marineros europeos la deferencia con que los trataban, hechizándolos la bondad é ilimitada indulgencia de los indios.

La despedida mas triste fue entre los españoles que partian, y los que se quedaban en tierra; porque en los peligros y aventuras se engendra una simpatía, que enlaza fuertemente los corazones de los hombres. La reducida guarnicion, empero, manifestó buen ánimo é indomable resolucion. Esperaban ya con brillantes anticipaciones el dia en que el Almirante volviera de España con refuerzos considerables, y le prometieron darle buena cuenta de todo lo que quedaba á su cuidado. La carabela se detuvo un dia mas, por la ausencia de algunos de los indios que debian ir á

España. Al fin, se disparó el cañon de leva; dieron el último saludo al puñado de camaradas que dejaban asi en los desiertos de un mundo desconocido, los cuales repitieron la despedida mirándolos atentamente desde la playa con fijos ansiosos ojos. Estaba decretado que jamas les darian la bien venida por su vuelta.

LIBRO V.

CAPITULO I.

COSTEO HÁCIA EL ESTREMO ORIENTAL DE LA ESPAÑOLA. — ENCUENTRO CON PINZON. — ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DEL GOLFO DE SAMANÁ.

[1493.]

El 4 de enero se dió Colon á la vela en la Navidad, para volver á España. Estaba el viento ligero, y fue preciso sacar la carabela del puerto á remolque, para librarla de los escollos de que estaba rodeada. Siguieron luego el rumbo del oriente hácia un alto promontorio cubierto de árboles y yerbas, que en la

forma de una tienda de campaña aparecia desde lejos como una escelsa isla, unido á la Española solo por una baja garganta de tierra. Dió Colon á este promontorio el nombre de Monte-Christi, por el que se conoce todavía. El pais de las inmediaciones era llano, pero se elevaba hácia el interior una sierra de montañas, bien abastecida de maderas, con anchos y fructíferos valles, regados de abundantes aguas. Estando el viento contrario, se detuvieron cuarenta y ocho horas en una bahía al occidente del promontorio. El 6 hicieron de nuevo vela con viento de tierra, y doblando el cabo navegaron diez leguas mas, cuando se les cambió otra vez el viento. A esta sazon, un marinero que estaba de guardia para avisar si habia rocas, gritó que divisaba la Pinta. Todos se alegraron de la noticia, siendo gozoso suceso el de encontrar de nuevo á sus compañeros por

aquellas solitarias mares. La Pinta vino directamente hácia ellos con viento en popa; y viendo el Almirante que era en vano luchar con el tiempo adverso, y que no habia anclaje seguro en las inmediaciones, volvió á la bahía de Monte-Christi, seguido por la otra carabela. En la primera entrevista se esforzó Martin Alonso Pinzon en justificar su conducta para con el Almirante, pretendiendo que fue su desercion involuntaria, y ofreciéndole varias escusas frívolas. Colon refrenó su indignacion, y las admitió tácitamente. Tenia Pinzon mucho partido en la escuadra; los mas de los marineros eran sus conciudadanos; muchos de ellos sus parientes, y uno de los gefes su hermano; mientras Colon era estraño, y lo que es peor, estrangero. Pinzon, poco generoso, habia abusado de estas circunstancias muchas veces durante el viaje, arrogándose una no de-

bida importancia, y tratando al Almirante con desatencion. Poco deseoso de provocar altercados que pudiesen comprometer el viaje, escuchó Colon pasiva pero incrédulamente las escusas de Pinzon, convencido de que se le habia separado con plena voluntad de hacerlo, y por motivos de egoismo é interés. Varias particularidades, algunas contenidas en su propia apología, y otras en las narrativas de sus compañeros, confirmaron esta opinion. Le habia evidentemente estimulado un impulso repentino de avaricia. Al separarse de la otra carabela, tomó al oriente en busca de una isla de imaginaria opulencia, descrita por los indios de su buque. Despues de perder mucho tiempo entre una piña de isletas que se supone serian los Caicos, le guiaron al fin los indios á la Española, en donde habia pasado tres semanas, comerciando en varias partes con los na-

turales; especialmente en un rio á quince leguas este del puerto de la Navidad. Habia juntado gran cantidad de oro, la mitad del cual retuvo como capitan, dividiendo la otra entre los marineros, para asegurar su fidelidad y secreto. Despues de hacerse con un botin considerable, dejó el rio, llevándose cuatro indios y dos muchachas que tomó á la fuerza, para venderlos todos en España. Pretendia ignorar que estuviese Colon cerca de él en la misma isla, y aseguraba que iba en su busca cuando lo encontró en el Monte-Christi (1).

Habiéndosele juntado la otra carabela, hubiera querido el Almirante esplorar las costas de aquella imaginaria isla de Cipango: en cuyo caso no dudaba que podria cargar sus bajeles de tesoros; pero no tenia ya confianza en

(1) Hist. del Almirante, c. 34.

los Pinzones, estaba sujeto á sufrir su frecuente arrogancia y contradiccion, y no seguro de que Martin Alonso no volviese á desertarse. Determinó en consecuencia seguir su rumbo á España, y esplorar en otra espedicion aquellas doradas regiones.

Mandó por lo tanto los botes á un rio que desembocaba en la bahía, para que se proveyesen de agua y leña para el camino. Este rio, llamado por los nativos el Yaque, desciende de las montañas del interior, y recibe, antes de llegar al Océano, el tributo de varias corrientes menores. Colon observó entre las arenas del desembocadero muchas partículas de oro (1), y encontró otras adheridas á los aros de los barriles de

(1) Las-Casas conjetura que podian haber sido estas partículas de marquesita, que abunda en aquel rio y en las otras

agua; por eso le llamó rio de oro, hoy de Santiago. En las cercanías se hallaban tortugas de gran tamaño. Tambien dice Colon en su diario, que vió tres sirenas, elevándose sobre la superficie del agua, y que ya habia visto otras en la costa de Africa; y añade, que no eran de modo alguno tan bellas como se habia supuesto, aunque poseian algunas facciones del semblante humano. Es de creer, que fuesen estas focas ó becerros marinos, vistos confusamente y desde lejos; y que la imaginacion de Colon, dispuesta á dar maravilloso carácter á cuanto existia en el Nuevo-Mundo, identificase aquellos informes animales con las sirenas de la fábula antigua.

En la tarde del 9 de enero se dieron otra vez á la vela, y al dia siguiente lle-

---

corrientes de las montañas de Cibao. — Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 76.

garon al rio donde Pinzon habia estado comerciando, y al que dió el nombre de rio de Gracia; pero tomó la apelacion de su descubridor original, y siguió llamándose por mucho tiempo rio de Martin Alonso. Allí recibió pruebas adicionales de la duplicidad de Pinzon; averiguando que habia estado diez y seis dias en el rio, aunque obligó á su tripulacion á declarar que solo fueron seis; y que habia recibido noticias del naufragio del puerto de la Navidad, posponiendo darse á la vela para socorrer al Almirante, hasta haber satisfecho con la coleccion del oro sus propios intereses (1). Colon tambien se abstuvo de hablarle de esta manifiesta violacion de sus deberes; pero obligó á Pinzon á que restituyese á sus casas los cuatro hombres y las dos niñas que habia arranca-

(1) Hist. del Almirante, c. 34.

do de ellas, vistiéndolos muy bien, y haciéndoles muchos regalos, para compensar la injuria que habian recibido, é impedir que los naturales se preocupasen contra los españoles. Esta restitucion se hizo con mucha repugnancia y acaloradas palabras de la parte de Pinzon.

Estando el viento favorable, pues en aquellas regiones los fijos alternan con frecuencia en el otoño é invierno, con brisas del nor-oeste, siguieron costeando la isla hasta llegar al alto y bello promontorio llamado entonces cabo del Enamorado, y ahora del Cabron. Surgieron algo mas allá en una dilata bahía, ó mas bien golfo, de tres leguas de ancho, y que se estiende tanto tierra adentro, que supuso Colon á primera vista fuese un brazo de mar, que separaba la Española de otras tierras. Al desembarcar, vieron que se diferenciaban los naturales de los apacibles indios que habian hasta enton-

ces visto en la isla. Eran estos feroces de aspecto, y de porte turbulento y belicoso. Iban pintados espantosamente, y llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, y decorados con plumas de loros y otros pájaros de colores subidos. Tenian arcos y flechas, clavas, y espadas de formidable especie. Eran los arcos tan largos como los que solian usar los sagitarios ingleses; las flechas de delgados juncos, con puntas de madera endurecida, espina ó hueso. Las espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro; no afiladas sino anchas, y casi de dos pulgadas de espesor, y capaces de abrir de un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos (1). Aunque asi preparados para el combate, no iu-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 77, MS.

tentaron molestar á los españoles; al contrario, les vendieron dos arcos y muchas flechas, y condescendió uno de ellos en pasar á bordo de la carabela del Almirante.

Cuando vió Colon la feroz mirada y audaz y altivo continente de este guerrero salvage, creyó que fuesen él y sus compañeros de la nacion de los caribes, tan temidos por aquellas mares; y que el golfo en que habia surgido, era un estrecho, separando su isla de la Española. Pero al preguntarle al indio, señalaba todavia hácia el oriente, como el punto en que se hallaban las islas caribes. Tambien habló el indio de una isla llamada por él Mantinino, y segun entendió Colon, poblada solo de mugeres, que recibian á los caribes entre ellas una vez al año, con el objeto de continuar la raza en la isla. La progenie masculina que de esta visita resultaba, la

mandaban á sus padres, conservando ellas las hembras.

Estas amazonas se nombran repetidamente en los viajes de Colon, y forman otra de sus ilusiones, que solo puede esplicar la obra de Marco Polo. Describió aquel viajero dos islas semejantes de la costa del Asia, una habitada solo por mugeres, y otra por hombres (1). Colon, suponiéndose en aquellas cercanías, interpretó los signos de los indios, de modo que coincidiesen con la descripcion del veneciano.

Habiendo refrescado el guerrero á bordo de la carabela, y recibido varios regalos, volvió otra vez á sus playas de órden del Almirante, que confiaba abrir por su mediacion comercio de oro entre sus compañeros. Al acercarse á tierra el bote, mas de cincuenta salvages,

(1) Marco Polo, l. iii, c. 37.

armados de arcos y flechas, clavas y lanzas, se vieron moviéndose por entre los árboles. A la primer palabra del indio que iba á bordo, arrojaron las armas, y se adelantaron á recibir á los españoles. Estos, segun las órdenes del Almirante, quisieron comprar algunas armas, para llevarlas como curiosidades á España. Les vendieron los indios dos arcos; pero concibiendo repentinamente alguna desconfianza, ó creyendo subyugar fácilmente aquel puñado de estrangeros, se precipitaron al sitio adonde habian dejado sus armas, las empuñaron arrebatadamente, y volvieron blandiéndolas con gritería y miradas amenazadoras hácia los españoles, trayendo cuerdas para atarlos. Estos los atacaron inmediatamente, hirieron á dos, y dispersaron á los otros, aterrados de ver el centellante lustre y agudo corte de las armas toledanas. Los españoles los hubie-

ran perseguido, y muerto á muchos; pero los detuvo el piloto que mandaba el bote. Esta fue la primer contienda que tuvieron con los indios, y la vez primera que se derramó la sangre nativa por los blancos en el Nuevo-Mundo. Colon sintió ver que habian sido vanos todos sus esfuerzos por mantener un comercio amigable con ellos; pero se consolaba con la idea de que si eran caribes, ó indios fronterizos de marcial carácter, les habria inspirado aquella escaramuza miedo á la fuerza y armas de los blancos, y no se atreverian á molestar la pequeña guarnicion del fuerte de la Navidad. Eran empero aquellos indios de la tribu de los ciguayanos, osada y endurecida raza de un distrito montañoso, que se estendia veinte y cinco leguas á lo largo de la costa, y muchas por el interior. Diferian en idioma, modales y apariencia de los otros

naturales de la isla; y tenian mas del rudo, pero independiente y vigoroso carácter de los montañeses.

Su franco y audaz espíritu se mostró al dia siguiente de la escaramuza, cuando habiendo aparecido multitud de ellos por la costa, envió el Almirante una partida bien armada en su bote. Los indios se acercaron sin vacilar, tan confiados é impávidos como si nada hubiese sucedido; ni tampoco mostraron en todo el discurso de su comercio posterior signos algunos de enemistad ó de miedo. El cacique que mandaba aquellos paises, se hallaba en la ribera; mandó al bote una sarta de piedrezuelas chicas, ó mas bien de pedazos de concha, que creyeron los españoles signo de amistad y confianza; pero aun ignoraban el verdadero sentido de aquel símbolo, que era el tahalí de la paz, sagrado entre los indios. El caudillo vino po-

co despues, y entrando en el bote con tres de los suyos, pasó á bordo de la carabela.

Esta franca y confiada conducta, indicativa de un natural osado y generoso, tuvo propio aprecio de parte de Colon. Recibió al cacique con mucha cordialidad, le presentó una refaccion tan buena como podia permitirlo la carabela, particularmente de galleta y miel, esquisitos manjares para los indios, y despues de enseñarle las maravillas del buque, y hacerle regalos á él y á los de su comitiva, les envió á tierra contentísimos de su recibimiento. La residencia del cacique estaba tan lejos, que no pudo repetir su visita; pero en prueba de alta consideracion, le envió al Almirante su diadema de oro. Al hablar de estos incidentes, no mencionan los historiadores el nombre del cacique; pero era sin duda el mismo que, algunos años despues, aparece en la historia de la isla bajo el

nombre de Mayonabex, gefe de los ciguayanos, conduciéndose con valor, franqueza y magnanimidad en las mas difíciles circunstancias.

Permaneció Colon un dia ó dos en la bahía en el mas amistoso pie con los naturales, que le traian algodon, frutos y legumbres; pero como guerreros, ni aun para esto desamparaban sus arcos y flechas. De cuatro indios jóvenes que subieron á bordo de la carabela, recibió Colon tan interesantes noticias de las islas del oriente, que determinó verlas á su vuelta para España, y aun persuadió á aquellos jóvenes á que le acompañasen como guias. Aprovechándose de un viento favorable, se dió á la vela el 16 de enero antes de amanecer de la bahía, á la cual, en consecuencia de la escaramuza con los isleños, puso el nombre de golfo de las Flechas, conocido hoy por el de Samaná.

Tomó Colon primero el rumbo del nord-este, en que hallaria, segun la aseveracion de los indios, la isla de los caribes, y la de Mantinino, morada de las amazonas, deseando tomar consigo habitantes de todas, que presentar á los reyes. Despues de haber navegado como diez y seis leguas, cambiaron de opinion los guias indios, y señalaron al su-este. Esta direccion le hubiera llevado á Puerto-Rico, que en efecto se conocia entre los indios como la isla de los caribes. El Almirante viró sin detenerse hácia aquel punto; pero aun no habia navegado dos leguas, cuando se levantó una favorable brisa para España. Veia que empezaba el descontento á obscurecer los semblantes de los marineros, cuando se separaban en lo mas mínimo de la ruta de sus casas. Reflexionando sobre la poca influencia que tenia en los sentimientos y afectos de aquellos hom-

bres, sobre la insubordinacion que otras veces habian manifestado en el viaje, sobre la poca fe y lealtad de Pinzon, y el mal estado de los buques, cambió repentinamente de idea. Mientras su vuelta no se verificase, quedaba el descubrimiento á la merced de mil contingencias, y cualquier accidente adverso podia sepultarlo con su frágil barca, y todos los recuerdos del viaje, para siempre en el Océano. Reprimiendo, pues, la fuerte inclinacion que le incitaba á hacer mayores descubrimientos, y queriendo asegurar de accidentes los que ya habia hecho, con alegria de sus tripulaciones viró de nuevo para España (1).

---

(1) Diario de Colon, Navarrete, t. i. — Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 77. — Hist. del Almirante, c. 34 y 35.

CAPITULO II.

VIAJE DE VUELTA. — VIOLENTAS TEMPESTADES. — LLEGADA Á LAS ISLAS AZORES.

[1493.]

Los vientos fijos, que tan propicios le habian sido á Colon en el anterior viaje, llevándolo en popa al Nuevo-Mundo, le fueron igualmente adversos á la vuelta. Pronto se disipó la favorable brisa; y lo restante de enero lo pasaron con vientos lijeros del oriente, que les impedian hacer grandes progresos. Los detuvo tambien con frecuencia el mal estado de la Pinta, cuyo palo de trinquete estaba inutilizado, y no podia hacer mucha vela. Hubiera Pinzon podido remediar en el puerto esta avería, si no se hubiese entregado esclusivamente á la recoleccion

del oro. El tiempo continuaba suave y agradable, y la mar en tanta calma, que los indios que iban á bordo se echaban de contínuo á nadar al rededor de los buques. Vieron muchos atunes, de los que pudieron matar uno, y tambien un formidable tiburon: estos les dieron provisiones, de que empezaban á carecer; porque no tenian mas que pan, vino y pimientos, ó agíes que los indios les habian enseñado á usar como alimento importante.

A los principios de febrero, habiendo recorrido unos treinta y ocho grados de latitud norte, y vencido el trecho de Océano en que reinan los vientos fijos, empezaron á tener mas favorables brisas, y pudieron tomar el rumbo directo de España. En consecuencia de los frecuentes cambios de direccion que habian tenido, llegaron á verse los pilotos muy perplejos en sus cálculos, cuyos re-

sultados diferenciaban bastante entre sí, y todavía mas de la verdad. Colon, además de llevar los suyos muy cuidadosamente, observaba con vigilancia todos los fenómenos, de donde infiere el esperto navegante las longitudes y latitudes, mientras no ve mas el ojo inesperto que una espansion inmensa de Océano. En todos sus viajes estudiaba las sencillas indicaciones que dan la mar, el cielo y el aire, con la atencion de un gefe: el destino suyo y de sus buques dependió á menudo de estas observaciones en los desconocidos mares que habia atravesado; y su estraordinaria sagacidad en descifrar los signos de los elementos, la miraban los marineros casi como don sobrenatural. En el presente viaje hácia España observó dónde principiaban y concluian los grandes parches de yerbas flotantes; y al salir de entre ellos concluyó que estaria con corta diferencia al

mismo grado de longitud donde los encontró á la venida; esto es, unas doscientas sesenta leguas al occidente de Ferro. El diez de febrero, Vicente Yañez Pinzon y los pilotos Ruiz y Bartolomé Roldan, que iban á bordo del bajel del Almirante, examinaron sus mapas; y compararon sus cálculos para determinar la situacion en que se hallaban; pero no pudieron convenirse. Ambos pensaban estar lo menos ciento cincuenta leguas mas cerca de España de lo que Colon creia, y en la latitud de Madeira; mientras él se consideraba en la direccion de las Azores. Les dejó, empero, en su error, y aun aumentó su perplejidad, para que solo retuviesen una idea confusa del viaje, poseyendo él solo claro conocimiento de la via que llevaba á las regiones recien descubiertas (1).

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 70.

El 12 de febrero, cuando ya se lisonjeaban de ver pronto la tierra, se enfurecieron violentamente los vientos, agitándose la mar por estremo; pero conservaron su rumbo hácia el oriente, aunque con la mucha fatiga y peligro que la turbulencia de los elementos les causaba. Al otro dia crecieron al ponerse el sol, la mar y el viento; se vieron tres relámpagos al nord-nord-este, los cuales consideró Colon como señales de próxima tempestad, ó bien de aquel mismo punto ó del opuesto. No tardó en precipitarse sobre ellos con espantosa violencia: sus quebrantadas, frágiles y pequeñas barcas, que hasta de cubierta carecian, eran poco á propósito para resistir las voraces tormentas del Atlántico; pasaron la noche á palo seco, arrebatados de una en otra parte por la furia de los vientos. Al rayar el dia 14 hubo una corta pausa, en que pudieron hacer vela;

pero empezaron de nuevo las rachas del sur, con doble vehemencia, rugiendo todo el dia y aumentando su furor por la noche; y en tanto sufrian los buques terrible labor y trabajo por las procelosas aguas, y los amenazaban las rotas montañosas olas con inmediata sumersion y muerte. Por tres horas se mantuvieron sin mas vela que la necesaria para escapar de las sañudas ondas; pero aumentaba la tempestad, y tuvieron que abandonar sus esfuerzos, y entregarse al fin á la merced de mar y viento. Lo mismo hizo la Pinta, y pronto desapareció en las tinieblas de la noche. El Almirante se mantuvo cuanto le fue posible al nord-este, para aproximarse á la costa de España, y puso señales con luces, para que la Pinta hiciese lo mismo, y no se separáran. Pero esta, por la debilidad de su palo de trinquete, no podia mantener el viento, y tuvo que correr con

él en popa hácia el norte. Por algun tiempo respondió á las señales del Almirante; pero se veian sus luces á mayor y mayor distancia, hasta desaparecer del todo.

Colon siguió impelido de viento y mar toda la noche, lleno de funestos presentimientos acerca del destino de su propio buque, y de temor por el de Pinzon. Al rayar el dia no presentaba la mar mas que un pavoroso desierto de disformes y rotas ondas, cuya furia aumentaban los vientos de contínuo; miró ansiosamente en derredor á ver si descubria la Pinta, pero no se hallaban ya vestigios de ella. Mandó entonces izar algunas velas para conservar su bajel delante de las olas, y evitar que alguna se le quebrase encima. Al salir el sol crecieron aun mas los vientos y el olaje; y pasó la indefensa barca todo aquel temeroso dia, arrebatada sin rumbo por la tempestad.

Viendo burlada y confundida toda la destreza humana, se esforzó Colon en propiciar los cielos con solemnes votos y actos de penitencia. Se pusieron por órden suya en un gorro tantas habas como personas habia á bordo, y el signo de la cruz abierto en una de ellas. Todos hicieron voto de ir en peregrinacion, si les tocaba la suerte, á la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras. El Almirante fue el primero que puso la mano, y á él le cupo la suerte. Desde aquel momento se consideró como peregrino, obligado á cumplir el voto. Se echó tambien suerte para una peregrinacion á nuestra Señora de Loreto, y le cayó á un marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió el Almirante pagarle los gastos del viaje. Otra suerte se echó, en fin, para una peregrinacion á Santa Clara de Moguer, donde habia de celebrarse misa

solemne, pasando en oracion toda la noche: esta tambien le tocó á Colon.

Y como la tempestad rugiese con no mitigada violencia, hicieron el Almirante y marineros voto solemne, de que si les era concedido llegar á tierra, adonde quiera que desembarcáran, irian en procesion, descalzos y desnudos, á dar gracias en alguna iglesia dedicada á la Santísima Virgen. Ademas de estos actos propiciatorios generales, cada uno hizo en particular su voto de peregrinacion ó vigilia, ú otro rito de penitencia y accion de gracias, al santo de su devocion. Tal ha sido siempre la costumbre de los marineros católicos en tiempo de tempestad y peligro, pero mas especialmente en la edad de que hablamos. Los cielos, empero, parecian sordos á sus piadosos votos; la tormenta bramaba cada vez mas tremenda y horrorosa, y todos se creian perdidos. La falta de lastre

aumentaba el riesgo del buque; porque el consumo del agua y provisiones le habia aligerado tanto, que iba sin gobierno á la merced de las ondas. Para remediar este mal, y darle mas estabilidad, mandó Colon que se llenasen de agua del mar todos los cascos vacíos, lo que hasta cierto punto mejoró su estado. En todo este largo y terrible conflicto de los elementos, era el ánimo de Colon presa de la mas profunda angustia. Temia que hubiese fenecido la Pinta. Si así era, la historia de sus descubrimientos, el secreto del Nuevo-Mundo dependia solo de su frágil barca, y cualquiera onda de aquel proceloso Océano bastaba para sumergirlo en perpétuo olvido. El tumulto de sus pensamientos puede inferirse de su carta á los soberanos. *Hubiera llevado mi mala fortuna con mas conformidad*, dice, *si solo mi persona hubiese estado*

en peligro: así porque soy deudor de la vida del sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte, que el menor paso era el último que se estaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afan, era considerar que así como nuestro Señor fue servido de iluminarme con la fe, y la certidumbre de esta empresa, en que ya habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos, y VV. AA. servidos de mi con gloria y aumento de su alto estado, quisiese su divina Magestad estorbarlo todo con mi muerte; y seria mas tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, sino es el miedo, ó el freno que les pusiesen mis pala-

bras para no volver atrás, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto, me doblaba el dolor la representacion de mis dos hijos, que habia dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de socorro en tierra estraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio, por el cual creyese que VV. AA. tuviesen memoria de ellos; y aunque por una parte me confortaba la fe que tenia de que nuestro Señor no permitiria que una cosa de tanta exaltacion de su Iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos habia yo perficionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales querria privarme de la gloria que conseguiria en este mundo (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 36.

En medio de estas tenebrosas aprensiones se le ocurrió á Colon un espediente, para que aun cuando su buque y él perecieran, pudiese sobrevivir su nombre y la gloria de sus hazañas, y asegurar á los soberanos las ventajas que ellas debian proporcionarles. Escribió en pergamino una sucinta relacion de sus viajes y descubrimientos, declarando haber tomado posesion de las tierras recien halladas, en nombre de sus magestades católicas. Le selló y sobrescribió al rey y á la reina, añadiendo una promesa de mil ducados á quien quiera que presentase aquel paquete sin abrirlo. Luego le envolvió en hule, poniéndolo todo dentro de una torta de cera, y ésta encerrada en un barril vacío, y bien calafateado, la arrojó á la mar, haciendo creer á sus gentes que ejecutaba con aquello un voto religioso. Y por si acaso esta memoria jamas llegase á tier-

ra, hizo una copia idéntica, que puso tambien guarnecida y encerrada sobre la popa del buque, de modo que si las ondas sepultaban la carabela, pudiese el barril flotar y sobrevivirle.

Estas precauciones mitigaron algo su ansiedad; y se desahogó mas todavía, cuando despues de grandes aguaceros apareció al ponerse el sol una banda de cielo despejado al occidente, dándole esperanzas de que el viento se mudaria hácia aquel punto. Se cumplieron sus deseos; sobrevino una brisa favorable, pero continuaba la mar tan alta y procelosa, que apenas pudo el buque hacer vela en toda la noche.

Al romper el dia 15 dió el grito de tierra Rui García, uno de los marineros. El gozo de la tripulacion al ver otra vez el Antiguo-Mundo, fue casi igual al que alegró sus corazones al descubrir el Nuevo. Estaba la tierra al es-nord-este, en

frente de la proa de la carabela, y acerca de ella manifestaron los pilotos la acostumbrada diversidad de opiniones. Pensaba uno que debia de ser la isla de Madeira; otro la roca de Cintra, cerca de Lisboa; pero los mas, engañados por su ardiente deseo, creian que estaban cerca de España. Colon, empero, juzgando por sus cálculos y observaciones particulares, concluyó que seria una de las Azores. Al acercarse se vió que era en efecto una isla: distaba solo cinco leguas, y se congratulaban los viajeros con la seguridad de tomar pronto puerto, cuando repentinamente viró el viento otra vez al es-nord-este, soplando de la tierra á donde iban, en tanto que una levantada y tumultuosa mar continuaba rugiendo por el occidente.

Dos dias estuvieron virándo á vista de la isla, y esforzándose en vano en llegar á ella, ó á otra que solian perci-

bir de cuando en cuando al traves de las neblinas y nubarrones de la tormenta. En la tarde del 17 se acercaron tanto á la primera, que lograron anclar en ella; pero no pudo resistir el cable, y tuvieron que hacerse á la mar de nuevo, á donde permanecieron combatidos por la tempestad hasta la mañana siguiente, que volvieron á surgir y guarecerse en una cala. Muchos dias habia Colon pasado en tal agitacion y ansiedad, que apenas tuvo descanso ni tomó alimento alguno. Aunque padeciendo agudamente de una afeccion de gota á que estaba sujeto, habia conservado su vigilante lugar en el castillo de popa, sujeto al frio, al azote de la tormenta, y al agua de las ondas. Hasta la noche del 17 no le reconciliaron algunos momentos de sueño, mas la debilidad de la naturaleza, que la tranquilidad del ánimo. Tales fueron las dificultades y pe-

ligros que tuvo que vencer á su vuelta á Europa: si una décima parte de ellos le hubieran disputado el viaje de ida, sus tímidas y facciosas tripulaciones se habrian opuesto en armas á la empresa, y nunca hubiera sido descubierto el Nuevo-Mundo.

CAPITULO III.

TRANSACCIONES EN LA ISLA DE SANTA MARIA.

[1493.]

Al enviar el bote á tierra, supo Colon que la isla á donde habia llegado, era Santa Maria, la mas al sur de las Azores, y posesion de la corona de Portugal. Cuando vieron los habitantes al ancla aquel ligero buque, se admiraron en estremo de que hubiese podido sobrevivir á la tempestad que habia du-

rado quince dias con nunca vista furia; pero al saber que aquella misma barca tan combatida de tormentas traia nuevas de un estraño pais mas allá del Océano, se llenaron de sorpresa y de curiosidad. A las preguntas de los marineros del bote acerca de un sitio en que pudiese anclar la carabela, respondieron señalando un puerto cercano; pero cuando iba á partir el bote, pudieron persuadir á tres marineros á que se quedasen en tierra, para contarles particularidades de aquel viaje peregrino.

Por la tarde saludaron tres hombres la carabela desde la isla, y habiéndoles enviado el bote, trajeron á bordo gallinas, pan y otros refrescos de parte de Juan de Castañeda, gobernador de la isla, que decia conocer á Colon, y le enviaba sus felicitaciones y bien venida. Se escusaba de no venir en persona, por ser ya muy tarde y vivir demasiado le-

jos; pero prometia visitarlo á la mañana siguiente, trayendo consigo mas provisiones, y los tres marineros que conservaba todavía, para satisfacer su estremada curiosidad respecto al viaje. Como no habia casas por aquella playa, se quedaron los mensajeros á bordo toda la noche.

A la otra mañana recordó Colon á su tripulacion el voto que habia hecho en su reciente peligro de ir en procesion en el primer lugar á donde desembarcasen. En la cercana playa, no lejos de la mar, habia una pequeña ermita ó capilla dedicada á la Virgen, muy propia para este objeto piadoso, que se dispuso Colon sin demora á llevar á cabo. Los tres mensageros les enviaron desde el pueblo un sacerdote que les dijese la misa, y desembarcando la mitad de la gente, fue descalza en procesion á la capilla, mientras esperaba su

vuelta el Almirante, para ejecutar la misma ceremonia con el resto de la tripulacion.

Un recibimiento aguardaba, empero, á los fatigados nautas en las moradas de los hombres civilizados, bien diferente de la simpatía y hospitalidad con que los trataron los salvajes del Nuevo-Mundo. Apenas habian empezado sus rezos y acciones de gracias, cuando el populacho de la villa, á pie y á caballo, y con el gobernador á la cabeza, rodeó la ermita, y los hizo á todos prisioneros.

Y como se levantase una punta de tierra entre la carabela y la ermita, no pudo ver Colon aquel procedimiento. Cuando dieron las once, y aun no habian vuelto los peregrinos, empezó á temer que los hubiesen detenido los portugueses, ó que hubiese fracasado el bote entre las rocas y resaca que orillaban la isla. Zarpó, pues, y se dirigió hácia don-

de pudiese ver la capilla y costa adyacente, y divisó muchos ginetes armados, que apeándose tomaron el bote, y empezaron á bogar hácia la carabela. Todas las antiguas sospechas del Almirante, relativas á la enemistad de los portugueses contra él y contra sus empresas, revivieron en aquel punto: mandó á sus marineros que se armasen y conservasen ocultos, pero prontos á defender el bajel ó sorprender el bote. Este se acercaba en tanto del modo mas pacífico; el gobernador de la isla venia á bordo, y al llegar á donde pudiese ser oido, pidió palabra de seguridad personal, en caso de entrar en la carabela. La concedió desde luego el Almirante; pero los portugueses, desconfiados, y llenos ellos por su parte de siniestros designios, se conservaron á una cautelosa distancia. Ya no pudo Colon por mas tiempo reprimir su indignacion, y acusó al go-

bernador de perfidia, reprendiéndole la injuria que hacia no solo á los monarcas de España, sino á su propio soberano, con tan deshonroso ultraje. Le hizo saber su rango y dignidad: le manifestó sus patentes autorizadas con el sello real de Castilla, y le amenazó con la venganza de su gobierno. La réplica de Castañeda fue, mas que otra cosa, desahogo de una arrogante vena de desprecios hácia las cartas de los monarcas, y de insultos á Colon, y acabó diciendo que en todo habia obrado con arreglo á las órdenes del rey su señor.

Despues de un ocioso altercado se volvió el bote á la playa, dejando á Colon muy perplejo con aquella hostilidad inesperada, y temeroso de que en su ausencia se hubiese declarado guerra entre la España y el Portugal. Al dia siguiente se puso el tiempo tan tempestuoso, que fueron los españoles arrebatados del sur-

gidero, y tuvieron que darse á la mar hácia la isla de San Miguel. Por dos dias estuvo en grau riesgo la combatida barca, con la mitad de la tripulacion en tierra; siendo la mayor parte de los que quedaban á bordo, ó gentes no acostumbradas al mar, ó indios, igualmente inútiles en una navegacion dificil. Por fortuna, aunque venian las olas muy altas, no habia aquellas mares atravesadas que tanto los habian fatigado antes; de otro modo, yendo la carabela tan mal provista, no hubiera podido sobrevivir á la tormenta.

En la tarde del 22, habiéndose moderado el tiempo, volvió Colon al anclaje de Santa María. Poco despues de su llegada vino un bote con dos eclesiásticos y un escribano á bordo. Despues de un cauteloso parlamento, y de exigir palabra de seguridad personal, subieron á la carabela, y suplicaron de parte de

Castañeda, que se les permitiese ver los papeles de Colon, asegurándole que estaba el gobernador dispuesto á prestarle cuantos servicios pudiese, si en efecto navegaba como súbdito de los soberanos españoles. Colon vió que era aquella una mera maniobra de Castañeda para cubrir su retirada de la posicion hostil que habia tomado; pero refrenó su indignacion, y dando gracias por los amigables ofrecimientos del gobernador, y mostrando sus patentes, satisfizo sin dificultad á los sacerdotes y al escribano. A la mañana siguiente se pusieron en libertad el bote y los marineros. Estos habian recogido informes de los habitantes durante su detencion, que esplicaban la conducta de Castañeda.

El rey de Portugal, celoso de que la espedicion de Colon interviniese con sus propios descubrimientos, mandó á sus comandantes de las islas y puertos dis-

tantes se apoderasen de él, y le detuviesen, donde quiera que lo vieran (1). En cumplimiento de estas órdenes habia Castañeda pensado sorprenderlo en la capilla, y frustrándosele aquella intencion, quiso atraerlo á su poder por estratagema; pero le encontró ya prevenido, y no pudo lograr su intento. ¡Tal fue el recibimiento del Almirante á su vuelta al Antiguo-Mundo! Indicacion de las contrariedades y vejaciones con que se le recompensaria por toda su vida uno de los mayores beneficios que jamas hombre alguno confirió á sus semejantes.

---

(1) Hist. del Almirante, c. 39. —Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 72.

CAPITULO IV.

LLEGADA Á PORTUGAL. — VISITA Á LA CORTE.

[1493.]

Colon permaneció dos dias mas en la isla de Santa María para procurarse leña y lastre, operacion que le impedia ejecutar la fuerte resaca de las costas. Habiendo virado el viento al sur, y siendo tan peligroso para su anclaje, como favorable para el viaje de España, se dió á la vela el 24 de febrero, y tuvo buen tiempo hasta el 27, cuando á las ciento veinte y cinco leguas del cabo de San Vicente encontró de nuevo contrarios vientos, y una turbulenta y trabajosa mar. La fortaleza de Colon bastaba apenas contra tantos peligros y dilacio-

nes, que parecian aumentarse á medida que se acercaba al deseado puerto; no podia reprimir sus quejas al verse, por decirlo asi, repulsado de los umbrales de su misma casa. Comparaba las rudas tempestades que bramaban por las costas del Antiguo-Mundo, con las suaves brisas, las tranquilas aguas y odoríferos aires que suponia reinasen perpétuamente en las felices regiones que habia descubierto. Bien pueden, esclamaba, los sagrados teólogos y filósofos doctos decir, que está el paraiso terrenal en los últimos confines del oriente, porque él es el mas templado de todos los climas.

Despues de esperimentar muchos dias de tormentoso y adverso tiempo, á eso de la media noche del sábado 2 de marzo, hirió súbitamente una ráfaga el buque, rasgándole todas las velas; y como continuase luego soplando con irresistible violencia, se vió obligado á na-

vegar á palo seco, y amenazado con la muerte á cada instante. En aquella hora de oscuridad y tribulacion levantaron los marineros sus plegarias al cielo. Echaron suertes para ir en peregrinacion y descalzos á Santa María de la Cenia en Huelva, y como de ordinario, le tocó á Colon su cumplimiento. Era singular la recurrencia de esta circunstancia. Las-Casas la considera devotamente como una intimacion de la Deidad, haciéndole saber al Almirante que eran *por él* aquellas tormentas, para humillar su orgullo, é impedir que se arrogase la gloria de un descubrimiento, obra prodigiosa de Dios, y para el cual habia él servido solo de instrumento (1).

Se notaron muchos signos de la cercanía de tierra, que supusieron fuese la costa de Portugal; pero creció la tor-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 73.

menta á tal punto, que dudaron si alguno sobreviviria hasta llegar al puerto. Toda la tripulacion hizo voto, si se le concedia vida, de ayunar el sábado siguiente á pan y agua. La turbulencia de los elementos creció aun mas durante la noche. Estaba la mar quebrada, incierta y montañosa, ora arrebatando en alto la liviana carabela, ora precipitándola con violencia por interminables abismos. Descendia la lluvia en torrentes: relucian sin cesar los rayos, y resonaba el trueno por todos los ángulos del cielo.

En la primera guardia de aquella temerosa noche, dieron los marineros el siempre deseado grito de tierra, que aumentó entonces su alarma. No sabian adonde estaban, ni adonde acogerse. Temian que los arrastrase el mar á las costas, ó los estrellase contra las rocas; y asi la misma tierra por que tanto habian

suspirado, se les convirtió en objeto de terror. Recogiendo pues vela, se hicieron á la mar cuanto les fue posible, esperando ansiosamente la luz de la mañana.

Al romper el dia 4 de marzo se hallaron enfrente de la roca de Cintra, á la entrada del Tajo. Aunque desconfiadísimo de la benevolencia de Portugal, la continuacion de la tormenta no le dejó á Colon otra alternativa que buscar refugio en sus costas; y asi, ancló á las tres enfrente de Rastello, con alegría ardiente de la tripulacion, que dió á Dios fervorosas gracias por haberla librado de tantos peligros.

Los habitantes vinieron de varias partes de la playa á congratularlos por su conservacion milagrosa. Habian estado observando el bajel ansiosamente toda la mañana, y orando por su rescate. Los marineros mas ancianos del Tajo

aseguraron á Colon, que no habian jamas conocido invierno tan crudo: muchos buques estaban ya hacia meses en el puerto á causa de la inclemencia del tiempo, y eran numerosísimos los naufragios por toda la costa.

Inmediatamente despues de su llegada despachó Colon un correo al rey y reina de España, con las grandes nuevas de su descubrimiento. Tambien le escribió al rey de Portugal, que estaba entonces en Valparaiso, pidiéndole licencia para ir con su bajel á Lisboa: habia circulado el rumor de que venia la carabela llena de oro, y no se consideraba seguro en la boca del Tajo, y en la vecindad de un pueblo como Rastello, escasamente poblado de atrevidos y menesterosos habitantes. Para prevenir toda mala inteligencia respecto á la naturaleza de su viaje, le aseguró al rey que no habia estado en la costa de Guinea,

ni en ninguna otra colonia portuguesa; sino que venia de Cipango y de las estremidades de la India, que habia descubierto navegando al occidente.

Al otro dia, don Alonso de Acuña, capitan de un grande navío de guerra portugués, estacionado en Rastello, previno á Colon pasase á bordo de su buque para darle cuenta del suyo y de sí mismo. Contestó este que sus derechos y dignidad como Almirante de sus Magestades católicas, no le permitian dejar su buque, ni enviar á nadie en su lugar. Mas no tan pronto se enteró el comandante Acuña del rango de Colon y de la estraordinaria naturaleza del viaje, cuando se presentó á bordo de la carabela con pífanos, clarines y tambores, mostrando al Almirante las cortesías de un ánimo grande y generoso, y ofreciéndose plenamente á su servicio. Cuando llegaron á Lisboa las nuevas de aquella

maravillosa barca, que estaba al ancla en el Tajo, cargada de gentes y producciones de un mundo recien descubierto, causaron un efecto mas fácil de concebir que de espresar con palabras. Habia Lisboa por cerca de un siglo derivado toda su gloria de los descubrimientos marítimos; pero el que acababa de hacer aquella carabela, los eclipsaba todos. Apenas hubiera podido escitar el bajel curiosidad mayor, si hubiese traido á bordo los prodigios de otro planeta. Por muchos dias presentó el Tajo una alegre y viva pintura de barcas y botes de todas especies, agolpándose cada instante al rededor de la carabela. Incesantemente estaba el buque lleno de visitas, muchas de las cuales las hacian los mas distinguidos caballeros y algunos oficiales de la corona. Todos pendientes, absortos y atentos de las narrativas de Colon y sus marineros, de los sucesos

del viaje y del Nuevo-Mundo que habian descubierto; y miraban con insaciable curiosidad las muestras de desconocidas plantas y animales, y sobre todo los indios, tan diversos de los demas hombres. Algunos se llenaron de generoso entusiasmo á la idea de un descubrimiento tan sublime y benéfico para la humanidad; de otros se inflamaba la avaricia, al oir describir aquellas estensas é inapropiadas regiones, rebosando en oro, piedras y especias; otros en fin se impacientaban de la incredulidad del rey y de sus consejeros, que habia privado al Portugal para siempre de aquella rica adquisicion.

El 8 de Marzo un caballero nombrado don Martin de Noroña vino con carta del rey Juan, felicitando á Colon por su venida, y convidándole á pasar á la corte de Valparaiso, á unas nueve leguas de Lisboa. El rey, con su munifi-

cencia acostumbrada, espidió al mismo tiempo órdenes, para que cuanto necesitara el Almirante para sí, su tripulacion ó buque, se le suministrase pronta y abundantemente y por cuenta del erario.

Colon hubiera querido rehusar la invitacion soberana, desconfiando de la buena fe del rey; pero el tiempo tempestuoso lo habia puesto en su poder, y creyó prudente evitar toda apariencia de sospecha. Se puso, pues, en camino aquella misma tarde para Valparaiso, acompañado por su piloto. La primera noche durmió en Sacamben, donde se habian hecho preparativos para recibirlo honrosamente. El tiempo era lluvioso, y no llegó á Valparaiso hasta la siguiente noche. Al acercarse á la residencia real, salieron á recibirle los principales caballeros de la comitiva soberana, y lo llevaron con mucha ceremonia al palacio. La

recepcion que le hizo el monarca, fue digna de un príncipe ilustrado. Mandó que se sentase en su presencia; honor concedido solo á personas de sangre real ó eminentísimo rango; y despues de muchas congratulaciones por el glorioso resultado de su empresa, le aseguró que cuanto el Portugal contenia que pudiese serle útil á sus soberanos ó á él, quedaba enteramente á sus órdenes.

Se siguió á esto una larga conversacion, en que dió el Almirante cuenta de sus viajes, y de los paises que habia descubierto. Le escuchaba el rey con aparente placer, pero lleno en realidad de mortificacion y dolor, porque no le abandonaba el recuerdo de que aquella espléndida empresa se le habia ofrecido á él mismo, que habia estado en cierto modo pidiendo patrocinio en su corte, y que él mismo la habia rehusado. Una

observacion casual manifestó lo que pasaba en sus pensamientos. Indicó cierta duda de si perteneceria aquel descubrimiento á la corona de Portugal, segun las capitulaciones del tratado de 1479 con los soberanos de Castilla. Colon replicó que no tenia idea alguna de la naturaleza de tales capitulaciones: sus órdenes habian sido de no ir á la Mina, ni á la costa de Guinea, las cuales habia observado cuidadosamente. El rey le dijo con mucha benignidad, que estaba satisfecho de que él por su parte habia obrado correctamente, y persuadido de que aquellas materias se arreglarian fácilmente entre los dos poderes, sin necesidad de árbitros. Al despedir á Colon por la noche se le dió en cargo, como huésped, al prior de Erato, el principal personage de los que estaban presentes, y de quien recibió amigable y honrosa hospitalidad.

Al otro dia tuvo el rey nueva conferencia con el Almirante, haciéndole minuciosas preguntas acerca de la naturaleza del terreno, producciones y gentes de los recien descubiertos paises, y del rumbo que habia seguido en su viaje; á todo lo cual satisfizo Colon con plenitud, esforzándose en persuadir el ánimo real con clarísimas razones, de que no se habian descubierto hasta entonces aquellas tierras, ni estaban en propiedad de ningun príncipe cristiano. Pero todavia quedaba el rey poco satisfecho, temiendo que aquel vasto é indefinido descubrimiento interviniese de algun modo con los territorios que él acababa de adquirir. Creia que hubiese Colon hallado un camino mas corto para ir á los mismos paises, objeto de todas sus espediciones, y que se comprendian en la bula pontificia, concediendo á la corona de Portugal cuantas tierras pudie-

se descubrir desde Cabo Non á las Indias.

Al sugerir estas dudas á sus consejeros, se las confirmaron ellos con vehemencia. Algunos eran los mismos que habian antes escarnecido la empresa, y mofádose de Colon como de un visionario. Para estos era su buen éxito un manantial de confusiones; la importancia del descubrimiento un cargo, y la vuelta de Colon, cubierto de gloria, una humillacion profunda. Incapaces de concebir los altos y generosos pensamientos que le elevaban en aquel instante á mucha distancia de toda consideracion interesada, atribuian sus acciones á los mas ignobles y despreciables motivos. Traducian su natural exaltacion en triunfo insultante; y le acusaban de haber adoptado un tono altanero y vanaglorioso, cuando hablaba con el rey de sus descubrimientos, como si quisiera vengarse del monarca por haber desechado sus

proposiciones (1). Así oyeron con placer y estimularon con ardor las dudas que agitaban el real ánimo. Algunos que habian visto los indios de la carabela, decian que su color, cabello y modales correspondian á las descripciones de los

---

(1) Vasconcelles, vida de don Juan II, lib. 6. Los historiadores portugueses acusan en general á Colon de haberse conducido con ostentacion y hablado al rey jactanciosamente de sus descubrimientos en las conversaciones que con él tuvo. Es evidente que nació este cargo de algunos cortesanos preocupados. Faria y Sousa, en su *Europa portuguesa*, (Parte III, c. iv.), va hasta el estremo de decir que Colon entró en el puerto de Rastello solo para hacer sentir al Portugal, con la vista de los trofeos de sus descubrimientos, lo mucho que habia perdido en no aceptar sus proposiciones.

habitantes de aquella parte de la India, comprendida en el rumbo de los descubrimientos portugueses, é inclusa en la bula pontificia. Otros observaban que habia poca distancia entre las Terceiras y las islas que Colon habia descubierto, y que estas, por lo tanto, claramente pertenecian al Portugal. Viendo al rey profundamente turbado de espíritu, algunos se atrevieron á proponerle, como medio de impedir la prosecucion de aquellas empresas, que fuese Colon asesinado; declarando que merecia la muerte por intentar el engaño y enemistad de ambas naciones con sus pretensos descubrimientos. Indicaban que podria fácilmente perpetrarse el asesinato sin atraer odiosidad alguna; aprovechándose de su altivo porte para herir su orgullo, provocarlo á un altercado, y darle muerte como si hubiese sido en honroso encuentro.

Es difícil creer que tan bajo y cobarde consejo hubiese sido propuesto al recto y magnánimo Juan II; pero afirman el hecho varios historiadores portugueses y españoles (1), y está en armonía con el pérfido dictámen dado anteriormente al mismo monarca respecto á Colon. Hay por desgracia una lealtad espuria en las cortes, frecuentemente inclinada á mostrar su celo por medio de su bajeza; y es fragilidad de príncipes tolerar cuantas faltas parece que nacen de personal afecto.

Felizmente poseia el rey demasiada magnanimidad para adoptar la inícua medida que le proponian. Hizo justicia al mérito de Colon, y le honró como á

(1) Vasconcelles, vida del rey don Juan II, lib. vi. — García de Resende, vida de Dom Joam II. — Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 74, MS.

un distinguido bienhechor del género humano; considerando ademas deber suyo, como generoso príncipe, proteger los estrangeros á quienes la adversa fortuna arrojase á sus puertos. Otros consejeros le sugerian una línea de política mas osada y marcial. Eran de sentir de que se permitiese á Colon volver á España; pero que sin darle tiempo para organizar nueva espedicion, saliese de Portugal una poderosa escuadra bajo la guia de dos marineros portugueses que habian navegado con el Almirante, y que tomase posesion de los recien descubiertos paises; siendo la posesion el mejor título, y las armas el método mas claro de ilustrar cuestiones tan dudosas.

Este consejo, en que se mezclaban el valor y la astucia, era mas del gusto del rey; y resolvió privada pero espeditivamente ponerlo en práctica, confiando la empresa á don Francisco de Almeida,

uno de los mas distinguidos capitanes de aquel siglo (1).

Colon, entretanto, despues de haber sido tratado con distinguida atencion, volvió á su buque, en compañía de don Martin de Noroña y de una numerosa comitiva de caballeros de la corte, habiéndosele aprontado una mula á él, y otra á su piloto, á quien regaló el rey veinte espidinos, ó ducados de oro (2). Por el camino se detuvo Colon en el monasterio de san Antonio de Villafranca, para visitar á la reina, que habia mostrado grandísimo deseo de verlo. La encontró acompañada de algunas de sus damas favoritas, y obtuvo de ella el recibimiento mas lisonjero. Le hizo su Ma-

(1) Vasconcelles, l. vi.

(2) Veinte y ocho pesos de oro de los Estados Unidos equivalen á setenta y cuatro pesos fuertes.

gestad repetir los principales sucesos de su viaje, y describir los paises que habia descubierto, mientras ella y sus damas escuchaban con vehemente curiosidad la narrativa de aquel hombre estraordinario y emprendedor, cuyas hazañas ocupaban todas las lenguas. Por la noche durmió en Llandra, y estando al otro dia para ponerse en camino, llegó un criado del rey, ofreciéndole de parte de su magestad acompañarlo á la frontera, si preferia volver por tierra á España, y proveer caballos, alojamientos y cuanto le fuese necesario en el viaje, por cuenta del real tesoro. El tiempo, empero, se habia ya moderado, y quiso antes volver en su carabela. Dándose pues al mar el 13 de marzo, llegó felizmente á la barra de Saltes al amanecer del 15, y al medio dia entró en el puerto de Palos, de donde salió el 3 de agosto del año anterior; no habiendo empleado sie-

te meses y medio completos en llevar á cabo la mas importante de todas las empresas marítimas conocidas (1).

CAPITULO V.

RECIBIMIENTO HECHO A COLON EN PALOS.

[1493.]

La vuelta triunfante de Colon fue un suceso prodigioso en la historia del pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes estaban todos mas ó menos interesados en el éxito de la espedicion. Los mas opulentos é importantes capitanes de

(1) Obras consultadas en este capítulo: — Las-Casas, Hist. Ind, l. i, c. 74. — Hist. del Almirante, c. 39, 40 y 41. — Diario de Colon, Navarrete, t. i.

mar de aquella villa habian entrado en ella, y apenas se hallaba familia que no contase algun pariente ó amigo entre los navegantes. La partida de los bajeles, en el que parecia un viaje desesperado y quimérico, entristeció toda la poblacion; y las tormentas espantosas de aquel invierno aumentaron sobre manera la consternacion pública. Muchos lamentaban á sus amigos como perdidos, mientras prestaba la imaginacion misteriosos horrores á su destino, ora representándolos errantes é indefensos por solitarios desiertos de interminables aguas, ora despedazados entre rocas y torbellinos, ó tal vez presa de los voraces mónstruos con que poblaba la credulidad de aquellos dias todas las mares lejanas (1). Un

(1) En los mapas y cartas de aquel tiempo, y aun en los de épocas muy posteriores, la variedad de formidables y

fin tan obscuro é incierto era en verdad mas terrible que la muerte misma en su forma definida y ordinaria.

Cuando llegaron, pues, las nuevas de que uno de los llorados bajeles estaba en el rio, se entregaron los moradores á una agitacion desmedida; pero cuando oyeron que volvia triunfante del descubrimiento de un mundo, y le vieron recogiendo sus velas en el puerto, se cambió la escitacion general en transportes de sin igual alegria. Empezaron

---

espantosos mónstruos, pintados por las partes remotas del Océano, manifiesta los terrores y peligros de que la imaginacion las vestia. Lo mismo puede decirse de las tierras distantes y desconocidas: las partes remotas del Asia y del Africa estan llenas de mónstruos, cuyos originales seria dificil hallar en la historia natural.

á replicar las campanas, se cerraron las tiendas, y paró el tráfico, y solo reinaron por muchas horas la presura y tumulto del repentino gozo y curiosidad inaudita de los vecinos. Ansiaban unos saber el destino de un pariente, otros de un amigo, y todos los pormenores de aquel admirable viaje. Al desembarcar Colon se precipitó la multitud á saludarlo, formando despues una solemne procesion, que pasó á la iglesia á dar gracias al Todo-poderoso por tan distinguido descubrimiento acabado por los naturales del pueblo, olvidando el instable populacho en su entusiasmo las multiplicadas dificultades que habia él mismo puesto á la complexion de la empresa. Por donde quiera que Colon pasaba, resonaban los vivas y las aclamaciones; recibió los honores que suelen tributarse á los soberanos, pero con décuplo ardor y sinceridad. ¡Qué contras-

te entre este dia y aquel en que acompañaron su viaje pocos meses antes el odio y las execraciones! O mas bien, ¡qué contraste con su primer llegada á Palos, pobre, desvalido, pidiendo pan y agua para su hijo á la puerta de un convento!

Sabiendo que estaba la corte en Barcelona, quiso salir para esta ciudad inmediatamente en su carabela; pero acordándose de los peligros y desastres que por la mar habia esperimentado, creyó mas oportuno ir por tierra. Despachó correos al rey y á la reina, informándolos de su llegada, y salió poco despues para Sevilla á esperar órdenes, llevando consigo seis indios de los que habia traido del Nuevo-Mundo. Uno murió por el camino, y tres quedaron enfermos en Palos.

Es singular coincidencia, y bastante auténtica, que en la misma tarde del

dia en que Colon llegó á Palos, y mientras el repique del triunfo sonaba aun en las torres, entró en el rio la Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon. Despues que la tormenta la separó del Almirante, habia sido impelida por los vientos á la bahía de Vizcaya, y tomado puerto en Bayona. Dudando si Colon habria sobrevivido á la tempestad, y en todo caso, deseoso de anticiparse á él, y de asegurar el favor de la corte y del público, escribió Pinzon sin demora á los soberanos, dándoles parte de los descubrimientos que habia hecho, y pidiéndoles permiso para pasar á la corte, y comunicarles los pormenores en persona. Tan pronto como se lo permitió el tiempo, se dió de nuevo á la vela, prometiéndose un recibimiento triunfal en su nativo puerto de Palos. Cuando al entrar en él vió anclado el bajel del Almirante, y supo el entusiasmo con

que se le habia recibido, y las celebridades con que se estaba regocijando su vuelta, desfalleció Pinzon de ánimo. Le representó la memoria su insubordinacion y frecuente arrogancia, y su desercion vergonzosa en la costa de Cuba, por la que habia impedido la prosecucion del viaje. Se dice que no quiso ver á Colon en aquella hora de triunfo, temiendo que lo arrestase; pero es mas probable que se avergonzaria de presentarse en medio de los regocijos públicos, siendo falso desertor de la causa que tan universal admiracion escitaba. Entrando pues en su bote, desembarcó reservadamente, manteniéndose oculto hasta que supo la partida del Almirante. Entonces volvió á su casa, quebrantado de salud y profundamente abatido. Palos era su pequeño mundo; el teatro en que habia representado con sin igual importancia, y se veia entonces envile-

cido en la opinion pública, y creia que el dedo del desprecio lo señalaba de contínuo. Cuantos honores se prodigaban á Colon, cuantos exaltados elogios recibia su empresa, se gravaban profundamente en el pecho de Martin Alonso, como otras tantas acusaciones propias; y cuando al fin recibió una severa contestacion á la carta que habia escrito á los soberanos, los sentimientos mórbidos que le causara, añadieron virulencia á su enfermedad, y murió en algunos dias, víctima de la envidia y de los remordimientos (1).

Fue, empero, varon capaz de grandes empresas, y de ardiente ánimo; uno de los mas hábiles mareantes de su siglo, de los mas intrépidos de todas las eda-

(1) Muñoz, Hist. N. Mundo, l. iv, sec. 14. — Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. ii.

des, y cabeza de una familia que continuó distinguiéndose entre los primeros descubridores. Habia contribuido mucho á animar á Colon, cuando andaba pobre y desconocido en España, ofreciéndole su bolsa, y entrando con celosa concurrencia en sus proyectos. Le habia asistido tambien con su influjo personal en Palos, combatiendo las preocupaciones públicas, y promoviendo el equipo de los bajeles, cuando ni aun las órdenes de los soberanos bastaban para conseguirlo; le adelantó además los fondos en que se habia empeñado el Almirante; finalmente, se embarcó en la espedicion con sus hermanos, arriesgando por ella no solo la hacienda, sino tambien la vida. Así tenia derecho á una copiosa participacion de la gloria de aquella empresa inmortal; pero olvidando por un instante la importancia de la causa, se apartó del alto objeto que seguian, y ce-

diendo á la seduccion momentánea de un sentimiento sórdido, mancilló su elevado carácter para siempre. Se ve que poseia generoso corazon, por la violencia misma de su dolor: un hombre bajo no hubiera perecido víctima de sus remordimientos por haber cometido una accion baja. Su historia nos enseña, cómo un solo desliz, una separacion sola de los deberes morales, puede contrapesar los méritos de mil servicios; cómo un momento de flaqueza puede obscurecer la luz de una vida entera de virtudes; y cuán importante le es al hombre, en todas las circunstancias, ser franco y leal, no solamente para con los otros, sino para consigo mismo (1).

---

(1) Los hijos y herederos de Martin Alonso Pinzon mostraron en los años siguientes grande animosidad contra el Almirante, tratando por todos los me-

CAPITULO VI.

RECIBIMIENTO HECHO Á COLON POR LA CORTE ESPAÑOLA EN BARCELONA.

La carta de Colon á los monarcas, anunciándoles sus descubrimientos, produjo grande sensacion en la corte. Se

---

dios posibles de disminuir la gloria de sus descubrimientos, ó de dar el crédito de ellos á su padre. Entre otras estravagancias se aseguraba, que antes que aceptasen los reyes la proposicion de Colon, Martin Alonso se habia preparado para ir á su riesgo y costa en dos de sus propios buques á buscar las tierras del occidente, de las cuales tenia algunas noticias por varios papeles que habia visto en la biblioteca pontificia de

consideraba aquel suceso como el mas estraordinario de su próspero reinado; y

---

Roma, y tambien por una profecía del tiempo de Salomon, en que estaba escrito, que navegando desde España al occidente, por el rumbo medio entre norte y sur, á los noventa y cinco grados de longitud, se hallaria la fértil y abundante isla de Cipango. Muñoz, Hist. N. Mundo, l. iv, sec. 14.

Quizá será aquí interesante la insercion de algunos pormenores respecto á Palos y los Pinzones, de que se informó un amigo mio, yendo á bordo del barco de vapor de Sevilla á Cádiz. *En el discurso de mi viaje*, dice, *encontré á bordo un marinero natural de Huelva. Era muy inteligente para su clase: este me dijo que Palos estaba reducido ya á un lugar pequeño de cuatrocientos habitantes, y que solo tenia cuatro ó cinco barcas pescado-*

siguiendo tan de cerca la conquista de Granada, parecia prueba especial del

---

ras. Pero la vecina ciudad de Huelva ha crecido mucho, y principalmente á sus espensas. El convento franciscano de la Rábida subsiste todavía, y está situado en una altura que domina los bajos arenales de todo aquel pais. La familia de los Pinzones hace mucho que se pasó á Huelva, donde residen aun cuatro ó cinco ramos de ella. No son ricos; veneran la memoria de su ascendiente, y tienen algunos documentos escritos por su mano: tambien siguen su profesion. Cerca de San Lucar me enseñó el mismo marinero una pequeña pero bien armada falúa, mandada por un jóven Pinzon de aquella familia. Él mismo me dijo casualmente que habia puesto en Sevilla la vela en casa de un canónigo, último descendiente de Hernan Cortés.

favor divino por el triunfo logrado en la causa de la fe. Los mismos soberanos quedaron por un tiempo deslumbrados con la repentina y fácil adquisicion de un nuevo imperio de estension indefinida, é inagotable opulencia; y su primer impulso fue asegurarlo y ponerlo fuera del alcance de toda duda ó rivalidad. Poco despues de la llegada de Colon á Sevilla, recibió carta de ellos espresando su mucha satisfaccion, y pidiéndole se presentase inmediatamente en la corte, á concertar los planes necesarios para otro viaje mas en grande. Como iba ya entrando el verano, consideraban el tiempo favorable, y le encargaban que tomase en Sevilla, ó en otras partes, cuantas medidas pudiesen facilitar el armamento de una escuadra, diciéndoles á vuelta de correo lo que para ello hubiese hecho. Esta carta tenia por sobrescrito: *A don Cristóbal*

Colon, nuestro Almirante del mar Occéano, y Virey y Gobernador de las islas descubiertas en las Indias: al mismo tiempo se le prometian nuevas recompensas. Colon no perdió tiempo en obedecer las órdenes de los soberanos. Les envió una memoria de los bajeles, gente y municiones que se necesitarian; y habiendo tomado en Sevilla cuantas disposiciones le permitieron las circunstancias perentorias en que estaba, salió para Barcelona, llevando consigo los seis indios y las varias curiosidades y productos que trajo del Nuevo-Mundo.

Habia resonado por toda la nacion la fama de sus descubrimientos; y como pasaba su camino por algunas de las mas bellas y pobladas provincias de España, parecia su viaje el de un soberano. Por donde quiera que iba, llenaban los habitantes de los paises circunvecinos los campos y los pueblos. En las ciudades

grandes, las calles, ventanas y balcones estaban cubiertas de espectadores que herian los aires con sus aclamaciones. Impedian de contínuo su progreso las multitudes que le rodeaban, deseosas de verle á él y á los indios, cuya apariencia escitaba tanta admiracion, como si fuesen naturales de otro planeta. No podia satisfacer la viva curiosidad que por todas partes le asediaba con innumerables preguntas; el rumor popular habia, como suele, exagerado la verdad, llenando el recien hallado mundo de toda especie de maravillas.

A mediados de abril llegó Colon á Barcelona, donde se habian hecho todos los preparativos oportunos para recibirle con solemne pompa y magnificencia. La hermosura y serenidad del tiempo en aquella apacible estacion y favorecido clima, contribuyeron á dar esplendor á esta memorable ceremonia.

Al acercarse á la muralla, salieron á recibirle y felicitarle muchos jóvenes nobles de la corte, y caballeros principales, seguidos de un vasto concurso de gentes del pueblo. Su entrada en aquella ilustre ciudad se ha comparado á los triunfos de los conquistadores romanos. Primero venian los indios, pintados segun su modo salvaje, y decorados con sus adornos de oro. Despues seguian varias especies de loros vivos, y otras aves y animales desconocidos, y plantas raras que se suponian de preciosas cualidades; habiéndose cuidado de hacer tambien ostentoso alarde de diademas indias, brazaletes y otros adornos de oro, que diesen idea de la opulencia de las recien descubiertas regiones. El último seguia Colon á caballo, rodeado de una brillante comitiva de nobleza española. Las calles estaban casi impasables de gente; las ventanas y balcones corona-

dos de damas, y hasta los tejados llenos de espectadores. Parecia que no se saciaba la vista pública de contemplar aquellos trofeos de un mundo desconocido, ni al hombre estraordinario que lo habia descubierto. Resplandecia cierta sublimidad en aquel suceso que prestaba sentimientos solemnes al gozo público. Se miraba como una vasta y señalada dispensacion de la Providencia, para premio de la piedad de los monarcas; y el aspecto magestuoso y venerable del descubridor, tan diferente de aquella juvenil bizarría que se espera en los que acaban audaces empresas, armonizaba con la dignidad y grandeza de tan alta hazaña.

Para recibirlo con la debida ostentacion habian mandado los soberanos colocar en público su trono, bajo un rico dosel de brocado de oro, en un espléndido salon. Allí esperaron el rey y

la reina su llegada, vestidos de gala, con el príncipe don Juan junto á ellos, y á los lados los dignatarios de la corte y la mas distinguida nobleza de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, todos impacientes de ver al hombre que habia conferido á España beneficio tan grande. Al fin llegó Colon rodeado de un brillante cortejo de caballeros, entre quienes, dice Las-Casas, se distinguia por su personal elevado y magestuoso, que con su semblante, venerable por la blancura de los cabellos, le daban el aspecto augusto de un senador de Roma: una modesta sonrisa iluminó sus facciones, mostrando asi que disfrutaba de la gloria y suntuosidad en que venia (1), y nada en efecto pudo mover mas profundamente un ánimo inflamado de noble y alta am-

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 78, MS.

bicion, y cierto de haberlos del todo merecido, que aquellos testimonios de la gratitud y admiracion de una monarquía entera, ó mas bien de todo un mundo. Al acercarse Colon, se levantaron los soberanos como recibiendo á uno de los mas distinguidos personages de su reino. Doblando él la rodilla, les pidió las manos para besárselas; pero dudaron sus magestades si le permitirian celebrar aquel acto de vasallaje. Levantándolo con la mayor benignidad, le mandaron que se sentase en su presencia; honor raramente concedido en aquella orgullosa corte (1).

En cumplimiento inmediato de la súplica de sus magestades, dió Colon una descripcion de los sucesos mas interesantes de su viaje, y de las islas que

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 73. — Hist. del Almirante, c. 81.

habia descubierto. Manifestó las muestras que traia de desconocidas aves y animales; de plantas raras, de virtud medicinal y aromática; de oro nativo, en polvo, en mineral y labrado en aquellos bárbaros ornamentos; y al fin presentó los naturales de aquel pais, objeto de intenso é inagotable interés; que por nada tiene tanta curiosidad el hombre, como por las variedades de su propia especie. Dijo que no eran todos estos mas que nuncios de mayores descubrimientos que aun le quedaban que hacer; los cuales añadirian dominios de incalculable opulencia á los de sus magestades, y á la verdadera fe naciones enteras de prosélitos.

Escucharon los soberanos las palabras de Colon con emocion profunda. Cuando acabó se postraron por tierra, y levantando al cielo las cruzadas manos, los ojos bañados en lágrimas de gratitud

y gozo, ofrecieron á Dios la efusion de sus gracias y alabanzas por tan grande providencia: todos los presentes siguieron su ejemplo, y un profundo y solemne entusiasmo penetró aquella espléndida asamblea, impidiendo las aclamaciones comunes del triunfo. Entonó en esto el coro de la real capilla el *Te Deum laudamus*, que con el melodioso acompañamiento de la música, se levantó en ricas ondulaciones de armonía sagrada, llevando al cielo la viva emocion y pensamientos de los circunstantes: *así*, dice el venerable Las-Casas, *parecia que en aquella hora comunicaban todos con celestiales delicias.* Tal fue el solemne y piadoso modo, con que la brillante corte española celebró aquel sublime acaecimiento; ofreciendo tributos de melodía y alabanza, y dando gloria á Dios por el descubrimiento de otro mundo.

Cuando se retiró Colon de la presencia real, le acompañó toda la corte á su morada, y le siguió victoreándole el pueblo. Por muchos dias fue objeto de universal curiosidad, y adonde quiera que se presentaba, oia las aclamaciones de la muchedumbre. Mientras rebosaba el ánimo de Colon en gloriosas anticipaciones, no habia olvidado el piadoso proyecto de rescatar el Santo Sepulcro. Ya se ha dicho, que habló de él á los soberanos al hacerles sus proposiciones, presentándolo como el grande objeto que debia efectuarse con las ganancias de sus descubrimientos. Exaltado con la idea de los vastos caudales de que se veria pronto señor, hizo voto de armar dentro de siete años un ejército de cuatro mil caballos y cincuenta mil peones para aquella santa cruzada, y otra fuerza igual en los cinco años sucesivos. Recordó este voto en una de sus cartas á

los soberanos, á la que se refirió despues, pero la cual ya no existe; ni se sabe de positivo si le haria á la vuelta de su primer viaje, ó en algun periodo posterior, cuando la magnitud y opulencia de sus descubrimientos se hizo mas visible. Alude á él vaga pero frecuentenente en sus escritos, y con especialidad en una carta al papa Alejandro VI, escrita en 1502, en que tambien esplica el por que no le habia cumplido. Es esencial para la plena inteligencia del carácter y motivos de Colon tener este grande pero visionario proyecto á la vista, porque se habia entrelazado en su ánimo con las empresas de los descubrimientos, pensando que una cruzada sería la consumacion de aquellos divinos decretos, y que él era el agente escogido por el cielo para llevarlos á cabo. Manifiéstase con esto, cuán lejos estaba de todo cálculo mercenario ó egoista; y cuán lleno su ánimo

de aquellos devotos y heróicos proyectos que habian en tiempo de las cruzadas inflamado la mente y dirigido las empresas de los mas fuertes campeones y de los príncipes mas ilustres.

CAPITULO VII.

MORADA DE COLON EN BARCELONA. — ATENCIONES DE LOS REYES Y CORTESANOS.

[1493.]

No se confinaba á España el júbilo de aquel grande descubrimiento. Se estendieron dilatadísimamente las nuevas por medio de las embajadas, por la correspondencia de los sábios, por el tráfico de los comerciantes y por la voz de los viajeros. Allegretto Allegretti, escritor contemporáneo, dice en sus *Anales de Sie-*

na de 1493, que acababa de saberse en aquella corte, por cartas de los comerciantes que estaban en España, y por la boca de varios viajeros (1). Llegaron las noticias á Génova por la vuelta de los embajadores Francesco Marchezzi, y Giovanni Antonio Grimaldi, y se recordó entre los grandes acontecimientos de aquel año (2). La república, aunque pudo haber desestimado la ocasion que tuvo de hacerse dueña de aquel descubrimiento, se ha manifestado siempre ufana de la gloria de haber dado cuna al descubridor. Sebastian Cabot dice que se hallaba en Londres cuando llegaron las noticias del descubrimiento, y que causó mucha admiracion y sorpresa en la corte de Enrique VII, afirmándose

(1) Diarj Senesi de Alleg. Allegretti. — Muratori, Ital. Script. t. 23.

(2) Foglieta, Istoria di Genova, d. 2.

en ella, *que era cosa antes divina que humana* (1).

Todo el mundo civilizado se llenó en efecto de maravilla y alegría. Todos se regocijaron de un suceso en que estaban mas ó menos interesados, y que abria nuevos é ilimitados campos de observaciones y empresas. Del gozo de los eruditos tenemos prueba en una carta de Pedro Mártir á su amigo Pomponio Laetus, en que se halla este pasage: *Decisme, amable Pomponio, que brincasteis de alegría, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leisteis mis epístolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de los antipodas. Obrasteis y sentisteis, como debia un hombre distinguido por su erudicion. ¿Qué manjar mas delicioso que estas nuevas podia presentarse á un*

(1) Hackluyt, Collec. Voyages, p. 7.

claro entendimiento? ¡Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber venidas de aquellas regiones! Es como un acceso de oro para el avaro. Nuestros ánimos, mancillados por el vicio, se mejoran al contemplar tan gloriosos sucesos (1).

No obstante todo este triunfo, aun se ignoraba la importancia verdadera del descubrimiento. Nadie tenia idea de que fuese aquella una parte distinta del globo, separada del Antiguo-Mundo por dilatadas mares. Se adoptó universalmente la opinion del descubridor, que suponia á Cuba término del continente asiático, siendo las islas adyacentes las del mar Indio. Esto se acordaba con la opinion de los antiguos, citados antes, acerca de la moderada distancia de España á las estremidades de la India, na-

(1) Cartas de Pedro Mártir, l. 53.

vegando occidentalmente. Los loros se creian tambien parecidos á los que describe Plinio, como abundantes en las remotas partes del Asia. Las tierras, pues, que Colon habia visitado, se llamaron *Indias Occidentales*; y como parecia haber entrado en una vasta region de no esplorados paises, que existian en el estado de la naturaleza, se dió al todo la comprensiva apelacion de *Nuevo-Mundo*.

Mientras estuvo en Barcelona, aprovecharon los reyes cuantas ocasiones pudieron de dar á Colon pruebas de su alto aprecio. Se le admitia á todas horas á la real presencia, y la reina se complacia en hablar con él acerca de sus empresas. El rey tambien aparecia alguna vez á caballo, con el príncipe don Juan á un lado, y Colon á otro. Para perpetuar en su familia la gloria de tan alta hazaña, se le concedió un escudo de armas, en que se acuartelaron las

reales, castillo y leon, con aquellas que peculiarmente le convenian, á saber: un grupo de islas, rodeado de olas. A estas se añadió despues el lema:

POR CASTILLA Y POR LEON
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.

La pension de treinta escudos (1) decretada por los soberanos al que en el primer viaje descubriese tierrra, se adjudicó á Colon por haber visto el primero una luz en las costas. Se dice, que el marinero que dió el grito de tierra, sintió tanto verse arrancar lo que creia su merecido premio, que renunció su religion y patria, y pasándose al Africa, abrazó la ley de Mahoma: esta anécdota descansa en la autoridad de Ovie-

(1) Equivalente á ciento diez y siete pesos fuertes de hoy.

do (1), autor incorrectísimo en sus narraciones de este viaje, y que inserta muchas falsedades que le comunicaron los enemigos del Almirante.

Puede parecer á primera vista poco conforme con la notoria magnanimidad de Colon, quitarle el premio á aquel pobre marinero; pero este era asunto que envolvia toda su ambicion, y tenia sin duda á honor ser el descubridor personal de tierra, asi como el creador del proyecto.

De importancia inmediata á la del rey y la reina puede suponerse la proteccion que le dispensaba Pedro Gonzalez de Mendoza, gran cardenal de España, y primer súbdito del reino; varon cuyo alto carácter de piedad, erudicion y elevadas y soberanas cualidades, da-

(1) Oviedo, Crónica de las Indias, l. ii, c. 5.

ban especial valor á sus favores. Convidó á Colon á un banquete, adonde le destinó el asiento mas honroso de la mesa, y le hizo servir con las ceremonias que en aquellos tiempos de etiqueta solo se usaban con los soberanos. En este festin se dice que ocurrió la bien conocida anécdota del huevo. Un ligero cortesano, impaciente de los honores que Colon recibia, y celoso de que se confiriesen á un estrangero, le preguntó á deshora, si creia que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, no hubiera habido otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió Colon inmediata respuesta; sino tomando un huevo, convidó á los circunstantes á que lo hicieran mantenerse derecho sobre uno de sus estremos. Todos intentaron hacerlo, pero en vano; Colon dió entonces fuertemente con él sobre la mesa, y rompiéndolo por un

lado, le dejó derecho y descansando sobre la parte rota; y asi indicó de tan sencillo modo, que despues de haber enseñado el camino del Nuevo-Mundo, nada habia mas fácil que seguirlo (1).

El favor que á Colon mostraron los soberanos, le aseguró por algun tiempo el de la nobleza; porque en las cortes compiten los magnates unos con otros en prodigar atenciones á quien el rey se digna honrar. Recibia estas distinciones con modestia, aunque debia sin duda sentir alta satisfaccion en la idea de que

---

(3) Esta anécdota tiene la autoridad del historiador italiano Benzoni (l. i, p. 12, ed. Venetia, 1572). Se ha condenado como trivial; pero la sencillez de la reprension constituye su doctrina, y es característica de la sagacidad práctica de Colon. La popularidad universal de que goza, prueba tambien su mérito.

las habia hasta cierto punto arrancado de la nacion con su valor y perseverancia. Apenas puede reconocerse en el indivíduo asi elevado á la compañía de los príncipes, en el hombre que servia de objeto á la admiracion general, aquel obscuro estrangero que poco tiempo antes fue la mofa y burla de la misma corte, escarnecido por unos como aventurero, señalado por otros como lunático. Los que habian usado con él de contumelia en el largo discurso de sus pretensiones; se esforzaban en borrar con la adulacion los recuerdos de su mal proceder. Los que le concedieron arrogante patrocinio, ó alguna sonrisa cortesana, se arrogaban el crédito de haberle favorecido, promoviendo asi el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Apenas habia sugeto distinguido de la corte que no lo haya anotado su biógrafo como bienhechor de Colon; aunque con

sola la décima parte de este jactancioso patrocinio que se le hubiese dado, no habria tenido que pasar tantos años en pretensiones para conseguir el armamento de tres carabelas. Colon sabia bien cómo apreciar los favores que habia recibido. Los solos amigos que nombra con gratitud en sus cartas posteriores, fueron los dignos Diego de Deza, despues obispo de Plasencia y Sevilla, y Juan Perez, guardian del convento de la Rábida.

Honrado por sus reyes, lisonjeado por los grandes, é idolatrado del pueblo, gustó por algun tiempo Colon la dulce copa de la popularidad, antes que la detraccion y la envidia se la llenasen de amargura. Sus descubrimientos brillaron en el mundo con esplendor tan vivo y súbito, que deslumbraron á la envidia misma, y recibieron la unánime y universal aclama-

cion de las gentes. ¡Ojalá pudiera en bien del honor humano cerrar la historia sus páginas, como el romance, con la consumacion de los deseos del héroe! Y Colon quedaria en la fruicion plena de su bien merecida prosperidad. Pero su historia está destinada á dar otro ejemplo, si ejemplos se necesitaran, de la inconstancia del favor público, aun de aquel que se gana con distinguidos servicios. Jamas se adquirió grandeza alguna con mas incontestables, puros y exaltados beneficios para la humanidad; jamas atrajo ninguna á su posesor mas infatigable enemistad, celos ni calumnias, ni le envolvió en mas desastres y dificultades. Asi sucede con el ilustre mérito: su misma efulgencia atrae las rencorosas pasiones de los ánimos bajos y serviles, que con demasiada frecuencia le obscurecen, aunque momentáneamente, para el mundo; como el sol le-

vantándose con pleno resplandor por los cielos, anima con el fervor de sus mismos rayos los corrompidos y nocivos vapores que pasageramente obscurecen su gloria.

CAPITULO VIII.

BULA PONTIFICIA DE PARTICION. — PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE DE COLON.

[1493.]

En medio de sus regocijos no perdian tiempo los soberanos en tomar las medidas necesarias para la seguridad de sus nuevas adquisiciones. Aunque se suponia que los paises descubiertos por Colon eran parte de los territorios del gran Khan y de otros príncipes orientales, considerablemente adelantados en

la civilizacion, no aparece sin embargo la menor duda acerca del derecho de sus magestades católicas para tomar posesion de ellos. En el tiempo de las cruzadas se habia establecido una doctrina entre los príncipes cristianos bastante favorable para sus designios ambiciosos. Segun esta, tenian indisputable derecho de invadir, saquear y apropiarse los territorios de las naciones infieles, para esterminar asi los enemigos de Cristo, y estender por la tierra el dominio de la Iglesia. En conformidad con esta doctrina, se consideraba al papa por su autoridad suprema sobre las cosas temporales, con poder para distribuir las tierras paganas entre aquellos piadosos potentados que se empeñasen en reducirlas al dominio de la Iglesia, y á propagar la verdadera fe entre sus descarriados habitantes. En virtud de estos principios el papa Martin V y sus suceso-

res habian concedido á la corona de Portugal todas las tierras que pudiese descubrir desde cabo Boyador á las Indias; y los reyes católicos, en un tratado concluido en 1479 con el monarca de Portugal, se habian comprometido á respetar los derechos territoriales asi adquiridos. A este tratado se referia Juan II en la conversacion con el Almirante, en que indicaba sus títulos á los paises recien descubiertos.

Asi, á la primer inteligencia que los reyes de España recibieron del buen éxito de Colon, tomaron las precauciones necesarias para asegurar la sancion del papa. Alejandro VI acababa de subir á la santa Sede: pontífice á quien muchos historiadores han acusado de cuantos vicios y crímenes pueden degradar la humanidad; pero á quien todos conceden eminentes talentos y refinada política. Era natural de Valencia; y como súb-

dito de la corona de Aragon, podia inferirse que estaba favorablemente dispuesto hácia Fernando; pero en ciertas cuestiones que ya se habian suscitado, no apareció de ningun modo su cordialidad para con el monarca católico. De todos modos, Fernando que conocia su carácter pérfido y mundano, lo trataba de la manera que creia mas conducente. Despachó, pues, embajadores á la corte de Roma, anunciando los nuevos descubrimientos como un estraordinario triunfo de la fe; y ponderando la grande gloria y seguro acrecentamiento de opulencia que á la Iglesia redundarian de la diseminacion de la cristiandad, por aquellas vastas regiones de gentiles. Tambien se cuidaba de manifestar, que los descubrimientos presentes no intervenian en lo mas mínimo con las posesiones cedidas por la santa Sede al Portugal, todas las que se habian escrupulo-

samente respetado. Fernando, que era por lo menos tan político como piadoso, incluyó una insinuacion al mismo tiempo, para que supiese el papa, que estaba resuelto á todo trance á conservar sus importantes adquisiciones. Llevaban sus embajadores instrucciones para decir, que en la opinion de muchos varones doctos, habiéndose tomado posesion de los paises recien descubiertos por los soberanos católicos, su derecho á los mismos no requeria la sancion papal; sin embargo, como príncipes piadosos, y obedientes á la santa Sede, suplicaban á su santidad espidiese una bula, concediéndoselos, con los otros que se descubrieran en adelante, á la corona de Castilla.

Las noticias del descubrimiento se recibieron, en efecto, con grande admiracion y no menos alegria en la corte de Roma. Los soberanos católicos se ha-

bian ya elevado á una alta consecuencia en los ojos de la Iglesia por sus guerras contra los moros de España, consideradas como cruzadas piadosas; y aunque ricamente pagados con la adquisicion del reino de Granada, se creia que habian merecido ademas la gratitud de toda la cristiandad. Los descubrimientos presentes eran aun de mayor consecuencia: contenian el cumplimiento de una de las mas sublimes promesas hechas á la Iglesia; pues le daban *los gentiles en herencia, y en posesion las partes mas remotas de la tierra.* No hubo dificultad por lo tanto en conceder la que se creia modesta peticion por tan importante servicio, aunque probablemente la insinuacion del político monarca avivaria la condescendencia del mundano pontífice.

Se espidió, pues, una bula en 2 de mayo de 1493, cediendo á los reyes de

España los mismos derechos, privilegios é indulgencias con respecto á las recien descubiertas regiones, que se habian concedido al portugués para los descubrimientos africanos, y con la misma condicion de plantar y propagar en ellas la fe católica. Y para impedir todo conflicto entre los dos poderes, en la dilatada estension de sus descubrimientos, se espidió otra bula al dia siguiente, conteniendo la famosa línea de demarcacion, por la cual se creia que quedaban sus territorios clara y permanentemente definidos. Esta era una línea ideal tirada del polo ártico al antártico, cien leguas al occidente de las Azores, y del cabo de islas Verdes. Todas las tierras que se descubriesen al occidente de esta línea, y de que no hubiese tomado posesion ningun poder cristiano antes de la pascua precedente, pertenecerian á la corona española; todas las descu-

biertas en la direccion contraria, á la portuguesa. Parece que no le ocurrió al pontífice, que continuando sus rumbos opuestos de descubrimientos, podian encontrarse alguna vez, y renovar la cuestion de derechos territoriales en los antípodas.

En el entretanto, sin esperar la sancion romana, hacian los soberanos los mayores esfuerzos para armar otra espedicion. Con el objeto de que hubiese regularidad y prontitud en los negocios del Nuevo-Mundo, se pusieron bajo la superintendencia de Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, y sucesivamente obispo de Badajoz, Palencia y Burgos, y por último patriarca de las Indias. Era persona de familia y de influencia: sus hermanos Alonso y Antonio poseian respectivamente los señoríos de Coca y de Alaeyos; y el último era ademas contador general de Castilla. Las-

Casas representa al arcediano como hombre mundano, mas á propósito para los negocios del siglo que para los espirituales, y bien situado en la bulliciosa ocupacion de armar escuadras. No obstante las altas dignidades eclesiásticas á que ascendió, nunca consideró sus empleos temporales incompatibles con aquellas sagradas funciones. Gozando el perpétuo aunque no merecido favor de los soberanos, mantuvo su influjo en los negocios de Indias por cerca de treinta años. Debió sin duda haber poseido talentos que le asegurasen aquella perpetuidad de funciones públicas; pero era maligno y vengativo; y para halagar sus resentimientos privados, no solo hacinaba injurias y desconsuelos sobre los mas ilustres descubridores, sino que impedia con frecuencia el progreso de sus empresas, con grave detrimento de la corona. Así podia obrar segura y reserva-

damente á merced de las prerogativas de su empleo. Su pérfida conducta se indica repetidas veces, aunque en términos cautos, por escritores contemporáneos de peso y crédito, tales como el cura de los Palacios, y el obispo Las-Casas; pero evidentemente temian espresar la plenitud de sus sentimientos. Los historiadores españoles posteriores, siempre refrenados mas ó menos por la supervision eclesiástica, han tratado tambien con demasiada benignidad á un hombre de alma tan baja. Pero merece levantarse su imágen como ejemplo de aquellos odiosos oficiales de los estados, que yacen como gusanos en las raices de las honrosas empresas, marchitando y corrompiendo con su oculta influencia los frutos de las grandes acciones, y engañando las esperanzas de los reyes y de los pueblos.

Para asistir al obispo Fonseca en sus

deberes, se le asociaron como tesorero Francisco Pinelo, y como contador Juan de Soria. Su despacho para la transaccion de los negocios de Indias se fijó en Sevilla; estendiendo su vigilancia al puerto de Cádiz, adonde se estableció una aduana para el nuevo ramo de navegacion. Este fue el gérmen del supremo tribunal de Indias, que adquirió despues tan grande poder é importancia. Se mandó tambien instituir en la Española una autoridad semejante bajo la direccion de Colon. Debian ambas contadurías enviarse mútuos registros de los cargos, tripulacion y municiones de cada buque, por medio de contralores que iban en ellos. Todos estos empleados dependian de los dos contadores generales, y ministros superiores del real tesoro; pues iba la corona á satisfacer todos los gastos de la colonia, y á recibir todos los emolumentos.

Las cuentas mas minuciosas y rigurosas se debian exigir de todos los gastos, y observar la mayor vigilancia y precaucion respecto á las personas empleadas en negocios del Nuevo-Mundo. A nadie se permitia ir á traficar ó formar establecimiento alguno sin licencia espresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca. La ignorancia de aquel siglo en cuanto á la latitud de principios que el comercio exige, y el ejemplo de los portugueses en sus posesiones africanas, se citan como escusa de la estrecha y celosa policía que influyó en estas regulaciones coloniales.

Otro ejemplo del poder ilimitado que ejercia la corona sobre el comercio, se halla en la órden que manda esten prontos para la espedicion al Nuevo-Mundo todos los buques de los puertos de Andalucia, con sus capitanes, pilotos y tripulaciones. Colon y Fonseca estaban au-

torizados para fletar ó comprar cualquier bajel que creyesen oportuno, y para tomarlo por fuerza si sus amos rehusaban entrar en trato, pagando lo que creyesen justo; y esto aun cuando estuviese de antemano fletado por otras personas. Tambien tenian la autoridad de tomar las armas, provisiones y municiones que juzgasen necesarias de cualquier almacen, tienda ó buque en que se encontrasen, pagando lo que á su parecer valieran; y podian del mismo modo forzar á embarcarse en la flota con razonable sueldo ó salario, á cualquier oficial ó empleado de cualquier rango, que creyesen necesario para el servicio. Las autoridades civiles, y todas las personas distinguidas, debian dar la posible ayuda para la espedicion de la escuadra, no poniendo obstáculo alguno que les fuese dado evitar, bajo pena de pérdida de empleo y confiscacion de bie-

nes. Para suplir los gastos de la empresa se pusieron á las órdenes de Pinelo los dos tercios de los diezmos que la corona gozaba, sacando los otros fondos de una vergonzosa fuente: las joyas y propiedades muebles de los desgraciados judíos, desterrados del reino por un cruel y pernicioso edicto del año anterior. Como todos estos recursos eran inadecuados, se autorizó á Pinelo para suplir el déficit con un préstamo. Tambien se hicieron requisiciones para el acopio de comestibles, artillería, pólvora, arcabuces, lanzas, coseletes, arcos y saetas. Esta última arma, á pesar de la introduccion de las de fuego, la preferian muchos al arcabuz, por considerarla mas formidable y destructiva; teniendo aquel además el inconveniente de exigir una mecha para su uso, y de ser sumamente pesado. Las provisiones militares que se habian acumulado du-

rante la guerra de los moros de Granada, suministraron muchas de las que entonces se necesitaban. Casi todas las dichas órdenes se espidieron antes del 23 de mayo, y cuando Colon estaba aun en Barcelona. Raramente se habian visto escenas de tanta actividad en los dilatorios oficios de España.

Como la conversion de los paganos era el objeto ostensible de aquellos descubrimientos, se escogieron doce eclesiásticos hábiles y celosos, que acompañáran la escuadra. Entre estos iba Fray Fernando Buyl ó Boyl, monje benedictino, de talento y reputada santidad, pero uno de aquellos políticos sutiles de los cláustros, que en los tiempos de que hablamos se entrometian mas de lo justo en todos los negocios temporales. Se habia últimamente conducido con buen éxito en ciertas negociaciones con Francia, relativas á la restitucion del

Rosellon. Antes de salir la escuadra, le nombró el papa su vicario apostólico en el Nuevo-Mundo, y lo puso á la cabeza de los otros eclesiásticos. Esta mision piadosa iba provista de todo lo necesario para ejercer con dignidad sus funciones; habiendo dado la reina de su propia capilla los vasos y ornamentos que debian usarse en las ocasiones solemnes. Isabel tomó desde el principio el mas ardiente y compasivo interés en la felicidad de los indios. Conmovida por las descripciones que de su apacibilidad y sencillez hacia Colon, y considerándolos como puestos por el cielo bajo su especial amparo, no podia desentenderse de la destitucion é ignorancia en que estaban. Mandó, pues, que se tuviese particular cuidado de su instruccion religiosa; que se les tratara con la mayor benignidad; y encargó á Colon que descargase ejemplar castigo sobre cualquier español que

los ultrajase ó fuese injusto con ellos.

Para ofrecer al cielo las primicias de aquellas naciones paganas, fueron bautizados con mucha pompa y ceremonia los seis indios que habia traido Colon á Barcelona; sirviéndoles de padrinos el rey, la reina y el príncipe don Juan. Habia muchas esperanzas de que al volver á su pais nativo, facilitarian la introduccion del cristianismo entre sus compatriotas. Uno de ellos, á peticion del príncipe don Juan, se quedó en su comitiva, pero murió al poco tiempo; y observa un historiador (1), que segun lo que debemos creer piadosamente, fue el primer indio que entró en los cielos.

Antes de salir Colon de Barcelona se confirmó la capitulacion provisional de Santa Fe, concediéndole los títulos, emo-

(1) Herrera, Hist. Ind., décad. i, l. ii, c. 5.

lumentos y prerogativas de Almirante, Virey y Gobernador de todos los paises que habia descubierto ó descubriera en adelante. Se le confió el sello real, con la autoridad de usar los nombres de SS. MM. al conceder cartas-patentes y empleos en los límites de su jurisdiccion; con el derecho de nombrar, en caso de ausencia, un lugar-teniente, investiéndolo temporalmente con los mismos poderes.

Se habia presupuesto en las capitulaciones, que para todos los empleos vacantes en el gobierno de las islas y tierra firme, propondria el Almirante tres candidatos, de entre los cuales nombrarian uno los soberanos; pero para economizar tiempo, y hacer ver su confianza en Colon, le autorizaron para nombrar desde luego las personas que creyese idóneas, las cuales gozarian de sus empleos, mientras así fuese la vo-

luntad real. Tambien obtuvo el título y mando de capitan general de la escuadra que iba á darse á la vela, con plenos y absolutos poderes para el gobierno de las tripulaciones, los establecimientos que habian de formarse en el Nuevo-Mundo, y los descubrimientos que debieran emprenderse.

Esta fue la aurora del favor real, durante la cual gozó Colon de la ilimitada y bien merecida confianza de sus soberanos, antes que los ánimos bajos y envidiosos osáran insinuar dudas de su integridad. Despues de recibir todas las muestras imaginables de honores públicos y privados, se despidió de los soberanos el 28 de mayo. Toda la corte lo acompañó del palacio á su habitacion, y tambien fue á despedirlo, al salir de Barcelona para Sevilla.

CAPITULO IX.

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS DE LAS CORTES DE ESPAÑA Y PORTUGAL, CON RESPECTO Á LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

[1493.]

Los procedimientos de la corte de Portugal aumentaban en la de España el deseo de hacer salir pronto la espedicion. Juan II tenia desgraciadamente entre sus consejeros ciertos políticos de los de estrechas miras, que creen la astucia sabiduría. Por haber adoptado sus pérfidos consejos perdió el Nuevo-Mundo cuando era objeto de honrosas empresas; y en condescendencia con su dictámen queria luego resarcirse por medio de sutiles estratagemas. Preparó, pues, una grande escuadra con el objeto público

de enviarla al Africa, y con el designio verdadero de apoderarse de los recien descubiertos paises. Deseando adormecer las sospechas, envió de embajador á la corte de Castilla á don Ruy de Saude, con la comision de pedir permiso para procurar de España ciertos artículos estancados necesarios en el viaje africano. Tambien suplicaba que los monarcas españoles prohibiesen á sus súbditos pescar mas allá del cabo Boyador, hasta que las posesiones de las dos coronas quedasen propiamente definidas. Los descubrimientos de Colon, verdadero objeto de su solicitud, se trataron cómo un mero incidente. Habló el embajador de su llegada á Portugal, y de la recepcion que se le hizo; de las congratulaciones del rey don Juan por el feliz éxito del viaje; de su satisfaccion al ver que se le habia prevenido al Almirante tomase rumbo al occidente de las islas Canarias, y de la

esperanza de que los soberanos de Castilla continuarian trazando semejantes líneas á sus navegantes, habiéndose concedido al Portugal por bula pontificia todas las regiones al sur de dichas islas. Concluyó espresando la entera confianza del rey Juan, de que si alguna de las recien descubiertas islas pertenecia de derecho al Portugal, se arreglaria la materia con aquel espíritu amistoso que existia entre las dos coronas.

Fernando era político demasiado astuto para equivocarse con facilidad. Recibió temprano aviso de los verdaderos designios del rey Juan, y antes de que su embajador llegase, habia ya enviado á don Lope de Herrera á la corte portuguesa con dobles instrucciones, y con dos cartas de opuesto tenor. La primera, concebida en afectuosos términos, agradeciendo la hospitalidad y benevolencia que á Colon se habia mostrado, y co-

municando la naturaleza de sus descubrimientos; pidiendo al mismo tiempo que se prohibiese á los navegantes portugueses visitar las tierras recien descubiertas, así como los soberanos de España habian interdicho á sus súbditos toda interferencia con las posesiones africanas del Portugal.

En caso, empero, que viese el embajador que habia el rey Juan enviado, ó iba á enviar bajeles al Nuevo-Mundo, llevaba órdenes de retener la amigable carta, y presentarle la otra, redactada severa y perentoriamente, prohibiendo toda empresa semejante (1). Se siguió de aquí un intrincado juego diplomático entre los dos soberanos, altamente ma-

---

(1) Herrera, Hist. Ind., décad. i, l. ii. — Zurita, Anales de Aragon, l. i, c. 25.

ravilloso para el espectador que ignorase el secreto en que se fundaba. Reesende, en su historia de don Juan II, nos dice que el monarca portugués con grandes presentes, ó mas bien cohechos, tenia en sus intereses algunos miembros del consejo secreto de Castilla, que le informaban de cuanto disponia aquella corte, por reservado que fuese. Los caminos estaban llenos de correos: apenas espresaba Fernando una intencion á sus ministros, cuando tenia conocimiento de ella el monarca rival. Era la resulta, que parecia la corte de España poseida de algun encanto. Anticipaba el rey Juan todas sus operaciones, y parecia penetrar hasta sus mismos pensamientos. Sus embajadores se cruzaban por el camino con embajadores portugueses, que venian ya autorizados para tratar de los mismos puntos sobre que iban aquellos á hacer representaciones. Frecuentemen-

te, cuando proponia Fernando una inesperada duda á los ministros del Portugal, cuya solucion necesitaba verosímilmente nuevas instrucciones de su soberano, le dejaba perplejo una respuesta pronta y positiva; las mas de las cuestiones que podrian ocurrir, las habia ya previsto, ó sabídolas por sus agentes secretos. Y como llegaria á sospecharse traicion en el gabinete, premiaba el rey Juan sus espías en secreto, pero separaba las sospechas de ellos, haciéndolas recaer en diversas personas, por medio de ricos regalos de joyas que enviaba al duque del Infantado, y á otros grandes españoles de incorruptible integridad (1).

Tal es la intrigante astucia diplomá-

---

(1) Reesende, Vida del rey dom Johamb II, c. 157. — Faria y Souza, Europa portuguesa, t. ii, c. 4, p. 3.

tica que suele pasar por refinada política, y celebrarse como la sabiduría de los gabinetes; pero las medidas de corrupcion y poca ingenuidad son siempre indignas de un ilustrado político y de un príncipe magnánimo. Los grandes principios de justicia é injusticia operan del mismo modo entre las naciones que entre los indivíduos: una conducta franca y abierta, y una fe inviolable, aunque parezcan adversas en un caso dado, son empero la sola política que puede asegurar al fin un estable y honroso éxito.

El rey Juan, habiendo recibido inteligencia por el furtivo medio que queda dicho, de las dobles instrucciones de don Lope de Herrera, le recibió de modo, que no le fuese posible usar de la carta perentoria. Ya habia él despachado un ministro estraordinario á la corte española para mantenerla en buena cor-

respondencia, y nombró entonces al doctor Pero Diaz, y á don Ruí de Pena, embajadores cerca de ella, para el arreglo de toda cuestion relativa á los nuevos descubrimientos; prometiendo que no se permitiria que bajel alguno se diese á la vela para viaje de descubrimientos, hasta pasados sesenta dias despues de su llegada á Barcelona.

Estos embajadores debian proponer, como medio efectivo de cortar de raiz toda mala inteligencia entre los dos poderes, que se tirase una línea desde las Canarias al occidente: todas las tierras y mares al norte de la cual pertenecerian á la corona de Castilla; todas las del sur á la de Portugal, escepto las islas que ya estuviesen en la posesion de cualquiera de los dos soberanos (1).

(1) Quirita, l. i, c. 25. — Herrera, décad. i, l. ii, c. 5.

Fernando se hallaba en la posicion mas ventajosa: su objeto era ganar tiempo para la preparacion y salida de Colon, comprometiendo al rey Juan en una larga negociacion diplomática (1). En respuesta á estas proposiciones despachó á don Pedro de Ayala y á don Garcia Lopez de Carvajal en solemne embajada á la corte portuguesa, con mucha pompa esterior y multiplicadas profesiones de amistad; pero con el solo cometido de proponer que se someticsen las cuestiones territoriales que se habian suscitado, á una arbitracion imparcial, ó á la decision de la santa Sede. Este alto mensage de estado marchaba, como es de suponer, con la debida lentitud; pero se envió delante un comisionado que anunciase al rey de Portugal su llegada.

Entendió el rey Juan completamen-

(1) Vasconcelles, don Juan II, l. 6.

te la naturaleza y objeto de la mision, y conoció que Fernando burlaba todos sus golpes. Los embajadores llegaron al fin, y dieron sus credenciales con gran forma y ceremonia. Cuando se retiraron de su presencia, los siguió el rey con una mirada de desprecio, diciendo: *A esta embajada de nuestro primo le faltan pies y cabeza.* Aludiendo al carácter de la mision y de los comisionados; porque don Garcia de Carvajal pasaba por vano y frívolo, y don Pedro de Ayala era cojo de una pierna (1). En el colmo de su vejacion, se dice que el rey Juan manifestó vagamente algunas intenciones hostiles, haciendo por donde le viesen los embajadores pasar revista á su caballería, y pronunciando en su presencia palabras

(1) Vasconcelles, l. vi. — Barros, Asia, d. i, l. iii, c. 2.

ambiguas, que podian hasta cierto punto interpretarse como amenazas (1). La embajada volvió á Castilla, dejándolo perplejo ó irritado: pero por grande que fuese su incomodidad, fue mayor la discrecion que le impedia venir á los estremos con Fernando. Aun le quedaban esperanzas de que mediase por él el papa, á quien habia enviado una embajada, quejándose de los pretendidos descubrimientos de los españoles, como de otras tantas usurpaciones de los territorios á él concedidos por bula pontificia, é implorando vehementemente su proteccion. Aquí tambien, como se ha visto, le habia vencido ya su cauto antagonista. La sola respuesta que recibió el embajador, fue una referencia á la línea divisoria de polo á polo, tan sábia-

(1) Vasconcelles, l. vi.

mente imaginada por su Santidad (1). Tal era este juego real de diplomacia, en que se interesaban las partes por un mundo recien descubierto. Juan II era hábil é inteligente, y tenia astutos consejeros que le indicasen todas las jugadas; pero cuando quiera que se requeria política profunda y sutil, Fernando era dueño de la partida.

CAPITULO X.

NUEVOS PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE. — CARACTER DE ALONSO DE OJEDA. — DIFERENCIAS DE COLON CON SORIA Y FONSECA.

[1493.]

Temiendo los soberanos españoles algun atentado de la parte de Portugal

(1) Herrera, décad. i, l. ii.

para intervenir en sus descubrimientos, escribieron, mientras se seguian las negociaciones repetidas veces á Colon, incitándole á que apresurase su partida. Pero el celo de Colon no necesitaba estímulos: así que llegó á Sevilla, á principios de junio, procedió con toda diligencia á efectuar el armamento, usando de los poderes que tenia para apoderarse de los bajeles y marineros de los puertos andaluces. Poco despues se le juntaron Soria y el obispo Fonseca, que se habian detenido algun tiempo en Barcelona. Con sus unidos esfuerzos se preparó sin tardanza una flota de diez y siete buques grandes y pequeños. Se escogieron para el servicio los mejores pilotos, y se reunieron las tripulaciones en presencia de Soria el contador. Tambien se juntaron para la proyectada colonia muchos hábiles labradores, mineros, carpinteros y otros menestrales; caba-

llos para el servicio militar, y para criarlos en ella; ganado y animales domésticos de todas clases; granos, semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, injertos y renuevos; mercancías, tales como juguetes y dijes, cuentas, cascabeles y espejos, y varias bujerías para traficar con los naturales; y en fin, abundantes cantidades de provisiones de todas clases, municiones de guerra, medicinas y refrescos para los enfermos.

Reinaba estraordinario entusiasmo respecto á esta espedicion, y las mas estravagantes fantasías, en cuanto era relativo al Nuevo-Mundo. Las descripciones de los viajeros que le habian visitado, estaban exageradísimas; porque solo conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño; y se ha mostrado, que el mismo Colon le vió al traves de un delusorio medio. La vivacidad de sus descripciones, y las grandes

esperanzas que su ánimo ardiente le hacia concebir, escitaron en el público incomparable interes, y abrieron el camino de amargos desengaños. El anhelo de los avaros se inflamaba considerando aquellas regiones de inapropiada opulencia, cuyas corrientes fluian sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas. Otros concebian visiones mas elevadas. Era la época de que hablamos romántica y activa; y habiéndose acabado la guerra de los moros, y suspendídose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos genios de la nacion se hallaban impacientes de la monotonía de la paz, y ansiaban hallar ejercicio. A estos les presentaba el Nuevo-Mundo anchuroso campo de estraordinarias empresas y aventuras, tan con-

geniales al caracter español en aquel periodo, meridiano de su esplendor y nobleza. Muchos hidalgos principales, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces educados en la guerra, y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habian brillado en la risueña vega granadina, entraron en la espedicion, ó bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa. Para ellos era aquel el principio de una nueva série de cruzadas, mas grandes y brillantes que las que inmortalizaron á la caballería europea en la Tierra-Santa. Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano; esplorando sus maravillas, y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades. De allí se abririan á su parecer camino á las costas de la India, ó mas bien del Asia, penetrarian en Mangui y en Cathay, converti-

rian, ó lo que era lo mismo, vencerian al gran Khan, gozando asi de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi-bárbaros pueblos del oriente. No habia pues quien tuviese idea fija de la naturaleza del servicio en que entraba, ó de la situacion y carácter de los paises adonde iba. En efecto, si en esta fiebre de la imaginacion se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fria y sóbria realidad, habrian sido desechados con desprecio; porque nada aborrece tanto el público, como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.

Entre las personas notables que entraron en la espedicion, habia un caballero jóven, llamado don Alonso de Ojeda, célebre por sus estraordinarios dotes personales, y por la audacia de su ánimo, que se distinguió mucho con peligrosas y singulares hazañas entre los primeros

descubridores. Hijo de una familia noble, primo hermano del venerable padre Alonso de Ojeda, inquisidor de España, se habia educado bajo el patrocinio del duque de Medinaceli, y servido en las guerras contra los moros. Era pequeño de cuerpo, pero vigoroso y bien proporcionado; de rostro moreno, animado y agradable, y de increible agilidad y fuerza; diestro en el manejo de toda clase de armas, perfecto en los ejercicios guerreros y varoniles, admirable ginete, y lancero de primer orden. Osado de corazon, libre de ánimo, abierto de mano, fiero en el combate, pronto en las querellas, y mas aun en perdonar y olvidar las injurias, fue por mucho tiempo el ídolo de la atrevida juventud que entró en las espediciones del Nuevo-Mundo, y ha servido despues de héroe de estraordinarias leyendas. Las-Casas da, al introducirlo á la noticia

histórica, la anécdota de una de sus hazañas, que tal vez no mereceria recordarse, si no diese tan cabal idea de su carácter.

Estando la reina Isabel en la torre de la catedral de Sevilla, conocida en general por el nombre de la Giralda, para entretener Ojeda á Su Magestad, y dar pruebas de su agilidad y valor, se subió á una gran viga que proyectaba en el aire como veinte pies fuera de la torre, á tan inmensa altura de la tierra, que las gentes que andaban por ella parecian desde arriba enanas, y hubiera bastado para aterrar á cualquiera que no fuese Ojeda, el mirar abajo. Pero él salió andando airosamente por la viga, con tanta confianza, como si estuviese paseándose por su cuarto. Cuando llegó á la punta, levantó una pierna en el aire, y girando ligeramente sobre la otra, se volvió hácia la torre sin que le causara in-

conveniente aquella pavorosa altura. Quedándose despues sobre un pie en la viga, puso el otro en la pared de la torre, y tiró una naranja por cima de ella; pruebas todas, dice Las-Casas, de inmensa fuerza muscular. Tal era Alonso de Ojeda, pronto distinguido entre los que siguieron á Colon, y siempre el primero en toda empresa arriesgada; que cortejaba el peligro como si lo amase, y parecia que peleaba, mas por el placer de la pelea, que por el honor que esperaba le redundase de ella (1).

Se habia limitado á mil el número de las personas á quienes se permitia entrar en la espedicion: mas tal era el urgente deseo de los que querian ir de voluntarios sin paga alguna, que ya pa-

(1) Las-Casas, l. i. MS.—Pizarro, Varones ilustres.—Herrera, Hist. Ind., d. i. l. ii, c. 5.

saban de mil y doscientos. A muchos mas se les negó la admision por no haber lugar en los buques; pero de estos lograron algunos introducirse en ellos furtivamente, de modo que sobre mil y quinientos se darian á la vela en la flota. Como Colon en su laudable celo por la prosperidad de la empresa se proveia de lo que juzgaba fuese necesario en varias emergencias posibles, escedian los gastos al presupuesto. Esto dió motivo á muchas dilaciones de parte del contador Juan de Soria, que á veces rehusaba firmar las cuentas del Almirante, y en el discurso de sus transacciones parecia haber olvidado la deferencia debida á su situacion y á su carácter. Por esto recibió repetidas y severas reconvenciones de los soberanos, que mandaron enfáticamente se tratase á Colon con el mayor respeto, y no se omitiese cosa alguna que facilitara sus planes, y le diese sa-

tisfaccion. De otras prevenciones semejantes, insertas en las cartas reales á Fonseca, el arcediano de Sevilla, se infiere que él tambien se habia complacido en el capcioso ejercicio de su poder oficial. Parece que se negó á varios pedidos de Colon, particularmente uno de criados y familiares para su servicio doméstico, y la formacion de su casa y comitiva como Almirante y Virey; demanda que el prelado consideró supérflua, pues cuantos iban en la espedicion estaban á sus órdenes. En réplica mandaron los soberanos que se le diesen diez escuderos de á pie, y veinte personas mas, para otros servicios domésticos; y recordaron á Fonseca haberle ya encargado, que en la naturaleza y modo de sus transacciones con el Almirante estudiase la manera de contentarlo; observando, que como la escuadra entera iba á sus órdenes, era justo que se con-

sultasen sus deseos, y que nadie le embarazase con puntillos y dificultades (1).

Estas diferencias triviales son dignas de particular noticia, por el efecto que parece causaron en el ánimo de Fonseca, porque de ellas datan las singulares hostilidades que de alli adelante manifestó sin cesar hácia Colon, las cuales crecian en rencor por años; fomentando el arcediano su veneno del modo mas indigno, y poniendo en secreto multiplicados inconvenientes y obstáculos á todos los actos del Almirante.

Mientras estaba la espedicion detenida en el puerto, se recibieron nuevas de que se habia visto una carabela portuguesa hacerse á la vela en Madeira, y tomar el rumbo de occidente. Nació al punto la sospecha de que iria á los pai-

(1) Navarrete, Colec. vii, 2. Documentos, núm. 62 y 66.

ses recien descubiertos. Colon dió parte de ello á los soberanos, y preparó algunos bajeles que la siguieran. Se aprobó su proposicion, pero no se llevó á efecto. A las esposiciones que sobre el particular se hicieron á la corte de Lisboa, respondió el rey Juan, que habia salido aquel buque sin su permiso, y que enviaria tres carabelas á que le hiciesen volver. Esto aumentó los celos de los reyes de España, que consideraban el todo como una profunda estratagema, y que el intento verdadero era que uniesen los bajeles sus fuerzas, y siguiesen juntos la via del Nuevo-Mundo. Se le mandó á Colon por lo tanto, que partiese sin dilacion alguna, virando al mar desde el cabo de San Vicente, de modo que no tocase á las islas ni costas portuguesas para evitar toda molestia. Si encontraba algun buque por las mares que él habia esplorado, debia apoderarse de

él, é imponer riguroso castigo á las tripulaciones. A Fonseca se le previno estuviese alerta; y en caso de salir de Portugal alguna espedicion, mandase doble fuerza á perseguirla. Pero no hubo ocasion de aplicar estas medidas. Se ignora si en efecto salieron algunas carabelas, y si el Portugal las envió con siniestras intenciones; Colon no supo mas de ellas en el discurso de su viaje.

Puede anticiparse aqui, en favor de la claridad, el modo con que se terminó definitivamente la cuestion territorial entre los monarcas rivales. Le era imposible al rey Juan reprimir su inquietud, considerando las empresas indefinidas de los reyes de España; no sabia hasta donde podrian estenderse, y menos si se le adelantarian en sus proyectados descubrimientos indios. Mas viendo que eran infructuosos todos sus esfuerzos para vencer por estratagemas á su diestro y

hábil antagonista, y desesperando ya de la asistencia de Roma, se acogió al fin á sinceras y amigables negociaciones, y vió, como generalmente sucede á los que entran en el halagüeño pero tortuoso sendero de la astucia, que habiendo seguido el camino de la franca y abierta policía, se hubiera ahorrado mares de perplejidad, y obtenido fácilmente su objeto. Se ofreció á dejar á los soberanos españoles en la libre prosecucion de sus descubrimientos occidentales, conformándose al plan de particion por una línea meridiana; pero se quejó de que esta línea no se habia tirado á una distancia justa al occidente: que al paso que dejaba libre todo el anchuroso Océano á los empresarios españoles, no podian sus navegantes penetrar mas de cien leguas al occidente de sus posesiones, sin quedarles mar ni amplitud para sus viajes del sur.

Despues de muchas dificultades y discusiones, se concluyó esta cuestion por varios diputados de ambas coronas, que se juntaron el año siguiente en Tordesillas, lugar de Castilla la nueva, y firmaron el 7 de junio de 1494 un tratado por el cual se movia la línea pontificia de particion á trescientas setenta leguas occidente del cabo de Islas Verdes. Se acordó que dentro de seis meses se juntase en la gran Canaria un número igual de carabelas y marineros de cada nacion, con varios hombres doctos en náutica y astronomía. Estos habian de proceder al cabo de Islas Verdes, y de alli trescientas setenta leguas al occidente, y determinar la propuesta línea de polo á polo, y dividir el Océano entre las dos coronas (1). Ambos pode-

(1) Zurita, Hist. del rey Fern., l. i, c. 29. — Vasconcelles, l. 6.

res se comprometieron solemnemente á observar los límites asi prescritos, y no emprender descubrimiento alguno mas allá de sus lindes, aunque se permitia á los buques españoles navegar libremente por las aguas orientales del Océano, en la prosecucion de sus viajes. Varias circunstancias impidieron la propuesta espedicion para determinar la línea; pero el tratado permaneció en vigor, y previno discusiones posteriores.

Asi, dice Vasconcelles, esta gran cuestion, la mayor que jamás se agitó entre las dos coronas, porque era la particion de un nuevo mundo, tuvo amigable fin, por la prudencia de los dos monarcas mas políticos que empuñaron nunca el cetro. Quedó pues arreglada con satisfaccion de ambas partes, cada una considerándose con derecho á imperar en los vastos paises que pudieran ser des-

cubiertos dentro de sus límites, sin consideracion alguna por los derechos de los habitantes naturales.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS

LIBROS Y CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO I.

Prólogo del Traductor. . . . Pág. 7
Prólogo del Autor 19

LIBRO I.

INTRODUCCION. 29
CAP. I. — *Nacimiento, familia y educacion de Colon.* 34
CAP. II. — *Juventud de Colon.* . . . 47
CAP. III. — *Progresos de los descubrimientos, bajo la proteccion del príncipe Enrique de Por-*

tugal 63
CAP. IV. — *Residencia de Colon en Lisboa. — Ideas respecto á las islas del Océano* 80
CAP. V. — *Razones en que fundaba Colon su creencia de que hubiese tierras desconocidas en el occidente* 96
CAP. VI. — *Correspondencia de Colon con Pablo Toscanelli. — Sucesos de Portugal relativos á descubrimientos.* 115
CAP. VII. — *Proposiciones de Colon á la corte de Portugal* 130
CAP. VIII. — *Salida de Colon de Portugal, y sus instancias á otras cortes.* 141

LIBRO II.

CAP. I. — *Primera llegada de Colon á España.* 150

Cap. II. — *Caracteres de Fernando y de Isabel.* 158
Cap. III. — *Proposiciones de Colon á la corte de Castilla* 168
Cap. IV. — *Colon ante el consejo de Salamanca.* 178
Cap. V. — *Nuevas instancias á la corte de Castilla.* — *Colon sigue la corte en sus campañas* 196
Cap. VI. — *Instancia al duque de Medinaceli.* — *Vuelta al convento de la Rábida* 213
Cap. VII. — *Instancia á la corte al tiempo de la toma de Granada* 225
Cap. VIII. — *Tratado con los soberanos españoles.* 239
Cap. IX. — *Preparativos para la espedicion en el puerto de Palos.* 251

LIBRO III.

Cap. i. — *Partida de Colon en su primer viaje* 264
Cap. ii. — *Continuacion del viaje.* — *Variacion de la aguja de marear* 277
Cap. iii. — *Continuacion del viaje.* — *Terror de los marineros.* 288
Cap. iv. — *Continuacion del viaje.* — *Descubrimiento de tierra* 305

LIBRO IV.

Cap. i. — *Primer desembarco de Colon en el Nuevo-Mundo.* . . . 332
Cap. ii. — *Crucero por entre las islas de Bahama.* 354
Cap. iii. — *Descubrimiento y cos-*

teo de Cuba. 371
CAP. IV. — *Continuacion del costeo de Cuba*. 390
CAP. V. — *Viaje en busca de la supuesta isla de Babeque.* — *Desercion de la Pinta*. 405
CAP. VI. — *Descubrimiento de la isla Española*. 416
CAP. VII. — *Costeo de la Española* 431
CAP. VIII. — *Naufragio*. 442
CAP. IX. — *Transacciones con los naturales*. 450
CAP. X. — *Construccion de la fortaleza de la Navidad*. 463
CAP. XI. — *Regulacion de la fortaleza de la Navidad.* — *Salida de Colon para España*. . . . 473

LIBRO V.

CAP. I. — *Costeo hácia el estremo*

oriental de Española. — Encuentro con Pinzon. — Escaramuza con los indios del golfo de Samaná. 482

Cap. II. — *Viaje de vuelta. — Violentas tempestades. — Llegada á las islas Azores.* 501

Cap. III. — *Transacciones en la isla de Santa María* 517

Cap. IV. — *Llegada á Portugal. — Visita á la corte.* 526

Cap. V. — *Recibimiento hecho á Colon en Palos.* 546

Cap. VI. — *Recibimiento hecho á Colon por la corte española en Barcelona.* 556

Cap. VII. — *Morada de Colon en Barcelona. — Atenciones de los reyes y cortesanos.* 570

Cap. VIII. — *Bula pontificia de particion. — Preparativos para el segundo viaje de Colon.* . 582

Cap. ix. — *Negociaciones diplomáticas de las cortes de España y Portugal, con respecto á los nuevos descubrimientos.* . . . 601

Cap. x. — *Nuevos preparativos para el segundo viaje.* — *Carácter de Alonso de Ojeda.* — *Diferencias de Colon con Soria y Fonseca.* 612